

# ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE

SERMONES  
PANEGÍRICOS,  
Y DE MISTERIOS



BIBLIOTECA  
DE CLÁSICOS  
DOMINICANOS

XXII



Fundación Corripio, Inc.

ANTONIO SÁNCHEZ



SERMONES PANEGÍRICOS,  
Y DE MISTERIOS

# Biblioteca de Clásicos Dominicanos

*Director:*

Manuel Rueda

*Asesores:*

Dr. Jorge Tena Reyes

Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos  
Volumen XXII

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE

SERMONES  
PANEGÍRICOS,  
Y DE MISTERIOS

*Notas del autor.*  
*Notas adicionales de José Luis Sáez, SJ.*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.  
Santo Domingo  
1995

Edición al cuidado de  
Andrés Blanco Díaz

Impreso por  
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana  
Printed in Dominican Republic

*Declaratio sermonum tuorum illuminat &  
intellectum dat parvulis.  
Salmo 118, v.130*



---

Las notas del comentarista, el padre José Luis Sáez, aparecen con sus iniciales.

SERMONES  
PANEGÍRICOS,  
Y  
DE MISTERIOS.

Por DON ANTONIO SANCHEZ VALVERDE,  
*Licenciado en Sagrada Teología, y am-  
bos Derechos, Racionero de la Santa Igle-  
sia Catedral de Santo Domingo, Pri-  
mada de las Indias, y natural  
de la misma Ciudad.*

T O M O I.



MADRID MDCCLXXXIII.  
POR DON JOACHIN IBARRA,  
IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.  
CÓN LAS LICENCIAS NECESARIAS.

---

Portada de la primera edición de *Sermones panegíricos, y de misterios*. Tomo I, Madrid, 1783.

SERMÓN DE LA FESTIVIDAD DE SANTO DOMINGO,  
PREDICADO EN LA IGLESIA CATEDRAL  
DE LA ISLA ESPAÑOLA EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1775

PRIMERA PARTE

J. M. J.

*Sint lumbi vestri praecincti, & lucernae ardentes  
in manibus vestris.*

*Tened vuestros lomos ceñidos, y llevad hachas  
encendidas en vuestras manos, dice Jesucristo al  
Cap. 12 de S. Lucas, 35.*

Lo que a los ojos del cuerpo en la vista de los objetos materiales, sucede a los del alma en la comprensión de las cosas. Tanto estorba a aquéllos la demasiada pequeñez, para distinguir con perfección, como la grandeza desmesurada, y del mismo modo se embaraza el alma en las cosas, que por apocadas, o tenues no dan especies suficientes para formar idea, que en las otras maravillosas, y sublimes, de que nace una copia tan varia de impresiones, que ni atina a percibir las bien, ni puede dividir las, ni es capaz de ligar las entre sí.

Esto, que nos manifiesta cada día la experiencia, siento yo en el panegírico, que se me encarga de nuestro Patrono y Titular Santo Domingo. Como quiera que se mire a este hombre de Dios, produce tanta abundancia de ideas, y tan amena variedad de pensamientos, que ni acierto a entresacar los unos de los otros, ni a discernir su carácter preferente, ni a colocarlos en un orden metódico, ni a reducirlos a un principio elemental, porque por cualquier aspecto que se tome, lo hallo grande, lo encuentro admirable, y cada una de las virtudes parece que forma su carácter distintivo.

En él resplandece la fe, como en otro Moisés, para aterrar y confundir a los enemigos más furiosos de la Iglesia, vencer los estorbos más pujantes, haciendo del brazo omnipotente, como suyo, para acabar las empresas del Señor. En él se anima el celo con la intrepidez de un Elías<sup>1</sup>, que sale al campo con los enemigos de la religión, para probar con el fuego cuáles son las palabras verdaderas del Señor, donde la voracidad de este elemento se sujeta a la valentía de su espíritu. En él se admiran, como en el Bautista, desde el seno materno, celestiales vaticinios, que aunque no se acompañan desde luego con la gracia original, anuncian una santidad eminente, que jamás manchó la culpa, y una predicación, que había de encaminar los hombres al conocimiento de la luz, y al amor de la cruz. En él pasma una penitencia, que sin las tachas del homicidio, y adulterio, es para Domingo, como para David, el pan amasado con sus lágrimas<sup>2</sup>, a quien sirve de vestido el cilicio<sup>3</sup>, de sueño la oración, y de consuelo el azote. En fin, en sus trabajos evangélicos vemos renacer el espíritu de los apóstoles, para mantener, y dilatar la fe por todo el orbe.

Yo contemplo en Domingo solo, un nuevo astro, que envía Dios a la casa de Israel en el siglo XII, para establecer la paz y renovar la fe, que por tantas partes se apagaba. Una luz que ha de disipar las tinieblas del error y esparcir los hermosos resplandores de la verdad: un fuego que desciende a alumbrar en los corazones la hoguera de la caridad, después de haber abrasado el suyo en esta divina llama, un patriarca que viene a fecundar la casa del Soberano Padre de familias, un profeta a

---

1. Reg. 18, 23.

2. Salmo 101, 9.

3. Salmo 68, 10.

quien descubre Dios sus secretos; y un justo que vuela de una virtud a otra, para santificarse y santificar a los demás.

Este objeto de la justificación propia y la del prójimo, que llevaba Domingo en todas sus obras conforme al precepto del Evangelio, es el que debe servirme de hilo para discurrir en su elogio: Ceñid, dice Jesucristo a sus apóstoles, vuestro cuerpo, para que domando la carne con la mortificación, se purifique el espíritu en la penitencia: *Sint lumbi vestri praecincti*; y llevad en vuestras manos hachas encendidas, para que con el ejemplo de las obras se edifique el prójimo y se enamore a la virtud: *Et lucernae ardentes in manibus vestris*.

Domingo mortificó su carne para santificarse; porque vivió enemigo de su cuerpo con el fervor de una penitencia austerísima.

*Domingo llevó luces en sus manos, porque trabajó incesantemente por la salud del prójimo con un celo vivísimo.*

Vos, Soberana Virgen María, a quien tanto reverenció nuestro Patrono, y que le favorecisteis tanto; alcánzanos la gracia, que necesitamos, para elogiar a tu siervo, y aprovechar de su ejemplo, la que te pedimos con aquella salutación que extendió, y no se apartaba de sus labios. *Ave María*.

El que con poca atención mira las máximas del Evangelio, y no examina el fondo de la religión, está muy expuesto a alucinarse con la apariencia de las cosas, y a dejar el espíritu de la piedad, por la corteza de la virtud. Juzgará de ésta, por lo que representa su nombre a primera vista, y no formará más idea que la superficial y cortísima, que se viene desde luego a los ojos y deja el alma vacía de sus preciosos frutos, y desnuda de sus fuerzas y excelencias. Sirva por ejemplo de este error, el que se forman comúnmente los fieles en la penitencia. Creen (y se engañan mucho) que ésta es necesaria solamente para el pecador, que se ha convertido con la gracia, y quiere satisfacer a la justicia con tanto mayor esfuerzo, cuanto hayan sido más graves sus culpas, más feos sus delitos, más torcidos sus pasos, y más frecuentes sus caídas, pero que el hombre justo, cuyas acciones y vida ha sido toda arreglada a la ley, y no ha manchado la vestidura nupcial, puede vivir tranquilo con la seguridad de su conciencia, a la cual ni sobresalta el remordimiento de la culpa, ni asusta el temor de la pena; sin empeñarse en la mortificación del cuerpo, empleado sólo en dar gracias de su

situación presente. Un espíritu conducido de este modo de pensar siempre iría expuesto al naufragio, como una nave cuyo indiscreto piloto, fiado en la tranquilidad del mar, y asegurado de la serenidad del cielo, la dejase correr de noche a toda vela durmiendo satisfecho de un tiempo risueño, sin prevenir la borrasca que de un momento a otro se levanta, se enfurece, y sin dar lugar a maniobras choca con el bajel hasta estrellarlo en las rocas o sumergirlo con repetidos embates en el abismo.

La penitencia, hermanos míos, es para el pecador medio de apaciguar la justicia de Dios; y para el justo modo de granjear mayores misericordias. Para aquél es bálsamo y medicina que purga, cierra y cicatriza sus heridas; para éste es preservativo contra la dolencia, que puede sobrevenir, y le fortalece para no caer. Para el pecador es la penitencia puerto de asilo, en que repara sus quiebras o abriga la desgraciada nave contra las furiosas ráfagas, que la llevaban sorbiendo el mar, rotas las velas, desmantelados los palos, abiertos los rumbos; para el justo es puerto, en cuya seguridad burla las diligencias del pirata que le persigue, espera la serenidad del mar alterado, y hace provisiones oportunas para su navegación. Por eso el Divino Maestro a todos indistintamente, justos y pecadores, manda abrazar la penitencia y mortificar la carne: *Sint lumbi vestri praecinctorum*. Así lo entendía el Bautista cuando buscaba los desiertos, vestía las pieles ásperas, ayunaba con austeridad y domaba con rigor un cuerpo inocente, como si fuese reo. No de otro modo lo juzgaba Pablo, escogido con una vocación singularísima, elevado en espíritu a los cielos, y hecho vaso de elección, para llevar el nombre de Dios a las naciones<sup>4</sup>, castigando su carne hasta reducirla a severa esclavitud, en que obedeciese a la soberanía del espíritu; y ni el precursor, ni el apóstol abrazaban con tanto ardor la mortificación precisamente como satisfacción de sus culpas, sino como medio de perfeccionar la santidad; y si éstos, confirmados en la gracia y sostenidos de su virtud poderosa, lo practicaban así, ¿qué haría nuestro patrono y titular, que sin aquellos privilegios conocía que la vida del hombre mientras está sobre la tierra es, en sentir del santo Job<sup>5</sup>, como la de un soldado en el campo que no ha de descuidar un

---

4. Cor. 9, 27.

5. Job, 7, I.

momento, ni tener confianza alguna, sino que ha de velar con las armas en la mano para que no le sorprenda el enemigo?

A vista de aquellos admirables ejemplos, y del que nos dio el mismo Salvador, instruido con la lección de Job, y la del Evangelio, emprende la guerra de su carne en todos sus miembros, conforme al precepto del apóstol: *Mortificate ergo membra vestra, que sunt super terram*<sup>6</sup>. Él podía registrar su conciencia sin miedo de hallar en ella cosa, que pudiese reprehender, como decía el mismo apóstol; pero sabía con él, que no por eso estaba seguro, ni podía gloriarse como justificado, porque el juez supremo la examina con una penetración divina, a la cual, ni se esconden las acciones, ni se ocultan las intenciones, y están patentes los senos más profundos del corazón, a cuyos ojos suele representar desagrado, lo que el hombre tiene por más puro; y donde éste encuentra esmaltes de perfección, él descubre tachas, y lunares, que afean, y desagradan; y así es precisa una perpetua vigilancia, para no caer, atendida la inconstancia de esta naturaleza frágil, y la multitud de enemigos que la combaten.

Para alcanzar una victoria tan difícil, tomó Domingo desde sus tiernos años todas aquellas providencias, que le dictaba la gracia; ya sacando su carne del campo en que podía conseguir ventajas; ya separándola de las pasiones, que animan, y fomentan las fuerzas; ya combatiéndola cara a cara en su persona. Para este fin se retiró a un colegio, asilo el más propio de la inocencia tierna, donde se vive con personas escogidas, bajo regla, y a vista de rectores llenos de prudencia, y de celo, en que se toma el gusto al recogimiento, se oyen lecciones edificantes, y se evitan los perjuicios que trae la sociedad, y la vida tumultuaria. ¡Ojalá fuesen estas casas más comunes, y grandes para provecho de la juventud, utilidad de la Iglesia, y bien de la monarquía! Aquí retiró su cuerpo nuestro patrono, sacándolo del campo de este mundo, que exhala venenosos hálitos en las conversaciones, vertiendo máximas peligrosas a la conducta cristiana, principios contrarios a la piedad, e ideas opuestas al buen orden, que familiariza con el ejemplo de tantos secuaces apasionados, o ciegos. La propensión nuestra a la imitación engendra con esta familiaridad insensiblemente un gusto a todo lo malo, que se nos presenta, y lisonjea nuestras pasiones, de que viene la inclina-

---

6. Colos. 3, 5.



ción al pecado, que nos atrae al principio con blandura, y nos arrastra después como por fuerza, hasta que concibe la maldad, produce el delito, y con la consumación de este abrimos las puertas a la muerte, como dice el apóstol Santiago.<sup>7</sup>

Por otra parte las primeras lecciones que tomamos, para ilustrar el alma, y formar el espíritu, están ligadas con los principios más formidables de su ruina. Una turba de jóvenes es la sociedad, que nos recibe en su seno, de los cuales unos aturridos, y otros mal inclinados, todos parece que conspiran a malear nuestras inclinaciones dóciles, e incapaces por la edad de discernimiento para conocer el bien, y de constancia para resistir al mal. ¿Cuántos que hubieran vivido bien en la oscuridad, han sido víctimas de la educación por perfeccionarla? Y cuando sus padres procuraban sembrar en su corazón las virtudes, tuvieron el dolor de lamentarlos campo fértilísimo de vicios. Pero Domingo en el retiro quita al enemigo estas ventajas, y con la ocupación literaria, y la devoción arreglada debilita cada día más sus fuerzas, y vence sus conatos.

Porque la ociosidad es, como dice el eclesiástico<sup>8</sup>, la maestra de los vicios, y maldades; y por consiguiente uno de los auxilios más poderosos, que tiene la carne, para oponerse a la virtud. El trabajo, y la ocupación son el yugo que dobla esta cerviz dura, y puede vencerla, y así era tanto el ardor de Domingo en ocupar incesantemente el tiempo, que, como otros jóvenes necesitan espuelas, los directores de Domingo se veían obligados a tirarle del freno en sus tareas. Enemigo siempre del ocio, no tenía hora, que pudiera llamarse de recreación. De las aulas pasaba a los ejercicios, de aquí a los libros, y el día y la noche hacían un tejido igual de ocupaciones, que repartidas entre la meditación, y el estudio, eran la más hermosa tela de una vida juvenil, que envidiaran los ancianos de Israel.

De este modo medraba en las letras, creciendo en el espíritu; y sus progresos en las ciencias eran efecto del adelantamiento en la virtud, con tanta rapidez, que admiraba a condiscípulos y maestros. ¿Pero qué mucho fuese asombro en la carrera teológica, que fue su estudio principal, si estudiaba las materias en la fuente? ¿Es la Teología otra cosa, que la ciencia de

7. S. Jacob. Epist. can. cap. I, 14-15.

8. Eccle. 33, 29.

Dios, y el conocimiento de su ser, y sus atributos, en cuanto puede alcanzar el hombre viador? ¿Pues cómo no había de aventajarse a todos, quien estudiaba a Dios en Dios, y pidiendo a Dios el don de la inteligencia? Él procuraba conocerle en la doctrina de sus maestros, en la meditación, y en la lección frecuente de las Santas Escrituras, en que habla Dios de su ser, de sus propiedades, de sus obras, de sus amenazas, de sus premios, de sus castigos, y de nosotros mismos. Éste es el libro de la religión, el curso cabal de la Teología, y la obra incomparable, que leía nuestro patrono, implorando antes las luces del soberano autor, que lo había dictado. Repasaba sus cláusulas con humildad, examinaba sus sentidos para entenderlas, no buscando en ellas la vana ciencia, que hincha el orgullo, sino la verdadera sabiduría, que forma los santos, quitando con esta sujeción el tiempo, y las fuerzas al cuerpo, y dando vigor, y lustre al espíritu.

En este libro divino estudió también otra lección utilísima para conseguir la victoria, a que aspiraba, y fue la que dio el Ángel a los dos Tobías<sup>9</sup>, de que la oración con el ayuno es muy buena y más provechosa la limosna que el atesorar riquezas. Aprendiéndola tan bien el joven Domingo que luego la puso en ejecución su caridad. Cercenaba cuanto podía el alimento de su cuerpo, disponiéndolo para la oración al mismo tiempo que lo debilitaba para la tentación; y lo que ahorraaba con esta santa economía, servía para la limosna, con que aliviaba la miseria de los pobres con tan liberal misericordia, que nada perdonaba para el socorro de éstos, como veremos después.

Si con tanta vigilancia procuró cortar el paso a los auxilios que fomentan las pasiones de la carne, y pueden darle alientos, ¿cuál sería su estudio en oponerse a aquellas ocasiones menos próximas, y peligrosas, al parecer, que se embozan regularmente con nombre de pasatiempos, de visitas necesarias, de comodidades inocentes, y aun necesarias para la salud, y para esparcir el ánimo? Así las presenta a los incautos la destreza cautelosa del mundo, que halaga nuestra carne; pero Domingo las conocía por dentro y les huía como enemigo poderoso, que sólo dejan de temer aquellos insensatos, que no procuran distinguirlo, ni comprenden cuán quebradizo es el vaso, y cuán

---

9. Tobiae 12, 8.

inestable el tesoro de la gracia. Las divinas Escrituras instruían a Domingo de estas verdades, y le hacían conocer, que todas esas diversiones eran unos incentivos de la lascivia, que abrazan, aunque no suba la llama, y que siendo centellas al principio, pasan sin mucha dilación a ser volcanes; como lo probó David en una mirada incauta, Sansón, y otros innumerables; y que éstos son enemigos cuyo triunfo sólo se consigue huyendo.

Huíalos Domingo, y cuando en su edad viril procuraba esconderse cada vez más de sus tiros, le abrió la providencia, que vela sobre los timoratos, una puerta, que no había visto; y le dio un nuevo asilo, en que asegurase y aumentase su virtud constante. Trataba D. Diego Aceves, varón ejemplar, Obispo de Osma, verdadero sucesor de los apóstoles por su vida penitente, y su celo pastoral, de reducir su cabildo a la vida regular, y monástica, para que fuesen sus individuos otros tantos espejos de santidad, y otros tantos procuradores del progreso de la piedad de su rebaño. Las acciones, que en el curso de sus estudios obró Domingo en la famosa Universidad de Palencia, trasladada después a Salamanca, no podían ocultarse a la noticia común, ni admitir duda con testigo tan ilustre; y abonado. Súpolas el santo obispo, y conoció que este anacoreta joven, tan piadoso, como sabio, sería de incomparable utilidad para la empresa, en que se ocupaba su celo pastoral.

Elevóle a la dignidad de Arcediano de su iglesia, que no sin alguna repugnancia aceptó la humildad de Domingo, y en ella dobló sus austeridades, que animaban a los canónigos de Osma en el retiro monástico, que habían abrazado, sirviendo de espíritu ejemplar a la reforma. Sus ayunos eran más continuados y frecuentes; y con tanta escasez de alimentos en los días que no eran de abstinencia, que apenas se encuentra ahora entre nosotros quien la imite aún en aquéllos que la santa iglesia prescribe el ayuno a sus hijos. Las viandas, y el vino estuvieron constantemente desterrados de su mesa. Sus vigiliass eran tan largas, que pasaba muchas noches en la contemplación, y la oración. Sus disciplinas cotidianas, crudas, a impulsos de unos ramales entretretejidos de púas, que esmaltaban con la inocente sangre de este Abel el pavimento de su cuarto, cuya vista asombra a los que lo veían, y sus ensangrentados ladrillos clamaban mudamente, *penitencia, penitencia*. La palidez de su rostro exhausto con las maceraciones, predicaba sin hablar a los que le miraban, *absti-*

*nencia, hermanos, abstinencia.* Su cuerpo extenuado, y casi diáfano, era un fanal que dejaba traslucir por su mortificada carne la antorcha de la gracia, que ardía por dentro. Su abatimiento, su modestia, su vestido, sus pasos, todo era en Domingo lecciones del desprecio propio con que se miraba, y vivo recuerdo del temor santo, con que debe andar el menos culpable en la presencia de un Dios, cuyos ojos penetran el interior.

Este ejemplo podría servir de mordaza a aquellos genios picados de críticos, o mejor diré de impíos, que miran como imprudentes y locas las austeridades de los santos; si ellos fuesen capaces de pesarlo en otra balanza que la de un juicio ladeado hacia la corrupción del mundo, y mirar sus obras, no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu. Estos mismos censores tan escrupulosos con los mártires, y penitentes, que trabajan por conseguir la corona incorruptible, vemos que dan sin medida sus elogios, y reparten con prodigalidad sus alabanzas al conquistador ambicioso, al general intrépido, que no perdona fatiga, que expone su vida, que vierte la propia sangre por conseguir la gloria de los hombres, que pasa como el humo, y se disipa como nube de polvo con el viento. Ceguera inconsecuente, que lamentarán algún día sin remedio, cuando vean su insensatez, y que aquellos que a su parecer eran dementes, y su fin oscuro, se sientan entre los hijos de Dios, y tienen su suerte entre los escogidos<sup>10</sup>. ¿Hasta cuándo, pues, prudencia mal dirigida del mundo, máximas perversas del siglo, sugerencias astutas del demonio, hasta cuándo, decidme, pensaréis prevalecer contra la moral del Evangelio, contra las promesas de Jesucristo, y contra los ejemplos de sus siervos fieles? ¿Hasta cuándo durarán las preocupaciones erradas, de que el justo no ha menester el cilicio, y la mortificación, y que al pecador le basta por penitencia la delación de sus culpas a los pies de un confesor, y un arrepentimiento momentáneo, y engañoso, sin rendir enteramente el corazón, con la satisfacción de algunos rezos o ayunos mal cumplidos? ¿Hasta cuándo?

Desengañémonos, hermanos míos, que el negocio de la salvación debe ser el objeto de todos los negocios, y la obra de la justificación el fin de todas nuestras obras; porque es muy delicada y expuesta. Si nuestro santo patrono, que jamás man-

---

10. Sap. 5, 2-8.

chó su vida con culpa mortal, fue tan austero con su carne, no para purgarla de delitos, sino para sujetarla al yugo de la ley, ¿qué deberemos practicar nosotros, que hemos atesorado tanta ira con acciones, palabras, y pensamientos? ¿Nosotros, que en vez de vencer las pasiones, les hemos dado tanta mano, que nos llevan, y nos traen, nos vuelven, y tornan a una y otra parte con muy poca, o ninguna resistencia, y casi sin reparar, que nos movemos y agitamos? ¿Nosotros, que cebando el bruto del cuerpo, enemigo el más valiente, y tanto más temible cuanto es más inseparable, lo hemos puesto tan lozano, y arrogante con el regalo, que a todas horas tira, y tasca contra el freno de la ley, y muchas veces se desboca y nos precipita? ¿Nosotros en fin, que en lugar del pacto, que Job hizo con sus ojos, y que guardó constantemente Domingo, de no mirar los objetos que aunque inocentes en sí, son peligrosos a los incautos mirones, no sólo no los apartamos de las concurrencias ruinosas, sino que de propósito andamos en busca de ellas?

Desengañémonos, vuelvo a decir, y abramos los ojos sobre la importancia de nuestra salvación, la delicadeza de la justificación, y la necesidad de la penitencia. Mortificad, vuelvo a decirlo con S. Pablo, todos vuestros miembros: *Mortificate ergo membra vestra que sunt super terram!*, para ceñir la carne con el saludable vínculo, que manda Jesucristo: *sint lumbi vestri praevincti*, que es el vínculo de la mortificación. Pero una mortificación, que sirva a un tiempo de satisfacer por las ofensas pasadas, y de freno para no reincidir. Cuando la tierra no se ha viciado con los abrojos y cizaña, necesita el labrador menos trabajo en su cultivo, que cuando se ha apoderado de ella la maleza. A menos costa precave el hombre la enfermedad, que teme por la constitución de sus humores, de la que ha menester para curar el mal que la ha postrado. El que pecó, y pecó muchas veces, hasta dejarse señorear del vicio, debe doblar en su penitencia los remedios.

La confesión sacramental es el que nos dejó la piedad de un Dios hecho hombre; con ella nos reconciamos por sus méritos con el mismo Dios, de quien nos había alejado la culpa, haciéndonos sus enemigos, y el blanco de su ira; pero nos engañamos, si creemos que este divino y saludable remedio consiste sólo en decir todas las culpas en que actualmente no haya peligro ni ánimo de volver al pecado, y en proponer la enmienda y la

satisfacción de aquellas obras penales que se nos mandan. Para curar el alma enferma, purgar el corazón corrompido, y restituírnos a la gracia, es menester mucho más; quiero decir, debe acompañarse esta confesión con un dolor sobrenatural, que deteste, y aborrezca la culpa por Dios, y por ser contra Dios, que es la esencial y verdadera penitencia. Es preciso que le acompañen, y le sigan obras, que sean frutos de la misma penitencia, con que se satisfaga la pena de la ofensa, y con que se arranquen las raíces del vicio, y se fortalezca el alma para no recaer. Y pregunto ¿este dolor está en nuestra mano, o pende de nuestras fuerzas? ¿Podemos dolernos sobrenaturalmente, y como conviene para la justificación sin un don y gracia de Dios particular? ¿Practicaremos acaso esas obras tan necesarias sin los auxilios soberanos del mismo Dios?

Ya sabéis que toda esta obra la promueve la gracia sin nuestro mérito, y la prosigue y acaba con nuestra concurrencia, y que toda es del Señor. Por consiguiente, debemos después de excitados, y movidos por la gracia con aquellos impulsos, que nos da de confesarnos, y de salir del pecado, que es un primer don liberalísimo de su misericordia, implorar ésta con fervor, para que nos ayude al arrepentimiento verdadero, y saludable, y nos dé esfuerzos para levantar el alma flaca, y abatida con el peso de la culpa. Éstas son las diligencias que han de anteceder, y acompañar la confesión para que por su medio se nos restituya la amistad de Dios, y se nos absuelva de la condenación, o de la pena eterna; pero después de ella, como dice el Concilio de Trento, ha de seguirse la satisfacción de la pena temporal, que en el Sacramento de la Penitencia no se remite siempre toda, como en el Bautismo; y esta satisfacción, dice, que consiste en ayunos, limosnas, oraciones y otros ejercicios piadosos de la vida espiritual: *Itemque satisfactionem per jejunia, eleemosynas, orationes, ... alia pia spiritualis vitae exercitia*<sup>11</sup>.

Porque sin estas obras queda imperfecto el sacramento; con ellas se perfecciona, y son necesarias así para satisfacer a la divina justicia, como para atraer mejor la misericordia, que destierre de nuestros corazones el vicio, temple sus poderosos incentivos, y dé fuerzas para abrazar la virtud. Si no oramos,

11. Trid. ses. 6. de Justif. cap. 14, Dz. 807.

¿cómo hemos de esperar los dones del cielo? Si no ayunamos, ¿cómo hemos de debilitar al enemigo? Si no damos limosna, ¿cómo hemos de conseguir que se nos dé? Si no nos ejercitamos en las obras de piedad, ¿cómo ha de arrancarse de raíz la culpa, y plantarse la virtud en su lugar? Si Domingo oraba, ayunaba, castigaba su cuerpo, si se ejercitaba continuamente en la piedad por mantenerla, y no caer, ¿qué deberemos hacer nosotros para custodiar un espíritu flaco, una alma enferma, y un corazón mal acostumbrado? No quiero, decir, que emprendamos las austeridades de nuestro Santo en las maceraciones del cuerpo; porque éstas deben medirse con el estado, y las respectivas fuerzas de cada uno, de suerte que no estorben el cumplimiento exacto de las obligaciones en que estamos constituidos. Mas tampoco ha de proporcionarse la mortificación con una delicadeza, que todo lo juzgue impracticable, y que gradúe cualquier movimiento del ayuno por aniquilación. Si las mortificaciones no hacen su efecto en la máquina del cuerpo, dejándole con todo su vigor, no son mortificaciones. Pero aunque no todos, como dice, debemos abrazar la austeridad de Domingo, todos debemos abatir la carne, y domar las pasiones. El freno de éstas es el espíritu de la penitencia, necesario, e indispensable: la maceración de aquella, esto es, de la carne, es el cingulo, que nos manda traer el Evangelio, que ciñó nuestro patrono desde su edad más temprana, y conservó todo el resto de su vida.

## SEGUNDA PARTE

Entretanto que con la estrechez del cingulo de la mortificación se recogía dentro de sí mismo el Arcediano, y reconcentrando sus potencias y sentidos moría al mundo, y escondía su vida en Dios con Jesucristo; mientras que temeroso de los astutos salteadores, que infestan los caminos del siglo, ocultaba en el retiro los tesoros de su virtud, porque no se la robasen los aplausos, y se convirtiese en humo; en fin, mientras que con el estudio posible, y la más heroica humildad trabajaba en santificarse, y amar a su Dios; como iba creciendo el fuego de esta celestial hoguera, a cuyo incendio ninguna materia cede con más facilidad, que la que se echa con destino de impedir las

erupciones de sus llamas, llegó la que ardía en Domingo a romper los muros de la clausura, y a dilatar la esfera de su luz, y sus ardores, no sólo por la Península de España, sino también más allá de los helados, y soberbios montes, ilustrando, calentando, y abrasando a Italia, y Francia. Padecía su encendido corazón, como el de Pablo<sup>12</sup>, una profunda tristeza, y se sentía pasado del agudo puñal de un dolor continuo, sabiendo los formidables estragos, que en aquellas provincias hacía la corrupción, y la herejía albigense; y deseoso de sacrificarse por la salvación de sus hermanos, determina llenar de la claridad, y verdades del Evangelio, no sólo los recintos de su Patria: *Ita ut ab Jerusalem per circuitum*; sino los países remotos de ella, *usque ad Illiricum repleverim Evangelium Christi*<sup>13</sup>.

La bienaventurada Juana de Aza, madre de nuestro Santo Patrono, por uno de aquellos sueños misteriosos, en que Dios descubre los secretos de su providencia eterna, había visto, no sin susto, que en sus entrañas albergaba un can, de cuya boca era presa una antorcha luciente, pero ignoraba por entonces, que lo mismo que causaba su sobresalto, era feliz anuncio de las prodigiosas obras de la luz, y del celo, con que su hijo había de ir por el mundo enseñando con su predicación y con su ejemplo los caminos de la virtud, y la verdad. El amor de Dios perfecto es inseparable del del prójimo, y por eso le llama S. Pablo edificante; pues no contento con su propia perfección y utilidad, procura el adelantamiento ajeno sin envidia; y afana, trabaja, y se desvela, porque amen todos a Dios. La caridad perfecta es el original, que retrataba la esposa de los Cantares, cuando salía por las calles, y las plazas de la ciudad, ponderando las perfecciones, las bondades, y los atractivos de su esposo, para conquistarle con su solicitud enamorados. De aquí podemos inferir seguramente, que el mandamiento del ejemplo, y de la edificación, que nos dio el Soberano Maestro bajo de la parábola de las luces, no es diferente del de nuestra justificación entendido en la figura del cingulo, sino una consecuencia necesaria, porque es imposible santificarnos amando a Dios, como debemos, si al mismo tiempo no amamos a nuestros prójimos, y procuramos eficazmente, que se salven. Esto nos

---

12. Rom. 9, 22-24.

13. Rom. 15, 19.



manifestó S. Juan, cuando haciéndolo todo un solo precepto, dijo: *Et hoc mandatum habemus, ut qui diligit Deum, diligat & fratrem suum*<sup>14</sup>.

Para dar algún orden a tantas obras de luz como practicó Domingo en esta parte, y eran centellas de la caridad, que ardían en su corazón, examinaremos, en qué cosas puede el hombre manifestar la caridad fraterna; o por decirlo mejor, mostrar, que ama a Dios con el deseo de que otros le amen; no como quiera, o con una veleidad, y afecto ineficaz, sino con un deseo activo, y solícito, trabajando con todas sus fuerzas en obra tan santa, que es la suma del amor. Porque aunque no puede censurarse la vida de aquellos hombres, que se divorciaron enteramente del comercio de los otros, sepultándose vivos en las soledades y cerrándose en las clausuras más estrechas, para guardar sus almas, porque en fin la gracia es un director industrioso, que tiene muchos medios de conducir al mismo fin; pero no puede dudarse, que el mérito de éstos no es tan alto como el de aquellos, que con sus trabajos, y tareas apostólicas dilatan la esfera de su caridad, y procuran encender en otros el amor de Dios, que los abrasa, guiándoles, instruyéndoles, o moviéndoles con la voz, y con la acción. Los primeros son como aquellos ríos, que nunca salen de madre, pero no por eso dejan de comunicar su humedad a la tierra por medio de la oración; los segundos semejantes al Nilo, y otros caudalosos, se derraman en copiosas avenidas, y fertilizan las arideces del Egipto estéril con copiosos frutos a beneficio de sus riegos. Por esto dijo el Padre S. Bernardo, que adquiere buen lugar aquél que administra, y sirve bien al prójimo: que tal vez lo alcanza mejor el que se entrega enteramente a Dios; pero que es mayor, que todos, el que en uno, y otro se hace perfecto. Tal fue la excelencia de nuestro titular, que amando, y sirviendo a Dios, servía, y amaba al prójimo con el celo más ardiente.

En dos cosas, pues, podemos servir a nuestros hermanos, y mostrarles el amor, que les tenemos en Dios; en lo corporal, y en lo espiritual; así como son dos las partes de su ser en que están expuestos a sufrir. De aquí es, que la práctica de la moral evangélica se divide en dos géneros de obras, que llamamos de

---

14. I. Joan 4, 21.

misericordia, y quiere decir tanto como ejercicio de la caridad, de las cuales unas son corporales, y otras espirituales. Por las primeras mostramos, que amamos a Dios en el prójimo, y al prójimo como a nosotros mismos, si le curamos en su enfermedad, si vestimos su desnudez, si remediamos su hambre, si estorbamos la pérdida de su honor, si miramos por sus bienes, y en una palabra, si hacemos por él todo aquello que justamente querriamos, que se hiciese por nosotros, y que nosotros haríamos por no incurrir en iguales aflicciones. Una doctrina que ha dictado la avaricia, ha fomentado la envidia, y mantiene la preocupación del amor propio, contraria a los principios de la humanidad, y del Evangelio, ha sembrado cierto error peligrosísimo, que persuade, se miren estas obras como consejos de perfección, y no como preceptos de toda necesidad, y de la última importancia. No lo juzguéis así, hermanos míos, porque el amor del prójimo no se cumple con sola la negación del odio, o con no aborrecerle; es preciso amarle, y amarle con un afecto tierno, oficioso, y efectivo, cual es el que nos tenemos a nosotros mismos, y queremos que se nos tenga mirando a Jesucristo en cada uno. ¿Quién podría recabar de nuestro corazón esta verdad, si el Divino Maestro no nos la hubiera enseñado en términos tan claros, y precisos? En el día del Juicio, dice, que llamará a la posesión del reino de los cielos<sup>15</sup>, a aquéllos que cuando tuvo hambre le dieron de comer, de beber cuando le fatigaba la sed, y que cubrieron sus carnes cuando se veía desnudo. Por el contrario echará su maldición, y condenará a los que no le vistieron desnudo, no le alimentaron hambriento. ¿Y cuándo, me preguntarán, dice el mismo Jesucristo, os habemos dado, o negado estos auxilios corporales? Cuando lo hubiéreis practicado, o excusado con los pobres.

Sí señores, éstas son las entrañas de misericordia, que dice el apóstol: la práctica y ejercicio de ella o un deseo vivísimo de socorrer al prójimo, cuando nos es imposible la ejecución; sin lo cual seremos rechazados del reino de Dios, y se nos negará la corona, a que aspiramos. El corazón de Domingo, lejos de las opiniones lisonjeras, y relajadas, trató de satisfacer a este precepto por todos los medios, que sabe inventar la caridad

---

15. Matt. 25, 35-46.

verdadera. Miraba su patrimonio como la herencia de Jesucristo, y lo repartía con él, dándolo a los pobres sin reservarse parte alguna. Las rentas de sus beneficios las reputaba como censos de un capital propio de la doncella, de la viuda, del huérfano, y de todo menesteroso, cuya administración se le había confiado, para que mantenido con sobriedad, y aun con escasez penitente, las distribuya con ellos, y no contento con tanta liberalidad, inventaba arbitrios con que hacer más de lo que permitían sus rentas, y sus bienes, sirviendo sus diligencias y desvelos de caudales efectivos. Los hospitales le veían consolar con blandura la humanidad afligida, y ministrar los remedios corporales, que se confeccionaban en la inagotable botica de su corazón, comunicando sus caritativos impulsos a otros, para que los franqueasen de limosna. Las cárceles le recibían como un procurador solícito, e infatigable, que se encargaba del despacho de los que gemían, o murmuraban la dureza de su suerte en las prisiones. Los monasterios y colegios de vírgenes le veneraban como padre, que incesantemente trabajaba por su subsistencia, hasta llevar sobre sus hombros aniquilados de la penitencia la leña, que necesitaban. Los mendigos le buscaban como al tesorero del Rey Todopoderoso. Las madres afligidas como al padre de sus tiernos hijos; y a una de éstas, que consumida del dolor le pedía, con qué rescatar al suyo, cautivo entre los sarracenos, no pudiendo el Arcediano remediar con dinero su desgracia, la instó vivamente, a que con su esclavitud redimiese la del hijo; dejándola admirada de una caridad, que excediendo a la de la propia madre, se empeñaba en sacrificar su libertad por la del hijo, extremo a que no había llegado el cariño materno. ¿Y qué perdonaría por su prójimo, quien no se perdonaba a sí mismo? Sus libros (prendas tan amadas de los literatos) fueron en otra ocasión víctima de su caridad, cuando una de aquellas crueles hambres, con que Dios castiga la insolencia de los pueblos, o acrisola la paciencia de sus escogidos, desolaba nuestra España a fines del siglo XII.

Conozcamos, pues, señores, y comprendamos bien, que el amor de nuestros prójimos nos obliga a mucho más de lo que se persuade el corazón maleado del amor propio, que le hace insensible: o prevenido de falsas opiniones, que autorizan su indolencia. La caridad es el vínculo, que nos liga íntimamente, para constituir un cuerpo digno de que sea su cabeza Jesucris-

to. Ella es el carácter, que nos distingue de los escribas, y fariseos, y de toda secta espuria; porque en ella consiste el precepto, que el Legislador Divino llamó suyo a diferencia de todas las otras leyes: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem*. Precepto lo llama, y no consejo, y para que supiésemos cuál es la pauta, o regla de esta caridad con que debemos amarnos, añade, *sicut dilexi vos*, como yo os he amado. ¿Y cómo fue que nos amó Jesucristo? Oído de boca del apóstol: Vivid (dice a los de Efeso), y caminad siempre en la caridad, al modo que nos amó Jesucristo, dándose a sí mismo por nosotros; *sicut & Christus dilexit nos, tradidit semetipsum pro nobis*<sup>16</sup>, porque no cumpliremos con la caridad evangélica, si no exponemos por el prójimo lo que tenemos, y lo que somos, como lo ejecutaba nuestro santo, condenando con su ejemplo nuestra tibieza, y flojera.

Mas, aunque en esta parte se elevase mucho la caridad de Domingo, no levantaba todo su vuelo, y le quedaba por encima un cielo, tanto más noble, y espacioso, cuanto es el espíritu del hombre superior a su carne. Investiguemos, pues, el curso de su caridad en toda su elevación, y ya que le hemos visto heroico, y negado a sí mismo, para socorrer al prójimo en su cuerpo, observemos lo que hacía en las necesidades espirituales de las almas. Luces manda Jesucristo, que llevemos en las manos para el bien de nuestros hermanos; y a mi entender las obras de misericordia en lo corporal son hacha, que arde en la mano izquierda, y las espirituales son la que brilla en la derecha.

En esta mano de Domingo se dejaba ver un resplandor luminosísimo, que deslumbraba a los unos, y alumbraba a los otros, para enseñar a todos el camino: porque nosotros perdemos el que conduce a la vida de dos modos. El uno es, cuando lo ignoramos, o nos ciega la pasión para no verlo; el otro es, cuando confiados locamente en nuestras ideas, e hinchados con la ciencia pensamos en abrir, o zanjar otro sendero. Unos y otros necesitan de luz, que los encamine: con la diferencia, que a éstos es menester deslumbrarlos antes de sus torcidas ideas, para guiarlos después: a aquellos, es preciso alumbrarlos el espíritu ciego, para poder reducirlos. Éstos pueden llamarse pecadores de ignorancia, o de flaqueza; aquellos pecadores de

---

16. Ephes. 5,2.

malicia. Todo es error, pero no todo es error de una misma clase. El remedio de uno, y de otro fue igual esmero de la caridad de Arcediano de Osma<sup>17</sup>.

Miraba su corazón por una parte las manchas que afeaban la Iglesia en la corrupción de las costumbres; por otra, las heridas que la daban sus hijos rompiendo el seno maternal con la herejía; y traspasado de dolor oraba, como otro Moisés, para mitigar la ira de Dios contra el pueblo idólatra, y ardía como David en un celo vivísimo por la pureza de la casa del Señor. La ignorancia de los siglos anteriores había derramado en el duodécimo densas tinieblas, que ofuscaban la luz del Evangelio en toda la Europa. La corrupción de las costumbres, efecto de la misma ignorancia, había apagado la caridad de los primeros años de la iglesia, y tenía los corazones helados, e insensibles. En fin, ésta, y aquélla abortaban monstruos de errores, e impiedad, que llevaban la religión a sangre, y fuego. Todo era ruinas, y estragos, con que enriqueciéndose el abismo, lloraba la iglesia, y con ella lamentaba Domingo, como buen hijo, su trabajo, y la pérdida de tantos hermanos, que por diversos modos la afligían, se descarriaban, y venían a ser presa de insaciable garganta del dragón. Él conoce toda la extensión del mal, ve toda su gravedad, penetra toda la dificultad, revuelve todos los medios, y nada es capaz de amedrentar su caridad.

¿Cómo pudiera yo representaros las fervorosas oraciones, las copiosas lágrimas, los ardientes suspiros con que pedía a Dios el remedio de su afligida esposa, y la conversión de sus errantes hijos? ¿Cómo deciros las sangrientas disciplinas, los austerísimos ayunos, y demás mortificaciones con que trataba de ofrecer su cuerpo, como hostia racional, y agradable a Dios, para apaciguar en sí la justicia, que merecían sus hermanos? Pero el que oyó los clamores de Daniel<sup>18</sup>, y tuvo atención a sus deseos, volvió también sus piadosísimos, y paternales ojos sobre los votos de Domingo, y lo armó de fortaleza, de celo, de luces, de paciencia, para emprender la obra de la santificación de sus amados prójimos.

Arrebatado, de su ardiente caridad, y auxiliado de arriba, emprende la conversión del pecador, y la reducción del hereje.

17. S. Domingo fue canónigo arcediano a partir de 1199. Cfr. M. Gelabert (ed.). *Santo Domingo de Guzmán* (Madrid, 1961), 59-61. (JLS).

18. Daniel 10. 12. 19.

Alumbra la antorcha celestial de la predicación, y comienza a dar con ella calor, y claridad a la España, atravesando sus provincias, para arrancar los vicios, y la ignorancia, que la obcurecían; con tanta felicidad, que cada predicación era una lluvia, que daba nuevo verdor al campo de la iglesia, produciendo millares de conversiones; una hoz, que segaba crecidos manojos de cizaña. Del púlpito pasaba al confesionario; allí combatían con espíritu impetuoso la relajación; aquí arrancaba sus raíces; allí estremecía los corazones con el horror de la culpa; aquí los sosegaba con la imposición de la penitencia saludable; allí regaba con la palabra la tierra árida, y echaba las semillas de la virtud; aquí la purgaba de las yerbas venenosas, o viciosas, para que produjese, y fructificase; allí mostraba las enfermedades del alma, y sus consecuencias funesta; aquí las curaba, y restituía a la salud, y a la vida.

El mismo espíritu que le animaba en España, le conduce a la Italia, y le lleva a Francia, donde era mayor por entonces el peligro, más lastimosas las ruinas, y sin número las almas, que de la corrupción del corazón habían pasado a la del entendimiento, y que, ni obraban, ni pensaban conforme a la moral, y al dogma del Evangelio. Era aquel dilatado reino un vasto campo de batalla, en que la guerra de la religión había pasado, como sucede con frecuencia, a la decisión de las armas. Todo era calamidad, miseria, muertes, sangre; y lo peor de todo, cosecha abundantísima y continua del príncipe de las tinieblas, que intentaba restablecer su dominación, avasallando innumerables cristianos. Allá vuela el celo del Arcediano Domingo; y cuando las armas de las tinieblas van a confundirlo todo, presenta las armas de la luz para ilustrarlo, y que al modo, que dos hermanos suelen tirarse desconocidos en las sombras, y sueltan las armas para abrazarse a favor de la claridad, así aquéllos pudiesen conociendo sus errores, deponer los odios, y volver a la unión fraterna, que nos enlaza unos con otros, y a todos con Jesucristo. A este fin comienza, a imitación del Divino Maestro, a practicar, y después a predicar la caridad: no cesa con el ejemplo, y con la voz de llevar el fuego, que ardía en su pecho a unos, y otros, procurando avivar la fe, y encender en todos el amor. Exhorta a la reforma de las costumbres con su conducta, y persuade con su palabra; pero como en aquellas partes había pasado el vicio de la voluntad al entendimiento, y

éste es tan tenaz en sus ideas, que apenas deja convencerse del raciocinio, ni cede a la autoridad, que mira tal vez como flaqueza, era menester más obra, que el ejemplo, y otras armas, que la predicación.

Pero ninguna dificultad aterra la intrepidez santa de Domingo. Los herejes albigenses, tan conocidos por sus errores, como por sus turbulencias, al mismo tiempo que combatían la doctrina de la iglesia, se rebelaban contra su soberano, haciendo con la espada en la mano, y sin rebozo la guerra, auxiliados de los príncipes que su herejía, u otra igual había pervertido. El Duque de Monfort, que procuraba reducirlos al buen partido, se vio en la necesidad indispensable de oponer fuerza a fuerza, y darles batalla. Mucho trabajó Domingo por estorbar este lance sanguiinario; pero la terquedad del albigense fue inexorable a sus caritativos esfuerzos; y para que la victoria temporal sirviese a la reducción del espíritu, encomienda al Dios de los ejércitos la felicidad de este suceso, con tan encendidas oraciones, que más a ellas, que a sus armas debieron los católicos el triunfo, con que quebrantaron el orgullo albigense, principio de una abundantísima mies de conversiones, que entre ellos hizo su celo.

Para lograr esta sublime empresa tan llena de dificultades, no sólo entra en conferencias con el hereje, doblando la austeridad de sus penitencias con que se disponía al combate, y el fervor de sus súplicas a Dios, que son los medios de que ha de valerse el operario evangélico; sino que confiado en la omnipotencia de aquél, cuyas verdades anunciaba, no duda, como otro Elías, hacer que el fuego sirva de prueba que acrisole la religión católica. Convino con los herejes, que escritos en dos cédulas los artículos que defendía cada partido, se echasen a las llamas, y quedasen por auténticos, los que perdonase la voracidad de éstas. Atentos al éxito se congregan en el lugar, y día emplazado. Allí consumió el fuego a vista de todos la cédula de los albigenses, y sacó Domingo intacta la confesión de nuestra fe; y aún repitió la experiencia por tres veces para mayor convencimiento. Fueron muchos, los que abrieron los ojos con tal prodigio, y no pocos, los que obstinados, y tercos quedaron en el error. Mas para que el vicio de éstos no cundiese en los demás, y que la justicia obrase, lo que no había sido capaz de conseguir la misericordia, trató nuestro patrono de cortar el daño por el medio único que quedaba, y sugería la misma

desesperación de los incrédulos, haciendo, que se uniesen como en un fuerte cinturón las dos espadas de la Iglesia, y el Soberano; afila los cortes, y aguza las puntas de una, y otra, ciñéndolas al Santo, y respetable Tribunal de la Inquisición, que estableció contra la obstinación heretical, para que usando contra los rebeldes de estas dos armas, ejerciese contra los que no temen a la eclesiástica, las penas afflictivas del cuerpo con la secular, y estorbase el contagio de la parte sana, separando y quemando los miembros pestiferados.

Una multitud de vírgenes convertidas llamaba su atención. Para el asilo de ésta, funda colegios, en que desposa con el cordero, las que estaban destinadas para víctimas del lobo. Establece un orden de penitencia, en que se conserve la religión, y aumente la piedad de todos sexos, y estados; encargando la devoción de María Santísima en la repetición de la salutación, que hizo el Ángel a esta señora, como protectora de la más eficaz contra el príncipe de las tinieblas. ¿Qué más? ¿Contentóse con tan excelentes obras la caridad del Arcediano? ¿Quedaba más que hacer a su infatigable celo por la gloria de Dios, y el provecho de su prójimo? Sí, señores. Él sabía que había de morir, que después de su muerte habían de acometer el rebaño otros lobos más sangrientos, que los albigenses; y para estar desde el sepulcro predicando, y velar sobre la grey después de muerto, reproduce su espíritu en una orden de predicadores Evangélicos, que estén siempre armados contra los insultos de la herejía, atentos a la conversión de las almas, y dispuestos a llevar a otras regiones las semillas de la fe. Estos famosos macabeos, hijos de tan ilustre padre, han desempeñado gloriosamente la disposición de su testamento a costa de su propia vida. La iglesia descansa como sobre una de sus columnas visibles en los hombros de la descendencia de Domingo, que con la pluma, con la voz, con el ejemplo, y con la sangre autorizan, y defienden sus santas leyes, y dogmas. En estos Eliseos revive aquel intrépido, y celoso Elías, defensor de la verdad, manteniendo en sus manos aquellas luces, con que su padre ilustraba a la Iglesia y encaminaba a sus prójimos.

Tanto fue el esmero de nuestro Santo Patrono, y titular Domingo en observar el mandamiento de domar la carne, y edificar con las obras. La guerra que hacía a su cuerpo ya habéis visto, que miraba más a impedir su rebelión, que a



avasallarla, velando, orando, ayunando, no para apagar los incendios de la lascivia, sino para estorbar las más imperceptibles centellas de la concupiscencia. La luz de su caridad edificante era tan eficaz, y tan viva, que no pudo ocultarse su virtud, y después de manifestarse en Plasencia, y en su cabildo, creció su llama a soplos de la gracia, hasta brillar en toda España, Italia, y Francia con penitencias, predicaciones, milagros, de que fueron fruto tantos pecadores convertidos, tantos herejes reducidos, tanto despojos arrancados de las garras del león, y restituidos al maternal regazo de la Iglesia. Si a ésta procuró edificarla vivo, mirando su misericordia a las necesidades corporales, y a las espirituales de los fieles; para que no le eche menos en su muerte, se substituye en el Orden de Predicadores, dejándola en el otro hijo: *Ecce filius tuus*, que heredero de la piedad, y el celo de su Padre, la mantenga, y la defienda en sus antiguas posesiones, y aun la dilate por nuevas, y más extensas regiones.

Él que vivió, y murió conforme al espíritu del Evangelio, fue encontrado como siervo fiel por su Señor, cuando tocó a la puerta. Hallóle ceñido, y con la luz en la mano, y así logró el premio de que el mismo Señor le sirviese. Preparémonos a su imitación, hermanos míos, como nos previene el propio Evangelio: *Et vos estote parati*, pues no sabemos cuándo tocará a la puerta el amo, el cual si nos encuentra descuidados sin cingulo, ni luz, nos echará de su casa, como paganos, e infieles: *Dividet eum partemque ejus cum infidelibus ponet...* Dos extremos bien contrarios se os ponen a la vista, que es un Dios Jesucristo, que sirve, y premia a los que le han seguido como Domingo; que desprecia, y castiga a los que no le han obedecido. A vuestro arbitrio queda tomar partido. Si no os mortificáis en este mundo, y no abris vuestro corazón al pobre: *Partem ejus cum infidelibus ponet*, seréis condenados. Si vestís el sayal de la penitencia, para vencer la carne, y tanto en las necesidades corporales, como en las espirituales trabajáis para socorrer al necesitado: *Transiens ministrabit*, el mismo Jesucristo os servirá, y premiará. Anímeos el ejemplo de vuestro Patrono, y titular, pedidle que continúe su caridad, alcanzándonos poderosos auxilios para conocer la obligación de la penitencia, y practicarla, entender la necesidad de la misericordia, y ejecutarla; para que mortificados voluntariamente en el cuerpo, y alentados en el espíritu, amemos a Dios en sí, y en nuestros prójimos, y le gocemos en la compañía de los Santos por toda la eternidad. Amén.

SERMÓN PARA LA FESTIVIDAD DE S. PEDRO,  
PREDICADO EN LA IGLESIA CATEDRAL DE LA ISLA  
ESPAÑOLA EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1766.

*Et ego dico tibi quia tu es Petrus, et super hanc  
petram aedificabo Ecclesiam meant.*

*Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta  
piedra edificaré mi Iglesia. Son palabras de Jesu-  
cristo, que refiere S. Mateo 16,18.*

Grandeza es subir al trono; pero la gloria es merecerlo; y lo que eleva al orden del heroísmo, es saber desempeñarlo. Cualquiera que se atreve a escalar su cumbre, se desacredita y lo desdora: que usurpar por violencia u ocupar con artificios la dignidad suprema es atropellar el sagrado de las leyes, y ultrajar los fueros, que se deben al respeto de la humanidad. Una conducta tan delincuente jamás ha merecido alabanza, todos los siglos, y todas las historias, así sagradas, como profanas, han vituperado este género de insultos. Aun cuando las sucesiones, o la elección franquean el paso, es menester que sobresalga el mérito para el lustre del puesto, y en fin, sin el largo y difícil desempeño de todas sus funciones no puede llegarse al colmo

de la gloria. Porque si al que tuvo mérito para ascender, le falta la virtud constante, que necesita, para gobernar, en vez de elogios, merecerá la mofa del insensato fabricante, que comenzó a construir una soberbia torre, y no pudiendo llevar su obra a cabo, la dejó imperfecta. Bien merecieron Saúl y Salomón un cetro a que el mismo Dios les destinaba, y ambos fueron reprobados del Señor, como profanadores de la majestad del solio de Israel. porque faltó en su conducta el desinterés, y la fidelidad, que debían brillar en sus acciones. Nada ve con más frecuencia, ni llora con más lástimas el teatro del mundo, que ejemplos de esta clase. No hay figuras más raras en sus escenas, que hombres dotados de mérito para subir a las dignidades, y constantes en la virtud, que es menester para ejercerlas.

Estas verdades, que convence la experiencia en cualquier género de empleos, y de gobiernos, son más visibles en la Jerarquía Eclesiástica, en la cual se hacen tanto más sensibles, y lastimosas las consecuencias, cuanto es más alto el orden del espíritu, que el de la carne, y más difícil la conducta de las almas, que la de los cuerpos. Si tan raros fueron en el pueblo de Dios los Moiseses, y los Josías, ¿fueron acaso más comunes en el sacerdocio los Eleázar, y los Onías? Nada es más arduo, nada más temible, que este ministerio importantísimo, cuyos defectos después de herir las almas, así de los que mandan, como de los que obedecen, se manifiestan por fuera, y turban la paz, en que todos deben reposar. Pero como no hay cosa imposible para Dios, que hace admirar la omnipotencia, y la fuerza de su gracia en los que escoge, quiso para la gloria inmortal de su iglesia, y para consuelo nuestro darnos un modelo perfecto de estos hombres raros en el Sumo, y Santísimo Pontífice Pedro. Éste es el que nos presenta hoy la misma Iglesia, no tanto con la idea de aplaudir su grandeza, quanto con el deseo de alentar la pusilanimidad de unos, y condenar la arrogancia de otros. La dignidad de Pedro fue mayor de lo que podía el hombre imaginarse, y superior a la misma esfera de la ambición; pero en su festividad pretende la Iglesia principalmente la edificación de sus hijos, y así reduciré su elogio a manifestaros en S. Pedro.

## PRIMERA PARTE

1. Un hombre, que subió a la dignidad más eminente sin ambición, por llamamiento de Dios, para que aprendamos el modo de colocarnos.

2. Un Pontífice, que desempeñó el ministerio más difícil con celo, y con humildad, para que sepamos desempeñar los nuestros sin orgullo, y sin pereza.

Para dar la debida extensión a esta materia, imploremos los auxilios del Espíritu de Dios, que formó, pulió, y colocó esta piedra, por medio de la más elevada de todas las criaturas, diciendo de corazón Ave María.

Para formar alguna idea de la dignidad, que Jesucristo confirió a nuestro Patriarca, era menester conocer la excelencia, y la soberanía de la Iglesia, a que presidió como cabeza; obra difícil, o imposible si el mismo Dios no se hubiera servido de dárnosla a conocer, ya por la alteza de los dones, que en ella repartió, ya por la multitud de las maravillas, que le costó esta iglesia; y aunque parece inmensurable la distancia que hay entre las obras de la gracia, y las de naturaleza, se advierte con todo una admirable analogía entre ellas, que puede servir para nuestro fin. Piérdese sin duda el hombre, cuando quiere medir el espacio que separa a la naturaleza de la gracia: más vasto todavía, que el que media entre el firmamento, y la tierra; pero también se asombra, cuando descubre la semejanza con que ambas caminan en su economía, y modo de obrar. La razón de esta analogía, y diferencia consiste, en que una, y otra, esto es, la gracia, y la naturaleza, son hechuras de un propio artífice, y para que en todas se viese el sello de su divina mano, dispuso que entre las cosas terrenas, que vemos, y tocamos, hubiese tal orden de conformidad con las espirituales, e invisibles, que aquéllas fuesen medio para el conocimiento de éstas, y de ese modo subiésemos, dice S. Pablo<sup>1</sup>, a formar alguna idea del mismo Dios, sin que por tanto se envilezca su soberanía, ni se apoque su grandeza.

---

1. Invisibilia enim ipsius a creatura mundi; Rom. 1,20.

De este general y luminoso principio pasa el apóstol a explicar la excelencia de la Iglesia, y de sus partes. Cuando instituye a los romanos<sup>2</sup>, les hace, bajo de este antecedente, una comparación sensible por la construcción de nuestro cuerpo con la economía altísima, que guardó la gracia en el repartimiento de la Iglesia, como cuerpo místico de que todos somos miembros, y Jesucristo la cabeza. La misma semejanza pone a los de Éfeso<sup>3</sup>; pero cuando habla con los de Corinto<sup>4</sup>, para imponerles, según se explica, en las cosas que pertenecen al espíritu de *spiritualibus autem nolo vos ignorare*, se detiene en dar a este símil toda la extensión. Al modo, les dice, que en nuestra máquina, sin perjuicio de su unidad, tenemos muchas partes destinadas a diversos usos y ejercicios, de las cuales ninguna puede quejarse de su ocupación por ordinaria, ni gloriarse de su destino por alto; así en el cuerpo de la Iglesia hay diferencias, o divisiones de gracias, de misterios, y de obras; pero todas proceden de un mismo espíritu, que las da conforme es su voluntad. En la boca de unos pone las palabras de la sabiduría, para que declaren los misterios más escondidos: en los labios de otros las frases de la ciencia, con que explican de un modo familiar, y acomodado las cosas menos elevadas. A cual comunica la constancia de la fe, a cual la gracia especial de curaciones. A éste da el don de hacer prodigios; al otro el de penetrar los corazones; a aquel revela lo que ha de suceder; y a este otro enseña a hablar en todas las lenguas, pero así como en el cuerpo del hombre cada miembro contribuye a la subsistencia de los otros, y del todo, también en el de la Iglesia el espíritu, que comunica esta diversidad de gracias, quiere, que todas se encaminen a la utilidad común.

Veis aquí del modo más sensible que puede darse a conocer, cuál es el cuerpo de la Iglesia, cuánta su dignidad, qué diferentes sus partes, y qué grandes y sublimes sus dones y ministerios. Pero en el repartimiento divino de esas gracias, ¿qué parte le cabría a nuestro Pedro? En la bien organizada disposición de tan bello cuerpo, ¿qué miembro vendría a ser Simón el hijo de

---

2. Rom. cap. 12, 4-8.

3. Ephes. 4 11-16

4. I. Corinth. 12, 4-20.

Juan? Si registramos los gloriosos fastos de la cuna de la Iglesia, hallaremos que en la distribución de gracias, y funciones, no fue parte la que le cupo, sino que se le comunicaron todas. Porque en su boca rayaba la sabiduría de los arcanos, y ministerios más oscuros, y escondidos, y los proponía con tanta fuerza, que como violento rayo en un punto se desprende, toca, hiere, penetra, y trastorna una prodigiosa multitud de personas de diferentes naciones, postrando al pie de la cruz<sup>5</sup>, que abominaba el hebreo, y burlaba el gentil, tres mil hombres al primer encuentro, y cinco mil al segundo<sup>6</sup>. La energía de su ciencia hizo ver a Anás, y todo el concilio de sacerdotes, magistrados, saduceos, escribas y ancianos las verdades de la religión con tanta eficacia, que los obligó a confesarse convencidos, aunque obraban como obstinados: *Manifestum est, decían, non possumus negare*<sup>7</sup>. Su fe viva, y llena de celo se presentaba con intrepidez antes que todos entre la multitud de tantos pueblos, de los cuales unos le oían con admiración, otros lo despreciaban con burlas, o le llenaban de calumnias: *Stans autem Petrus cum undecim levavit vocem suam*<sup>8</sup>. Si los judíos asombrados de la milagrosa curación del cojo, o tullido le cercaban, execraba altamente su perfidia, su dureza, la muerte, que habían dado al Salvador<sup>9</sup>; y los exhortaba a creer su resurrección gloriosa. En el don de curaciones fue tan privilegiado, que se buscaba la sombra de su cuerpo, para dar salud a los enfermos<sup>10</sup>. Con el espíritu de profecía conoció el engaño de Ananías, y la muerte de Sáfira, su esposa, cómplice en el delito. Por fin a Pedro se le comunicaron todos los dones, y las gracias, que Dios distribuye en el cuerpo de su Iglesia; pero como a los otros apóstoles se dieron también, aunque tal vez no fuese tan manifiesta, y conocida la largueza, es preciso para hacer juicio de su elevación, averiguar el destino que tuvo en ese cuerpo.

Las divinas Tablas de ambos Testamentos nos presentan tantas, y tan hermosas copias de la grandeza de esta iglesia, como que todas las líneas, o pinceladas, que Dios tiró, eran en

---

5. Act. 2,41.

6. Act. 3,4.

7. Ib. 4,16.

8. Ib. 2,14.

9. Ib 3, 14-15.

10. Act. 5,15.

el antiguo, sombras; y en el nuevo, realidades, con que la bosquejó en aquél, y la sacó a luz en éste. Porque la iglesia, hermanos míos, como la obra de la omnipotencia, el esmero de la sabiduría, y el empeño del amor de todo un Dios, era el objeto que se propuso desde la eternidad. Por ella sacó de la nada los cielos y la tierra, y a su formación dirigía todas las revoluciones, que ha visto la carrera de los siglos, sin que pudiese alcanzarlo la ciencia de los filósofos, ni el cálculo de los astrólogos. No por otro motivo se trastornaban las leyes de la naturaleza, o se seguían, ya llevando los planetas su curso, o volviendo retrógrados; ya dando aguas las piedras, o retirándose los mares; ya lloviendo manjares del cielo, o negándolos la tierra, que por la Iglesia. Por ella fue, que vino a hacerse hombre el hijo consubstancial de Dios, a enseñar con su doctrina a los hombres, y a padecer la muerte. Oído, todo de boca del apóstol, que dice a los colosenses: *Demos gracias a Dios Padre, que nos hizo dignos de entrar a la parte de la herencia de los santos en la Fe, y nos retiró de la oscuridad de las tinieblas al reino de su amado hijo, en quien por el mérito de su sangre tenemos la redención y el perdón de los pecados*<sup>11</sup>. Este hijo, que es su imagen, y primogénito entre todas las criaturas, fue en el que se hicieron todas las cosas, que hay en el cielo, y en la tierra, tanto las que se ve, como las que no se ven, y este, que es el principio de todo, es también la cabeza del cuerpo de la iglesia: *Et ipse est caput corporis Ecclesia, qui est principum*<sup>12</sup>. *Conoce ¡oh cristiano!* (exclama por esto el Padre S. León) *tu dignidad, y tu grandeza, pues eres miembro de un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo*<sup>13</sup>. Pero como este Señor, cuando llegó el tiempo de volver a su Padre, eligió a Pedro, para que ocupase en la tierra, y en el cuerpo de la iglesia, que había adquirido con su sangre, el mismo lugar; al contemplarlo en esta elección el citado padre, vuelve a exclamar: ¡Oh dignidad incomparable la de Pedro!<sup>14</sup> que entre todas las criaturas del mundo es escogido sobre la vocación de las gentes, sobre el colegio de los apóstoles, sobre todos los pastores de la iglesia. A él sólo se concedió

---

11. Ad. Colos. 1. 12.

12. Ib. 18.

13. Serm. 1. de Nativit Domini.

14. S. Leo. epist. 5.

esta excelencia; a él sólo se encarga el cuidado de todos los miembros, que componen el cuerpo, y se le constituye por cabeza de aquella obra, que se trazaba desde los remotos secretos de la eternidad, a que se encaminaban todas las obras de la creación, y que vino a plantar el Mesías con su sangre.

A tanta altura como ésta subió Pedro, pero subió con una vocación del todo divina; por una obra de la virtud, y de la gloria de Jesucristo, como lo dice él mismo, *qui vocavit nos propria gloria, & virtute*<sup>15</sup>, en la cual es, que nos da el Señor cuanto es necesario, o conveniente, para alcanzar la vida eterna. Todas las grandes, y preciosas promesas hechas en las Sagradas Escrituras, que procuraron los profetas indagar (son palabras de nuestro Pedro<sup>16</sup> a qué personas se destinaban, y en qué tiempo se cumplirían, vinieron a entender, que estaban reservadas para nosotros, y para nuestros días, en que Jesucristo, haciéndose cabeza de la Iglesia, había de influir la salud, y la vida en todos los miembros de ella. Porque sin él son inútiles todas nuestras diligencias, vanas nuestras esperanzas, e infructuosas las promesas. Su gracia es la que nos llama a la fe sin mérito alguno. Ella es la que llamamos nos excita a la virtud, y da pensamientos de piedad, toca el corazón, para abrasarlo, y con ella es, que ponemos por obra esos auxilios. Por eso confesaba Pablo, que a la gracia sola debía lo que era, *gratia Dei sum id quod sum*, que le había llamado a un ministerio, de que se había hecho indigno con la persecución.

Nuestro glorioso santo fue llamado a la fe como todos por una vocación absolutamente graciosa: mas a la dignidad fue preferido, en sentir de los padres, con respeto a sus obras; pues aunque todas las buenas tienen su raíz, y su fuerza en la misma gracia, hay en ellas la cooperación propia del hombre, con la cual merece los premios de un Dios<sup>17</sup>, que no obstante de ser absoluto, e independiente en la distribución de sus dones, es también justo, ama la justicia, y mira a la equidad: y en esta inteligencia llama S. Pablo corona de justicia al galardón eterno de la gloria. El amor, y fe sobresalientes de Pedro llamaron la divina atención del Salvador, para escoger-

---

15. 2. Petr. I,3.

16. 1. Petr. 1. 10.

17. Psalm. 10,8.



le entre todos por vicario suyo. Porque, si observamos atentamente el Evangelio, conoceremos su mérito por un amor ardiente, que le empeñaba en todas las ocasiones : por una fe, que le aventuraba en los peligros más inminentes: y aunque algunas veces pasaba su celo la raya de la moderación, y en otras se manifestaba el fondo de la flaqueza humana, a causa de que la gracia no había pulido enteramente su corazón, descubría siempre los quilates de una alma afectuosa, y grande; propia para ministerio tan alto, y de difícil desempeño, que traía consigo esta elección.

Pedro, a más de haber sido el primero, que con S. Andrés, su hermano, abandonó barca, redes, y cuanto poseía por seguir a Jesucristo<sup>18</sup>, cuando el divino maestro entra en la barquilla y le dice que se aleje de las riberas y se engolfe, condesciende luego al punto sin repugnancia alguna. Mándale tirar las redes y echar un lance; y a pesar de la experiencia que pudiera detenerle, de haber trabajado toda aquella noche sin provecho, obedece pronto a la voz del Redentor. Pero con tal confianza en la fuerza de su nombre: *In nomine autem tuo laxabo rete*<sup>19</sup>, que contra la esperanza de todos logró una pesca tan copiosa que ni las redes eran suficientes a contenerla, ni las fuerzas bastantes para tirarla, ni dos barcas capaces de conducirla a tierra. Admirable efecto de la obediencia pronta y de la fe viva de Simón, que le anunciaba los abundantes frutos de sus lances evangélicos. El mismo que echa la red se aturde, vuelve los ojos a la multitud de los peces, y asombrado mira a Jesús, autor de este prodigio; y postrándose a sus pies lleno de confusión le ruega que se aparte y le deje, porque es pecador e indigno de tan soberana compañía. Bien debía esperar, que reteniendo consigo a Jesucristo, había de tener mucho provecho en sus trabajos; pero su humildad más poderosa que su interés, prefiere él trabajar sin utilidad muchas noches, por confesar su indignidad y su bajeza; conducta que le valió riquezas mucho más ventajosas, pues en lugar de peces le promete el Señor, que en adelante tirarán sus redes a los hombres: *Ex hoc jam homines eris capiens*<sup>20</sup>.

---

18. Matth. 4, 20.

19. Luc. 5, 5.

20. Luc. 5, 10.

Si el Mesías, para preparar los ánimos de sus discípulos a fuerza de prodigios, se les deja ver de noche, caminando sobre las aguas del mar, todos se conturban, y es menester que les asegure con su divina voz<sup>21</sup>. Sólo Pedro impaciente de la corta tardanza que habría mientras llegaba el bajel, tan deseoso de acercársele, como lleno de fe, le dice: *Señor, si tú eres el que vienes, mándame que vaya a ti, pisando también las aguas*. Movido Cristo de tan vivos afectos, le responde que venga, *venid*; y aunque no le promete expresamente el milagro de caminar sobre las ondas, se arroja a ellas intrépido y confiado para adelantar el encuentro. Es verdad que su corazón flaqueó algún tanto, al sentir la furia de las ráfagas del viento; pero animando su confianza, clamó al Señor, que le salvase: *Domine salvum me fac*, y aquella divina mano, que tiene ofrecida a cualquiera que le implore con fe en la tribulación, se alargó para el socorro de Pedro, que le pedía.

No fue único este encuentro, en que los demás apóstoles temieron la inconstancia del mar, y Pedro la despreció por Jesucristo<sup>22</sup>. S. Juan nos refiere otro bien semejante, acaecido después de la resurrección del Salvador. Triunfante ya Jesús de la muerte, se presenta a los apóstoles, que pescaban en el Tiberiades; pero ocultándose al conocimiento de ellos, o por defecto de luz natural, porque no hacía más que amanecer, según el texto<sup>23</sup>, o por disposición particular; y después de tratarles amistosamente, sin que le conociesen todavía, los insta y los anima a la pesca, sin embargo de que había sido inútil su fatiga toda aquella noche antecedente. Diéronle gusto, y se repitió el milagro de la copiosa presa. Con todo, no advertía Pedro que era Cristo el que les había hablado. Conoce Juan al Mesías, adviértelo a Pedro, diciéndole: *Dominus est*: mas no acaba bien de oír esta noticia, cuando toma a toda prisa la túnica y se echa al mar, para ir donde estaba su maestro distante como doscientos codos. En este hecho, dice S. Juan Crisóstomo, que se manifestó el carácter propio de los dos discípulos: *proprios mores referunt Petrus, & Foannes*<sup>24</sup>. Era, dice el Santo, más fervoroso Pedro, Juan más elevado; Pedro más

21. Matth. 14,28.

22. Juan. 21.

23. Ib., v. 4.

24. Chrysost. Hom. in Joan. 86.

encendido, Juan más perspicaz. Por eso Juan es el primero que conoce a Jesús, y es Pedro el primero, que se abalanza hacia él.

Cuando en el Tabor deja Jesucristo que se trasluzcan sus glorias con gustos y nada equívocos preludios; aunque fueron testigos escogidos para esta prueba Pedro, Juan y Santiago<sup>25</sup>, se contienen los dos últimos en los límites de expectadores, y la pasión de Pedro por su maestro, a quien acaba de ver en tanta majestad, no contenta con lo pasado, se adelanta a proponerle el establecimiento de unos tabernáculos, en aquel monte, deseoso de que se repitiesen las señales de su soberanía. En fin, cuando el Señor anticipa la noticia de su muerte para que no se escandalicen, y les anuncia el desamparo en que había de quedar por el abandono de ellos, Pedro ofrece su constancia, aunque todos huían; y asegura, que le sugería, no sólo a la prisión, sino al patíbulo. Miraba con tan tierno afecto la persona de su maestro, que juzgaba imposible separarse de ella aun a costa de la vida. Todavía no sabía distinguir bien entre la necesidad de las fuerzas de la gracia, y los arrojos de una devoción mal dirigida, que en aquel caso se graduó de presunción y de temeridad. Igual violencia experimentó su fe en la ocasión de nuestro Evangelio, para adelantarse a todos en la respuesta, y confesión de la divinidad de Jesucristo, a que se siguió su prelación. En el Tabor, en el Cenáculo y en Jetsemaní padeció su vivacidad, o su impetuosa afección, reprensiones, y repulsas, que eran precisas para amoldarle; pero en Cesarea consigue la preferencia entre todos para fundamento de la Iglesia.

A todos los apóstoles preguntaba el divino Maestro qué opinión tenían los hombres del Hijo del Hombre. Ellos responden, que unos le tomaban por el Bautista; otros creían que fuese Elías, y que algunos juzgaban que sería Jeremías u otro de los profetas. Oídos estos diferentes, y errados modos de pensar, les dice: ¿y vosotros, quién decís, que soy Yo? Sea, que todos callaran, o que la viveza de Pedro no les diese lugar a responder; él se adelanta y sin más preámbulo, dice: *Tú eres el ungido, hijo de Dios vivo*. ¡Oh predicación soberana! ¡Oh confesión clara, y celestial! ¡Oh respuesta verdaderamente divina, que mereció, como en fuerza de una pronta recompensa, la promesa incom-

---

25. Matth. 17.

parable del Salvador en otra respuesta! *Respondens autem Jesus dixit ei*. Dichoso, tú Simón, hijo de Juan, pues la sangre, ni la carne te han revelado este misterio. Tú aseguras, y confiezas, que Yo soy el ungido, hijo de Dios; y Yo te digo en remuneración, *respondens*, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi iglesia. Tú has satisfecho mi pregunta, pasando de lo que ves en mí, como hijo del hombre, a publicar lo que divinamente se oculta. Yo respondo a tan alta confesión, *respondens*, que siendo, tú Simón, hijo de Juan, yo te haré cimiento de mi iglesia<sup>26</sup>. La ciencia mía había penetrado desde antes de verte la violencia de tu amor y la prontitud de tu fe; y por eso dije desde entonces, que aunque no eras más que Simón, hijo de Juan, algún día serías llamado *Cephas*, o Piedra. Ahora que tú manifiestas esa fe viva y ardiente, confesando, que el hijo del hombre es más de lo que parece, y que es hijo de Dios, Yo te declaro en cumplimiento de mi profecía, *vocaberis Cephas*, que ya eres la piedra, sobre la cual he de levantar mi iglesia. *Tu es Petrus*.

Fue, pues, Señores, la preferencia de Pedro una gracia de orden muy superior; pero una gracia a que precedieron muchos orden sobresalientes de amor, y de fe. La conducta que observó el autor de ella Jesucristo, nos lo confirma claramente. Habíale prometido en Cesarea esta dignidad, y después de haber derramado su sangre, para adquirir, y purificar la iglesia, después de haber resucitado, y aparecido muchas veces, trabajando siempre en acabar de instruir-la, y de formar-la, cuando llega la hora de despedirse, y dejar-la sobre la tierra, en que se había de extender, para darle un fundamento visible, que haga sus veces, y un Pastor que cuide en su lugar del rebaño; se endereza a Pedro entre todos los apóstoles, y le pregunta, *¿Simón, ámasme tú más que éstos?*<sup>27</sup> Tú sabes, Señor, le responde, que yo te amo. *¿Ámasme en efecto?* le replica Jesucristo: Sí, Señor, bien sabes tú que te amo. Insiste tercera vez el Redentor con la propia cuestión, y enternecido el corazón de Pedro, de que se pusiese su amor en duda, satisface con lágrimas, diciendo: Señor, tú, que como Dios lo conoces todo, no puedes desconocer, que yo te amo. Tres confesiones de fe, y tres pruebas de amor quiso

---

26. Joan. 1.41.42.

27. Joan 21.15

Jesucristo que hiciese nuestro patriarca, para irle confiriendo, como por grados, la dignidad soberana. Hasta entonces le había hablado de futuro: *Serás llamado Piedra, vocaberis Cephas: Edificaré mi Iglesia, adificabo Ecclesiam meam*. Pero allí le habla de presente y le manda: *pasce*. A las dos primeras respuestas le da el cargo de apacentar sus corderos, *pasce agnos meos*, que eran los fieles recién convertidos. A la tercera le eleva sobre los demás apóstoles, encargados también del fomento de la grey, y le dice que apacente las ovejas, *pasce oves meas*. Porque los apóstoles eran estas madres del rebaño, que lo multiplican con su predicación y trabajos, por lo cual decía S. Pablo a los de Galacia<sup>28</sup>: *Hijos míos, que yo vuelvo a dar a luz, filioli mei, quos iterum parturio*; y extendida de este modo de los corderos a las ovejas la comisión, le daba la primacía universal.

No podía ocultarse a la infinita sabiduría de Jesucristo el amor de Pedro. Conocía que su fe venía de lo alto, revelada por el padre de las luces; y que en fuerza de la oración que había hecho para que no faltase, había de mantenerse firme y constante e infatigable en su ministerio. Pero quiso hacer ese prolijo examen a fin de manifestar con la repetición de preguntas, y respuestas, que no se conducía en sus gracias, a la manera que los hombres, por pasión, o por capricho, y que la preferencia de S. Pedro no era acepción de personas, sino premio de un amor, y de una fe acrisolada, y conocida, la cual si con tres negaciones se había manchado, y escandalizado a otros, también era menester que se purificase, y que edificase con tres confesiones, porque sepamos, que Dios no admite en su gracia al que, si tuvo la flaqueza de pecar con escándalo, no hace el mérito de satisfacer con ejemplo.

Éstos fueron los grados por donde subió Pedro desde el estado más humilde hasta la dignidad más eminente, de pobre pescador de Galilea, a universal pastor del cristianismo con preferencia a todos sus coapóstoles. Éstas fueron las obras, que le granjearan la prelación del Salvador sobre sus mismos parientes tan beneméritos por otra parte<sup>29</sup>; y aprobados también con el examen del Cáliz, para los cuales la había pedido Salomé, echándose a sus pies. Y este es en efecto el camino seguro para

---

28. Ad Galat. 4,19.

29. Matth. 20.

todas las dignidades, plazas y estados; pero especialísimamente en los de la jerarquía eclesiástica. No la baja lisonja, no el vil soborno, no el artificioso engaño, no la adulación mudable, no el empeño fuerte, y tal vez... ¿qué sé yo qué? No la ambición desmesurada. El que no entra por la puerta, que es Jesucristo, tiene señas de ladrón. Su vocación se ha de esperar y se ha de buscar con el mérito sólido, para no errar una entrada en que nos va la eterna salud, si nos arrojamos por nuestro interés, por nuestro capricho, por nuestra vanidad en unas obligaciones mucho más temibles que el mar de Tiberíades a que se echó nuestro patriarca. Es menester que, como él pidamos a Dios su vocación: *Jube*, que nos mande caminar: *me venire*, y caminar hacia él, *jube me venire ad te*, y aguardar a que nos llame, *veni*. De otra suerte naufragaremos. Aventura su salvación el secular en un cargo, para el cual no se es a propósito, ni fue llamado de Dios *veni*, sino que lo arrebató con injuria de otro más merecedor, y perjuicio de la república. Expone la suya el casado, y la casada, que no tratan, antes de unirse, de ver si Dios los llama a aquel vínculo *veni*, para bendecirlo, y santificarlo; sino que oyen, y siguen solamente la voz de la sensualidad, o los gritos del interés. No la acierta en la clausura santa, y en el retiro aquella alma, que antes que Dios la solicite *veni*, para guardar su inocencia, o perfeccionar su virtud, se entra, rompiendo las puertas a una carrera tanto más temible, cuanto es más delicada.

¡Pero ah con cuánta más frecuencia, con qué estragos sucede este desorden en los ministerios, y dignidades sacrosantas de la Iglesia, donde no se espera la voz de Dios *venid*, y nos dejamos arrebatados de la ambición! Míranse las rentas, y no las cargas: considérase la grandeza, y no se atiende a los talentos. No hay duda, que muchos para solicitarlos, se engañen a sí mismos con ideas piadosas, y llenas de virtud; pero como no fue Dios quien los llamó, luego que se ven engolfados, y se levantan los vientos del respeto humano, los torbellinos de la pasión, las borrascas de la vanidad, o el interés, comienzan a trastornarse, olvidan el recurso de Pedro a la oración, *Domine, salvum me fac*, y perecen miserablemente. A otros alucina el espíritu de las tinieblas, con una vocación mentida, porque no la examinan a la luz de su mérito, y de sus disposiciones. Es verdad, que cada estado tiene su gracia particular, con que la misericordia altísima aligera la

carga, y asiste en el ministerio; pero este auxilio viene de la vocación, y según la providencia ordinaria supone en nosotros cierta proporción, para cooperar con la gracia, y obrar con ella como hombres racionales, y libres, no la gracia en nosotros como en máquinas, o brutos. Para ocurrir a tantos inconvenientes debemos solicitar, y pedir al padre de las luces, que nos haga conocer su voluntad, y su vocación a los estados, y a los puestos, y averiguar por nuestras obras, si los que tenemos han sido violentados por nosotros sin Dios, para dejarlos por más honrosos, por más lucrativos que sean; porque es mejor entrar cojo, ciego, o estropeado, dice Jesucristo, esto es, pobres, y sin honor en el camino de la vida, que perder ésta por humos mundanos, y riquezas percederas, que cuando más nos acompañarán hasta el sepulcro, y nos dejaran allí en manos de la corrupción, y del olvido eterno, para volverse a buscar otros insensatos que las sigan. Pero como el desempeño puntual, y perfecto de cada estado, y dignidad es la prueba de la vocación verdadera, examinaremos cuál fue el de Pedro.

## SEGUNDA PARTE

Como no usurpó el pontificado, sino que por su amor, y por su fe mereció en cierto modo, que le llamase Dios a él; se entregó tan del todo al cumplimiento de sus obligaciones varias, y difíciles con el auxilio de la gracia, que su vida presenta el más hermoso modelo de acciones heroicas, y santas, continuadas sin interrupción desde su entrada hasta su muerte. Habla este santo pontífice de la gracia de la vocación en su segunda carta, como de una semilla, que cultivada produce los frutos sazonados de la vida eterna<sup>30</sup>. La gracia, dice, y la paz crezcan, y se multipliquen en vosotros por el conocimiento de Dios, y de Jesucristo. Así, como en esa misma fe, del que os llamó por su gloria, se os han comunicado todos los dones de la virtud divina, que tiene relación con la salvación, y con la piedad. Prosigue instruyéndonos en los progresos de la justicia, y de la perfección, como efectos, que se

---

30. Petri 1.

siguen al llamamiento, y no tienen otro principio, que la vocación; y concluye exhortándonos, a que pongamos el mayor estudio en asegurarla, y con ella la elección, por medio de las buenas obras: *Magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, & electionem faciatis*. Porque en realidad la vocación trae el auxilio para cumplir las obligaciones del estado, y este auxilio con nuestra celosa aplicación, *magis satagite* facilita lo difícil, allana los obstáculos, aviva los deseos, comunica las fuerzas, y produce las obras perfectas que son el sello, que asegura, y certifica el llamamiento, y la elección.

Veis aquí los polos de la vida cristiana. Una vocación de parte de Dios, un esmero eficaz, y solícito de parte del hombre. Sobre estos dos ejes han de girar nuestras acciones, para que con ellas aseguremos la salvación. Éste es el gran sistema de la gracia, y del libre albedrío, según la doctrina de la cabeza del cristianismo, y lo que nos confirmó con su conducta, y con su ejemplo. Porque ¿de dónde, sino de estas fuentes, venía la magnanimidad, con que despreciando la vida, publicaba una religión nueva a los ojos del mundo, contraria al espíritu del siglo, opuesta a la superstición de los paganos? ¿De dónde la intrepidez, para anunciar el cumplimiento de las profecías, en medio del Judaísmo, ensayado en la muerte de los profetas, y encarnizado con el deicidio del Mesías? ¿De dónde el valor de proponer una moral, que enfrenaba la licencia gustosa, y envejecida de los pueblos; que ponía a raya las pasiones violentas de los príncipes? ¿De dónde aquella entereza, con que hablaba al Emperador del mundo Nerón, tan enemigo de la iglesia, como del género humano? ¿Aquel monstruo, que no bastando la sangre de senadores, de patricios, de cristianos a apagar su sed, agotó la de su propia madre? ¿De dónde, en fin, aquellas divinas luces, que por todas partes derramaba, con que sin haber estudiado, ilustraba las Divinas Escrituras para confirmación de esta doctrina? ¿Aquella fogosa, y celestial energía, con que mejor que los famosos oradores de Atenas y de Roma se insinuaba, movía, y dominaba los ánimos de sus oyentes? ¿De dónde había de ser sino de la soberanía de su vocación, y del desvelo infatigable con que se esmeraba en asegurarla por medio de las obras?



carga, y asiste en el ministerio; pero este auxilio viene de la vocación, y según la providencia ordinaria supone en nosotros cierta proporción, para cooperar con la gracia, y obrar con ella como hombres racionales, y libres, no la gracia en nosotros como en máquinas, o brutos. Para ocurrir a tantos inconvenientes debemos solicitar, y pedir al padre de las luces, que nos haga conocer su voluntad, y su vocación a los estados, y a los puestos, y averiguar por nuestras obras, si los que tenemos han sido violentados por nosotros sin Dios, para dejarlos por más honrosos, por más lucrativos que sean; porque es mejor entrar cojo, ciego, o estropeado, dice Jesucristo, esto es, pobres, y sin honor en el camino de la vida, que perder ésta por humos mundanos, y riquezas perecederas, que cuando más nos acompañarán hasta el sepulcro, y nos dejarán allí en manos de la corrupción, y del olvido eterno, para volverse a buscar otros insensatos que las sigan. Pero como el desempeño puntual, y perfecto de cada estado, y dignidad es la prueba de la vocación verdadera, examinaremos cuál fue el de Pedro.

## SEGUNDA PARTE

Como no usurpó el pontificado, sino que por su amor, y por su fe mereció en cierto modo, que le llamase Dios a él; se entregó tan del todo al cumplimiento de sus obligaciones varias, y difíciles con el auxilio de la gracia, que su vida presenta el más hermoso modelo de acciones heroicas, y santas, continuadas sin interrupción desde su entrada hasta su muerte. Habla este santo pontífice de la gracia de la vocación en su segunda carta, como de una semilla, que cultivada produce los frutos sazonados de la vida eterna<sup>30</sup>. La gracia, dice, y la paz crezcan, y se multipliquen en vosotros por el conocimiento de Dios, y de Jesucristo. Así, como en esa misma fe, del que os llamó por su gloria, se os han comunicado todos los dones de la virtud divina, que tiene relación con la salvación, y con la piedad. Prosigue instruyéndonos en los progresos de la justicia, y de la perfección, como efectos, que se

---

30. Petri 1.

siguen al llamamiento, y no tienen otro principio, que la vocación; y concluye exhortándonos, a que pongamos el mayor estudio en asegurarla, y con ella la elección, por medio de las buenas obras: *Magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, & electionem faciatis*. Porque en realidad la vocación trae el auxilio para cumplir las obligaciones del estado, y este auxilio con nuestra celosa aplicación, *magis satagite* facilita lo difícil, allana los obstáculos, aviva los deseos, comunica las fuerzas, y produce las obras perfectas que son el sello, que asegura, y certifica el llamamiento, y la elección.

Veis aquí los polos de la vida cristiana. Una vocación de parte de Dios, un esmero eficaz, y solícito de parte del hombre. Sobre estos dos ejes han de girar nuestras acciones, para que con ellas aseguremos la salvación. Éste es el gran sistema de la gracia, y del libre albedrío, según la doctrina de la cabeza del cristianismo, y lo que nos confirmó con su conducta, y con su ejemplo. Porque ¿de dónde, sino de estas fuentes, venía la magnanimidad, con que despreciando la vida, publicaba una religión nueva a los ojos del mundo, contraria al espíritu del siglo, opuesta a la superstición de los paganos? ¿De dónde la intrepidez, para anunciar el cumplimiento de las profecías, en medio del Judaísmo, ensayado en la muerte de los profetas, y encarnizado con el deicidio del Mesías? ¿De dónde el valor de proponer una moral, que enfrenaba la licencia gustosa, y envejecida de los pueblos; que ponía a raya las pasiones violentas de los príncipes? ¿De dónde aquella entereza, con que hablaba al Emperador del mundo Nerón, tan enemigo de la iglesia, como del género humano? ¿Aquel monstruo, que no bastando la sangre de senadores, de patricios, de cristianos a apagar su sed, agotó la de su propia madre? ¿De dónde, en fin, aquellas divinas luces, que por todas partes derramaba, con que sin haber estudiado, ilustraba las Divinas Escrituras para confirmación de esta doctrina? ¿Aquella fogosa, y celestial energía, con que mejor que los famosos oradores de Atenas y de Roma se insinuaba, movía, y dominaba los ánimos de sus oyentes? ¿De dónde había de ser sino de la soberanía de su vocación, y del desvelo infatigable con que se esmeraba en asegurarla por medio de las obras?

Su celo no se limitaba a una provincia: el ardor de su espíritu no se ceñía a una nación, para anunciar la doctrina, y la fe de Jesucristo. Todas las abrasaba con la extensión de su caridad. Donde no podía hacer, que se oyese su voz, procuraba, que resonasen los ecos, multiplicando su espíritu en los discípulos, que instruía, y despachaba a sembrar el Evangelio por todas partes. Los riesgos más conocidos, en vez de detener su carrera, le servían de aguijón, y allá volaba, donde era más peligrosa la empresa. Luego que dejaba prendido el fuego en una región, pasaba, como rayo, a encenderlo en otra, y para que Pedro saliese de un pueblo, no había otro medio, que ver tranquilos a sus fieles. Apenas se logra el sosiego en la Judea, marcha para Samaria. Recibe ésta el Evangelio, y encamina sus pasos a Antioquía: como un astro cuyo curso no se detiene sobre algún clima más tiempo, del que necesita para su benigno influjo, así corría Pedro por todos los reinos, y visitaba sin parar todas las provincias: <sup>31</sup>. Constituido Pastor Universal del Rebaño, daba vuelta a toda la grey. Esta conducta, hermanos míos, me hace temblar, cuando en ella veo, que los operarios evangélicos, aunque no puedan, ni deban correr el orbe, tampoco han de perdonar trabajo, ni excusar fatiga, que conduzca al cultivo de la viña, que el Señor nos ha confiado, según los respectivos ministerios. El ejemplo de Pedro condena la indolencia, y la delicadeza de aquéllos, que demasiadamente fuertes para seguir con tesón sus caprichos, sólo se sienten débiles, para ejercer las funciones más esenciales, y sagradas. Para reconocer, para visitar el rebaño, se teme la enfermedad, como si el riesgo de la salud, o de la vida pudiese ser excusa al cumplimiento de una obligación, en que se conoce el buen pastor<sup>32</sup>, por el desprecio de la muerte. Siervos inútiles en la casa del Divino Padre de Familias: higueras estériles, que no llevan otro fruto, que la hojarasca del fausto, o del orgullo, que por tanto serán cortadas, y arrojadas al fuego.

Mas no pasemos tan por encima, y como de bulto, las acciones de nuestro padre. Ellas merecen ciertamente mayor atención: y no dudo, que examinando por menor algunas, nos darán mejor idea de su grandeza, y de nuestra obligación. El primer

---

31. Act. 9.32.

32. Joan. 10.

acto de su pontificado fue completar el número de los apóstoles con el nombramiento de uno, que entrase en lugar de Judas, cuya silla había vacado con su perfidia, y con su muerte<sup>33</sup>. En un hecho de tanta importancia no vemos, que tomase más parte el príncipe de los apóstoles, que proponer al colegio la necesidad de la elección. Dio principio con una oración llena de sabiduría, y de unción, comenzándola por la profecía de David, que había predicho el prevaricato de Judas<sup>34</sup>, el cual se consumó con su desastrado fin en cumplimiento del oráculo, de cuyo contexto se seguía la consecuencia precisa de que otro entrase en su ministerio. Siguió exponiendo las calidades necesarias en el que se nombrase, para sustituirle, diciendo, que debía ser uno de aquéllos, que siempre estuvieron con los apóstoles, viendo las obras, y oyendo las instrucciones de Jesucristo, desde el día del bautismo de Juan, hasta aquel punto, en que se les desapareció, elevándose a los cielos. Concluida su exhortación, dejó en manos del concilio la elección con entera libertad, sin dar más testimonio de ser la cabeza de aquel cuerpo que el celo de completar su número en persona capaz del desempeño.

¿Quién podrá mirar sin edificación un ejemplo tan digno de la santidad de Pedro, como ajeno de nuestro común modo de obrar? ¿A quién no moverá una indiferencia tan desinteresada de manejo, cuando nuestro amor propio nos domina de suerte en semejantes casos, que cada uno querría hacerse árbitro en los nombramientos, y un elector independiente? La más ligera sombra de jurisdicción, o facultad nos arrastra a nombrar ministros, o a dar empleos sin más consulta que la del capricho. ¿Qué de litigios tan sangrientos? ¿Qué de discordias tan escandalosas? ¿Qué de enojos tan irreconciliables no vemos cada día, por hacer nuestra voluntad, y seguir nuestras fantasías en las elecciones? ¿Mas de dónde pensáis, que vienen estos males? No de otra raíz, si bien lo consideramos, que de no buscar como Pedro la utilidad de la iglesia, y el bien común de la República, criando operarios, y ministros que puedan servirla con sus talentos; sino que antes atendemos a nuestra vanidad, o a nuestro interés, para elevar a aquellos, que nos obsequian. No miramos a que se desempeñen dignamente los cargos; procura-

---

33. Act. 1.16.

34. Psalm. 108.

mos que se coloquen los que el parentesco, el paisanaje, el empeño, o el soborno nos han recomendado. Si nuestras miras tuviesen la pureza que deben, y la que tuvo nuestro Santo, bien lejos de disputar la independencia para nombrar, solicitaríamos la dispensa de proponer, o procuraríamos hacer a muchos participantes de la acción, por asegurar el acierto. Pedro llevó a tal punto la supresión (digámoslo así) de sus facultades, que aún después de propuestos dos por el colegio, que fueron José hijo de Sabá, a quien llamaban el justo, y Matías, quiso que se dejase a la suerte la preferencia del uno; y que la oración de todos alcanzase el acierto que deseaba, encomendándolo al padre de las luces, con una moderación tan humilde, como poco imitada en nuestros días. Ponderad vosotros esta acción, y estudiad en ella lo que yo callo, y manifiesta por sí misma, mientras paso a desdoblar otro lienzo de su historia no menos edificante, e instructivo.

Hallábase Pedro en Jope alojado en casa de un curtidor llamado Simón<sup>35</sup>, porque, a imitación de su maestro, no desdeñaba el hospedaje humilde; y arrebatado su espíritu en un éxtasis, se le presentó una mesa cubierta de cuadrúpedos, serpientes, y aves reprobadas en la ley de Moisés, de que se le mandaba que comiese. Resistía escrupuloso aún a tocarlos, y meditando, qué podría significar tan desusada visión, sintió el ruido de los soldados, que venían en busca suya de parte de Cornelio, cuyas limosnas, y piedad habían movido la del Señor, para sacarlo del error en que vivía a la luz del Evangelio, y traerlo del gentilismo a la Iglesia. Salió al otro día con los tres enviados, y seis de los fieles, que le siguieron voluntariamente a Cesarea. El venturoso Cornelio se adelantó a recibir esta visita, y se echó devoto a los pies de Pedro, para adorarle, confundiendo con su humildad el orgullo de muchos que se juzgan ilustrados, y niegan la veneración debida a los pastores, y especialmente al pastor universal, en cuya presencia ha de doblarse la rodilla, no para dar culto a su persona, sino para manifestar en la sumisión a ellos, el que debemos al Dio, que nos representan.

Este lienzo, que nos trazó el pincel del S. Lucas, da las más altas elecciones, si se meditan altamente sus figuras. Cornelio

---

35. Act. 10

postrado delante del príncipe de los apóstoles, y éste inclinado a levantarse del suelo, hablan vivamente con sus acciones. No se descubren en esta pintura coches, ni caballerías, porque Pedro había venido a pie desde Jope a Cesarea, sirviendo de carroza a sus preciosos pies, que iban a anunciar la paz, y a prometer los bienes eternos, su caridad, y su celo; carro más brillante, que el del profeta Elías, que le hacía cortas las distancias, y tan gustoso lo llevaba por los caminos arduos, y difíciles, como por las llanuras más iguales. Era su acompañamiento el de seis fieles, que conducía la devoción, y no el sueldo, o la adulación. Cornelio, que jamás le había visto, lo distingue entre ellos, no por la diferencia de su vestido, pues traían todos el mismo ropaje; no por el obsequio cortesano impropio de la sencillez de aquellos tiempos, y ajeno de la humildad de S. Pedro, sino por una especie de divinidad, con que Dios adorna, y sobreviste a sus embajadores, y brilla, no en los costosos arropajos, sino en la luz de los ojos, y majestad del semblante. Este luminoso colorido, que da la gracia, bañaba sin duda el venerable rostro de Pedro, centelleando en él aquel fuego que alumbraba la caridad en la oficina de su pecho, y cuida Dios, de que se trasluzca al exterior para la verdadera honra, y distinción de los suyos, cuanto es mayor el esmero de su humildad para ocultarlo.

De esta clase eran las señales, que distinguieron a Pedro entre los que lo acompañaban, no los vestidos, no los criados, no el tren, no la afectada soberanía. Bien sé, que los tiempos admiten alteración en cuanto a las cosas exteriores. Que la disciplina ha variado, y se muda en este punto, y en otros semejantes, según los siglos, y los lugares. Que a veces una igualdad simple en el trato causaría menosprecio, y que la prudencia, y la razón dictan estas mutaciones. Pero cuidado, que el enemigo, que nos acecha es una serpiente muy astuta, que se vuelve, y se dobla a todas partes para infundir su veneno; que sabe, como el áspid, ocultarse entre las mismas flores. No sólo es conveniente, sino necesaria, e indispensable la exterior decencia, y compostura a nuestro estado, y admite diferencia según sus grados; pero la vanidad, y la soberbia se esconden cautelosamente en este adorno, y tal vez se juzga decencia, lo que es pura ostentación, o lo que no puede hacerse sin defraudar el patrimonio de los pobres. El eclesiástico en cualquier

grado de su jerarquía ha de tener presente, que el orden de ésta es espiritual, y que nada puede distinguirse más en ella, que las obras del espíritu, fundando su decoro, y gravedad interiormente en la humildad, y la caridad, y manifestándolo por de fuera con la limosna, y el buen ejemplo. Nada es capaz de conciliarnos mejor la veneración, que la piedad. Lo que digo de nuestro orden, debe entenderse cada uno en su respectiva clase, si quiere ser tenido por miembro de este cuerpo inmaculado de la Iglesia, en la cual nada profano es parte sana, y todo lujo es corrupción, que lo afea. Sobre todo desengañese de esta verdad el otro sexo, y conozca que ni la casada tiene más poderoso aliciente para cautivar el corazón de su esposo, que la virtud; ni la doncella otro atractivo más eficaz, para conquistar hombres de bien, con que hacer un lazo santo, y feliz, que la honestidad.

Conocido del centurión nuestro santo por el divino ornamento de su virtud, fue adorado. Pedro desechó humilde el humo peligroso de este incienso, que nosotros apetece mos incautos, y buscamos con ansia; porque sabía, que su oloroso perfume pasa blandamente a embriagar con venenosa dulzura la cabeza, y priva al hombre del conocimiento propio. Levanta, le dice luego a Cornelio, levanta, que yo también soy un hombre: *Et ego ipse homo sum*. ¿De qué sirve ese gesto, que respira la altivez para los mismos, que ayer tratabas como iguales, ni ese estilo seco, o insolvente? ¿Has dejado de ser el que eras, o eres acaso más que un hombre? *Ego ipse homo sum*. Y es un engaño ridículo pensar granjearse por esos, y otros tales medios el respeto, de que sólo puede hacernos dignos el mérito de la virtud.

Imitemos la humanidad, con que el pontífice Pedro entró después en la casa del Cornelio, saludando con afable trato a cuantos en ella estaban, para atraer sus voluntades, y ganar sus corazones. No ignoráis, les dice, cuánto es lo que abomina la gente de mi nación la comunicación, y el comercio de las otras gentes. Pues, sabed que yo, aunque hebreo, he comprendido por la misericordia del Señor, que no he de tener a hombre alguno por común, o por inmundo. ¡Ha soberbios que desdeñáis al prójimo por inferior: hipócritas, que condenáis a vuestros hermanos como pecadores: fariseos de corazón! oíd a Pedro, imitad a Pedro, y entended, que las almas son iguales, que la raíz de todos es una misma, que el bautismo no fue diferente, y que la gracia no se detiene en condiciones, sino en

obras. Abrió sus labios, dice el texto, y comenzó a derramar la doctrina del cielo: a verter sobre todos la unción espiritual; a interpretar las Sagradas Escrituras: a explicar las promesas de Dios, para catequizar al centurión, y sus domésticos: con tanto fruto, que antes de concluir su oración bajó sensiblemente el Espíritu Santo sobre sus oyentes, llenándolos de sus dones, con asombro de los judíos bautizados, que todavía ignoraban la vocación del gentilismo a la Iglesia, y que ésta había de congregarse de todas las naciones, sin exclusión de gente alguna.

De esta suerte corría de una provincia en otra su fogoso celo, sin desidia, y sin orgullo, predicando a Jesucristo con tanta intrepidez que ni las injurias más atroces, ni los peligros más inminentes, ni las cárceles mas duras, podían detener su carrera, hasta que pasó a Roma en el imperio de Claudio, que como capital del Orbe, dice S. León<sup>36</sup>, y su dominación, destinala Dios, para que fuese la cátedra, desde la cual se derramase con mayor abundancia, y eficacia por todo el mundo la luz de la verdad, que se había revelado en Jesucristo para la salud de las gentes. Allí que con más tiranía, que en otra parte, reinaba el príncipe de las tinieblas, oscureciendo la verdad con los errores de cuantas sectas había inventado el paganismo, era menester que se detuviese la antorcha del Evangelio. Allí que el mundo hacía alarde de toda su vanidad, y sus encantos, era forzoso, que el príncipe de los apóstoles pelease contra él con las armas de la cruz, y de la mortificación. Para esta obra le había sacado la providencia altísima de las crueles manos del Herodes, cuando estaba más cerca su sacrificio; porque tenía dispuesto, que donde resplandecía el trono de los Césares con toda su grandeza, se estableciese el solio de la religión con toda su humildad, y que la muerte de su primer vicario consagrarse la silla de una religión de mortificación, y de negación con mejor triunfo, que los que había inventado la romana soberbia, cuya vana majestad, después de haber subido como el mago Simón, se vio precipitada, y destruída con el celestial poder del pobre pescador de Galilea; y Roma, que hasta entonces había sido el centro de la gloria mundana, se hiciese el corazón del mundo cristiano, y allí residiese la cabeza de éste, donde habían brillado los jefes de aquél. A Roma, pues, se destinaba la gloria de que a imitación de Jesucristo muriese

---

36. Sanctus Loe, serm. 80.



Pedro en una cruz, de cuyo leño se formase la cátedra del reino cristiano, que Pedro fundó, y estableció en ella como vicario de Dios, para que se conozca el centro de la unidad en la serie no interrumpida de los sucesores de este príncipe, sobre cuya fe le ofreció el Mesías, que había de erigir su iglesia. *Et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam.*

¡Oh Pedro! ¡Oh piedra del cristianismo! ¡Oh pastor universal, celoso, caritativo, a cuya fe obedece la naturaleza, se rinde el hombre, huye la enfermedad; a cuya voz se abren los cielos, y descende el mismo Dios para santificar los corazones que instruyes, y que sacas de las garras del león. La elocuencia se agota, el aliento falta, y no es bastante el período de un día, para referir tus obras. Cada camino que transitas, cada mar, que navegas; cada reino que ilustras; cada iglesia, que fundas: cada maravilla, que haces da abundantísima materia para muchos discursos, y es un campo amenísimo de instrucciones cristianas. ¿Pues qué diré de tus escritos, en cuyas nerviosas cláusulas vives predicándonos después de muerto los misterios y los dogmas católicos; y en los cuales vemos cómo redivivo tu celo? ¿Con qué solidez, hermanos míos, con qué misteriosa precisión nos declara en ellos todo el fondo de la religión, y sus máximas; todos los oficios del cristiano, y sus respectivas obligaciones? Ninguno es capaz de seguir su curso, y examinar sus hechos, desde que levantó la voz el primero de los apóstoles en Jerusalén, después de la ascensión de su maestro, hasta aquel punto, que entre prodigios de fe, celo, caridad y paciencia, dio el último aliento en Roma por Jesucristo.

La gracia soberana de su vocación, a la cual enseña, que se debe todo lo que conduce a la perfección evangélica, era el origen de la virtud soberana con que trabajaba por la Iglesia. La solicitud, y el estudio vigilante que ponía en desempeñarla, era el mérito de sus obras excelentes. La dilatación del cristianismo fue el fruto de tan gloriosas tareas. El Señor, que lo había llamado al ministerio le dio las gracias, que necesitaba para la altura y dificultad de esta empresa; y a medida, que Pedro abría su corazón para recibirlas, y su voluntad para cooperar, se manifestaban estas en obras, dignas de su empleo. Porque cuando Dios es el que llama, no pueden faltar los medios sobrenaturales, que hemos menester: cuando nosotros nos desvelamos en atender a estos auxilios, en oír las voces anteriores, con que nos

habla, y seguir sus inspiraciones celestiales, aseguramos, como nos dice el mismo Pedro, la vocación, y la elección con el desempeño de las obras, y nos libertamos de las peligrosas caídas: *Hacemim facientes non peccabitis aliquando*<sup>37</sup>. Mas el que se entra por fuerza en el santuario, o arrebatara los empleos, sin que Dios le llame, debe temer el defecto, o desconfiar de la eficacia de los medios, y de la cosecha de los frutos. El mismo autor de los dones Jesucristo, nos dice en persona de sus apóstoles, que su elección, y vocación debe preceder a nuestra determinación: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos ut eatis*<sup>38</sup>, para que a ella se siga la abundancia del fruto: *Et fructum afferatis*.

Tú, pues, patriarca santo, pastor fidelísimo y celoso de toda la grey, que con tu palabra, con tus escritos, con tus fatigas, y con tu muerte, desempeñaste el encargo de un báculo, que el mismo Dios puso en tus manos. Tú, cuyas oraciones en la tierra eran tan eficaces para el cielo, solicítanos más y más los dones, y los auxilios de la gracia, para que distingamos la voz de Jesucristo de los engañosos acentos del dragón; y conociendo las vocaciones verdaderas que hemos de seguir, logremos con ellas, en un desempeño laborioso, desinteresado y humilde el premio eterno en la gloria. Amén.

---

37. 2. Petr. I. v. 10

38. Joan 15. 16



SERMÓN DEL MANDATO SOBRE LA HUMILDAD,  
PREDICADO EN LA IGLESIA CATEDRAL DE LA ISLA  
ESPAÑOLA EL DÍA 13 DE ABRIL DE 1775.

*Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum  
ego feci vobis, ita & vos faciatis.*

*Yo os he dado ejemplo, para que así como yo lo  
he hecho con vosotros, vosotros también lo practi-  
quéis. Son palabras de Jesucristo al cap. 13. de  
S. Juan, 15.*

Si alguna vez pudo celebrarse con razón la grandeza del conquistador del orbe, que ha dado tanta materia con sus empresas a la fama del siglo, fue en la ocasión que despojándose de la soberanía de monarca, ejecutaba por sí mismo lo que mandaba a sus tropas; cuando desmontando del caballo, echaba la mochila sobre sus reales hombros, o tomaba el azadón en sus imperiales manos. Una heroica vergüenza, que comenzaba por los principales amigos y confidentes, dice su historiador, que corría, por los capitanes del ejército, y se derramaba al fin entre sus soldados, obligando a todos a imitarle<sup>1</sup>, haciéndose

---

1. Erubucrunt non sequi, primun amici, deinde copiarum duces, ad ultimum malites. Exemplum Regis cacteri imitari sunt. Q. Curt. lib. 7.

gloriosa competencia la emulación de seguir su real ejemplo: *Exemplum Regis cateri imitati sunt*. Un soberano, en cuya comparación es Alejandro mucho menos, infinitamente, que un átomo comparado con la extensión de ambos globos. Un emperador, a quien el Dios de los ejércitos comunicó su omnipotencia junto con la naturaleza en la generación eterna, e inefable, y luego por medio de la unión hipostática en cuanto hombre. Jesucristo, quiero decir, hijo de Dios vivo, y Rey de Reyes, se desnuda hoy de toda su majestad, y grandeza, y practica a vista de sus amigos y confidentes los apóstoles, y de todas las tropas del cristianismo, que toman el nombre de su Milicia, otra acción más digna por muchos títulos de ser seguida, que la del hijo de Filipo, y nos manda expresamente, que la imitemos.

Dispuesto a celebrar con sus discípulos la última Cena, que tanto había deseado, como vísperas de aquella pascua dichosísima, en que, derrotada la muerte, se abrió el paso para sí, y para los suyos al eterno reino de su padre, entre los aparatos del convite, que ocupaba por entonces la atención de los apóstoles (a excepción de Judas, que solo maquinaba en su traición) se levanta de repente Jesucristo, y despojándose en presencia de ellos de las vestiduras de encima, se desembaraza para ejercer los ministerios de Siervo. Toma, pues, una toalla como criado, y se la ciñe; pone luego agua en una fuente, y arrodillándose a los pies de los apóstoles, comienza a lavarlos, y a enjuagarlos. Acción tan estupenda a los ojos de los mismos que servía, que alguno entre ellos la resistió, y todos llenos de asombro, preguntaban con la misma admiración al Señor el motivo, que tenía para tan extraño abatimiento; a cuya tácita demanda satisface, diciéndoles, que aquello hacia para darles ejemplo, y para que ellos practicasen entre sí lo mismo que le veían ejecutar: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita & vos faciatis*.

¿Y podrá (decid cristianos que me oís) tener más eficacia, o más virtud el ejemplo de un Alejandro ambicioso de su gloria, que el de Jesucristo, animado del amor, que nos tenía, y deseoso de la nuestra? ¿O tendremos menos rubor sus discípulos, que los soldados macedonios? Por la loca vanidad de ceñir las sienes de su rey con laureles de muy corta duración, y abrirse el paso a un reino, que se desvaneció entre sus manos, doblaron éstos las cérvices entre duros afanes, y conocidos peligros.

¿Nosotros llevados de la esperanza cierta de una corona incorruptible, de un reino permanente, de un gozo perpetuo, de una tranquilidad interminable, no abatiremos el orgullo, para imitar a Jesucristo, y practicar lo que él ordena y ejecuta? ¿Por ventura creemos que su admirable y ejemplarísima acción no tuvo más fin, que el que se manifestaba en lo exterior, ni se repite en nuestros templos y en estos días con tan augusta, y religiosa ceremonia con otro objeto, que el de acordarnos, que Jesús lavó los pies a sus discípulos? No, hermanos míos. El Salvador practicando aquella acción nos daba en ella el ejemplo, no de lavar unos a otros los pies materialmente, sino de humillarnos todos, y en todo; y la Iglesia renueva anualmente en la persona de sus pontífices este ejemplo, para acordarnos con su práctica la ley de la humildad: ley de todas las acciones: ley de todos los estados: ley de todos los cristianos, y enseñarnos a vencer la altanería, y la soberbia, con que nuestro corazón la resiste; y para reducir a breves puntos una materia tan importante, como vasta, os manifestaré la necesidad, y la extensión de la virtud de la humildad, sin salir del Evangelio, y del ejemplo que nos dejó el Salvador.

1. Porque Jesucristo practicó y enseñó la humildad, a fin de que todas las acciones del cristiano sean humildes.

2. Jesucristo, siendo Maestro, y Señor, se humilló, para que el hombre en cualquiera estado o dignidad le imite, y se humille.

Este es el objeto de la acción del Salvador lavando los pies de los apóstoles, y el que la iglesia nos recuerda; a saber, la necesidad y la extensión de la humildad en todas las acciones, y en todos los estados del cristiano.

Purísima y Santísima Virgen, que justamente atribuiste a tu humildad la soberana elevación, con que Dios te distinguió entre todas las criaturas, alcánzanos con tu poderosa intercesión la gracia de aprovechar con el ejemplo y la doctrina de tu hijo, que tanto necesitamos. Ave María.

Difícil sería persuadir a la razón, si no la desengañase la experiencia, cuanto es el terreno, que ha ganado la soberbia, y cuán lejos ha llevado los confines de su imperio; y si la razón no es capaz de ajustarlo con sus principios, la religión se escandaliza, y estremece al cotejarlo con sus máximas; y ambas se horrorizan, viendo, que el ejemplo de un monarca ambicioso, que se abatía a los oficios del soldado, animase a los suyos a

seguirle, y que hoy dé vergüenza a los cristianos el ejemplo de un Dios hombre, cuya ley profesan, cuyas promesas creen, con cuyo nombre se glorían. ¿Pero qué digo imitar a Jesucristo en el abatimiento? Sólo el hablar de ley de la humildad se oye como hipocresía, o se tiene por locura: porque la soberbia ha dilatado su tiranía desde un polo a otro; pues con tal artificio, que ocultando el nombre, para no alborotar a ciertas almas, viene por fin a dominarlas todas: al modo de aquellos políticos enemigos de la República, que aborrecían el título de rey, para establecer con más seguridad el despotismo. Estas horrorosas conquistas, que habían avasallado al yugo del demonio todas las naciones de la tierra, vino el Mesías a cortar, oponiendo a la voraz furia de la altanería (con que el hombre se abate, creyendo, que domina) la virtud de la humildad, que lo ensalza, cuanto más se somete, y anonada; manifestándole con el ejemplo, y con la palabra la engañosa astucia de aquel vicio, y enseñándole, que la verdadera grandeza consiste en la humildad, sin la cual no hay obra digna de aceptación, y recompensa a los ojos de Dios, que es el origen de toda la grandeza: y por la cual hemos de buscar sólo su gloria en nuestras obras, apocándonos en la misma grandeza de las que hacemos.

Para fin tan soberano, y para lograr una empresa tan gloriosa como la de vencer un tirano apoderado de todos los corazones, se dejó ver en nuestra carne mortal el mismo hijo del altísimo, que es el Verbo Eterno, uniendo nuestro cuerpo y nuestra naturaleza a su persona Divina. Y si atendemos, dice el gran Padre S. Basilio, a toda la economía del misterio, inefable de la encarnación, no hallaremos otra cosa, que prácticas, ejercicios, y lecciones de humildad<sup>2</sup>. Él escoge por madre una doncella pobre, él nace en medio de la noche, y en un portal despreciable, unos pañales ordinarios cubren su adorable humanidad: huye en ajenos brazos, como flaco, y sin poder, de la ambición de un hombre cruel: se sujeta a la circuncisión como pecador, es reputado por hijo de un oficial mecánico: se mantiene desconocido muchos años: cierra la boca a los espíritus, que tratan de publicar su grandeza, se oculta de las turbas, cuando quieren proclamarle rey, permite que se le tenga no más que por hombre, y repetidas veces se llama Hijo del Hombre. En

---

2. S. Basil. Serm. de Humil.

fin, en todos los prodigios, que obraba, no buscó otra gloria, que la de su Padre Eterno, que le había enviado.

La doctrina admirable, que enseñaba, en todo era conforme a estas obras. No fue el Salvador uno de aquellos sabios que desacreditaban, como Diógenes, las lecciones del desprecio del mundo, buscando en eso mismo sus aplausos; ni de aquellos legisladores, que mandaban otra cosa de lo que hacían; en toda su conducta siguió la humildad, y ésta fue el objeto de sus instrucciones, y preceptos. Para radicarla en el corazón de sus discípulos, unas veces les decía, que mientras no se humillasen como los niños, no podrían entrar en el reino de los cielos: otras les mandaba, que aprendiesen de él a ser humildes, y humildes de corazón. En su presencia reprendía la hinchazón de los fariseos, previniéndoles, que se guardasen del fermento de su soberbia. El sermón grande, que les hizo en el monte, comenzó por la humildad; y si bien se observa, éste es el espíritu de toda su ley, que quiso confirmar con la elección de unos apóstoles ignorantes, y plebeyos, y con la acción más señalada de tomar las insignias de siervo, y practicar el oficio más ínfimo de los criados, lavando, y enjugando los pies de aquellos hombres todavía groseros, y pecadores; pero no contento con la ejecución, les declara sin rebozo, y les dice, que así como él se ha humillado, debían ellos abatirse: *Ut quemadmodum ego feci, ita & vos faciatis.*

Veis ahí, hermanos míos, la ley de la humildad intimada en los apóstoles a todo el cristianismo, y practicada por el legislador, para enseñarnos, que sin ella no podemos ser sus discípulos. Pero cuanto es más necesaria esta virtud, tanto es más desconocida por el común de los cristianos; más repugnante a nuestra fantasía, y más resistida de la vanidad, que domina en nuestros corazones. Contra ella pelea el entendimiento con su ceguedad; la voluntad con su amor propio: el espíritu con sus falsas ideas. Porque la razón del hombre, ya sea por su limitación, que la impide extender el conocimiento para penetrar el fondo de las cosas, como son en sí, y hacer cotejos ajustados, y exactos entre ellas: ya sea por la parte que tiene de material, que la estrecha a obrar por medio del mecanismo de los sentidos, con los cuales se halla íntima, y precisamente ligada, y que el primer objeto, que la ofrecen, es su propio individuo; esta razón humana, digo, con cualquier ventaja real, o aparente, que



descubra en su persona, se deslumbra, y forma un juicio de preferencia, de elevación, y de estima sobre los demás hombres, tan desacertado en la realidad, que examinando a buena luz por unos ojos imparciales, penetrantes y espirituales, como los de David, se compara justamente al más torpe de los brutos<sup>3</sup>. De este deslumbramiento viene el ocultarse la imperfección de sus obras, la superioridad de las ajenas, la necesidad, que tiene de los auxilios del cielo para cualquiera acción loable, y el conocimiento de su insuficiencia, y de su nada, que son los principios en que se funda la humildad.

A un deslumbramiento semejante no es extraño, que se siga la corrupción del corazón, y que éste repugne la misma ley. Porque si el hombre recogido en sí mismo, no extiende la vista más allá de su propio ser, ni se alarga a examinar otra cosa, que sus calidades, sus ventajas, y sus dotes, reales, o imaginarias, sin contrastarlas en una balanza fiel, es preciso, que el corazón se llene de amor propio, resista a todo lo que sea despreciarse, y como un ciego a quien otro sirve de guía, viene a dar en el precipicio, en que cayó primero la razón. De este modo establece en su alma el trono la soberbia, que se radica, y fomenta el paso de la edad, con la cual crecen, se multiplican, y abortan las fatales semillas de este monstruoso vicio, que se introduce después en toda su conducta, y malea sus acciones a pesar de la ley, y del Evangelio, que ha creído, que ha abrazado; pero que no ha entendido, ni ha penetrado hasta su médula; y ciego por su altanería, del antídoto de la propia ley, confecciona tal vez el veneno más mortífero para su ruina.

Porque no obstante de ser la humildad una piedra fundamental del Evangelio, y que su autor Jesucristo la practicó, y repetidas veces dio el precepto, y manifestó la necesidad, que tenemos de ella, como no la sujetó, a tiempo, a lugar, ni a materia, dejándola vaga, e indefinida: si el hombre no se aplica a meditar sin prevención esta ley, y pide a Dios con el profeta<sup>4</sup>, un entendimiento ilustrado, y capaz de comprender sus mandamientos para guardarlos; le llevará la oculta tiranía de la soberbia al error más peligroso, y le inducirá a creer, que

---

3. Homo cum in honore esset non intellexit comparatus est jumentis &c. Psalm 48. v. 12. & 21.

4. Da mihi intellectum, & scrutabor legem tuam, & custodiam illam in toto corde meo. Psal. 118. v. 34.

observa la Ley de Dios, cuando está más lejos de su verdadero cumplimiento por defecto de humildad: y pensando, que sigue los caminos del Señor, irá más descarriado, y corriendo a su perdición eterna. Espantosa es, y terrible esta sentencia; pero no por eso deja de ser muy práctica, y verdadera. El divino maestro nos la demostró en aquel fariseo<sup>5</sup>, que oraba, daba gracias a Dios, ayunaba dos días en la semana, pagaba con exactitud, y puntualidad los diezmos; en fin, repasaba su conciencia, y la hallaba limpia de robos, injusticias, y adulterios; pero con todo eso no quedó justificado en la presencia de Dios. ¿Y cuál sería la causa de su reprobación? Cuál había de ser, sino que aquellas obras, al parecer santas, y meritorias, estaban interiormente viciadas de la vanidad; y el cumplimiento de los preceptos, en que se lisonjeaba, no tenía por base la humildad. Si esta virtud tan necesaria se ciñese a cierta acción, o estuviera determinada de algún modo a materia, o a lugar, no se engañaría el fariseo hasta gloriarse observante de la ley: pues examinándose por él tal precepto, como lo hacía por los otros, hubiera descubierto sin equivocación, que era reo de soberbia.

Conoced, pues, cristianos, que me oís, cuán necesaria es la humildad: y advertid también, que debe andar mezclada con todas vuestras acciones, para que Dios se agrade de ellas. Así como la soberbia es una raíz emponzoñada, que comunica insensiblemente su jugo venenoso a todas las obras, así también la humildad debe ser una virtud interior en el cristiano, que las santifique con el conocimiento de que nada puede hacer sin Dios, para atribuirle la gloria, y confesar su insuficiencia: de otra suerte la misma ley, los mismos preceptos, y la misma santidad, servirán para la ruina, y se cumplirá lo que el justo Simeón dijo del Salvador<sup>6</sup>, que había nacido, y presentádose para la perdición de muchos: unos por no recibir su doctrina; y otros por no obrar conforme a su ejemplo.

Por lo mismo, que no ligó la humildad a una acción, y a un tiempo: es de todos los tiempos, y de todas las acciones, y necesita de tanta atención en su observancia, que aún cuando estamos cumpliendo los preceptos, solemos quebrantar éste con una transgresión, tanto más peligrosa, cuanto es más

---

5. Luc. 18.

6. Luc. 2.34

insensible, y desconocida. El heresiarca, que se separa de la creencia de algún dogma, en que conviene toda la iglesia: el cismático, que deja la comunión del cuerpo de los fieles; el blasfemo, que osa poner la lengua en el Supremo Ser; el sacrílego, que ultraja lo más santo; el homicida, que quita una vida, en que sólo Dios tiene dominio; el adúltero, el lascivo, el ladrón; todos estos, digo, aunque su errado modo de pensar los haya alucinado, o la violencia de sus pasiones los ciegue; aunque la dulzura engañosa del deleite los arrastre: y aunque la licencia desenfrenada de vivir en el vicio, les haya franqueado la carrera de la iniquidad sin tropiezo: de suerte, que el libertinaje se confunda en ellos con el ateísmo, y parezca, que la razón se les ha envuelto en el más densó nublado; no obstante puede afirmarse sin temeridad, que ninguno de estos deja de sentir en sus mayores desbarros, con más o menos frecuencia, el latido interior de la conciencia, que penetra importuno hasta el fondo de su alma, inquieta sus placeres, mezcla de acíbar sus delicias, y turba su sueño, si por un castigo, el más terrible de todos, no tiene ya cerrado enteramente el corazón, y se ha puesto el sello al decreto de su reprobación. Porque, como sus caídas son en materia determinada, conocida, y sobre objetos sensibles, esos mismos objetos le dan de cuando en cuando en los ojos; y aunque el corazón esté muy aletargado (si no está del todo muerto), siente la punzada; pero al contrario el soberbio, cuyo pecado es puramente espiritual, y no se contrae a determinados actos; al mismo tiempo, que repasa en su memoria los preceptos de la ley, y coteja con ellos su conducta, va tropezando, o mejor diré, pisando la humildad, mientras a su parecer está levantado su corazón a Dios, para darle gracias, de que en ninguno ha faltado, ni se encuentra reo como tantos otros ladrones, adúlteros e injustos.

Por eso el Santo Obispo de Milán Ambrosio dice, que de los demás pecados nos levantamos con otra facilidad, que de las caídas de la soberbia, a cuya ruina no hay cosa, que sirva de socorro: porque el soberbio, o con dificultad conoce su pecado, o si acaso llega conocerlo, no recurre al médico, y piensa curarse por sí mismo: mas como no puede aprovechar aquella cura, en que las medicinas son fomento para la enfermedad, viene a hacerse deplorable la del soberbio. Tan peligroso es su estado, tan desesperado su mal, que el padre S. Agustín se

atreve a decir: *Audeo, dicere*, que para sanar, le conviene caer en otro pecado grave, visible: en una de aquellas culpas enormes, que no pueden tergiversarse, y condena todo el mundo; para que el dolor del golpe, y la confusión de la caída abran las puertas al arrepentimiento a vista de la fealdad del delito, y su horrible, y vergonzosa imagen le haga conocer la hinchazón vana, de que estaba poseído, y confesar con humildad su impotencia para hacer obra buena, sin que Dios concorra a ser el primer autor de ella con el auxilio de su gracia, desde el primer pensamiento, con que le excita, hasta el último cumplimiento: uniéndose con él para la ejecución. ¡Tal es el pecado de soberbia, que es menester otro pecado, y que ése sea gravísimo para abrir los ojos, y comenzar a arrepentirse!

Añadid a esto, que la tentación de la soberbia, que destruye el fundamento de la humildad, y aniquila el mérito de nuestras obras, o, mejor diré, convierte en pecado las más heroicas, es tan delicada, que el mismo S. Ambrosio la juzga como propia de los buenos; esto es, como aquel último esfuerzo, y más peculiar, que tiene el infierno, para combatir contra los justos. No acomete, dice el santo, a los desidiosos, a los tibios, a los flojos, y a los indevotos. Asesta sus tiros contra aquellos ánimos vigilantes, cuidadosos, y que sobresalen por la brillantez, y el olor de las buenas obras; a los que no puede derribar con el impulso, para que caigan en la bajeza de los otros vicios, procura arruinarlos con la hinchazón. Ningunos son más a propósito para sus asechanzas, que los más esclarecidos en méritos: *Quanto enim clariores erunt meritis, tanto aptiores eos suis invenit insidiis*. Y por tanto aconseja, que anden con más temor, y mayor cuidado de este áspid, los que se dan más al ejercicio de la virtud, conforme a lo que nos dice Dios por el eclesiástico<sup>7</sup>; que el que se acerca a su servicio, debe estar firme en la justicia, y en la desconfianza, o temor, y disponer su alma a la tribulación, humillando, y abatiendo el corazón: porque si éste llega a entumecerse con sus acciones loables, con su adelantamiento, y con su santidad, no mirándolo todo como efecto de la gracia, que misericordiosamente se le ha dado, y como un beneficio de la mano todopoderosa, que no merecía: si no teme, que faltándole el arrimo del Señor, caería en todos los

---

7. Eccli. 2. 1.2.

vicios, y torpezas, si se cree autor de sus obras, o en estado de no desconfiar, vendrá por un justo castigo a desplomarse el edificio de su virtud, y dará en tierra el coloso de la más eminente sanidad.

Sí, hermanos míos, la soberbia procura ingerirse en todas nuestras acciones, y por eso Divino Legislador del Evangelio la opuso el precepto de la humildad universal, e indefinido: que no se liga a este tiempo, o a aquella acción, sino que en todas nuestras obras debe concurrir, y en todos los demás preceptos ha de servir de cimiento. Pero de tal suerte, que oculte con todo estudio la bondad, y excelencia de esas propias obras, y que aún a sí misma no se conozca la humildad: quiero decir, que siendo fieles no nos lisonjemos de ello, y siendo humildes desconozcamos, que los somos. Duro me diréis que es este principio, y que será imposible, que al mismo tiempo que nos rendimos, y nos anonadamos: que nos despreciamos, y no contamos con nosotros; que tememos, y recurrimos a Dios, dejemos de conocer, que somos humildes, y que cumplimos con el precepto del Soberano Maestro: y cuando el mundo ve, y aplaude nuestro modo de obrar, nos lo desfiguremos, y no nos creamos dignos de aquella alabanza. Esto sería, me diréis, alucinarse en cierto modo, y negar el testimonio a la verdad.

Yo os confieso, que este es un misterio, como en otra ocasión decía el apóstol, y que es un enigma impenetrable. ¿Mas para quién? Para los mundanos, y para aquellos corazones oscuros, y cerrados a los rayos luminosos de la gracia. Es verdad, vuelvo a decir, que es un misterio; pero antes de descifrarlo, os pregunto. ¿No tiene sus misterios, sus arcanos, sus enigmas la soberbia? ¿No procura también desfigurarse, enmascararse, y transmutarse aún en la misma humildad? En una palabra. ¿No es el estudio mayor de los soberbios no ser conocidos, ni tenidos por tales, y muchísimas veces parecer humildes? Si examinamos a fondo cada hombre en sus acciones, no es otra cosa, que un enigma tan inexplicable, que muchas veces él mismo, si quiere hablar con sinceridad y buena fe, no sabrá desenvolverse, y manifestar su interior, hasta descubrir cierta semilla de soberbia, que ha puesto en movimiento todas sus pasiones, y ha llegado a confundirse entre el tropel de ellas.

Aquél, que en su modestia, en su afabilidad, en su conversación seria aparenta la sencillez, y el candor de alma, oculta un

deseo vivísimo, de que se le estime por prudente, y que se le confíen los negocios. El otro, que no parece ocuparse más que en ilustrar su entendimiento, y cultivar las ciencias por la dulzura, que en sí tienen, y por la satisfacción que con ellas recibe el alma, encierra una violenta presunción, y quiere ser tenido por el Platón o por el Séneca de su siglo para dar la ley. El que con más rendimientos, sumisiones y oficiosidad hace la corte al poderoso, al grande y al ministro, no es porque lo imagina un obsequio debido; sino porque (aunque se presume con mayor talento, con mayores disposiciones, y más digno) comprende que le conviene sofocar todos estos antimientos, para que el otro le eleve y ayude a subir sobre sus alas. Pero, sin cansarnos en una infinidad de objetos que ofrece esta materia en todas las clases, en todas las personas y en todos los hechos, vamos a lo más sagrado, y vuelvo a preguntaros, ¿se acabó ya la raza de los hipócritas? ¿Se ha extinguido la generación sacrilega de los fariseos, cuya soberbia solapada condenaba Jesucristo para recomendarnos la necesidad de la humildad? ¿De aquellos, que enseñando en el público una doctrina severa, no la observan en su conducta? ¿De aquellos, que en sus vestidos y trajes quieren parecer virtuosos, y en la realidad son presumidos? ¿De aquellos, que oran en los templos y en las plazas para ser tenidos por espirituales, y a cuenta de sus oraciones largas se sorben las casas de las viudas? ¿De aquellos en fin, que han puesto el mundo sobre el pie de desconfiar de las acciones más santas, y aunque no puede aprobársele la temeridad de condenarlas, tampoco debe reprendérsele la cautela de canonizarlas?

Pues si la soberbia procede con tantos misterios, y dobleces, que cada hombre es un enigma y cada acción un arcano, ¿qué mucho que la humildad tenga también sus sacramentos y que no sólo procure ocultar la bondad de las obras, sino desconocerse a sí propia? Mándanos Jesucristo guardar su Ley, y que la observemos de tal suerte que edifiquemos al prójimo con la excelencia de nuestras acciones, como con una antorcha que arde sobre el candelero en medio de la casa, para derramar su luz por todas partes, con el fin, nos dice<sup>8</sup>, de que las vean los hombres: *Ut videant opera vestra bona*<sup>9</sup>. Ordénanos luego que

---

8. Matth 5,16.

9. Matth 6,2.

demos limosna, y al mismo tiempo nos previene que nuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para enseñarnos a ocultar el mérito, y que el hálito emponzoñado de la vanidad no aje o derribe la flor de la virtud. En fin, el mismo Señor nos amonesta que tengamos gran cuidado de no hacer las obras meritorias en presencia de los hombres: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus*<sup>10</sup>. Estos dos preceptos parecen encontrados, y que el uno destruyē lo que manda el otro. En el primero se nos manda dar buen ejemplo, y que resplandezca de modo nuestra virtud, que la vea el prójimo como una luz; en el segundo, que la ocultemos, de suerte que no parezca en la presencia de los hombres.

Esta contradicción aparente es el misterio de la humildad. Pero si atendéis el fin con que el divino maestro manda ambas cosas, esto es, que manifestemos y que ocultemos de los hombres las acciones santas y justificadas, hallaréis que se hermanan muy bien. Porque cuando nos dice que los hombres hayan de verlas, añade que ésto ha de ser para que ensalcen y den la gloria de ellas a nuestro Padre Celestial, como si él sólo las hiciese, sin que nosotros tengamos parte: *Videant opera vestra bona, & glorificent Patrem vestrum qui in Caelis est*. Y cuando nos amonesta que las ocultemos, es para que no practiquemos la justicia delante de los mismos hombres con la mira de que éstos nos vean y nos ensalcen, *ut videamini ab eis*: como hacían los fariseos para ser honrados, *ut honorificentur ab hominibus*; porque entonces perderemos la recompensa de aquel padre que reside en los cielos: *Mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in Caelis est*. Así descifra este misterio el P.S. Gregorio hablando de la comparación que hace el Salvador del Reino de los Cielos con el tesoro escondido en el campo, y que oculta de propósito el hombre que le encuentra. Es menester, dice, esconder el tesoro para conservarlo; porque no puede defenderse la virtud de los espíritus malos, si no huye de las alabanzas humanas. En esta vida pasajera, vamos como por un camino que guía a la patria, en el cual nos acechan los demonios, como unos ladroncillos muy hábiles: y el que lleva el caudal de la virtud haciendo ostentación de él, quiere sin duda que se le roben. Y esto digo

---

10. Io. v.1.

(continúa), no porque los prójimos dejen de ver las obras buenas que hacemos, pues se nos ha mandado lo contrario; sino porque en lo que hacemos, no busquemos la alabanza; y de tal suerte parezca en el público la acción que no se trasluzca la intención, para que con aquélla demos ejemplo, y con ésta procuremos siempre el secreto de agradar a Dios y no a los hombres. En el cumplimiento de la ley, en el ejercicio de las virtudes cristianas y en la humildad misma, hemos de dar buen ejemplo; pero, ni hemos de atribuirnos esa bondad, que será soberbia, ni solicitar la estima y aprobación de los hombres, que es vanidad, con la cual quedan nuestras obras vacías de mérito y como una caña hueca y floja, que ladea y vuelve el viento hacia la parte que quiere.

Bien nos manifestó lo uno y lo otro el divino maestro en el lavatorio de sus discípulos. Prepárase a darnos el ejemplo de la humildad, para que nosotros le siguiésemos con la misma disposición y orden que su majestad lo hacía: *Ut quemadmodum ego feci, ita, & vos faciatis*; y comenzando por Pedro, se sorprende de éste al ver tanto abatimiento en su maestro, y avergonzado de mirar a sus pobres plantas al Señor, le dice: ¿Tú me lavas los pies? *¿Domine, tu mihi lavas pedes?*, ¿Tú, a quien yo he visto caminar sobre las aguas, como por la firmeza de la tierra, vienes a bañar mis pies? *¿Tu mihi lavas pedes?* ¿Tú, a quien siendo yo testigo bajaron Moisés y Elías a hacer corte, y te vi lleno de resplandores divinos y transfigurado en glorias, te humillas hasta mis pies? *¿Tu mini lavas pedes?* ¿Tú, a quien yo mismo he confesado hijo del Eterno Padre, y he conocido por el ungido del Señor, te bajas al oficio más servil que pudiera hacer un criado? *¿Tu mini lavas pedes?* Pedro, le replica el Salvador, ves la acción, y no sabes el fin, admírasla porque no penetras mi intención: *Quod ego facio tu nescis modo*. Así han de ser, hermanos míos, nuestras obras y nuestra propia humildad, hagámoslas como Jesucristo en presencia de los hombres: *Quod ego facio*; pero no cuidemos de su concepto o de su aplauso, y ocultemos la intención: *Tu nescis modo*; y esto con tanta desconfianza, que tampoco deseemos que nos tengan por humildes, porque el que lo es verdaderamente, dice el Padre San Bernardo<sup>11</sup>, antes quiere ser reputado por vil, que ensalza-

11. S. Bern. serm. 16. sup. Cant.



do como humilde. *Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis predicari*, que eso sería otra soberbia refinada y el colmo de la hipocresía.

Tal y tan indispensable es en la vida cristiana, hermanos míos, el profundo cimiento y base de la humildad, para que pueda resistir a los impulsos continuados de la soberbia, que lucha por arruinar todas las acciones. No hemos de faltar con el ejemplo para mover a nuestros prójimos; pero tampoco se ha de procurar en él otra gloria que la de Dios, de quien nos viene el pensamiento, la voluntad y la fuerza, llevando en cada una la más escrupulosa atención de no atribuirnos su bondad, desconfiados siempre de su perfección y temerosos de nuestra propia flaqueza, que de este modo edificaremos sin perjuicio de nuestras almas; y la humildad servirá de fundamento para el mérito, y para la grandeza sólida de todas las obras, teniendo en ellas un influjo especial, y general a un tiempo; pues si el divino maestro no la dejó ceñida a lugar ni materia determinada, fue porque su virtud se derrame en toda la conducta del cristiano, como se manifestó en toda la vida de Jesucristo, y así se convence que es la ley de todas las acciones. Veamos ahora si hay estado o persona que pueda pretender excepciones contra esta ley, y nos convenceremos igualmente de que así como abraza con generalidad las acciones del hombre, obliga a todos los hombres, y es ley también de todos los estados y de todos los cristianos, y que mientras son más distinguidos y elevados, tanto deben ser más humildes de corazón o renunciar al cristianismo y sus promesas.

## SEGUNDA PARTE

Yo no me admiraría que en aquellos siglos infelices, en que la justa cólera de Dios, por uno de sus más impenetrables juicios, se derramó como impetuoso torrente sobre la tierra, dejando que la descendencia de Adán corriese por los caminos, que inventaba su corrupción: en aquellos tiempos, en que negándole sus luces, permitía, que errasen a su fantasía; hubiese monstruos de soberbia, que quisiesen avasallar toda la naturaleza, y aun pensasen merecer la adoración, ni que se

levantaran Doctores tan engañados, que enseñasen a ser soberbios, y abriesen escuela pública de este horrible, e inhumano vicio; porque aunque la razón, que nunca ha faltado enteramente al hombre, y por eso ha sido siempre delincuente, y digno de la pena sin el auxilio de otra ley, como nos declara el apóstol<sup>12</sup>, debiera clamar, y clamaba, bien que sordamente, para que las oyese el corazón en el motín turbulento de sus pasiones irritadas, y muy escasa la claridad de sus conocimientos para alumbrar los caminos de la virtud, que el vicio, y la corrupción habían negado. Lo que pasa más allá de la admiración, si cabe, es, que después de haber aparecido la benignidad, y humildad de nuestro Dios Salvador, instruyéndonos con la palabra, y el ejemplo: con la fe, y con la gracia, a negarnos a toda suerte de impiedad, a separarnos de los deseos carnales, a vivir con sobriedad, con justicia y con religión<sup>13</sup>: después de habernos dado en términos claros, precisos, y universales la ley de la humildad; no sólo haya en el cristianismo quien se juzque exento de su obligación, sino que aborten maestros de aquellos, que profetizaba el mismo apóstol<sup>14</sup>, que se dejarían ver cuando los hombres repugnasen más la doctrina sana del Evangelio, los cuales lisonjeando sus oídos, les descubrirían otras máximas. Esta profecía, que en todas las edades ha ido cumpliéndose, ya con el nacimiento de varias herejías en diferentes artículos del dogma, ya con los errores en materia de costumbres: en nuestros días, entre los cristianos, y en nuestra nación, se ve más confirmada con la guerra, que sufre el punto capitalísimo de la humildad, no sólo en la práctica de innumerables personas, sino en la teoría de muchos escritores aplaudidos. Hoy con más descaro, que en los siglos, y países del gentilismo, se dan, y oyen las lecciones de la soberbia, y se ultrajan las leyes sagradas de la humildad. Los paganos en medio de su ceguedad conversaron tanto respecto a esta virtud, que aun cuando no la seguían, procuraban contrahacerla: y mirándola como efecto, o como principio de la humanidad, nunca se atrevieron a combatirla al descu-

---

12. Quicumque enim sine lege peccaverunt, sine lege peribunt. Ad Rom. 2.12,

13. Ad. Tit. 3.4, 1b 2.12.

14. 2. ad Tim. 4, 3.

bierto, antes la afectaban con todo estudio. Hoy ¡qué horror! con desprecio de la propia humanidad corren, y se aplauden unos sistemas, que con el título de grandeza de alma, o con el pretexto de amor a la patria, de derecho natural, de principios de educación, y otros semejantes, destruyen la humildad, y el Evangelio, y quieren persuadir, que ni puede haber hombres grandes: ni héroes, que defiendan el estado, si no se arroja del camino este estorbo, y se arrinconan en las iglesias, y los claustros, que también deberán cerrarse, o arruinarse, para que ni haya quien predique el fanatismo (así lo llaman), ni se ofrezca a los ojos de la juventud el abatimiento, honrado en las estatuas, y ejemplos de los Santos: sustituyéndolos las de los Alejandro, los Marios, los Silas, los Scipiones, los Brutos, los Cayos, y los Pompeyos, sobre cuyos modelos formen sus primeras ideas, y tomen el plan de su conducta.

Bién sé que no todo el pueblo que me oye tiene la desgracia de entender este lenguaje, y que la misericordia del Señor conserva los corazones de los pobres en una dichosa sencillez, para ignorar aquella ciencia de la hinchazón, que pretende saber más de lo que conviene, y que siendo en realidad el verdadero fanatismo, traslada su nombre al extremo que se le opone, para hacerlo ridículo, y odioso. Pero también sé que muchos (¡ojalá no fuesen tantos!) comprenden hacia dónde se encamina mi oración, y fiado en la promesa del Señor, que da palabras, y energía a los defensores de su ley, procuraré recoger mi aliento para convencer contra el espíritu de las tinieblas, que no hay estado, graduación, o persona, que no deba ser humilde, y tanto más humilde, cuanto sea más elevada.

Apenas se hallará una máxima tan establecida en el mundo, ni tan mal entendida al mismo tiempo, como la que induce cierta diferencia de jerarquías entre los hombres, tomándolas de la distinción de su origen, y sangre. Mírase como indispensable para la buena armonía, que unos nazcan superiores a los otros, y que aquellos tengan a éstos como por una porción de otra naturaleza inferior, sin otra relación con la suya, que la obligación de servirles, y obsequiarles; pero confundiendo lo verdadero con lo falso, resulta una liga monstruosa de soberbia, que destruye la Ley de Jesucristo al mismo tiempo, que trastorna la armonía. Es verdad que en la constitución a que el mundo se redujo, y que Dios ha permitido, debe haber un orden

jerárquico, o de mayores, y menores en dignidad. Esta doctrina no es contraria al Evangelio, Jesucristo la confirmó con el ejemplo, y con la palabra, sus Apóstoles la predicaban, y recomendaban la subordinación a las potestades temporales; como una parte de la gran virtud de la humildad. Tampoco admite duda que el mismo desorden a que lleva la soberbia, y que ha llenado el mundo de tantos estragos en la conducta de los hombres por su natural altanería, ha sido una causa justa, para ligar esta superioridad al nacimiento; causa aprobada por Dios en sus sagrados testimonios, y reconocida por útil con la experiencia. Porque si los hombres separados son brutales, unidos son licenciosos, se llenan de ambición, y necesitan, de que por razón, o por fuerza, se les sujete a los límites de la justicia, se les arreglen las acciones, se les disminuya la fuerza, y se les ponga en un estado, en que sin dejar de ser útiles para sí, sirvan a los otros, y no perjudiquen a sus semejantes; todo lo cual necesita de un poder superior, que domine, dirija, y perfeccione esa muchedumbre.

Pero de esta misma preeminencia necesaria, útil, y aprobada se ha originado el abuso de extenderla infinitamente más allá de sus precisos límites, usurpándola, a título del nacimiento, un número excesivo de personas, que podemos llamar *soberbios de sangre*, las cuales aspiran, en cuanto pueden, a las regalías, que se deben a uno solo; y vulnerando la humildad, trastornan igualmente las repúblicas. Este entusiasmo ha cundido hasta los pueblos más pequeños, y son innumerables los que quieren preferir entre sus prójimos, sólo porque nacieron de unos padres, que se distinguieron de los otros en sus obras y merecieron justamente la consideración de sus conciudadanos, o de sus príncipes: pero consiste su preferencia en cierta vanidad nativa, ociosa, y despreciable. Llámanse cristianos todos estos, cuando su altivez en el modo de pensar, y en la conducta batalla contra la humildad, y destruye el fundamento del cristianismo: porque a la Cruz del Salvador, han sustituido su cuna, y en lugar de ver en aquella, y en los ejemplos del divino maestro el desprecio, que deben hacer de sí; contemplan en esta una grandeza, que los llena de amor propio, y de tal suerte jactan la diferencia de su origen, como si hubiera criado Dios más de un Adán, para que naciesen ellos. La ley de la honra es la profesión, que siguen, y miran como privativa de su origen. El que toca a

este ídolo, aún que sea con la imaginación, es imperdonable. Una palabra, que no sea sumisa, los indispone: una mirada los altera; una alabanza, que se escasee, los irrita, una lisonja, que falte, los conmueve: y un grano de incienso, que se les niegue, es en su juicio un desprecio digno del más severo castigo. ¿Y qué razón presentan para graduar estos ultrajes? La de que no son como los otros: que todos no son unos, y que hay mucha diferencia de un nacimiento a otro. De esta corrompida fuente vienen los odios, que turban la paz de las familias, y la tranquilidad de los pueblos: las persecuciones ocultas, o escandalosas para vengar los agravios: las maquinaciones, para destruir al ofensor: las murmuraciones; con que se mancha la honra del prójimo, y los desafíos, que no ha podido contener, no digo el Evangelio, y la iglesia, pero ni la severidad de las leyes seculares. El mismo principio tienen tantos locos empeños, que no sufren sus caudales, y recaen sobre los ajenos, por mantener la ostentación de esta grandeza; tantas injusticias como se hacen a unos, y otros: y tantas infamias, que no refiero, porque vosotros las sabéis, y aumentaría tal vez el escándalo con decir las. En fin, de aquí una holgazanería en que viven, o mejor diré, en que yacen tantos hombres, que la humildad cristiana haría útiles, y por este capricho vano e infundado son una pensión de sus pueblos, y una carga pesadísima a la República.

¡Pobres mortales! ¡hombres engañados! si queréis abrir los ojos contemplad a Jesús, cuando lava los pies de sus discípulos. Cuando nos da en esta acción el modelo de ser humildes, advierte S. Juan dos cosas bien notables, y ambas muy propias para nuestro desengaño. En la noche de la cena, dice el evangelista, conociendo Jesús, que se llegaba su hora, y teniendo presente, que el Padre le había engendrado, y enviado: *Quia a Deo exivit*, y que tornaba al mismo Dios: *Et ad Deum vadit*, se preparó tomando las vestiduras de criado, para ejercer con sus discípulos el oficio; y enseñarnos, cómo habíamos de imitarle en la humildad<sup>15</sup>. Todas las palabras de las Sagradas Escrituras encierran altos misterios, y contienen instrucciones utilísimas, porque el Espíritu Divino que las dictaba, miraba a estos fines aun en las sílabas, y los ápices; y para destruir la preocupación de estos soberbios de origen, o de sangre, quiso, que aunque era

---

15. Ad Rom. 15, 4

Dios el que daba el ejemplo, se manifestase, que lo ejecutaba teniendo presente su divinidad: *Sciens quia a Deo exivit*, y su fin en cuanto hombre de subir a colocarse en la Gloria del mismo Dios: *Et ad Deum vadit*. Pues si el hijo de Dios os hace ver, que con reflexión de la alteza inefable de su generación practica la humildad, que nos enseña, ¿podrá haber hombre tan alucinado, que naciendo de otro hombre, juzque, que no ha de humillarse, y que su nacimiento es una dispensa de la ley común del cristianismo? Si el hijo de Dios, que sin pasar por la pena de la corrupción, había de terminar su vida para reinar en la gloria con su padre: *Et ad Deum vadit*, abraza la humildad hasta en la misma muerte, ¿nosotros, que en la muerte, más que nunca, mostramos la igualdad, y descubrimos la nada; nosotros, que acabamos en podredumbre, y gusanos, que son, según la expresión de Job, nuestros últimos padres, y parientes comunes; para convencernos, que así como nacemos todos de unos padres pecadores, nos han de recibir al fin unos padres asquerosos; nosotros, que ignoramos cuál será nuestro destino eterno, que no sabemos si hemos de ver a Dios, ¿podremos vivir tan ciegos, tan llenos de vanidad, o como decía un anacoreta antiguo, tan locos, que nos creamos diferentes los unos de los otros por el nacimiento, y exentos por esta fantasía de practicar la humildad? Esto sería el colmo de los delirios, y este delirio tan frecuente es uno de los mayores enemigos, que tiene la ley santa, y a que opuso Jesucristo cuando daba el precepto, y el ejemplo, el antídoto, con que debía curarse en las consideraciones de su divino origen: *Quia a Deo exivit*, y de su glorioso fin: *Et ad Deum vadit*, para que aprendiésemos a hollar esta aparente, y vana distinción de nacimientos ilustres.

Pero no es éste sólo el escollo de la humildad: otro bien semejante se le opone (contra el cual también nos previno Jesucristo en el Evangelio) cuyo principio se toma de la misma máxima, mal entendida del orden jerárquico, o de la subordinación, y superioridad, que debe haber entre los hombres. Son innumerables, como habéis visto, los soberbios, que podemos llamar de sangre, o de nacimiento: polillas de la República, que trastornan: pestes de los pueblos, que consumen: abortos de la naturaleza, que malean en sí mismos: y escándalos de la religión cristiana; pero no son menos los que sin este despreciable capricho se juzgan exentos de ser humildes, y miran a la

humildad como propia del vulgo, y de las gentes, que llaman bajas, o medianas, creyendo, que los que se hallan constituidos en mandos, dignidades, o empleos desdorarían sus destinos, y serían despreciables con una conducta humilde, y conforme al Evangelio. Estos *soberbios de oficio*, piensan que el alto concepto de su carácter, la estimación de su grado los pone en la precisión de mirar a otros, cuando no con desprecio, a lo menos con desdén; y en una necesidad de llenarse de arrogancia, para hacerse respetables. De otra suerte creen, que se apocaría la autoridad, y no se harían obedecer de sus dependientes. Persuádase, dicen estos, la humildad al paisanaje, a la turba, para que la religión sirva al estado político; pero destiérrense estas ideas bajas, y populares de aquéllos, que se destinan al gobierno, y se emplean en la conducta de los negocios públicos: cuyas almas han de respirar grandeza, y pensamientos sublimes.

Así discurre una parte no pequeña de los cristianos, y que debería comprender mejor la necesidad, y la extensión de las virtudes: así piensan aquellos, que se llaman genios grandes, espíritus superiores, almas ilustradas, que se elevan sobre la esfera común: y en la realidad son unos hombres limitados, que no alcanzan la admirable unión de la Ley de Jesucristo con el buen orden: o se han dejado poseer de las falsas ideas, con que los enemigos de la religión pretenden hacerla odiosa. Para convencer su error, o desvanecer su preocupación, no es menester más que una reflexión sobre el Evangelio de este día, y una sencilla explicación de la humildad.

No sólo nos advierte el Sagrado Evangelista, que para ceñirse como criado, y practicar los oficios de siervo, tuvo presente el Salvador su divinidad, su eterna grandeza, y la gloria, que era debida a su sacrosanta humanidad: *Quia a Deo exivit, & ad Deum vadit*; sino también que lo hacía con conocimiento del poder limitado, de la dominación universal, y en una palabra, de que el padre había puesto toda la omnipotencia en sus manos: *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus*. ¡Advertencia verdaderamente misteriosa! ¿Cuántas veces usó nuestro redentor Jesús de este poder, sin que en ninguna de ellas haga memoria S. Juan, ni otro de los escritores sagrados, de que el padre se lo había comunicado? Con sus divinas manos toca el leproso, y queda milagrosamente sano: toma la de la suegra de Pedro, y en el momento se levanta. Coge la de la hija del

Archisinagogo Jairo, y resucita; las aplica a los ojos de los ciegos, y les da vista: llega al féretro del hijo de la viuda de Naín, y se levanta; y en ninguno de estos prodigios, y otros, que obraba con el tacto, se nos acuerda en el Evangelio, ese poder depositado en las mismas manos, que daban vista, y comunicaban vida. Sobre todo lanza Jesucristo el demonio mudo, que ocupaba el cuerpo de un infeliz, el cual libre de su tiranía, comenzó a hablar<sup>16</sup>; llénanse los judíos de admiración clamando, que no se había visto prodigio semejante en Israel; pero los Fariseos, envidiosos, y ciegos procuraban oscurecer su acción con la calumnia, y en vez de atribuir el milagro a la virtud divina, lo atribuyen al ministerio de Belcebú. Conoce el Salvador la impostura, y no se vale para convencerlos de manifestarles, que el poder del Padre estaba en sus manos: *Quia omnia dedit ei Pater in manus*, y sólo les dice (después de reconvenirles con la potestad, y virtud de sus exorcistas, que también arrojaban los demonios, como se conoce de los Hechos Apostólicos) que si en el dedo de Dios es que tenía esta virtud *Si in digito Dei ejicio damonia*, deberían tener por cumplidas las promesas del reino.

En este lugar tan señalado se hace memoria de la Divina Omnipotencia; pero no se la atribuye Jesucristo como puesta en sus manos con aquella especialidad, que la tenía: habla de ella hipotéticamente, y por modo de retorsión: *Si in digito Dei*. ¿Pues por qué cuando se humilla como siervo, y cuando sus manos no se emplean en maravillas, que asombren por la grandeza, sino en obras, que chocan con su bajeza, tiene cuidado el Espíritu Santo, al dictar el Evangelio, de advertir, que esto lo hacía el Salvador, sabiendo, que el poder de Dios estaba en sus manos: *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus?* Para qué había de ser, sino para confundir nuestra arrogancia, manifestándonos, que si un hombre Dios Todopoderoso se humillaba, ¿qué deberán practicar los descendientes de Adán, hijos de la ira, reos de juicio, mortales, flacos, e infelices, a quienes, ni los empleos, ni las dignidades sacan de la esfera de caducos, ni del estado de pecadores? Si aquellas manos, que son la fuente de toda la grandeza, y el poder; porque no hay más poder, ni más grandeza, que la de Dios; nos dan el ejemplo admirable, y práctico de la humildad, ¿cómo podrá

---

16. Matth. 11.



ensoberbecerse el terrón de polvo, que se desmorona a soplos, y que sólo por representación de aquella soberbia tiene en el mundo alguna distinción? La religión, hermanos míos, no encuentra medio entre el cristianismo, y la soberbia: entre imitar a Jesucristo, o declararse su enemigo. Su Majestad lo dice: *Qui non es mecum, contra me est*; y si teniendo en sus manos el poder del padre se humilla, ¿qué poder opondrá el hombre, que lo exima de humillarse?

Luego la Ley de Jesucristo, infieren los espíritus alucinados, y que se juzgan más ilustrados que los otros, es contraria al orden público, y a la superioridad; luego ningún cristiano podrá mandar, y hacerse obedecer: juzgar, y ejecutar sus decisiones. Consecuencia falsa, originada de que esos con todas las luces de que se lisonjean, no comprenden la virtud de la humildad. Los padres han combatido este error, y el ejemplo de los santos, que han gobernado y juzgado sin dejar de ser humildes, lo confunde; pero yo no me serviré para destruirlo, si no es del mismo Evangelio.

Habíale parecido a Pedro tan extraña la acción de su maestro, que se negó, como habéis oído, al lavatorio; amonéstale el Señor, para que obedezca, y le dice que después sabría el motivo de aquella acción. Concluido el acto, vuelve a tomar sus vestiduras, a recostarse otra vez entre los apóstoles, y entonces les pregunta, ¿queréis saber por qué os he lavado los pies, cosa que tanto os ha suspendido y admirado? Pues entended que ha sido para daros un ejemplo. Vosotros me llamáis maestro y Señor, y en efecto lo acertáis y decís bien; porque yo soy el maestro vuestro y de todos los hombres, y el Señor por excelencia: *Sum etenim*. Pues si yo, siendo Señor y Maestro, me he abatido hasta lavar vuestros pies: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus & Magister*, también vosotros siervos y discípulos debéis lavar unos a otros los pies: *Et vos debetis alter alterius lavare pedes*; esto es, vosotros también deberéis abatiros y humillaros; pues no es el siervo más alto, que su Señor, ni el empleado es mayor que el que le ha constituido en el ministerio. Si os hacéis cargo de estas lecciones y ejemplo: Si hac scitis, y las practicárais, seréis bienaventurados: *Beati eritis, si feceritis ea*.

En medio de toda la humillación, manifiesta Jesucristo que no deja de ser Señor y Maestro, y que aunque da lecciones y ejemplos de abatimiento, hacen bien de darle esos nombres; y

de ahí saca la consecuencia legítima de que ningún cristiano debe excusarse de la ley de la humildad por más alta dignidad o empleo que tenga: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus & Magister*: considerando, que en ningún estado, en ningún empleo, en ningún puesto puede ser mayor que el hijo de Dios, cuya soberanía representa y a quien debe mirar como autor de su elevación. Pero el daño está en que los falsos políticos no penetran el fondo de esta virtud, ni saben la eficacia de este ejemplo, y por eso infieren de la humildad una consecuencia falsa y viciosa, contraria a la del Salvador; a los cuales podrá decirseles con el mismo Jesucristo, si vosotros llegáis a comprenderlo: *Si hac scitis*, entonces no inferiréis que mi ley es contraria al orden público, y que mis discípulos deben renunciar a la magistratura y al mando: si os hacéis cargo de lo que ejecuto y ordeno: Si hac scitis, veréis que mi doctrina, y ejemplo no se oponen a la superioridad que es necesaria; pues sin dejar de ser Maestro y Señor, me humillo, y mando que os humilléis en la firme inteligencia de que no sois más que yo: *Non est servus major domino suo*.

Lo que condena el Evangelio y lo que se opone a la humildad, son los torcidos medios de aspirar a los empleos y el manejo altanero que se tiene en ellos. En dos palabras, la ambición y el abuso, que es lo mismo que condenan las leyes y que ha procurado desterrar la sana política en los estados sabios que florecieron en todos los tiempos. No es contra la humildad, el deseo y la diligencia de cumplir con las obligaciones que tenemos por nuestros estados respectivos, ya de ciudadanos obedeciendo a las leyes, sirviendo a nuestros compatriotas, defendiendo la causa pública, estorbando cuanto es de nuestra parte la injuria de cada individuo, y el agravio de todos en común; ya de magistrados, ocupándonos en el estudio para penetrar el espíritu de las ordenanzas, celando no sólo que se cumplan para el beneficio público, y buena armonía de la República, sino también precaviendo que no se vulneren, y castigando los transgresores, para mantener la felicidad de los pueblos; ya de padres y consortes, dando ejemplo con la acción e instruyendo oportunamente a los hijos en la obediencia, la subordinación, el mutuo amor, que deben tener entre sí y con los de fuera; ya de jefes desvelándose en mantener o introducir la paz, y procurar la disciplina, en reformar los abusos, en

establecer el orden, en mirar por las utilidades comunes, en hacer respetable la autoridad dentro y fuera de la República; y así de cada estado, condición y empleo; nada de esto, vuelvo a decir, se opone a la virtud de la humildad y al Evangelio; por el contrario, él ordena que cada uno trabaje en el estado que tomó, y lleve la cruz que la providencia le impuso.

Pero pretende que todo esto lo hagamos, y practiquemos, conforme nos amonesta S. Pablo, en el nombre de Jesucristo, acordándonos de su doctrina, y de su ejemplo, implorando el auxilio de su gracia, así para obrar con perfección como para engreírnos, y dándole a Dios la gloria de cuanto hiciéremos y pensáremos; porque sin él, somos incapaces de pensar ni hacer por nosotros mismos cosa buena, y de este modo se santifica el cumplimiento de cada obligación y de cada obra, y la propia humildad nos dispone y habilita para ser escogidos y elevados a los cargos sin solicitarlos.

Lo que condena el Evangelio, vuelvo a decir, y se opone a la virtud de la humildad es aquella ansia desatinada, con que se solicitan los empleos y los mandos sin examinar los talentos; el artificio y la calumnia que se interpone para derribar a unos y descartar a otros; los sobornos con que se compran o los empeños con que se usurpan, la vanidad con que se entra en ellos, y el desprecio que se hace de los inferiores; en fin, todo aquello que reprueban el juicio, y la razón, y que bien examinado nace de la raíz universal de la soberbia. Los que piensan que la humildad no se liga con la majestad y con el empleo, mirándola como un estorbo para administrar los cargos, y como una destruidora de los pensamientos sublimes y de las acciones heroicas, ni conocen todo el fondo de esta virtud, ni entienden cuál es la verdadera grandeza; porque si lo penetran bien, se desengañarían de que la humildad cristiana no es, como ellos se imaginan, un abandono que inutiliza al hombre para las cosas grandes, sino una juiciosa reflexión que le hace desconfiar de sí mismo, para no entrarse en los empeños arduos, sin que Dios le llame y le desempeñe con su auxilio, no es una modorra que adormece el corazón, sino una cautela del alma, que para emprender las dificultades se refiere a Dios, y espera de Dios la ejecución, en fin, no es una vileza de espíritu que le enflaquece para ejercer la superioridad, sino un conocimiento profundo de que toda la autoridad viene derivada del Ser Eterno, que nos la

comunica, y quiere que al mismo tiempo que usamos de ella corrigiendo, amedrentando o castigando, conozcamos la soberana dependencia; veamos la igualdad que hay en todos los descendientes de Adán por naturaleza; adoremos la providencia que escoge a unos para mandar y a otros para obedecer; y despojándonos así de la arrogancia, nos hace mayores en el ejercicio de los empleos, y más útiles en su manejo.

Tan lejos está de que la humildad sea contraria a la grandeza del alma, que antes es la madre de todas las virtudes y buenas prendas, que se necesitan, así para conseguir, como para manejar los empleos, y que la misma política del mundo requiere para ellos. Es verdad, que nos prohíbe pretender, pero de ese modo nos hace dignos de alcanzar. Esto es lo que nos enseñó en muchos lugares el Divino Maestro, asegurando que la elevación sería premio del abatimiento, y esto es lo que los legisladores más sensatos han procurado establecer, negando los cargos a aquellos que ansían por ocuparlos; y que no perdonando diligencia, conducto, manejo, artificio o infamia para conseguir, sólo se olvidan de hacerse acreedores con el trabajo, con la moderación, con el celo y con la virtud.

A esta clase de soberbios, que hemos llamado de oficio, porque vinculan la arrogancia a sus empleos, es semejante otra especie de soberbios, que pueden decirse de fortuna, y son de dos géneros: unos, que por razón de las riquezas que les dio su patrimonio opulento o adquirieron con injusticia, desprecian a los demás; y otros que por los talentos y la ciencia se entumescen y llenan de cierto aire desdeñoso. ¡Ah, ciega necedad del hombre, que por falta de una reflexión cortísima, no se reduce a sus límites! ¿Desconocéis acaso poderosos y doctos que ni las riquezas, ni las letras tienen otro autor que Dios, y que de su mano omnipotente os ha venido esa porción que poseéis? ¿Ignoráis que ellas pudieron darse a los que os necesitan, y no a vosotros? ¿No sabéis que acabarán muy pronto, y tal vez no os acompañarán hasta el sepulcro? ¿Se os esconde, que la religión, y aún la misma ley natural os obligan a hacer felices a vuestros semejantes, repartiendo generosamente con ellos vuestros talentos? Pues si sabéis, todo esto como verdades claras e irrefragables, ¿de qué os ensoberbecéis? ¿de qué os gloriáis? Contra tan loco frenesí se irritaba santamente el apóstol, escribiendo a los de Corinto<sup>17</sup>; y para que ninguno pensase en

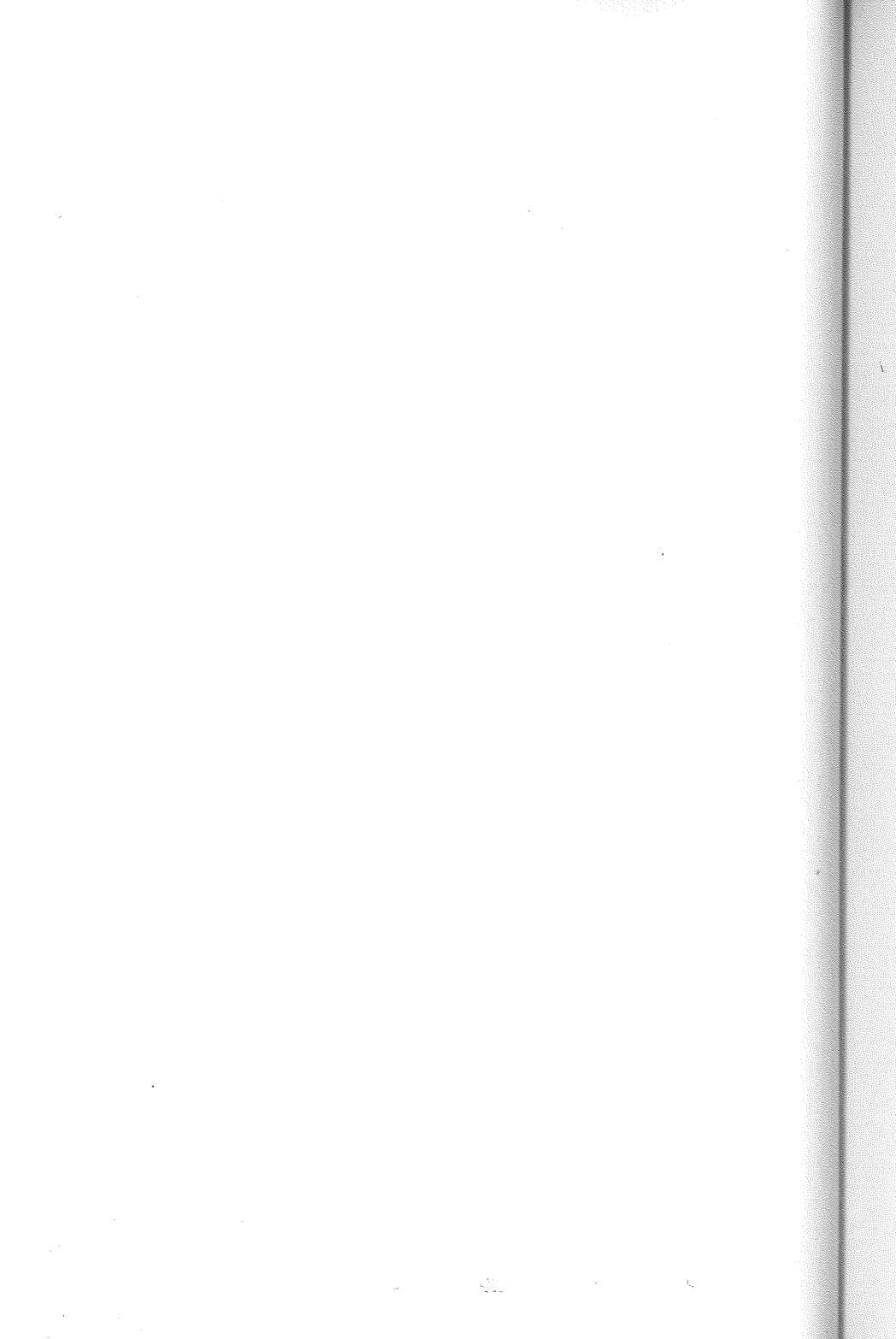
elevarse sobre el otro: *Ne supra quam scriptum est unus adversus alterum infletur*, sólo les opone esta reflexión naturalísima y obvia. ¿Quién es el que te distingue de los otros, sobre los cuales piensas ensoberbecerte, *quis est, qui te discernit?* ¿No es Dios el autor de esos medios, de esas facultades y de esos talentos con que sobresaes? ¿No los has recibido de su mano poderosa? Pues si él te los ha comunicado, ¿de qué te vanaglorias? Y el soberano Maestro Jesucristo en este Evangelio, así como para curar a los soberbios de sangre opone su eterno origen, y para humillar a los de oficio, representa su dignidad, también para confundir a los soberbios de fortuna hace memoria de su ciencia, y ciencia infinita *sciens Jesus*: de sus caudales y riquezas inagotables: *Quia omnia debet ei Pater in manus*, para que todos entiendan que la ley de la humildad los obliga en cualquier estado, dignidad o constitución.

No perdamos, pues, de vista, hermanos míos, esta acción tan señalada de nuestro Salvador y Maestro Jesús, ni olvidemos las instrucciones divinas, con que nos la acompañó. Con este utilísimo designio nos la repite la Santa Iglesia anualmente. El corazón amoroso de Jesús, dice S. Juan, quiso manifestarnos su caridad hasta la muerte; y conociendo que se acercaba la hora de pasar la gloria de su Eterno Padre, nos recomienda con palabras y con obras la humildad. Toda su doctrina y su vida había sido una continuada instrucción sobre la necesidad de esta preciosa virtud, sin la cual es imposible ver a Dios, ni hacer obra digna de sus divinos ojos. No nos dejemos engañar de las máximas lisonjeras, que ocultan la soberbia paladeando nuestro amor propio. El más ilustre nacimiento, el empleo más alto, las mayores riquezas y los talentos más sobresalientes no son títulos para eximirse del cumplimiento puntualísimo de esta ley de la humildad, que intimó y practicó el hombre Dios, cuyo origen es divino, cuya soberanía es independiente, cuyas riquezas son inmensas, cuya ciencia es infinita. Esas mismas distinciones son otros tantos títulos de obligación, que nos impone Dios para abatir nuestro orgullo, darle gracias, implorar su auxilio, y hacer de ellas un uso santo y misericordioso conforme a la misericordia, con que nos escogió entre los otros para conferírnoslas. Ensánchese y dilátese nuestro corazón por es-

tos dones, pero sea como se ensanchaba el de Ana<sup>18</sup>, esto es, en el Señor que se había dignado de favorecerla, pero guardémosnos, dice la misma Ana, de engrandecernos y gloriarnos, porque a la ciencia de Dios no se ocultan nuestros pensamientos más secretos, y él rompe los arcos y las armas de los conquistadores y viste de fortaleza a los rendidos, a los que se gozaban en la abundancia obliga a buscar el pan con el sudor de un jornal, y sacia largamente a aquellos que poco antes morían de hambre; porque él es el que tiene en su mano hacer pobres de los ricos y ricos de los pobres, y en fin, él es el que ensalza y el que humilla como Señor de la tierra. A esto nos alienta y nos estimula el ejemplo de Jesús, imitémosle, sigámosle y humillémonos con él cuando nos provoca con su acción tan admirable a la hora de subir a la gloria de su Padre, para que consigamos colocarnos en ella eternamente. Amén.

---

18. I. Reg. 2 Cant. Anna



SERMÓN DE LA RESURRECCIÓN, PREDICADO  
EN LA IGLESIA CATEDRAL DE LA ISLA ESPAÑOLA  
EL DÍA 4 DE ABRIL DE 1774.

*Surrexit, non est hic. Ecce locus.  
Resucitó, no está aquí. Veis ahí el lugar.  
Mateo. 28,6*

El Espíritu de Dios, espíritu de luz y de ciencia, espíritu de verdad y de consejo, que dirige a la Iglesia, la enseñó a abrirnos el camino de la penitencia con la representación del sepulcro, acordándonos al principio del tiempo santo, la vanidad de nuestro ser con la memoria del polvo de que fuimos amasados, y en que hemos de resolvernos; dando por término de la misma carrera y tiempo, la vista de otro sepulcro, cuyo vacío manifiesta la resurrección de un cadáver: *Surrexit, non est hic*. ¡Pero qué diferencia tan notable entre sepulcro y sepulcro! El primero asusta con sus horrores, el segundo pasma con sus maravillas, como que aquél es el sepulcro de los hijos de los hombres y éste el sepulcro del Hijo de Dios vivo.

Una losa sella la boca de la tierra que sepulta a aquéllos en sus entrañas, una losa también cerró la puerta por donde entró en la tierra el Ungido del Señor. Mas, ¡con cuánta diferencia!, vuelvo a decir. La losa del pecador se asienta y reposa sobre su



cadáver; la losa de Jesucristo queda fuera de su centro, aquélla descansa y permanece inmóvil, ésta se arrebatada, se levanta, se vuelve, y con asombroso estampido huye de la puerta para franquear la vista al registro. La losa del pecador oculta la vergonzosa podredumbre de su cuerpo asqueroso; la del Salvador guarda su humanidad preciosa e incorruptible. La losa del pecador cubre un cadáver que luego comienza a manifestar su corrupción; la del Salvador deposita uno que entrando herido, descoyuntado y lleno de contusiones, sale a los tres días sano, hermoso e imposible. En fin; la losa del pecador apartada de su sepulcro no ofrece a los ojos más que la espantosa vista de su corrupción, al olfato el insufrible hedor de su cadáver, y al espíritu la representación melancólica de lo que vendrá a ser otro día; pero la losa que revuelven los ángeles del sepulcro de Jesús, recrea la vista con hermosos cortesanos celestiales que regalan los oídos con gustosas noticias: *Surrexit*, y aseguran el corazón de recelos, y temores: *Nolite expavescere*, con promesas soberanas de volver a ver al Redentor: *Pracedet vos in Galileam, ibi eum videbitis*.

Repasemos, pues, amados oyentes míos, este misterio que nos propone la Iglesia, y desde el fastidioso sepulcro en que nos puso delante nuestro polvo y nuestro lodo, corramos al sepulcro glorioso de Jesucristo, y veamos ¿por qué nos cierra con éste la carrera del tiempo aceptable, de los días de la penitencia que nos abrió con aquél? Examinemos cuidadosos ¿qué relación puede haber entre uno y otro sepulcro? Si nosotros morimos, como lo vemos a nuestro pesar, ¿qué nos importa el que resucite Jesucristo? Si nuestros cuerpos se reducen a tierra y a gusanos, ¿de qué nos sirve que la humanidad del Salvador triunfe de la corrupción? Yo os lo diré con el apóstol para vuestro consuelo y para vuestra esperanza. Porque si Cristo resucitó, responde S. Pablo, ya no puede dudarse que todos los muertos resucitan<sup>1</sup>. Primera respuesta y primera parte de mi discurso. Si Cristo resucitó glorioso, nosotros conseguimos la misma victoria por Jesucristo nuestro Señor. Segunda respuesta y segunda parte de mi oración. Jesucristo resucitado nos asegura nuestra resurrección<sup>2</sup>, y sus glorias nos prometen nues-

---

1. I. ad Cor. 15, v. 12.

2. Ib. v. 57.

tra gloria, consuelo de la corrupción, que nos aguarda, y esperanza del premio eterno a que aspiramos. Imploramos de corazón para tratar misterio tan soberano las luces, y las inspiraciones del Espíritu Santo por medio de la que libre del fatal golpe del pecado tuvo por muerte un tránsito felicísimo desde el destierro a la Patria, y digámosla con el ángel: *Dios te salve, María, &c.*

### PRIMERA PARTE

El misterio de la resurrección de Jesucristo, que profesamos en el símbolo, he dicho que es primeramente un misterio de consuelo para los fieles, que llamamos por la misericordia del Señor a la Iglesia y reputados en el número dichoso de sus hijos, esperan el cumplimiento de las divinas promesas. Porque la resurrección de Jesucristo es el argumento irrefragable de la nuestra. La resurrección de Jesucristo es el testimonio concluyente de su divinidad y de su sacrosanta humanidad, y por consiguiente la hipoteca de las promesas que nos hizo. Comencemos por las pruebas de este dogma capitalísimo, y estadme atentos.

Pablo, escogido señaladamente para ilustrarnos en las altísimas verdades de la religión, conociendo la importancia de este artículo, funda sobre él su predicación y su Evangelio. Yo, dice a los de Corinto, os declaro y manifiesto el Evangelio, que os he predicado, que vosotros abrazasteis, por cuya fe os salváis<sup>3</sup>, y os lo hago saber por esta carta del mismo modo que lo anuncié, si os acordáis. Lo primero que os enseñé fue también lo primero que yo aprendí<sup>4</sup>; y es que Cristo murió por nuestros pecados conforme estaba vaticinado en las Sagradas Escrituras; fue sepultado, y que al tercer día resucitó según las mismas profecías<sup>5</sup>. Este era el principio del Evangelio y de la predicación del apóstol. Los otros evangelistas, conocidos por este nombre,

---

3. I. ad Cor. 15, v. 1.

4. Ib. v. 3.

5. Ib. v. 4.

comienzan diferentemente su historia. S. Mateo la toma desde Abrahán, S. Marcos da principio por el vaticinio de Isaías sobre el Precursor, S. Lucas por la promesa que hizo a Zacarías el ángel de la concepción milagrosa del propio Precursor. En fin, S. Juan, remontando su vuelo, en frase de S. Agustín, como águila generosa, se eleva a los senos insondables de la eternidad, y nos trae el origen del Mesías desde su generación sin tiempo en cuanto Verbo del Padre consubstancial y coeterno con él, y todos cuatro concluyen con la resurrección de este hombre Dios. ¿Pues por qué S. Pablo toma de aquí el principio de su Evangelio? Porque los Evangelistas miraban a tejer la narración historial del origen, encarnación, nacimiento, vida, hechos y doctrina del Salvador, como lo manifiesta S. Lucas en su encabezamiento: *Multi conati sunt ordinare narrationem, que in nobis complete, sunt, rerum*<sup>6</sup>; y el apóstol quería dar un cuerpo de todo el dogma y de toda la moral del cristianismo, para el cual no puede haber principio más fecundo, más sólido, y digámoslo así, más original que la resurrección de Jesucristo.

Sobre esta base levanta el soberano edificio de la religión y el Evangelio, y sobre ella hemos de apoyar nosotros nuestra fe, y nuestro consuelo. ¿Pero cuál es la prueba de este artículo tan principal? ¿Qué testimonios tenemos para una verdad que nos interesa tanto? Yo bien sé, que hablo a un auditorio católico, religioso y pío, que cree a la autoridad infalible de la Iglesia y puede gloriarse con el rey profeta de que la mejor y más gloriosa herencia que sus padres le dejaron, fue la creencia de todos los misterios, con los cuales se dilata y alegra su corazón<sup>7</sup>; pero también me hago cargo de que mi obligación más importante es explicar esos mismos misterios que se creen, a los menos instruidos, y que no hemos de mantenernos siempre como niños y débiles con la leche sola de los rudimentos. Es menester fortalecernos, medrar, crecer en la ciencia de la salud con alimentos más sólidos, que son la inteligencia y la ilustración de esas mismas verdades que creemos, para que se radique más y más la fe en nuestros corazones; con cuyo objeto nos pone la santa Iglesia en estos días los testimonios más auténticos de este dogma en las lecciones y evangelios.

---

6. Luc. 1, 1.

7. Psal. 118, v. 111.

La certidumbre de este misterio admirable y superior al orden de toda la naturaleza, se afianza sobre unas pruebas, no sólo irrefragables para asegurar nuestra creencia, pero capaces de convencer a la impiedad misma y la calumnia, si en ella cabe indiferencia para examinarlas. Jesucristo, dice el apóstol, resucitó a los tres días según las Escrituras porque después de ellos fue visto: *Quia visus est*<sup>8</sup>. ¿Quién le vio? ¿En qué circunstancias, tiempos y lugares? Primeramente fue visto por Cefas: *Quia visus est Cephae*, que es nuestro Santo Padre Pedro, príncipe de los apóstoles y piedra fundamental de la religión. Después de él le vieron once: *Et post hoc undecim*. Aparecióse luego a más de quinientos hermanos juntos: *Deinde visus est plusquam quingentis fratribus simul*<sup>9</sup>, de los cuales, aunque han muerto algunos, muchos viven todavía, y de ellos podrían informarse si quisiesen o si no tuviesen por bastante el que lo dijera S. Pablo. También, dice, se le apareció en particular a Santiago: *Visus est Jacobo*<sup>10</sup>; y en fin todos los apóstoles le vieron: *Deinde Apostolis omnibus*.

A estas apariciones, que recogió Pablo sin cuidarse del orden que en ellas hubo, ni de otra cosa que de citar testigos oculares que pudiesen consultar y que comprobasen la verdad que él enseñaba, podemos juntar otras muchas que refieren los evangelistas; cuál es la de las dos Marías, a quienes volviendo de ver el sepulcro, salió Jesús resucitado al encuentro y saludó, como cuenta S. Mateo: *Avete*, las cuales se postraron a sus pies, los palparon y adoraron<sup>11</sup>. La que logró antes que todos, el amor solícito de Magdalena, de que hacen mención S. Marcos y S. Juan<sup>12</sup>; la de los dos discípulos que le vieron en otro traje<sup>13</sup>, y refiriendo a los once que se hallaban juntos tratando de la visión que tuvo Pedro, se presentó Jesús en medio de los trece<sup>14</sup>, y para asegurarles la realidad de lo que veían les manifiesta sus sagrados pies y manos, mándales que le toquen y le palpen, y por último convencimiento de sus dudas come con ellos parte de un pez que le ofrecieron. En fin, durante el espacio de

---

8. I. Cor. 19, v. 5.

9. Ib. v. 6.

10. Ib. v. 7.

11. Matth. 28, 9.

12. Marc. 16, 9.

13. Ib. v. 12.

14. Luc. 6, v. 36.

cuarenta días que mediaron desde su resurrección a su ascensión, todo fue repetir los milagros de su cuerpo resucitado.

Sobre tantas pruebas de testigos oculares de ambos sexos, que por sus propios ojos y sentidos se habían certificado de la verdadera resurrección del Salvador, añade el apóstol su testimonio, digno ciertamente del más singular asenso por sus singularísimas circunstancias: *Novissimé autem omnium tamquam obortivo visus est & mihi*<sup>15</sup>. Por mí confieso que cuando me faltaran las profecías, cuando no hubiera todas las pruebas y apariciones que acabo de referir; este hombre sólo, este testigo singularísimo, Pablo, sobraría por todo convencimiento para la fe y creencia de la resurrección de Jesucristo por los motivos que voy a declararos. El día que el gloriosísimo levita Esteban, lleno de las luces del cielo, trataba de convencer a la sinagoga y sus ministros de la venida del Mesías<sup>16</sup>, este israelita Saulo, rebosando de celo, por su religión mal entendida, amotinó los Judíos contra Esteban, a quien hizo dar la muerte, y con ella la corona y palma del primer triunfo que canta nuestra Iglesia Santa. No satisfecho con tan ilustre y sangrienta víctima, corre furioso por toda Jerusalén, saqueando las casas de los fieles, aprisionando a unos y ultrajando a otros con tal desorden, que se vieron obligados a dejar la patria, abandonar la ciudad, retirarse prófugos y medrosos y derramarse para hallar seguridad contra su saña, por las provincias de Judea y Samaria. Mas para que en ellas no estuviesen seguros de su furor<sup>17</sup>, y extinguir de una vez la doctrina de Jesús acabando con sus discípulos, pide al príncipe de los sacerdotes patentes dirigidas a todas las sinagogas, para que le auxiliasen en su empresa, y pudiese aprender, maniatar y conducir a la capital a cuantos encontrase en sus distritos, adictos a la nueva secta que perseguía. Así pensaba Saulo, así disponía el concilio de la sinagoga, así tramaba el Sumo Sacerdote acabar con la obra de Dios, que es su iglesia; y como habían crucificado al Maestro, porque así estaba escrito y convenía, creyeron que igualmente podrían extirpar su doctrina y los testigos que publicaban a voces la resurrección del que ellos crucificaron.

---

15. Sup. v. 8.

16. Act. c. 7 & 8.

17. Ib. c. 9.

Pero como Dios se burla de las maquinaciones más concertadas de los hombres y se ríe de los proyectos insensatos de los príncipes, tenía profetizado que así lo había de ejecutar con los que intentasen ligarse contra su ungido, y sacudir el yugo de su ley<sup>18</sup>. Para cumplir su profecía hizo que ese mismo israelita tan celoso por la ley de Moisés, ese discípulo tan prevenido a favor de la muerte<sup>1</sup> sinagoga, ese ministro que respiraba estragos y odio contra Jesús Nazareno, y los que le seguían, que acompañado de tropas no menos irritadas, iba a dar el golpe decisivo contra la iglesia, cogiéndola en su cuna, cayese deslumbrado del caballo, se rindiese al mismo que perseguía y fuese testigo de vista de su resurrección: *Novissime autem omnium tamquam abortivo*, y de tal suerte se le manifiesta, que le obliga a confesarle, a buscarle, a entregarle su voluntad y su albedrío. La misma sinagoga, el mismo pontífice, el mismo templo, la misma ciudad, los mismos fariseos, escribas y judíos que acababan de aprobar su celo, de autorizar su comisión, de armar su furia, de verle marchar sediento de la sangre cristiana contra el nombre y la doctrina de Jesucristo, le ven y le oyen predicar la doctrina y la resurrección que procuraba oscurecer con la muerte de los testigos que la anunciaban. Corre la Arabia, vuelve a Damasco, entra por la Judea, pasa la Macedonia, la Cilicia, la Asia, se embarca muchas veces para las islas y el imperio, llega a la propia capital del universo, y navegó, o al menos lo disponía a nuestra España, sólo por dar testimonio de la resurrección de Jesucristo, que era el argumento común de sus cartas e instrucciones.

Éstos eran, hermanos míos, los testigos del misterio que predicamos y creemos. Doce Apóstoles. S. Pablo. Más de quinientos discípulos. Pero el testimonio que ellos daban merecen mayor fe si consideramos las circunstancias del tiempo y de las personas. Los apóstoles y discípulos en aquellos tres días que mediaron desde la muerte a la resurrección de su maestro, habían perdido toda la esperanza de ver cumplida esta promesa; estaban tan desalentados y medrosos que no osaban presentarse en público; y tan incrédulos, como lo manifiesta el hecho de Magdalena y las otras que prepararon, y llevaban unguentos con que embalsamar el cuerpo; el de admirarse todos cuando

---

18. Psal. 2.

no hallan en el sepulcro, y finalmente, el reputar como sueño las primeras noticias que tuvieron del prodigio. Ninguno quería dar crédito, sino a sus propios ojos, y alguno subió la duda al punto de no contentarse con ver, creyendo que pudiese engañarse su misma vista<sup>19</sup>; sino con tocar y tocar groseramente, metiendo los dedos en las heridas de los clavos y la mano toda en la llaga del costado. Incredulidad terquísima, que permitió la providencia y satisfizo la misericordia, para tapar en cualquier tiempo la boca a la impiedad<sup>20</sup>. Pablo, como habéis oído, todo lo tenía por impostura y falsedad. De este carácter quiso Dios que fuesen los testigos de su resurrección, unos incrédulos y pusilánimes, otros contrarios y atrevidos, para que tuviera mayor peso el testimonio en sus labios; cuando llenos de una virtud sobrenatural y divina, saliesen, como salieron intrépidos a testificar por todo el mundo su resurrección prodigiosa: *Virtute magna reddebant Apostoli testimonium resurrectionis Jesu Christi Domini nostri*<sup>21</sup>.

¿Y qué premio tan grande o qué esperanza tan alta podía alentar a estos hombres, para asegurar, publicar y echarse por el mundo a predicar, que Jesucristo había resucitado? Ya lo manifiesta el mismo apóstol. Porque de la resurrección de Jesucristo inferían con toda certidumbre que ellos y todos los hombres habían de resucitar, de otra suerte su predicación sería falsa, su fe vana, y esperando sólo en Jesucristo, vendrían a ser los más miserables entre los hombres. Pero ellos y yo, dice, así lo predicamos, y vosotros los habéis creído<sup>22</sup>; pues si publicamos que Cristo resucitó, ¿cómo hay entre vosotros quien diga que los muertos no resucitan? Pues si los muertos no resucitan, tampoco resucitó Jesucristo<sup>23</sup>, y vosotros seréis unos ilusos y nosotros unos impostores, embusteros<sup>24</sup>. De suerte que, según la doctrina de este hombre ilustrado de Dios, si creemos que el Salvador triunfó del imperio de la muerte, según se ha dicho, reuniendo su Alma Santísima con su humanidad sacrosanta, debemos también creer a pesar de lo que vemos, que nuestras

---

19. Joann. 20, v. 25.

20. Ib. v. 27

21. Act. 4, 33

22. Sup. I ad Cor. 15, 11

23. Cor. 15, v. 12

24. Ib. v. 13

almas, separadas por la muerte de sus cuerpos, viven y han de volver a tomarlos y a animarlos algún día.

Para hacer sensible la fuerza de este razonamiento o la legitimidad con que infiere S. Pablo nuestra resurrección por la de Jesucristo, que parecen dos cosas enteramente separadas e inconexas, es preciso suponer que siendo el hombre inmortal por privilegio de su creación, perdió esta gran prerrogativa en la prevaricación de Adán, y quedó desde entonces condenado a muerte: *Quoniam per hominem mors*<sup>25</sup>; y habiendo sido el objeto de la encarnación del verbo restituírnos las gracias de que se nos había despojado en Adán, y los derechos que se nos quitaron por su culpa, era consiguiente que nos reintegrase con ventajas, como lo hizo en todo, de la pérdida de la inmortalidad con una resurrección de mayor precio que la inmortalidad del cuerpo: *Per hominem mors, & per hominem resurrectio mortuorum*: para que al modo que todos mueren en Adán, también revivan en Jesucristo, no sólo con vida espiritual por la reconciliación de la gracia, sino con vida corporal y permanente en la resurrección de la carne; pues si cuerpo y alma murieron en el primer padre, el segundo restaura una y otra vida, dice el apóstol: *Et sicut in Adam omnes moriuntur, ita & in Christo omnes vivificabuntur*<sup>26</sup>; de otra suerte no sería la reparación proporcionada a la ruina.

La justicia eterna, con que Dios enojado contra el hombre, lo redujo al mismo polvo de que le había formado, no destruyó ni limitó el atributo inefable de su misericordia, ni la impidió que tuviese todo el ejercicio con que se había manifestado en su creación o que hiciese aún mayores beneficios al hombre miserable. La misma sentencia que fulminaba su castigo y contenía las penas de su traición, envolvía las piedades del remedio<sup>27</sup>; y en el propio pronunciamiento que hacía la justicia contra los reos, brillaban los rayos de la misericordia para la restauración de su ruina, conminando al infernal autor con la destrucción de su tiranía en un descendiente de los primeros delincuentes, por cuya venida quedaron suspirando los hombres desde aquel tiempo. Llegó en fin la hora de cumplirse la promesa, y envió el

---

25. I.ad Cor. 15, 21.

26. Ib. v. 22.

27. Gen. c. 3.



padre a su Unigénito, en quien habíamos de recobrar nueva vida en el espíritu por la gracia, y en la carne por medio de la resurrección, para que de esta suerte reparase la misericordia en su persona lo que había destruido la justicia en el primer hombre, y resplandeciendo ambos atributos, conociésemos muriendo, que éramos descendencia del pecador, y diésemos gracias resucitando al mérito del justo: *Quoniam per hominem mors, & per hominem resurrectio mortuorum.*

La carne del hombre formada del polvo de la tierra había sido levantada por la misericordia en su animación con el divino aliento a ser la semejanza de Dios y el espejo de su grandeza. Dignidad, en cuya comparación es una sombra o una nada, cuanto conoce y tiene el mundo, aunque sea su imperio universal. Precipitóse por el pecado de esta alteza, y tomando en las manos la justicia ese espejo, lo estrella indignada contra la misma tierra y lo convierte en el propio lodo de que lo amasó. En tan deplorable estado, se le fueron borrando las altas ideas de la inmortalidad de su alma; mucho menos esperaba la resurrección de una carne que veía transmutarse y corromperse, ni sus pasiones desbocadas le dejaban ver más vislumbres de una vida futura que para precipitarse en la idolatría. Toma otra vez la misericordia en sus manos este barro, amásalo, rodéalo, tórñalo, y en un momento forma otro espejo y otro vaso, que es la humanidad de Jesucristo, únese a ella el mismo Dios en la persona del Verbo, anímala con una alma nobilísima en el vientre sagrado de una Virgen escogida, sin concurrencia de otro hombre; y por consiguiente sin detrimento de la virginal integridad ni movimiento carnal; y veis ahí que en un punto vuelve a subir el pobre barro a un grado mucho más elevado que el primero; pues ya no es sólo la imagen de Dios, sino que es Dios, y hombre con unión tan poderosa, que comunicándose entre Dios y el hombre los idiomas (como se explican los teólogos), o participando mutuamente uno de los predicados del otro, se dice del Hombre Jesucristo con verdad que es omnipotente, Señor, Dios, omnisciente, y de Dios se asegura que es hombre, mortal, flaco y pasible; y si antes de su ruina era el hombre capaz de la bienaventuranza por gracia, ahora en el segundo Adán le es debida por herencia natural; de suerte que sube una porción de este barro humano a entronizarse a la diestra del padre con posesión permanente y absoluta de su gloria, cuya entrada

franquea a todos los hombres que ha hecho sus hermanos y coherederos, mereciéndoles que para ello resuciten con él, y que como el primer hombre terreno y de la tierra fue el origen de la muerte de todos; así el segundo celestial y del cielo sea puerta para la vida: *Quoniam per hominem mors, & per hominem resurrectio mortuorum*; y así consiga la misericordia, que al paso que todos mueren en Adán por justicia, sean vivificados en Jesucristo por gracia: *Sicut in Adam omnes moriuntur, & c.*<sup>28</sup>

Este cumplimiento tuvo la promesa hecha al primer padre, y la amenaza al demonio de que de la estirpe de Eva nacería quien destruyese su imperio, quebrantase su cerviz y acabase con su tiranía. Almas y cuerpos eran despojo del enemigo, y la muerte era la gloria que coronaba sus victorias; por eso, para que fuesen completas las del Salvador, convenía no sólo que restituyese las almas a la gracia, sino que las reuniese con sus cuerpos a la vida, y vencido el pecado triunfase igualmente de la muerte, dice S. Pablo: *Novissima autem inimica destruetur mors*<sup>29</sup>, para que al fin pueda poner en manos de Dios y de su Padre el reino de su Iglesia libre de todos los enemigos en la sujeción de la culpa y la derrota de la muerte<sup>30</sup>, y se verifique lo que estaba escrito en los salmos de su imperio, en el cual se verían rendidos y humillados a sus pies sus contrarios, sirviéndole de tapete: *Oportet autem illumregnare donec ponat omnes inimicos sub pedibus ejus*<sup>31</sup>.

Y veis aquí lo que animaba a aquellos hombres a predicar la resurrección de Jesucristo, porque si este Señor no hubiese resucitado, tampoco resucitarían los muertos; y no resucitando los muertos, se desploma el edificio de su religión desde el bautismo: *Alioquin, quid facient, qui baptizantur pro mortuis, si omnino mortui non resurgunt*<sup>32</sup>? ¿De qué servirá el bautismo a los muertos, y en nombre y virtud de un hombre muerto? ¿Por qué iremos Yo (y todos los apóstoles) a exponernos continuamente a los tormentos, a la muerte, a los peligros: *Ut quid, & nos periclitamar omni hora?*<sup>33</sup> Acosados, perseguidos, desnudos,

28. I Cor. 15, v. 22.

29. Ib. v. 26.

30. Ib. v. 24.

31. Cor. 15, 25 ex Psal. 109.

32. Ib. v. 29.

33. Ib. v. 30.

hambrientos, calumniados, azotados, si no estuviéramos ciertos que hemos de resucitar, haríamos como los mundanos y carnales, y nos daríamos a banquetear y beber, puesto que mañana moriremos<sup>34</sup>. Esas son las pruebas, amados oyentes, de este misterio de consuelo, de las cuales os dije que eran capaces de convencer a la misma a impiedad, si las examina con indiferencia, el testimonio de tantos que aseguraban haber visto al Redentor resucitado sin otro premio o interés mundano que la persecución, la deshonra y la muerte. Esta es la confirmación indubitable de la verdad que predicaban. El que espera por su impostura honras, riquezas o deleites, no será extraño que engañe; pero el que sólo aguarda cárceles, impropio y tormentos, es imposible que mienta. El corazón del hombre no ha podido llevar sus dobleces y sus artificios contra su amor propio; y cuando hubiese un insensato, no podría contagiar a tanto número. Por medio de esta resurrección de Jesucristo creían los apóstoles en la suya y la esperaban; y en ella confirmaban la eficacia de su bautismo y la verdad de toda la religión.

Porque en efecto, con la muerte y la resurrección del Salvador se verifican los misterios de su encarnación, y se autoriza toda su ley como dada por el mismo Dios. Si en Jesucristo creemos dos naturalezas unidas en sola una persona, que es la del Verbo, y por eso confesamos que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, no tenemos mejor prueba sino la de haber muerto y resucitado, según estaba dicho en las Santas Escrituras. Jesucristo muriendo, manifiesta que es hombre como nosotros; y que para salvarnos tomó sobre sí la pena de nuestras culpas, con lo que se convence a los que pretendieron negarle un cuerpo real y verdadero. Detiéndose tres días en la tierra, para confundir a los que negasen la verdad de su muerte o la de su resurrección. En fin, resucita al cabo de ellos, y se deja ver y tocar, para que acaben de creer que es Mesías ofrecido y esperado, para verificar los vaticinios que hicieron los profetas de su pasión y nueva vida, y los que él mismo había hecho; ya diciendo a los judíos que le pedían milagros en confirmación de su misión, que no verían otro (se entiende más claro) que el del profeta Jonás<sup>35</sup>, que después de haber estado

---

34. I. Cor. 15, 33.

35. Matth. 12, 39, 40.

tres días en las entrañas de un pez, salió ileso; ya ofreciendo que se atrevía a destruir el Templo de Jerusalén<sup>36</sup>, bajo el cual entendía su cuerpo, y reedificarlo en tres días, con que nos dio la última y eficacísima prueba de ser el Hijo de Dios, que es el fundamento de toda la religión. Las otras maravillas que había obrado ya se habían visto practicar a hombres, sólo favorecidos de Dios, pero que no lo eran, como los profetas y patriarcas, hasta dar vida a un cadáver; pero morir y resucitar sin ministerio de otro, era el sello que debía caracterizar al verdadero Mesías para autorizar su misión y dar crédito a su ley.

Vieron y tocaron los apóstoles, los primeros discípulos y el mismo Pablo, su perseguidor, este portento. Desengañáronse por sus propios sentidos con repetidas experiencias; certificáronse por este medio de la resurrección universal de que tantas veces les había hablado; y para cuyo tiempo les destinaba la gloria de sentarse con él para juzgar al mundo, y animados así en todas sus promesas, y la vida eterna que era el premio último que les proponía, testifican con intrepidez su nueva vida en la Corte de Judea y se derraman a predicarla por todo el orbe con menosprecio de una muerte, que ya miraban como medio de pasar a mejor vida, combatiendo la verdadera corrupción, que es la de las falsas doctrinas y la de las costumbres carnales, en que había envejecido el mundo. De este modo hemos de mirar nosotros el sepulcro, que hasta aquí nos ponía espanto, como camino para una resurrección permanente y para una incorrupción perpetua, que nos ofrece el vacío del sepulcro de Jesús, para llenarnos de consuelo, como dice el mismo apóstol a los de Tesalónica<sup>37</sup>. No quiero que ignoréis cuál es el fin y la suerte de los que mueren, por que no caigáis en la tristeza de que se dejan poseer aquellos que no tienen esperanza. Si creemos que Cristo murió y que resucitó, también debemos estar muy ciertos de que Dios ha de sacar con él del profundo del sepulcro a los que murieron en él. Por tanto, hijos míos, nada tenéis que temer; consolaos y regocijaos en estas verdades mutuamente: *Consolamini invicem in verbis istis*.

Este es, señores, el Evangelio del apóstol: *Notum vobis facio Evangelium, quod praedicavi*, lleno de un dulce y saludable

---

36. Joann. 2, 19, 22.

37. I. ad Thess 4.

consuelo, porque si resucitó nuestro Salvador, nosotros también hemos de resucitar. Sí, hermanos míos, este cuerpo caduco morirá, esta carne se corromperá, ella es de polvo y tierra, y en esto ha de convertirse; pero ella volverá a este mismo ser que ahora tiene con la ventaja grande de no tornar a morir ni a corromperse: *Surget in incorruptione*<sup>38</sup>. Entrará en la sepultura el tiesto quebradizo, y saldrá uno incontrastable, que jamás se corromperá: *Surget in virtute*<sup>39</sup>. Tragará la tierra un cuerpo lánguido, pálido, desmalazado, feo, y saldrá un cuerpo lozano y triunfante: *Surget in gloria*. Al modo que la semilla sembrada primero pierde su natural constitución, se pudre, se hincha, revienta, y luego brota un tallo, produce hojas, crece a ser árbol, y al fin se viste de hermosas flores, y carga de sazónados frutos, así padeceremos nosotros con la enfermedad y moriremos, se entregará a la tierra nuestro cuerpo, se corromperá; pero al cabo en un momento, en un abrir y cerrar de ojos resucitaremos incorruptos<sup>40</sup>. Atemorízanos ahora la imagen de esa muerte, y todo somos sustos y fatigas, el calor, el frío, la hambre y el alimento, la sed y la bebida, el ejercicio y el reposo, la pesadumbre y el deleite, la vigilia y el sueño todo sirve de contraste, y nos sobresalta; porque todo, todo conspira contra la conservación y permanencia a que aspiramos y que no puede lograrse en el país de la maldición. Pero entonces cuando resucitemos, cuando burlemos el imperio de la muerte, podremos insultarla y decirla, ¿qué se han hecho, oh muerte enemiga, tus armas victoriosas y tus aliados? *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus*<sup>41</sup>? Ellos y tú habéis quedado derrotados en la resurrección del Salvador: *Absorta est mors in victoria*<sup>42</sup>.

Este mismo era el consuelo que daba tanto valor al Santo Job en sus crecidas aflicciones; de suerte que deseaba conservarlo a la posteridad para alentarnos en nuestros trabajos. Para asegurarle de la injuria de los tiempos, pedía láminas de bronce o tablas de pedernal, en que grabarlo a fuerza de buril o de cincel. ¿Y qué pretendía escribir? El artículo de la resurrección, que Dios le había revelado, y alentaba su alma, como si ya

---

38. I. Cor. 15, v. 42.

39. Ib. v. 43.

40. I. Cor. 15, v. 52.

41. I. Cor. 15, v. 55.

42. Ib. v. 54.

hubiese visto las pruebas que nosotros tenemos; y la fe que en él fundaba era el auxilio para llevar con paciencia, pérdidas, desprecios, enfermedades y dolores<sup>43</sup>. Yo sé, decía, con toda realidad: *Scio enim, que mi redentor resucitó y está vivo. Quod Redemptor meus vivit*: que por más que me mortifique el accidente penoso, aunque mi carne se desgaje a pedazos, se desmorpone mi cuerpo, y caiga en las entrañas de la tierra, en que le esperan gusanos y podredumbre, llegará un día que será el último de los días. *In novissimo die*, en el cual me levantaré de esa tierra: *De terra surrecturus sum*; y restituido a mi propia carne, he de tener el consuelo de ver en ella misma, y no en otra diferente, a Dios que es mi Salvador: *Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum*. Yo mismo, y no otro por mí, he de ser el que le vea: *Quem visurus sum ego ipse, & non alius*; y con estos mismos ojos he de contemplarle: *Et oculi mei conspecturi sunt*. Este es el consuelo de mis aflicciones, y la esperanza que abrigo en mis entrañas: *Reposita est hac spes mea in sinu meo*. Sí, señores; esta carne, este cuerpo, estos ojos se reunirán al espíritu para no morir jamás, consolémonos de los temores del sepulcro con las esperanzas de la resurrección: *consolamini invicem*.

¿Mas en qué conformidad, me preguntaréis, decía S. Pablo, o de qué forma será nuestra resurrección? *Sed dicet aliquis quomodo resurgunt mortui, qualive corpore*<sup>44</sup>? ¿Resucitarán todos nuestros cuerpos en un mismo estado, y como el de Jesucristo? ¡Ah, hermanos míos, que este es otro misterio, responde el Santo apóstol! *Ecce mysterium*. Todos hemos de resucitar en nuestros propios cuerpos: *Omnes quidem resurgemus*<sup>45</sup>; pero no todos seremos transformados: *Sed non omnes immutabimur*. El pagano, el idólatra, el hereje, el católico, el justo y el pecador, todos resucitarán; más no todos han de lograr ver inmutados sus cuerpos, pasando por la virtud de Jesucristo de su ser material y humilde a configurarse y asemejarse al cuerpo de su brillante y hermosa claridad<sup>46</sup>: *Sed non omnes immutabimur*; y veis aquí, dice, un misterio: *Ecce*

43. Job. c. 19, v. 25.

44. I. Cor. 15, 53.

45. Ib. v. 51.

46. Ad. Phil. 3 v. 20, 21.

*mysterium vobis dico*; cuya explicación será la segunda parte de mi discurso, y los fundamentos de nuestra esperanza.

## SEGUNDA PARTE

Misterio es ciertamente, y misterio grande el que propone S. Pablo, que habiendo de resucitar todos los muertos, no hayan de inmutarse todos. Pues qué ¿no pasará el cuerpo de cada uno del polvo en que se había convertido a su propia carne? Sí, señores. ¿No logrará también esta carne rediviva ser eterna y para siempre duradera? Sí, señores. ¿Pues qué mayor inmutación es esa, que no ha de ser común a todos los que resucitan? La inmutación de la impasibilidad, y la transformación de cuerpo terreno a cuerpo celestial y glorioso quedando la misma carne; y esta diferencia de tránsitos es tanta, cuanto va de muerte a vida; de suerte que puede decirse que resucitando en realidad todos, no todos viven. Porque en efecto, aunque todos los hombres, sin excepción resucitarán, serán eternos en adelante, y su cuerpo no ha de volver a la corrupción de la tierra; pero unos resucitarán para transformarse en un cuerpo destinado a más dolores que cuantos temió en el mundo y vio padecer a todos los miserables. Unos verán resplandecer su carne con hermosísimos candores de luz y otros la sentirán abrasarse en llamas inextinguibles de fuego. Unos resucitarán para vivir, y otros resucitarán para morir, no una muerte que separe la carne del espíritu, sino una muerte, que dejando unidos cuerpo y alma, los sumerja en el horrendo sepulcro de un abismo, donde padezcan penas, congojas, aflicciones, dolores y tormentos más sensibles por la inmortalidad que lograron con la resurrección, y donde sin morir por separación, vivan por unión tan infelices que la muerte les fuera favor el más soberano para sacarlos de una vida que es su mayor torcedor.

Por eso no se llama ni puede llamarse vida, sino muerte inconsolable y desesperada la de los réprobos, como la da a entender el profeta, cuando dice que en el día del juicio no han de revivir ni resucitar los malos: *Quoniam non resurgent impii in iudicio, neque peccatores in concilio iustorum*<sup>47</sup>; porque aun-

que se rehaga su carne, se junten sus articulaciones y se una todo el cuerpo nuevamente con el alma, será para continuar con ella en las miserias del sepulcro infernal. No quedan sus nombres escritos en aquel libro de los vivos, que por esto se llama el libro de la vida, de que tantas veces se hace mención en las Sagradas Letras o se mandarán borrar de él sus nombres, para que no se lean con los justos: *Deleantur de libro viventium, & cum justis non scribantur*<sup>48</sup>.

¿Cuál será el modo, me diréis, de alcanzar esta inmutación felicísima, y de restituírnos de la inmortalidad gloriosa y verdadera? Oíd al apóstol. Si así como por el pecado hemos llevado hasta ahora en nosotros la imagen y el carácter del hombre terreno, haciéndonos semejantes a nuestro primer Padre en preferir a Dios los apetitos carnales, procuraremos en adelante con todas veras asemejarnos al hombre celestial, que es Jesucristo, anteponiendo la obediencia y voluntad de Dios, a cuanto desee el cuerpo o repugne la carne corrompida: *Sicut portavimus imaginem terreni, portemus, & imaginem caelestis*<sup>49</sup>; porque habéis de saber que la carne y la sangre no son capaces de poseer el Reino de Dios: *Quia caro, & sanguis regnum Dei possidere non possunt*<sup>50</sup>. No porque esta misma carne que tenemos, y esta misma sangre reanimadas en la resurrección queden privadas de la gloria, que ciertamente gozarán los cuerpos de los justos con sus almas, sino porque viviendo conforme a las pasiones de esta carne y de esta sangre, dando rienda y soltura a los apetitos carnales, no entraremos en el reino de Dios, ni en la dichosa corrupción: *Neque corruptio in corruptelam possidebit*<sup>51</sup>.

Para que mejor entendamos esta respuesta del apóstol a los de Corinto, de la cual pende nuestra felicidad y vida eterna, y que igualmente fundemos la esperanza de vencer la rebeldía de esta carne del pecado, que pelea en nosotros con nosotros, y nos oscurece o borra la confianza que debemos tener de la victoria, consultemos lo que dice a los Romanos sobre este punto, animándole al triunfo<sup>52</sup>; y es que si queremos vivir eternamente

---

47. Psal. 2 v. 5.

48. Psal. 68 v. 29.

49. I. Cor. 15 v. 49.

50. Ib. v. 50.

51. I. Cor. 15 v. 50.

52. Ad Rom. c. 6.



con Cristo, hemos de emprender nueva vida, en todo distinta de la del hombre carnal, que fue resucitado y muerto con Jesucristo, para que así se destruyese el cuerpo del pecado y no volviésemos a sujetarnos al pecado; pues si hemos muerto con Cristo, creemos que hemos de vivir también junto con él, en la inteligencia de que como Cristo resucitando no ha de volver a morir, también nosotros viviremos para Dios eternamente en él. Pero mirad que no se apodere el pecado de vuestro cuerpo mortal y os haga servir a los apetitos desenfrenados, ni entreguéis vuestros miembros como armas de la iniquidad al pecado, sino entregaos enteramente a Dios que os ha resucitado de entre esa multitud de cadáveres, y sean vuestros miembros las armas de la santidad y la justicia.

Veis ahí descifrado el misterio del apóstol: *Ecce mysterium*, por el propio apóstol, el modo de resucitar para vestirnos de la incorrupción gloriosa es morir con Cristo a la carne antes de morir en la carne, y esta muerte anticipada consiste en no entregar nosotros las armas de nuestros miembros para que sirvan a la iniquidad, sino darlos a Dios para dedicarnos a la justicia, y quitar la vida al pecado, negándole los auxilios de nuestro propio cuerpo<sup>53</sup>. Si Dios nos ha sacado del número de los muertos, no somos ya deudores en manera alguna a la carne. Vino el hijo de Dios cubierto de la carne del pecado para acabar con el pecado en la crucifixión y muerte de su carne, y que se cumpliese en nosotros la justificación, no viviendo conforme a la carne, sino muriendo a la carne para vivir conforme al espíritu. Si viviéramos según la carne, moriremos para siempre. Si mortificáremos la carne con el espíritu viviremos vida interminable y felicísima. Porque otro espíritu distinto del nuestro, que es el Espíritu Santo, nos enseña interiormente por la fe y por sus continuas ilustraciones con que habla a nuestro espíritu: *Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro*, que ya somos hijos de Dios: *Quod sumus filii Dei*, para que obrando según su espíritu, seamos también sus herederos, y coherederos de su unigénito Jesucristo. ¿Pero de qué manera? Mortificando nuestra carne y sus pasiones, muriendo a nuestro cuerpo y a sus apetitos, avasallando la sensualidad y sus deseos, y crucificándolo todo y a nosotros mismos voluntariamente en

---

53. Ad Rom. c. 8

Jesucristo, no hay otro medio de partir con él sus glorias, si no es imitándole y participando de sus dolores: *Si tamen compatimur, ut & conglorificemur.*

Este es, vuelvo a decir, el misterio y su declaración; y esta es la suma o el compendio de la teología de los cristianos y de la doctrina importantísima de la resurrección del Salvador, de la resurrección de nuestra carne gloriosa unida a nuestras almas, y el artículo último de la vida perdurable. Pero una teología clara, perceptible y fácil. Ninguno puede ya decir que no entiende el medio de vivir eternamente, y de lograr con la resurrección la inmutación. El mismo Dios, el Espíritu Santo es el maestro que habla a nuestro espíritu: *Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro.* Dios nos amonesta por este medio sobrenatural a todos, y continuamente allá en el fondo del corazón. Y porque no lo dudéis, decidme, ¿qué sobresalto es ése que acompaña vuestras solicitudes y se mezcla en la misma posesión de vuestros deleites, que os trae desabridos o inquietos, sino la voz de ese Espíritu Divino que os está diciendo al alma, que no viváis dando gustos a la carne, que se encaminan a la muerte, y que siendo hijos de Dios habéis de mortificarla? *Ipse enim Spiritus, & c.* ¿Qué es esa desconfianza que os inquieta en las pretensiones, ya con el rival, con el empeño, ya con el ministro, qué remordimiento es ese, que os quita la serenidad, la paz, y no pocas veces el apetito y el sueño después de conseguidos los empleos que deseábais, sino la voz del Espíritu de Dios al vuestro, advirtiéndole que todas sus diligencias, sus conatos, sus empresas han de ser de hijos de Dios, para conseguir a Dios, y que sólo en Dios hallaréis la satisfacción y el reposo? *Ipse enim, & c.* ¿Qué sombra es esa que os sigue continuamente en las calles, en las casas, en los retretes y aún en la cama sobre la seguridad de las riquezas o los medios de aumentarlas o los con que se juntaron, que jamás os deja, y no parece que sois rico, sino un hombre que teme la miseria, y duda si le alcanzará cuanto tiene a lo que ha menester para cuatro días de vida? ¿Qué ha de ser? Una voz del Espíritu Santo que os está manifestando la vanidad de esas riquezas, la incertidumbre de esos caudales, la inutilidad de su conservación, para que como hijos de Dios, desprendáis el corazón de ellos, hagáis un uso santo, y sólo aspiréis y suspiréis por los tesoros de su amor? *Ipse enim &c.* Ese horror con que miráis la muerte,

que os hace apartar los ojos del sepulcro y del cadáver, que os desconcierta el ánimo a la menor alteración de la salud, y no hay calentura que no os abata y amilane, ¿qué es sino la voz penetrante del Espíritu Superior, que os acuerda que habéis vivido como hijos del pecado y de la carne, sirviendo a su concupiscencia y deseos, no como hijos de Dios que sois para obedecer al Espíritu? *Ipse enim, &c.* El rústico y el político, el ignorante y el sabio, el joven y el viejo todos sienten estos movimientos del espíritu. Él habla a todos continuamente y de un modo ininteligible; pero la desgracia es que no todos seguimos estos movimientos, ni atendemos con docilidad a estas voces.

Porque de una parte hacemos oídos de serpiente, como dice el real profeta<sup>54</sup>, para no oír las voces de este divino mágico que encanta a los que le atienden, y corremos con el ímpetu y furor de las serpientes a derramar veneno, y saciar el apetito mortífero. De otra, mete el mundo un ruido continuo y lisonjero para que no le atendamos, y mueve sin cesar nuestra alma a un lado y otro, para tenerla embelesada y suspensa con las voces de la vanidad, del lujo, de la opulencia, de los escándalos autorizados, de las conversaciones licenciosas o impías. La carne y la sangre distraen y disipan nuestro espíritu, para que no oiga al de Dios, con la cruda guerra que nos hacen, presentándonos su triunfo como una dulce victoria, batalla tanto más temible, cuanto es con un enemigo, que come, duerme y vive con nosotros, tanto más difícil de resistir, cuanto nos acomete por donde somos más flacos, tanto más dura, cuanto es más cierto que todos nuestros esfuerzos naturales no son bastantes para ganarla, y de que ninguno se exime por bisoño o veterano, por cobarde, ni esforzado. No hay criatura, dice Pablo, que no gima y se congoje como la mujer en su mayor trabajo del parto<sup>55</sup>. Nosotros mismos, a quienes el Señor concedió la flor y las primicias del espíritu, lloramos con esta lucha. Yo propio, yo escogido para introducir el Evangelio en las naciones, yo llamado tan maravillosa y misericordiosamente por Jesucristo, yo favorecido de las revelaciones más singulares, yo siento esta guerra y experimento en mí esta batalla que me lleva casi a

---

54. Psal. 57, 5.

55. Ad Rom. c.8. v. 22.23.

rastras al pecado, que conozco, que aborrezco, que resisto según el espíritu<sup>56</sup>. ¡Ay de mí, hombre infeliz!, ¿quién me libertará de este cuerpo que me da la muerte: *Enfilas ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus*<sup>57</sup>?

¿Quién puede libertaros a vos, ¡oh, vaso de elección! y a nosotros tuestos inmundos y frágiles, si no es la gracia que nos mereció el Salvador? *Gratia Dei*. Así se responde él mismo divinamente inspirado. *Gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum*<sup>58</sup>. Sí, hermanos míos: necesaria, fuerte, continua y dura es la guerra; pero el auxilio es proporcionado o mayor; *Gratia Dei per Jesum Christum*. Esta fue la respuesta que oyó, cuando quejándose de esa batalla pedía al Señor con instancia, que lo sacase de ella, y le dijo que le bastaba su gracia: *Sufficit tibi Saule gratia mea*<sup>59</sup>. No quiso el Señor quitarle a Pablo la guerra, que tanto le afligía, ni fue su voluntad triunfando de la muerte y del pecado, apagar enteramente la llama, que arde en nuestros miembros, ni que de una vez expirase el dragón; déjennos en el campo y con enemigos, que nos actuasen, y ejercitasen, para que pudiésemos merecer el galardón, y la corona, pero no nos dejó desprevenidos y sin armas. Dejónos el escudo y las fuerzas de la gracia en Jesucristo, de lo cual da el apóstol por nosotros las gracias: *Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum Christum*<sup>60</sup>.

¿Y es por ventura esta gracia algún don rarísimo, escaso o que Dios distribuye con exclusión de personas? No sino un presente abundante y general, más que el mismo pecado que nos molesta. No es la gracia como la culpa; porque si en fuerzas del delito de Adán murieron tantos, la gracia de Dios y el don de un hombre Jesucristo abundó en muchos más<sup>61</sup>. Ni la justificación nos viene como la condenación. Ésta tuvo por principio una sola culpa, pero la gracia nos justifica no sólo de esta culpa, sino de todos los delitos. ¡Oh misericordia sin número! ¿Y es su consecución muy difícil? No por cierto, tan fácil, tan sin costa, que al principio ella misma se viene, y después basta querer

---

56. Ib. c. 7.

57. Ib. v. 24.

58. Ib. v. 25.

59. Ad. Cor. 12, 9.

60. I. Ad Cor. 15 v. 57.

61. Rom. 5, 15, 16.

conservarla cuanto es de nuestra parte, confiándonos en el que nos la da, o recurrir de corazón a su piedad para que nos restituya a ella, si la perdemos por nuestro descuido o malicia. Entended bien, oyentes míos, estos misterios de la gracia, en que consiste vuestra victoria para la vida eterna.

La primera gracia es aquella elección misericordiosa, que Dios hizo de nosotros, para que fuésemos miembros del cuerpo de su Iglesia, en que nos introdujo por medio del bautismo, perdonándonos el pecado original y dándonos la fe que es la primera y fundamental gracia del cristiano. Con ella nos comunicó otra gracia, que llamamos santificante, porque nos justifica, nos hace hijos adoptivos de Dios y nos eleva a su amor y caridad; y junto con aquélla y ésta nos dio el principio de todas las virtudes, sin que para tantos beneficios precediesen méritos nuestros o de nuestros padres, sino sólo los méritos de la muerte y resurrección de Jesucristo, para que sea, como lo es, pura gracia<sup>62</sup>. Pues si siendo todavía pecadores, dice el apóstol<sup>63</sup>, y enemigos, nos reconcilió, y justificó en la sangre de su hijo, ¿con cuánto mayor fundamento debemos creer y esperar, que después de justificados y reconciliados nos salvará por él, y aplacará en su sangre la ira que merecen nuestras culpas? En esta gracia de la fe tenemos la seguridad de la victoria, dice el apóstol S. Juan<sup>64</sup>. Si creemos en Jesucristo, según nos dicta el Espíritu Santo, que es el que da testimonio de su persona y su doctrina, y si conforme a esta fe manifestamos con las obras de justicia que le creemos y procuramos ser justos, como lo fue Jesucristo<sup>65</sup>. Y esta es la fe que se asegura con su resurrección gloriosísima para consuelo nuestro, la cual sería vana e inútil, si Cristo no hubiese resucitado<sup>66</sup>.

Pero lo más alto, singular y apreciable de este don consiste en que no sólo se nos dé la fe, sin mérito alguno, antes siendo pecadores y enemigos de Dios; y que con ella se nos infunda la gracia santificante, que nos hace hijos y herederos; sino que juntamente viene a nosotros aquel espíritu, que decíamos antes, y que habla interior, y continuamente al nuestro, le advier-

---

62. Ib. II 5, 6.

63. Rom. 5, 8, 9.

64. Joan. 5, 4.

65. Ib. c. 3, 7.

66. Ad Cor. supr.

te su dignidad de hijo de Dios, le enseña su fin, le instruye en sus obligaciones, le dirige en sus actos, le descubre los lazos, le muestra los escollos, le exhorta a los preceptos, y sobre todo, alienta, esfuerza y anima nuestra flaqueza para que no sea vencida en la batalla del demonio del mundo y de la carne: *Similiter autem, & spiritus adjuvat infirmitatem nostram*<sup>67</sup>, y se encarga tan particularmente de nuestros intereses y progresos, que no tenemos otra cosa que hacer para vencer, que ponernos en su mano y no resistir sus movimientos. Porque siendo nosotros ignorantes por la torpeza, que causa en el entendimiento la concupiscencia, y por consiguiente incapaces de saber lo que nos conviene pedir, este espíritu ora y pide por nosotros. ¿Pero cómo? Con ansias, sollozos y gemidos imponderables. Sí, señores, el Espíritu Santo comunicado a nuestros corazones, pide con toda esa eficacia: *Gemitibus inenarrabilibus*, lo que nos conviene y lo que nosotros no sabríamos pedir. ¿Y qué sucede? Que aquél, que registra los senos del corazón, que ve mejor que nosotros nuestro interior, a quien no pueden ocultarse, ni sus virtudes, ni sus males más escondidos, conoce y concede lo que desea ese espíritu, como que jamás pide para los escogidos otra cosa que aquello que es conforme a la voluntad de Dios.

Es verdad, vuelvo a deciros con el apóstol<sup>68</sup>, que él con toda su elección y nosotros todos gemimos con la guerra que traemos contra tantos y tan poderosos enemigos; pero vivimos esperando la herencia de nuestra adopción de hijos de Dios en la resurrección de Jesucristo y resurrección de nuestra carne. Esta esperanza nos liberta y nos salva: *Spe enim salvi facti sumus*<sup>69</sup>. Bien es, que ahora no vemos esos premios y esa vida eterna que esperamos; porque si lo viésemos, ya no sería esperanza; pero lo aguardamos con paciencia y con certidumbre en fuerza de las promesas de Jesucristo y de los auxilios de su gracia en el Espíritu Santo, que nos ilustra, nos inflama y nos fortalece, a quien concede Dios cuanto pide por nosotros, para hacernos conformes a la imagen de su hijo resucitado, que es la cabeza, y el primogénito entre los muchos hermanos que resu-

---

67. Rom. 8, v. 26.

68. Rom. 8, v. 23.

69. Rom. 8, v. 24.

citarán para participar de la incorrupción dichosa y de la gloria en sus cuerpos. ¿Pues qué tenemos ya, hermanos míos? Si Dios se pone de nuestra parte, quién podrá derribarnos o vencernos por flacos que seamos? Si él no reservó por nuestro bien y salvación a su unigénito, sino que le entregó a la muerte, ¿cómo será posible que deje de comunicarnos junto con él todos los dones y beneficios que necesitésemos? ¿Qué enemigo intentará contra nosotros acusación, que sea oída o de que no se nos absuelva? Cuando el mismo Juez Supremo se empeña en justificarnos y darnos por libres, ¿quién tendrá autoridad para condenarnos por reos? Si Cristo Jesús, que murió, o por decirlo mejor, que resucitó, que goza el asiento preeminente a la diestra de su padre, de allí está abogando y defendiendo nuestra causa, ¿qué cosa será capaz de hacernos perder su caridad?

Consolémonos, pues, amados oyentes; consolémonos, en la resurrección de Jesucristo, porque con ella miraremos sin sobresalto el sepulcro, que nos espera, pero que sabemos ciertamente, que ha de ser despojado de la posesión de nuestro cuerpo por más que lo guarde, y lo corrompa; pues resucitando el primogénito Jesús, han de resucitar todos los muertos, y esta carne misma, de que estamos vestidos, revivirá, se animará y no volverá a morir. Esto consolaba a los apóstoles para sufrir, para pelear, para despreciar la vida, porque de aquí inferían la verdad de los misterios que les había revelado, de la doctrina que les había enseñado, y de las promesas que les había hecho Jesucristo: *Consolamini invicem in verbis istis*. Animémonos, hermanos, animémonos a la batalla que nos ejercita, que nos actúa, que nos inquieta, con la esperanza, no sólo del premio, sino de la victoria por medio de Jesucristo resucitado, porque él nos da su espíritu que nos enseña la dignidad a que nos elevó de hijos de Dios, nos comunica la fortaleza, nos da la luz, nos arma de fe, en la cual consiste la victoria: *Haec est victoria, qua vincit mundum, fides nostra*<sup>70</sup>. Y no sólo nos excita, nos ayuda y nos conforta este espíritu para pelear y triunfar, sino que él mismo pide por nosotros lo que nos conviene y nosotros no sabríamos pedir, y Dios otorga a nuestro favor cuanto le pide. ¿Pues qué temeremos ya? Vivamos, no sólo con consuelo, sino con esperanza, y esta esperanza es nuestra salvación: *Spe enim*

---

70. I Joann. 5.4.

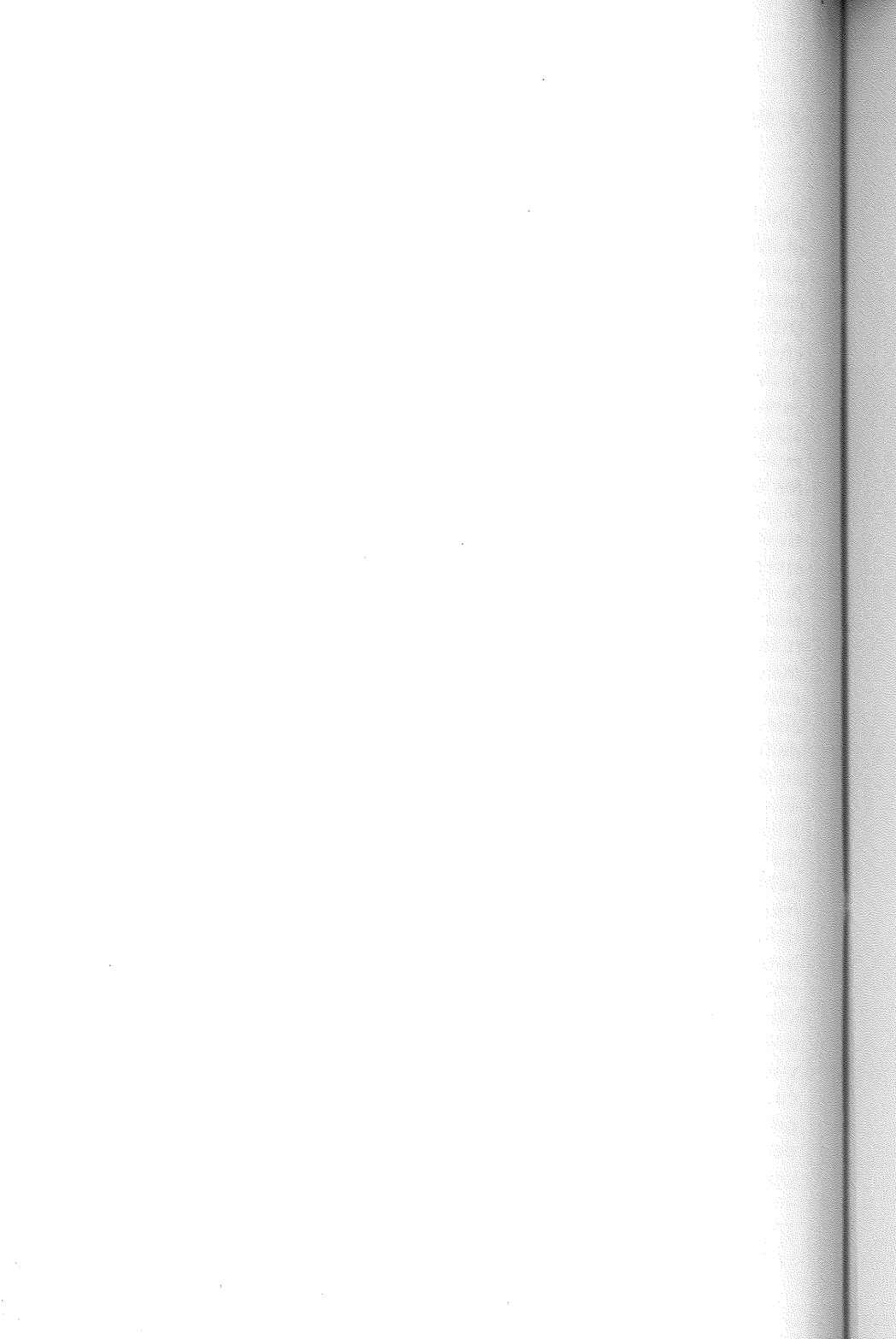
*salvi facti sumus*. Levántense hasta las nubes los torbellinos del mundo para arrebatarnos en su círculo, ábranse los abismos para abortar tentaciones y enemigos, ardan los incendios de la carne para atribularnos y arrastrarnos, que estando, como está Dios por nuestra parte instando de su misericordia, y solicitado viva y eficazmente por Jesucristo nuestro medianero, nada podrá separarnos de la caridad de Dios, ni el mundo, ni la carne, ni los demonios, ni la vida, ni la muerte, ni otra cosa alguna, si nosotros no nos rendimos voluntariamente y resistimos a la gracia y al espíritu, antes con su auxilio sacaremos de los mismos enemigos la salud, y todo cooperará para nuestro bien. Si hasta ahora han sido nuestros cuerpos vilmente prostituidos a la iniquidad, las más fuertes armas de los enemigos, sirvan de aquí adelante esos propios miembros a la justicia y a la santificación, y estos enemigos sean el realce de nuestro mérito, y de nuestro triunfo. Cuanto hubiere sido más sangrienta la pelea, y más dura, larga y terrible la batalla, tanto ha de ser más brillante la corona. A proporción del mérito será el resplandor de la gloria que tenga el alma y reluzca en nuestros cuerpos. Al modo, dice el apóstol<sup>71</sup>, que es diferente la claridad de los astros materiales que nos alumbran, y como una estrella se distingue por su luz de otra. Si tenemos enemigos, también nos sobran armas, y un aliado tan invencible como el mismo Dios. Ánimo, pues, y no desmayemos, os diré por conclusión de mi discurso, que es la conclusión de Pablo a los de Corinto<sup>72</sup>: valor, amados hermanos míos, y no perder la constancia: *Itaque fratres mei dilecti, stabiles estote*, nada os turbe, nada os amedrente, nada os desconcierte. *Et immobilis*. Abundad, creced en la obra del Señor continuamente, esto es, no os contentéis con poquedades, sino aspirad y trabajad más y más en vuestra santificación con los auxilios que Jesucristo os mereció, con la esperanza segura y la ciencia infalible de que cuanto mayor sea vuestra fatiga, vuestro trabajo y vuestro afán en esta vida caduca, miserable en sus mismas delicias y vana en sus propias posesiones, tanto más grande será el premio y la remuneración de Dios en la resurrección para una vida interminable, dichosa y permanente en la posesión del mismo Dios en la Gloria. Amén.

---

71. I. Cor. 15, v. 41.

72. Ib. v. 58.





SERMONES  
PANEGÍRICOS,

Y

DE MYSTERIOS:

*Por D. ANTONIO SANCHEZ VALVERDE,  
Licenciado en sagrada Teología, y am-  
bos Derechos, Racionero de la Santa  
Iglesia Catedral de Santo Domingo,  
Primada de las Indias, natural de la  
misma ciudad, y Socio de Número de  
la Sociedad Matritense de Amigos  
del País.*

TOMO II.



MADRID MCCCCLXXXIV.

POR DON PEDRO MARIN.

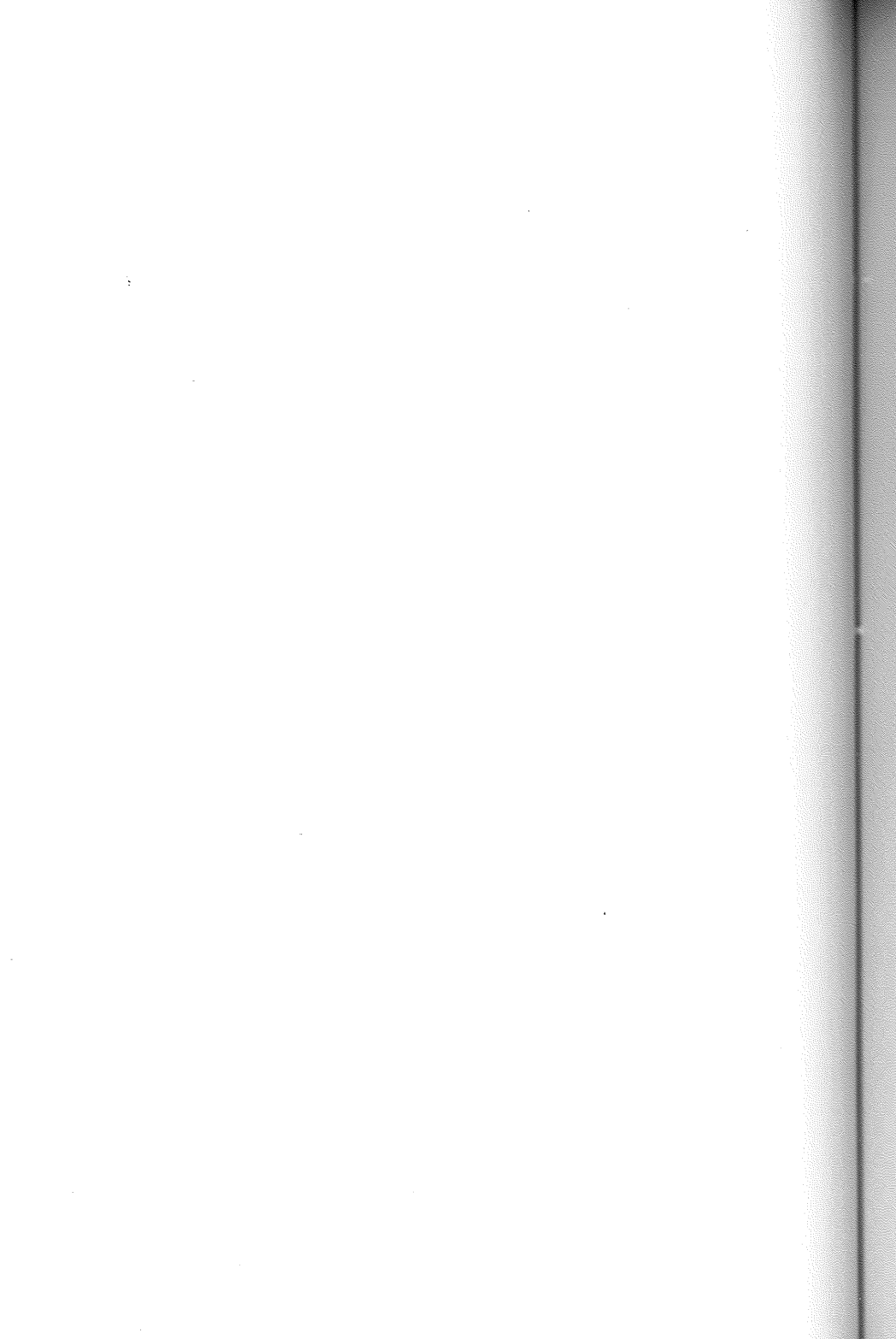
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

---

Portada de la primera edición de *Sermones panegíricos, y de misterios*. Tomo II, Madrid,

## II

*Declaratorio sermonum tuorum illuminat  
intellectum dat parvulis. Ps. 118. v. 130; Sal.  
118,130*



SERMÓN DE LA ASCENSIÓN, PREDICADO  
EN LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA ISLA ESPAÑOLA

*Et Dominus quidem Jesus postquam locutus  
est eis, assumptus est in coelum, et sedet a dextris  
Dei.*

*Y nuestro Señor Jesús, después de haberles  
hablado, se arrebató al cielo, y está sentado a la  
diestra de Dios. S. Marcos, cap. XIV. 19.*

Todo el carácter con que se autoriza de divina nuestra religión, le faltaría, hermanos míos, si sus misterios no formasen entre sí una cadena ordenada, firme, unida, capaz de abrazar los soberanos designios del Altísimo en orden a hacerse conocer del mundo, establecer su culto y reparar la ruina que había causado el primer hombre. Si uno de ellos dejase de enlazarse con los otros, si todos no guardasen una misma serie, si alguno no correspondiera a los fines referidos, desmentiría la soberanía del autor el crédito de la verdad y la excelencia de la empresa. El misterio de este día viene tan eslabonado con toda la economía de Dios sobre la misión de su Unigénito, la reconciliación del linaje humano, la fundación de su iglesia y la restauración del derecho perdido a la gloria, que siendo el último paso de Nuestro Salvador Jesús sobre la tierra, y el

primero con que en su humanidad sacrosanta elevó al cielo una porción de nuestra carne, es al mismo tiempo el testimonio más irrefragable de su divinidad, el principio necesario para establecer la iglesia, y en ella el culto debido al Ser Supremo, en fin, la llave que nos franqueó la entrada a la celestial Jerusalén, cuyas suspiradas puertas haría más de cuatro mil años que estaban cerradas. En una palabra, el misterio de hoy, examinado atentamente, es el precioso sello de la misión y de la doctrina del Mesías, de sus promesas y de la fidelidad del hombre.

Acabamos de hacer el religioso recuerdo de la pasión y de la muerte de este hombre Dios. Hemos admirado el milagro de su resurrección. Hoy celebramos su ascensión gloriosa, para sentarse a la diestra de su padre: *assumptus est in coelum, et sedet a dextris Dei*. Prodigio que ni habían visto los mortales, ni imaginado posible. En cuantas maravillas celebró el orbe desde su cuna, no hubo una escena que se pareciese a ésta. Es verdad que Eliseo vio un brillante carro que arrebató a su maestro Elías<sup>1</sup>. Habacuc se sintió transportar desde Judea a Babilonia, para alimentar a Daniel, entregado a los leones<sup>2</sup>, y después de la ascensión del Salvador fue llevado el diácono San Felipe, habiendo bautizado al Eunuco, desde Samaria a Azoto<sup>3</sup>. Pero en todos estos casos, una virtud o fuerza ajena era la motora de los cuerpos. El carro se llevó a Elías, a Habacuc un ángel, el Espíritu Santo tomó a Felipe, como lo notan los mismos textos. Pero en la ascensión de Jesucristo no hay agente extraño que arrebate ni mano que lleve. Él mismo se eleva poco a poco por sí, hasta que envuelto en una luciente nube, se oculta a la vista de los que le observaban con asombro<sup>4</sup>. En fin, Elías fue visto solamente de Eliseo. Habacuc, y Felipe de ninguno. Cuando Jesucristo sube a los cielos, le ven muchos. Todos los discípulos y apóstoles que estaban juntos en el monte, fueron testigos de su ascensión, y admirados de prodigio tan inaudito, quedan sin acción, clavados los ojos en el cielo, hasta que se presentan los ángeles que procuran sosegar su asombro y sacarlos de su éxtasis, anunciándoles otros prodigios. ¿De qué os admiráis, les dicen, viendo subir vuestro maestro a los cielos? Así volverá según le habéis visto ir<sup>5</sup>.

---

1. 1 4 Reg. 2, 11.

2. Dan. 14, 32-35.

3. Act. 8, 39.

4. Ibi 19.

5. 1 Ibi 5, 10-11.

Esta amonestación celestial debe servirnos de gobierno, para que cesando nuestra admiración, miremos a Jesucristo que sube, no para pasmarnos, sino para instruirnos, para edificarnos, no para maravillarnos del prodigio, sino para adorar al que lo obra, para conocer y agradecer sus soberanos motivos y sus utilísimos efectos. Contemplemos en este día a nuestro Salvador, como que afianza con la prueba más realzada de su divinidad nuestra fe, como que asegura con la fundación de su iglesia nuestra esperanza, como que anima con la abertura de los cielos nuestra caridad.

I. Porque subiendo a los cielos, manifiesta que es el hijo natural del Padre Eterno, omnipotente e infalible.

II Sentándose a la diestra de su Padre, envía al Espíritu Santo, que ilustra, fortalece y enciende a los apóstoles, para congregar su iglesia.

III. Y abriendo las puertas de la celestial Jerusalén, deja su entrada franca a los que le creen y le siguen.

Tres puntos que serán la materia de este discurso. Animad, divino espíritu, mis labios, y encended mi corazón para que acierte a decir tantas grandezas. Suavizad el de mis oyentes, para que las atiendan y se aprovechen. Vos, Santísima Virgen, intercesora poderosísima, rogad que baje sobre nosotros ese espíritu, sin el cual somos miembros muertos en el cuerpo místico de vuestro hijo. Caiga sobre nosotros, como sobre los apóstoles, y como descendió sobre vos misma, cuando os dijo el ángel lo que de todo corazón os repetimos para alcanzar esta gracia. Ave María.

## PRIMERA PARTE

Ya os he manifestado, siguiendo las huellas del apóstol, cómo la resurrección de Jesucristo es un misterio que abraza toda la religión, y por eso comienza de él su Evangelio<sup>6</sup>. Hoy os declaro, hermanos míos, con el mismo Pablo, que Jesús sube a los cielos para perfeccionar y dar su debido cumplimiento a

---

6. Cor. 15,1,3-4. Sermón de la Resurrección. Tom. I. p. 180.



todas las obras que el padre puso a su cargo, *ut impleret omnia*<sup>7</sup>. Fue preciso dejarse ver redivivo, esto es, vuelto de entre los muertos a la vida, que diese a los suyos todas las pruebas de ser el mismo que acababa de padecer y morir, que les convenciese de esta verdad con los irrefragables testimonios de la vista, y del tacto, comiendo, hablando, y tratando cuarenta días con ellos, porque así lo tenían vaticinado los profetas<sup>8</sup> y lo había prometido el mismo Salvador<sup>9</sup>, diciendo a los que le pedían milagros que no verían otro que la repetición del que le sucedió a Jonás. Pero como ni era esto sólo lo que estaba profetizado de él, ni la prueba sola que había ofrecido de su divina misión, fue necesario que después de resucitar, subiese glorioso desde la región de la muerte, que es la tierra, a la ciudad viviente y de los vivos, para manifestar de una vez su divinidad y su grandeza, autorizar su doctrina, y confirmar nuestra fe.

Entre las señales que había cuidado Dios de anunciar, para que en la plenitud del tiempo se conociese a su Unigénito encarnado, y que ninguno pudiese antes o después alucinar a su pueblo, fingiendo ser el Mesías, una era la milagrosa ascensión que haría a los cielos por virtud propia después de resucitar. El real profeta David, de cuya sangre debía descender este deseado de las gentes para salud de Israel, arrebatado en espíritu más de mil años antes, ve a Jesucristo ceñido de los triunfos de su ascensión, y clama a los moradores del cielo que abran las puertas de la gloria<sup>10</sup>. Grita a las mismas puertas que se levanten, y franqueen el paso a su rey, y preguntado quién es ese rey, responde que el señor fuerte y poderoso, el que invencible en la guerra sube ya victorioso a los cielos. Habla en otro éxtasis con el mismo rey, gloriándose de su victoria, y le dice que en fin ha montado a la cumbre tan cargado de trofeos y despojos, que no contento con postrar y someter los enemigos que tiranizaban su imperio, había aprisionado al mismo cautiverio<sup>11</sup>. Desaparezan, dice, y huyan de tu vista los enemigos, como se desvanece el humo, alégrense, regocíjense, hagan banquete los justos, entonces salmos para alabar tu nombre, allánese el paso al que sube

---

7. Eph. IV, 10.

8. Ps. 23,67,46; Zach. 14.

9. Matth. 12,40.

10. Ps. 23, 7-8

11. Ps. 69,19.

y se eleva sobre el ocaso, cuyo nombre es el Señor<sup>12</sup>. Éste es el guerrero de quien dijo Zacarías que juntaría en Jerusalén a todas las naciones para pelear con ellas. Las derrotaría, destruiría y permanecerían sus pies estampados en el monte de las Olivas, situado al frente de Jerusalén, hacia el oriente<sup>13</sup>. Este es el monte en que congregados el día de hoy los discípulos, recibieron su bendición, le vieron irse elevando a los cielos, y en donde testifican San Agustín, San Paulino y Sulpicio Severo, que duraban impresas en una piedra las plantas del Salvador, sin que la injuria del tiempo ni la malicia de los judíos hubiesen podido borrarlas.

En consecuencia de éstos y otros vaticinios sobre la ascensión del Mesías, ofreció Jesucristo el cumplimiento de ellos en su persona, para manifestar que lo era. Querían los fariseos y los ministros de la sinagoga apoderarse del Salvador antes de la hora destinada, porque muchos le creían y seguían. Deja sin efectos sus malos conatos, y les previene que permanecerá aún con ellos algún tiempo, pero que luego partiría a donde estaba aquél que le había enviado. Buscaréisme, les dice, y no me encontraréis, porque donde yo voy no podéis vosotros ir<sup>14</sup>. Llegó el día último de la gran festividad, y predicando en público decía al pueblo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, porque el que cree en mí, no sólo apagará su sed, sino que se hará en él un manantial de agua viva, como dice la escritura. Lo cual comenta el evangelista San Juan que dijo por el Espíritu Santo que había de comunicarse a los fieles, y aún no se les había dado porque Jesús no había subido a la gloria<sup>15</sup>.

Cuando quiere consolar a sus discípulos, tristes con la anticipada noticia que les daba de su muerte, les anuncia su ascensión gloriosa, diciendo que va a disponerles lugar en la casa de su padre, al cual rogaría que les enviase otro paráclito o consolador, que les acompañase eternamente<sup>16</sup>. La misma profecía repite cuando les declara las persecuciones que han de padecer, para que estén prevenidos contra ellas, y les ofrece el Espíritu Santo, asegurando que por esto les conviene su partida, porque si no subo al cielo, no vendrá a vosotros el paráclito,

---

12. Ibi. v. 5.

13. Zach. 14, 1-4.

14. Joan. 7, 31-34.

15. Ibid, 37-39.

16. Joan 14, 1-3,16.

pero si parto allá, yo mismo os le enviaré<sup>17</sup>. En fin, cuando después de padecer y de resucitar, explicándose ya en términos más claros, envía a decirles por Magdalena que sube a donde estaba su padre y padre de ellos, su Dios y Dios de ellos<sup>18</sup>. Esto es lo mismo que quería decir cuando preguntado por Pilato si era rey de los judíos, le responde que su reino no es de este mundo<sup>19</sup>, para significar que aunque hiciese en su persona la injusticia que solicitaban los pontífices, los doctores de la ley y los principales del pueblo, en virtud de la permisión que para ello le estaba otorgada de arriba, sin la cual nada podría ejecutar<sup>20</sup>, aunque le crucificase, resucitaría después y subiría a los cielos a tomar en el trono de su padre posesión de la corona y del cetro eterno, como primogénito en el reino espiritual de la Iglesia<sup>21</sup>, para regir, defender y dilatar su imperio.

Aquellas profecías tan anticipadas al nacimiento de Jesucristo, y estas promesas tan terminantes que hizo antes de morir y después de resucitar, se cumplieron hoy en el mismo monte que predijo Zacarías, subiendo el Redentor a los cielos, lleno de gloria, a vista de muchos, para manifestar con la certidumbre más convincente que era el Mesías esperado, que era el Salvador del linaje humano, que era el maestro de la verdad y de la virtud, y en una palabra que era Dios, por lo que dice el Santo Padre Agustín que la ascensión del Señor es la confirmación de toda la fe católica<sup>22</sup>. La transfiguración del Tabor quedó suficientemente autorizada con la presencia y testimonio de tres apóstoles, pero la ascensión se ejecuta delante de todos ellos y de los demás discípulos de uno y otro sexo, que se les habían unido y creído la doctrina del Salvador. Testigos tan fidedignos, como que firmaron con su sangre y aseguraron con su muerte la verdad del hecho vaticinado, prometido y ejecutado a su vista con todas las circunstancias que podían eximirlo de la más ligera sospecha de impostura o ilusión. Hecho, que sin contar con el testimonio irrefragable de la escritura, le sobran motivos para toda aquella certidumbre de que son capaces los de su clase.

---

17 Joan. 16, 1-8.

18. Joan 20.17.

19. Joan 18,36.

20. Joan 19,11.

21. 4 Rom. 8,29.

22. Aug. Serm. 3. de Asc.

Este es, amados hermanos míos, el sexto artículo del símbolo de nuestra fe, que ha creído y celebrado la Iglesia desde su cuna, y nosotros, llamados dichosamente a ella, confesamos y creemos, porque así estaba profetizado, así estaba ofrecido, así está escrito que sucedió en las divinas letras, en los santos evangelios. Porque así lo predicaron los santos apóstoles y otros testigos oculares, los cuales en prueba de que predicaban la verdad, pasaron por no desmentirla, persecuciones, fatigas, necesidades, amenazas, castigos, cárceles, hierros, insultos, sin que ni el miedo ni la esperanza, ni la escasez, ni la abundancia, ni los vilipendios, ni las honras, ni la muerte ni la vida pudiesen arrancar de su boca, no digo una declaración contraria a la que deban de haber visto resucitar y subir glorioso a los cielos a su maestro Jesús, pero ni hacer siquiera que callasen, como solicitaban los jueces y príncipes<sup>23</sup>, a los cuales respondían que no podían dejar de publicar lo que habían visto y oído<sup>24</sup>. Sobre estos fundamentos solidísimos, creemos lo primero que Jesucristo es el Hijo de Dios prometido en las profecías. Lo segundo, que subió al cielo, no porque en cuanto Dios pueda pasar de un lugar a otro, cuando todo lo ocupa, lo llena, lo penetra y es imposible que haga tránsito quien está por su inmensidad en otro lugar, real, física y verdaderamente, aunque ni le veamos ni le toquemos por ser espíritu. Lo que creemos es que el cuerpo y el alma de Jesucristo, unidos personalmente al verbo, suben el día de hoy a los cielos, no por fuerza o ministerio extraño, como Elías, Habacuc y Felipe, sino por una virtud que le es propia a este hombre Dios, que estando en todas partes como Dios, no lo está en cuanto hombre, como se lo creyeron erradamente muchos luteranos, con el ministro de Hamburgo Juan de Westfalia a los medios del siglo XVI, llamados por eso Ubiquistas<sup>25</sup>. Lo tercero que creemos en este artículo es que está sentado a la diestra del Padre, no porque el Padre que es incorporeal, tenga manos, sino porque siendo incomprendible a nuestro entendimiento limitado, se sirve la escritura de la expresión de las partes de nuestro

---

23. 1 Act. 4,20

24. Ibi v. 21.

25. Se llamó Ubiquitarios a los que defendían la doctrina ya expuesta por Lutero en su *Confessio Augustana* (1530), que afirmaba la omnipresencia del cuerpo de Cristo, en virtud de su divinidad, y no sólo en la Eucaristía. Fr. L. Ott. *Manual de Teología Dogmática*, Ed. esp. (Barcelona, 1966) 553-554. (JLS).

cuerpo para darnos a entender lo que conviene que sepamos, atribuyéndosele corazón para amar o aborrecer, entrañas en que acogernos o desecharnos, pechos con que alimentarnos o desprendernos, y en la mano diestra a que se sienta Jesucristo, quiso que entendiésemos la superioridad y preeminencia de gloria que le daba en cuanto hombre, como cabeza y príncipe de todos los bienaventurados, esto es, sobre los principados, las potestades, y las virtudes, las dominaciones, y sobre cuanto se nombra al presente y se nombrará en los siglos venideros, según declara San Pablo a los de Efeso<sup>26</sup>.

Éste es, hermanos míos, éste es aquel trono en que dice David que le mandó sentar su padre hasta que pusiese todos sus enemigos por alfombra de sus pies, en medio de los cuales le exhortaba a que dominase<sup>27</sup>. Trono tan hermoso como los claros días del cielo.<sup>28</sup> Trono firme, incontrastable de eterna duración<sup>29</sup>. Al verle sentado en él, le reconoce el profeta santo por Rey, a quien consagra sus elogios, deseando convertir su pesada lengua en pluma de un velocísimo escritor, para cantar sus grandezas<sup>30</sup>. Allí exclama arrebatado su espíritu: ¡Oh hermosísimo entre los hijos de los hombres, en cuyos labios raya derramada la gracia, como bendito para siempre de Dios! ¡Ciñe, oh Rey poderosísimo, tu espada; con tu agraciado semblante, con tu belleza, emprende, marcha con prosperidad, y finalmente reina; pues por medio de la verdad, la mansedumbre y la justicia, te abrirá el paso tu diestra, y el cetro de la equidad y rectitud, que es la insignia de tu solio, asegurará tu silla para siempre!<sup>31</sup> Allí le oye reprender a los reyes y a los príncipes, que se ligaron contra él inútilmente, de los cuales, dice que se reirá el Señor, cuando lleno de su ira los confunda en el torrente de su furor, pues le había levantado rey sobre el monte de Sión para intimar su ley. Allí le ve gloriarse de que Dios le reconoce por su hijo, y como tal le dice que pida y le dará en herencia las naciones, sin señalar mas límites a su posesión, que los extremos de la tierra<sup>32</sup>. Allí

---

26. Eph I, 20-21.

27. Psalm. 109,1.

28. 3. Ps. 88,30.

29. Prov. 29,14.

30. Ps. 44, 1-2.

31. Ibid. 3.

32. Ps. 2,1.

advierte que las mismas naciones vuelven desde los confines del orbe, a reconocer el imperio de este ungido, postrándose en su presencia, y que los propios reyes, antes revelados, corren a su mesa, le adoran y publican que a él solo toca el cetro y la dominación sobre toda la tierra<sup>33</sup>.

¿Y creeréis que todos estos brillantes testimonios, con que los profetas anunciaron la ascensión gloriosa de Jesucristo, la majestad con que los apóstoles y discípulos le vieron subir como Hijo de Dios a la diestra de su Padre, que toda esta inmortal victoria que logra sobre sus enemigos, todo este triunfo de tantos millares de pueblos, todo el vasallaje de cuantas naciones habitan y dividen entre sí el orbe, se encaminaría solamente a dar a conocer su divinidad, y con ella la verdad, y santidad de su doctrina, a condenar la infidelidad del pueblo hebreo, a reprobear la idolatría, y en una palabra, a juzgar el mundo de su impiedad, y confundirle en su iniquidad? No, hermanos míos, no pensemos tan melancólicamente del triunfo de nuestro hermano primogénito Jesucristo, que mejor que José sabe y quiere partir con sus hermanos su grandeza y sus tesoros. El fruto de la victoria del Hijo de Dios hecho hombre, es muy diferente de los triunfos que consiguen los hijos de los hombres. Éstos vencen para elevarse sobre las ruinas de sus prójimos, Jesucristo triunfa para que, vencido el cautiverio, quede libre el linaje humano. Los hombres vencen para envilecer y destruir su especie, Jesucristo pelea, no para cubrir la tierra de cadáveres y regar sus campos con la sangre, sino para destruir la misma muerte, y resucitar a los que yacían en su tenebrosa sombra como nos dice S. Pablo<sup>34</sup> y veréis en la fundación de la iglesia, que es el segundo efecto de su ascensión.

## SEGUNDA PARTE

Quién lo creyera, hermanos míos, quién sería capaz de persuadirse a que Dios, ofendido del primer hombre, y en él de toda

---

33. Ps. 21,28.

34. Eph. 4,8.

su descendencia, Dios que veía con una certeza infalible los horrores en que se sumergirían tantas naciones idólatras; las deserciones que haría el pueblo escogido, los abandonos que hasta la consumación de los siglos sufriría de parte de los cristianos, ¿quién creyera, vuelvo a decir, que este Dios hubiese de encaminar todos los designios de sus obras como a su blanco, a la reducción de todo el género humano bajo el yugo blando de su ley, sirviéndose él mismo de guía, de luz y de cabeza, para componer con él un cuerpo? No era, no, posible imaginarlo; mucho menos esperarlo, porque era imposible conocer la extensión de su misericordia. Sólo la antorcha de una revelación tan infalible como el mismo Dios, podía darnos motivo a esta esperanza y señales de esta creencia, a pesar de las justicias rigurosas que merecíamos, y descubrimos un Señor tan benigno, tan compasivo, tan suave, que al mismo tiempo que fulminaba sus venganzas contra el transgresor de su ley, sus iras contra el delito, sus derechos contra la religión, preparaba las piedades, prometía el perdón y disponía el restablecimiento. La sentencia en que condena a Adán comienza por maldecir al enemigo, y antes de descargar el golpe fatal contra el delincuente, hace la promesa del redentor<sup>35</sup>. Éste es, hermanos míos, el que habiendo resucitado, sube triunfante de aquel enemigo, a acabar de quebrantar su cerviz, a recobrar las naciones que su tiranía había usurpado, para someterlas al poder de su justo y apacible imperio, a traerlas desde los últimos límites del mundo, para unir las bajo una ley toda de gracia, y hacer que los que antes vivían palpando tinieblas, sin conocimiento del Ser Supremo, del culto que se le debía, del fin a que fueron criados, compusiesen en adelante una sola nación santa, agradable al Señor y felicísima.

Este enlace de todas las naciones y subordinación a una cabeza, era la empresa soberana del Mesías, y el objeto a que miraba Dios en cuantas obras ejecutó su omnipotencia, y lo que no podía perfeccionarse, si Jesucristo no subía a los cielos. A precio de su sangre había comprado las naciones<sup>36</sup>. A costa de ella rompió el muro de división que las separaba de Dios, de sus promesas, de su testamento y de su herencia, como dice San

---

35. Gen. 3,14.

36. Act. 20,28.

Pablo<sup>37</sup>. Por medio de la cruz, reconcilió al gentil con el hebreo y a unos y otros con Dios, acabando la antigua enemistad, para que desde allí fuesen todos, no huéspedes y advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de la casa de Dios, piedras sobrepuestas al cimiento de los apóstoles y de los profetas, que se elevan a formar el edificio santo, cuya clave es Jesucristo<sup>38</sup>. Con la cruz y con la sangre había asegurado este derecho, pero todavía no estaban efectivamente unidos los gentiles con los judíos, aún no se habían enlazado los pueblos entre sí con una creencia igual. El propio cimiento de la Iglesia, los apóstoles, eran muy imperfectos. Estaban ya escogidas estas piedras, pero les faltaba mucho para sostener el peso de la obra, y no podían adquirirlo, mientras no subiese Jesucristo a los cielos.

Los santos apóstoles eran las piedras talladas para el fundamento, porque su predicación y sus milagros habían de ser el medio de que el Señor quería servirse para salvar aquéllos de su pueblo que había predestinado, y abrir los ojos a los paganos, hasta entonces ciegos, idólatras y vasallos del príncipe de las tinieblas. Pues esos apóstoles, criados en la sinagoga, educados en la escuela de la verdad, órganos por donde había de sonar la voz del Evangelio, ¿qué eran al tiempo de la muerte de Jesucristo? En la pasión de su Maestro, unos le negaron, otros huyeron, los más se escondieron. Cuando resucitó estaban tan medrosos, desconfiados e incrédulos, que fue preciso verle muchas veces y tocarle, para convencerse. En el mismo día de su ascensión le preguntaban, llenos de cuidados terrenos, si iba a renovar entonces el reino de Israel. ¿Y podrían servir para el cimiento de la Iglesia unos hombres tan necios, pusilánimes y carnales? ¿Serían a propósito para levantar un edificio tan fuerte, que ni la rabia de la sinagoga, ni el celo del imperio, ni la sagacidad de los políticos, ni la furia del mismo infierno, pudiese destruir o trastornar? ¿Para una fábrica toda espiritual y celeste, cuya alma es el espíritu de Dios, y cuyo cuerpo no tiene otros miembros vivos, sanos y útiles, que los que vivifica ese espíritu, se gobiernan por él, y sólo aspiran a mortificar su carne, despreciar el mundo, y vencer las potestades del abismo? No,

---

37. Eph. 2,3.

38. Ibi 19, 20-21.



señores. Necesitaban más ilustración, más fortaleza, más intrepidez, más caridad, más celo. Por eso les dijo Jesucristo sobre el punto de su ascensión, que iba a enviarles el prometido del Padre, y que mientras no le recibiesen, se mantuviesen en la ciudad, sin enseñar ni predicar<sup>39</sup>.

Este prometido de su Padre, es aquel paráclito, de quien les había dicho que, para que bajase sobre ellos, era conveniente su ascensión. Porque aunque tenía muchas cosas que decirles, no estaban en estado de entenderlas, pero que con aquél espíritu de verdad quedarían instruidos y enseñados de todas, y aun sabrían las que estaban por venir, como si las vieses<sup>40</sup>. No había tenido por conveniente el Salvador, comunicarles toda la luz, ciencia y conocimiento que necesitaban, para publicar por el mundo los inescrutables arcanos que encierra el misterio de un Dios en tres personas distintas. Los innumerables y oscuros secretos que se contenían en un Dios hombre, en quien se unen dos naturalezas perfectas con una persona sola, y esa divina, sin dejar por eso de ser hombre, con voluntad, memoria, entendimiento y todas las propiedades que le constituyen hombre, distintas de las divinas. Ni la necesidad, la eficacia, la naturaleza de los dones del Espíritu Santo, ni otras muchas cosas, a los menos en toda su extensión, sin lo cual, ¿qué doctrina y qué misterios pudieran predicarnos? ¿Cómo fundarían la Iglesia, que debía congregarse de los cuatro ángulos del mundo, unos hombres cuya principal cabeza, Pedro, ignoraba que los gentiles eran llamados al bautismo, el cual creía reservado, como la circuncisión, a los hebreos<sup>41</sup>? ¿Y cómo se harían entender de tanto número de pueblos, diferentes en idiomas, unos pescadores sin letras y sin más ciencia de lenguas que la materna?

Inhábiles antes de la ascensión por falta de luces, no estaban más proporcionados por defecto de fortaleza. Esta es una de las virtudes cardinales, con que resistimos generosamente las impresiones violentas que pone el miedo en nuestro corazón a vista de los peligros. Es la que da valor a nuestras almas, para acometer a los enemigos que se oponen a nuestra salvación, y sujetar los incentivos de la concupiscencia, que es toda pasión

---

39. Luc. 24,49.

40. Joan. 16, 12-13.

41. Act. 10,34.

fuerte y desarreglada. Virtud necesaria a todos los cristianos, pero esencial a los apóstoles en toda su perfección, hasta el heroísmo, como enviados a pelear cara a cara contra todo el poder del mundo y del abismo. Ellos iban a levantar sobre sus hombros, una mole, que combatirían los hombres, resistiendo entrar en su construcción a ser parte del edificio, y cuanto mayor era la dura resistencia de éstos, debía ser más duro y consistente el instrumento con que había de vencerse. Ellos se exponían a que los emperadores, los príncipes y cuantos tenían valimiento en la tierra, se armasen de él para quebrar o desmoronar estas piedras. Ellos habían de ser combatidos del infierno con todo género de esfuerzos, para intimidarles en su empresa. Ellos habían de ver a todas horas la muerte armada de sus horrores, y despreciar su propia vida. En fin, ellos habían de atravesar a pie reinos, provincias, y experimentar desprecios y toda especie de incomodidad y humillación con igual o mayor alegría que sienten los mundanos en sus honras y placeres.

Por otra parte, era menester que se ligasen estrechamente entre sí, y se acomodasen de manera que como una masa flexible a cualquier figura, pudiesen ajustarse con todo el mundo, a fin de traerle a la fábrica de Jesucristo. De sí dice el apóstol que siendo libre se hacía siervo para ganar más y más almas, portándose con el judío como judío, con el que reconocía el yugo de la ley, como si él lo llevase, aunque estaba exento, con el que no observaba la ley, como si no la tuviese, siendo así que tenía la ley de Dios en la de Jesucristo, con los enfermos se mostraba débil, y en fin se hacía todo para todos, para atraerlos a todos<sup>42</sup>. De otra suerte, ¿cómo allegarían tantos materiales, y de tan diferentes mineras, y cómo lo unirían y acomodarían para hacer subir y crecer el edificio?

Todas estas calidades de pulimento, consistencia y figura necesitaban los apóstoles para servir en el cimiento. Pero la divina economía con que conducía Dios su obra, no tuvo a bien comunicárselas antes de su ascensión, y les mandó que se estuviesen en Jerusalén hasta recibirlas de arriba. El Espíritu Santo que iba a enviarles, había, como Espíritu de luz, de pulir, bruñir e ilustrar sus entendimientos en toda verdad y ciencia, como espíritu de amor debía encenderlas en caridad, armarles

---

42. 1 Cor. 9, 19.

de celo, como espíritu de fortaleza, comunicarles ánimo, constancia, intrepidez, paciencia, como espíritu de luz les abre el velo de los misterios que habían tocado, de las verdades que habían oído, de los hechos que habían visto y no comprendían todavía. Les revela cosas, de que no había tratado con ellos el Salvador, así en puntos de fe como de costumbres o moral, y son las que nos dejaron parte escritas en sus cartas canónicas o reconocidas de la Iglesia por suyas, parte comunicadas de viva voz a los pastores de las iglesias que iban fundando, a los cuales encargaban fuesen confiándolas a los que habían de sucederles<sup>43</sup>, como entregadas de mano en mano. Les influye el don de profecía, el discernimiento de los interiores, las diversas lenguas que necesitaban, según las naciones a quienes tenían que predicar. Como espíritu de fortaleza les anima, les alienta a emprender, a seguir, a acabar la obra de su ministerio a pesar de la tribulación y de cuanto se oponga para detenerles, a que desprecien las amenazas, las prisiones, los tormentos y la vida, desafiando la muerte. Como espíritu de caridad los abraza en un amor ardentísimo de Dios sobre toda criatura, y en una caridad perfecta de todas las criaturas en Dios y por Dios, fuera de todo otro respeto, para que así soliciten la salud del gentil como la del hebreo, tanto trabajen por la conversión del poderoso, como por la del miserable, y se empeñen por cada alma, como si por ella sola hubiese muerto Jesucristo, y hubiesen ellos sido constituidos apóstoles. Dilaten de tal suerte el imperio del Mesías, que lleven su fe y su nombre hasta los confines de la tierra, para juntar todas las gentes en una sola creencia, con la participación de unos mismos sacramentos bajo su conducta y la de sus sucesores unidos a una cabeza visible, que es el vicario de Jesucristo, en cuya congregación consiste la iglesia santa, universal y apostólica.

No podían ser de otra calidad los cimientos de la Iglesia, ni podrán admitirse sin ellos las piedras de que ha de componerse toda esta fábrica. ¿Sería obra digna de Dios y de su soberana atención aquella en que puesto todo el esmero en los cimientos, se descuidase de paredes, rafas, techos, construyéndolas de toda broza? Monstruosidad enorme, que sin mucho estudio condena la razón. Pues nosotros, hermanos míos, somos estos

---

43. 2. Tim. 2.2.

materiales, y por tanto nos llama el apóstol construcción de Dios, edificación de Dios: *Dei edificatio estis*; y de sí dice que trabaja en la obra del Señor como arquitecto sabio y prudente<sup>44</sup>. Cuando nos gloriamos con el nombre santo de cristianos, somos otras tantas piedras que a la voz de los apóstoles, en el nombre de Jesucristo, ha conducido Dios de los ángulos de la tierra de diferentes climas y países, para que entrásemos en la construcción de su edificio amadísimo, y trazado en sus decretos antes de la constitución del universo. El mismo espíritu que luego, después de su ascensión, envió sobre los apóstoles a que los ilustrara, los fortaleciera y encendiese, ese mismo derrama sobre cada uno de nosotros desde el bautismo, se comunica en la confirmación, se da en el orden, se derrama en nuestras almas de muchos modos, por diferentes conductos, y continuamente está golpeando en nuestros corazones, como en piedras que labra para su iglesia.

Es verdad que no es tan visible, tan portentosa su infusión en nosotros, como lo fue en los apóstoles, ni obra los mismos efectos que en ellos. Pero es, dice el propio apóstol<sup>45</sup>, porque Jesucristo ascendiendo a los cielos, reparte sus dones a los hombres, y les comunica su espíritu con cierta medida arreglada y dirigida al ministerio de los santos, los cuales se encaminan a la edificación de su cuerpo, que es la iglesia. Eran los apóstoles el cimiento de este edificio, eran los arquitectos a cuyo cargo se ponía la misma obra, eran los primeros que habían de parecer, no a adoptar, sino a publicar una religión nueva, contraria y repugnante al mundo, y era preciso que se les comunicasen más dones, otras virtudes, mayor constancia, un celo más vivo. En ellos estaba el origen, y así convenía que se les diese una gracia, no sólo superior, sino también activísima, para que no hubiese vicio ni mal olor en la fuente de una doctrina que conduce a la perfección, cuyos doctores habían de estar exentos de las flaquezas ordinarias de la naturaleza corrompida. Una fe tan ilustrada que pudiese dilatar sus rayos en todo el mundo, para lo cual necesitaban la ciencia de todas las verdades y misterios en cualquier modo concernientes a la religión. Una caridad tan ardiente, que la respirasen en sus

---

44. Cor. 3, 9-10.

45. Eph. 4, 7-12.

acciones y palabras, para inspirarla a tantas almas que yacían heladas en la idolatría o tercas en la ley de Moisés.

Nosotros que no estamos destinados a un ministerio tan alto, que nacemos en el seno de la Iglesia, que abrimos los ojos viendo sus augustas y devotas ceremonias, que comenzamos a oír desde la infancia sus misterios e instrucciones, que profesamos su fe sin tiranos que pretendan arrancarla, no necesitamos que aquellos dones se nos infundan en la misma conformidad que a los apóstoles. Dios proporciona sus gracias con los destinos a que nos conduce su providencia. Pero ese propio espíritu nos infunde en el bautismo la fe, que se fortalece en la confirmación. Nos da la raíz de la caridad con la primera gracia, de que nacen todas las virtudes por medio de los auxilios, con que incesantemente trabaja en nuestra perfección, para que nosotros cooperemos.

¿Pero qué será de nuestra ilustración en los misterios, nuestra instrucción en los preceptos y nuestra inteligencia en las máximas del Evangelio, si despreciamos o abusamos de los medios que Jesucristo ha establecido en su iglesia para comunicarnos su espíritu, y con él la ciencia de la salud? ¿Si huimos de los sermones, y de las explicaciones claras del catecismo que hacen los pastores, o si concurrimos más por curiosidad, que por religión? ¿Si abandonamos las iglesias matrices o parroquias todo el año, y en la celebración de todos los misterios? ¿Si no enviamos a ellas los hijos, los familiares y los esclavos, para que oigan la voz de sus pastores, aprendan la religión y sepan sus obligaciones? Este descuido ha llegado al último punto con desprecio de la disciplina de la iglesia, que nos manda acudir los domingos y las fiestas principales a la propia parroquia, no sólo para cumplir con el precepto de la misa, sino para que se oiga la instrucción que en ella se da, corrupción perjudicialísima a las almas, que procuró corregir el Santo Concilio de Trento, encargando encarecidamente a los obispos y párrocos, que solicitasen la reforma en sus respectivas diócesis. Los padres, los concilios y los verdaderos teólogos no disculpan al que falta tres domingos a su parroquia sin causa urgente. Este es el lugar que nos señala el mismo Dios para comunicarnos su espíritu, como señaló a los apóstoles el recinto de Jerusalén. Es verdad que el espíritu de Dios inspira donde quiere y como quiere, pero cuando se desprecian sus ordenanzas, que nos da por medio de

su Iglesia, debemos temer con razón que retire sus gracias. De este abandono nace tanta ignorancia en los pueblos y familias, que apenas se sabe de la religión más que un catecismo de memoria, y sin la menor inteligencia. Lo mismo que en ellos leen o han tomado de memoria, se les hace cosa nueva, si se trastornan las voces de las preguntas. De aquí la frecuencia de quebrantar los preceptos con cualquier pretexto, porque no se hacen cargo de su peso y de su trascendencia. De aquí tantas supersticiones, con que se desfigura y envilece la majestad del culto y de la religión. De aquí en fin las cortas o equivocadas ideas del Ser Supremo y de sus dones, que impiden de buscarle, de pedirle, de amarle, de temerle como corresponde a unos hijos adoptados y hechos herederos suyos en Jesucristo.

Del mismo principio viene la flaqueza en mantener el precioso tesoro de la doctrina que nos dejaron nuestros padres. Pero, ¿cómo ha de conservarse lo que no se ha recibido? Si no se sabe la religión, ¿cómo han de defenderse sus dogmas y observarse con exactitud sus máximas? Cuando se tenga alguna tintura, si no se conoce la grandeza, la infalibilidad, la bondad de Dios, si no se hace juicio del premio, de los medios de alcanzarlo, de lo que vale, de lo que dura, ¿cómo se aventurará el interés, el reposo, la salud, la vida y cuanto hay de más amable en el mundo, para sostener la verdad, como lo hicieron los apóstoles y tantos millares de mártires? ¿Cómo cautelarse de la ponzoña, ya de las conversaciones licenciosas, en que se burlan los misterios o se ridiculiza la virtud, ya de la que brindan tantos libros, y beben con ansia así nuestros jóvenes como nuestros ancianos en las lenguas extranjeras? La novedad o la moda de unos idiomas por sí útiles, les conduce a estas fuentes envenenadas que disimulan el tósigo con el adorno de las voces, y lo ofrecen ya en romances, ya en historias, ya en canciones. Si oyeran a la Iglesia que lo prohíbe, evitarían el peligro, si oyeran a la Iglesia que lo prohíbe, evitarían el peligro, si estuvieran bien instruidos en la fe y en la doctrina, conocerían el daño, y verían que lisonjeando las pasiones y halagando el apetito, llevan el espíritu a la muerte. Jamás han leído los libros, en que los hombres doctos y católicos tratan las materias de religión, porque comienzan a leer cuando se dan a estas lenguas, y así podemos decir que entran a catequizarse con la herejía y con el libertinaje. ¿No es esto lo que sucede? Lo peor es que beben sin cautela, y se corrompen, cierran a la verdad los oídos, y vomitan en las conversaciones la

misma ponzoña que bebieron, con que malean a cuantas almas sencillas tienen la desgracia de oírles. Si se levantasen persecuciones de tiranos en nuestros días, ¿cuántos serían los confesores de la fe, que la mantuviesen entera contra la fuerza o contra las caricias? Si tantos apostatan con la lectura, ¿cuántos subsistirían con la violencia? No son éstos las piedras del edificio de la iglesia, no son éstos los miembros santos del cuerpo místico de Jesucristo. Mejor les estaría tal vez no haber creído ni recibido el baño del bautismo, que negar después su profesión y profanar la vestidura nupcial.

Y donde falta la fe, ¿habrá por ventura caridad, aquella virtud, sin la cual todos los dones y gracias que nos reparte Jesucristo desde el trono de su gloria son inútiles, aquella que es el vínculo con que nos unimos a Dios, y entre nosotros para formar la iglesia santa? No, señores, porque no puede amar a Dios el que no le conoce, el que no cree como debe su soberanía, su bondad y su beneficencia, ni amar a su prójimo el que ignora la fuerza de sus preceptos y la extensión de sus mandamientos. La fe es el cimiento del cristianismo, y por consiguiente de la caridad. Por eso el Divino Maestro respondió al que le preguntaba cuál era el mayor de los preceptos, que el primero y principal era saber que el Señor Dios de Israel es Dios sólo, y que así debía amarse con todo el corazón, alma y potencias<sup>46</sup>, poniendo de esta suerte la fe por principio de la caridad. Aquélla sostiene a ésta, y ésta vivifica a aquélla, porque de nada sirve la fe que no obra por medio de la caridad<sup>47</sup>. Tomad estos documentos, que son de toda necesidad, oíd a vuestros pastores para radicarlos y entenderlos, para crecer en la fe y poder servir de piedras en el edificio de la Iglesia. Pero abunde vuestra fe en caridad y buenas obras, para que seáis piedras dignas de esa fábrica, piedras sólidas, hermosas y sólo flexibles y blandas, para unirse unas con otras y con la piedra angular que es Jesucristo. Esta fe viva, esta fe llena de la caridad, es la que nos exhorta el apóstol a buscar con emulación santa sobre todos los dones que nos distribuye el que hoy sube a la diestra de su padre: *aemulamni meliord ebarismata*, y entonces dice que nos pondrá delante una vida más soberana y excelente: *et adbuca*

46. Marc. 12,28.

47. Gal. 5,6.

*excellentiorem vitamvoris demonstro*<sup>48</sup>, que es de la que voy a hablaros como efecto de la ascensión de Jesucristo, que sube hoy a los cielos, para abrir las puertas de la ciudad de los vivientes y franquearnos el paso a esa vida excelentísima.

### TERCERA PARTE

Ya oísteis, hermanos míos, que para calmar los terrores que asaltaban el corazón de los discípulos, y hacerles conocer las ventajas que lograrían con la ascensión de su Maestro, les dijo que en la casa de su Eterno Padre había diferentes moradas, y que él subía a disponerles posada conveniente en que recibirles, porque quería que estuviesen donde él estaba<sup>49</sup>. Por lo cual, añade, antes debíais alegraros de mi partida, que dejaros ocupar de la tristeza<sup>50</sup>. Estas promesas tan llenas de consuelo, tan propias para colmarles de gozo, eran a sus oídos un lenguaje desusado, un lenguaje del todo incomprensible a su cordedad, que aún ignoraba la distinción de las personas divinas, y preguntaban por el Padre, diciéndole que se les manifestase, y con eso lo entenderían<sup>51</sup>. Hasta aquel tiempo habían oído suspirar por la casa del Señor, por ver siquiera sus atrios<sup>52</sup>. Pero ni sus patriarcas, ni sus profetas, ni sus pontífices, ni sus reyes, ni sus justos, ni sus defensores más celosos de la ley, del templo, de la nación, habían logrado otro premio, otro reposo, después de sus fatigas, de sus virtudes, que el seno de Abrahán. Es cierto que los patriarcas y los profetas, los justos y más espirituales de entre ellos sabían que había una vida más dichosa y bienaventurada, una vida interminable, exenta de males y temores, una vida cuya excelencia consistía en ver al Dios de sus padres, cuya posesión esperaban sin duda. Pero los que alcanzaban esta verdad, estaban bien persuadidos, de que ese reino dependía de la

---

48. I Cor. 12,31.

49. Joan. 14, 2-3

50. Ibi 28..

51. Ibi 7.8 .

52. Ps. 83,3.



venida del Mesías. El cuerpo de la nación, esto es, todo el pueblo escogido, como débil, tierno y carnal, era animado al cumplimiento de la ley con promesas temporales, y contenido por iguales castigos. A la venida del Mesías, estaba reservado levantar los hombres a pensamientos más altos, enseñarles a vivir de la fe, a sufrir todos los males que podían ejercitar su paciencia con la esperanza de unos bienes invisibles, espirituales, eternos. En fin, el Mesías sólo, Jesucristo Dios y hombre era el que había de descubrir a su nuevo pueblo, formado de todas las naciones de la tierra, los secretos y misterios de la vida eterna.

Tal fue el principio de su predicación. Desde que abrió los labios para enseñar en público, dice San Mateo, que fue exhortando a penitencia, porque ya se había acercado el reino de los cielos, negado a los mortales hasta entonces<sup>53</sup>. San Marcos nos dice que acabado su ayuno y vencido el enemigo tentador, salió del desierto y entró en la Galilea, predicando el evangelio del mismo reino, y publicando que estaba cumplido el tiempo, y era llegado el de aquel reino<sup>54</sup>. Aun por esta razón se llama su predicación, y su doctrina evangelio, que quiere decir, noticia alegre y gustosa, como que antes se veía este dichoso reino muy de lejos, y por extremo retirado. Este reino, que no es otra cosa que la vida eterna, era el premio que ofrecía a los que se resolviesen a seguirle<sup>55</sup>. Esta es la recompensa de los que diesan crédito a su divinidad y su doctrina<sup>56</sup>. Este es el retorno de los que renunciaban a los bienes y afectos temporales, dejando por Jesucristo, casas, viñas, heredades, padres, hijos y lo más amable de este mundo<sup>57</sup>. Este es el fruto de los que cumplen y guardan sus preceptos<sup>58</sup>. En fin, el objeto de su encarnación y su venida nos asegura que fue éste, a saber, dar a los hombres vida, y vida más permanente. *Ego veni ut vitam habeant, & abundantius habeant*<sup>59</sup>. Así decía su majestad que las palabras que echaba de su boca, eran espíritu y vida<sup>60</sup>.

---

53. 1 Matth. 4,17.

54. Marc. 1, 14-15.

55. Joan 10,28.

56. Joan 3,36.

57. 1 Matth. 19,29.

58. Ibi 17.

59. Joan 10,10.

60. Joan 6,64.

Ninguno de los antiguos por más justos, por más santos, por más favorecidos de Dios, habían visto la puerta de este reino, ni gustado la bienaventuranza que en él se goza. Bien sabían que la había, que estaba destinada para los amigos de Dios, que su conciencia les daba testimonio de serlo, pero se mantenían en la esperanza de ella, sin saber cuándo llegaría el tiempo destinado por Dios, para abrir sus puertas y llamar a ella a sus escogidos. Sabían que la venida del Mesías daría principio a este reino y entrada a su gloria, pero ignoraban el tiempo, aunque suspiraban por él. Juntos en un seno de la tierra, que el mismo Jesucristo llamó seno de Abrahán<sup>61</sup>, se entretenían con la certidumbre del remedio, aunque clamaban con la dilación. El primero de estos ilustres prisioneros, Abel, vio descender a su padre y padre de todos los vivientes a la misma cárcel, pero sin otro consuelo que la promesa de un redentor futuro, cuya venida estaba muy dilatada. En el mismo pozo iban cayendo aquellos antediluvianos, que vivieron conforme a la ley natural, creyendo y esperando al Mesías, pero no adelantaban a sus antecesores noticia alguna del fin de su prisión. Así continuaron en bajar Noé y sus descendientes, Abrahán y sus hijos, que sólo llevaron la confirmación de la promesa, la elección de la posteridad de Jacob, y la preferencia entre sus doce hijos de la tribu de Judá, para que naciese de ella el Salvador.

Llegó David, cuyas visiones proféticas alentaban la confianza, mas no el alivio. Fueron cayendo profetas, que repetían las mismas revelaciones y daban las más menudas señas y caracteres que habían de distinguir al esperado y prometido, pero nada vaticinaban sobre el tiempo. Al cabo de más de treinta y cuatro siglos, contados desde la muerte de Abel, se dejó ver en la prisión el profeta Daniel, de la sangre real de Judá, tan ilustre por sus virtudes, como por sus visiones, que más parecen historia de lo pasado que oráculos de lo futuro. Este personaje esclarecido fue el primero que abrió los ánimos de tantos santos, y comenzó a disipar las negras melancolías de la incertidumbre, con la gustosísima nueva de que el Señor, condolido ya de sus suspiros, apiadado de las miserias del mundo, llevado de sus piedades inefables, había abreviado los tiempos y mos-

---

61. Luc. 16,22.

tréndole que antes que pasasen setenta semanas de años, esto es, en medio de la última, cesarían las hostias y sacrificios del templo, se terminarían las profecías, tendría fin el pecado, y se entablará el reino del Mesías<sup>62</sup>.

Con tan favorable nueva llevaban su cautiverio o su destierro a menos costa, y contaban con ansia unos momentos demasíadamente largos para la viveza de su amor. Iban pasando los días y recibiendo nuevos cautivos, entre los cuales no fueron de poco consuelo el justo José, esposo de la madre de este deseado, que aseguraba haberle llevado en brazos, y vístole crecer a más de doce años. El bautista, que les testificó de su vida a los treinta, que le había oído, sentido sus gracias, bautizádole de su propia mano, y que abriéndose los cielos bajó sobre él el espíritu divino, y publicó el Padre Eterno que era su hijo amado en quien tenía su complacencia<sup>63</sup>. Con tan adelantadas esperanzas descubren de repente (¡qué consuelo!) a Jesucristo, cuya alma unida a la divinidad se dejó ver en la oscura mansión, donde unos y otros le reconocen, le adoran, le bendicen, le dan gracias y quedan satisfechos de que ha llegado el término de su destierro, que van a romperse sus prisiones, a abrirse las puertas eternas de la celestial Jerusalén, donde verán cara a cara al que conocido sólo en revelaciones, visto en figuras, oído entre nubes, fue el objeto de su amor, el blanco de sus deseos, el estímulo para sus sufrimientos y la recompensa de su vida expuesta o sacrificada con efecto por su ley y por su causa. Pero les quedaban todavía más de cuarenta días de detención, mientras volvía a tomar su humanidad, y conversaba con los suyos para confirmarles e instruirles.

En esta suspensión llegó el día de hoy tan plausible para todos, como deseado de aquel ilustre ejército de santos y de santas, que en un momento sintieron el poder de una mano invisible que la saca de las tinieblas a la luz, y juntándolas con Jesucristo glorioso, son introducidas por este divino jefe a la presencia de su Padre, a la compañía de los ángeles, a la mansión de las delicias. Entonces, más despiertos los patriarcas y los profetas ven con claridad, lo que se les había representado entre sombras. Entonces conoce Adán su descendiente,

---

62. Dan. 9,24.

63. Joan 4, 32. Matth. 3,16.

que huella la cerviz tirana de su enemigo. Entonces ve Abrahán cómo son benditas en sus hijos las naciones, al mismo tiempo que uno de ellos las sujeta. Entonces reconoce Jacob el fruto maravilloso de las bendiciones de Judá. Entonces descubre David con evidencia el triunfo, el trono, la victoria, el cetro, el imperio de su nieto. Entonces ve abrirse a su presencia las puertas del palacio de la gloria. Entonces para Miqueas por aquel camino que predijo había de trillar el Mesías al subir, y como uno entre tantos, se aparta para darle paso, y entrando el Señor al frente de todos, sigue el profeta con la dichosa comitiva<sup>64</sup>. Entonces comprende Moisés aquel libertador de los hebreos y primer legislador del pueblo escogido, que él y su ministerio no habían sido más que una oscura sombra de este caudillo divino, que los israelitas eran sólo una señal del innumerable pueblo que destinaba para formar su Iglesia, que el cautiverio de Egipto era un bosquejo de la tiranía universal con que el príncipe de las tinieblas avasallaba a todas las naciones, que la tierra que vio desde el monte Abarim y no se le permitió ocupar, era menos que los cienos asquerosos y malsanos, en comparación de la herencia que poseerían los escogidos, y que él mismo iba a disfrutar conducido del verdadero salvador. Entonces, mejor que a las raíces del monte, penetró el sentido de lo que había dicho al cónclave de los israelitas, que el Señor había conducido y enseñado su pueblo, le había defendido cojo a las niñas de sus ojos, y que a la manera que el águila se levanta a los cielos, incitando a sus polluelos a que vuelen; así había extendido sus alas al Señor, tomando a los suyos, y llevándoles sobre los hombros, como su único Dios y verdadera guía<sup>65</sup>.

Sí, hermanos míos, nuestro Salvador y Maestro Jesucristo sube, como dijo Moisés, a la manera de las águilas, que con su vuelo provocan a volar a sus hijos; que al mismo tiempo que sube y nos provoca a subir, nos traza el camino por donde hemos de elevarnos. Él sube a la gloria; ¿pero cómo sube? Ya lo dijo él mismo a los apóstoles después de su resurrección: ¿no sabéis que era menester que el ungido padeciese esos ultrajes y tormentos, para que así entrase en su gloria<sup>66</sup>? Lo mismo les

---

64. Mich. 2,13.

65. Deut. 32,11.

66. Luc. 24,26.

había manifestado antes de la pasión<sup>67</sup>. Y pues el Maestro sube por sufrimientos y muerte, ese es también el camino por donde hemos de subir. Esto fue lo que quiso darnos a entender, cuando nos intimó que no había venido a dar la paz a las pasiones desarregladas de los hombres, sino por el contrario, a hacerles guerra con su ley y con su ejemplo, que el que no las sujetase y se abrazase con la cruz de la mortificación, no sería digno de su agrado ni de poseerle<sup>68</sup>. Esto nos enseñó su gran vicario Pedro, escribiendo que si Jesucristo sufrió tanto por nosotros, fue para que le imitásemos siguiendo sus pisadas<sup>69</sup>. Esto es lo que publicaba el apóstol de las gentes diciendo que Jesucristo se humilló, sacrificado a la obediencia, hasta la muerte, y muerte ignominiosa en una cruz, por lo que le exaltó Dios, dándole un nombre superior a todo lo criado<sup>70</sup>; y aquél que era inferior a los ángeles por la humanidad, se vio por la pasión de la muerte, elevado y coronado de honor y gloria sobre ellos, sin desdeñarse por eso de llamarse nuestro hermano<sup>71</sup> haciéndonos hijos de Dios y herederos de su reino, pero con la condición precisa<sup>72</sup>, de que así como Jesucristo padeció, padecemos participar de su gloria. *Si tamen compatimur, ut et glorificemur.*

No hay otro sendero, no se presenta más camino de subir al reino de los cielos, de coronarnos de gloria con Jesucristo, sino el que abrió y trilló el mismo Jesucristo, sufriendo, padeciendo y llevando con conformidad la cruz de los trabajos, de los ultrajes, de las persecuciones, de los combates, todo como enviado de la mano del Señor, en las cuales está depositada la palma, el cetro, la corona y el solio. Jesucristo sube hoy a la posesión eterna de ese reino, y nos convida y anima con su ejemplo a remontar cual águila cuidadosa, tiernamente enamorada de sus hijos, que da la lección para que sigamos sus trazas, *relinquens, exemplum, ut sequamini vestigia ejus*. Si hay aves rapaces que acometan, tiene generosas alas nuestra águila, para cubrirnos. Si hay dificultades para montar, que nuestras

---

67. Marc. 8,3.

68. Matth. 10,34.

69. Petri 2,21.

70. Phili. 2, 8-9.

71. Hebr. 2, 11-12.

72. Rom. 8 17.

débiles fuerzas no puedan vencer, ella nos coge sobre sí para ayudar nuestra flaqueza. En fin, si hay tribulaciones, necesidades, sobresaltos, injurias, afrentas, además de su soberano ejemplo y su doctrina para llevarlas con paciencia, abrazarlas con gusto y aun buscarlas con estudio, ¿qué es todo ese aparato de males y trabajos, en comparación del premio que nos aguarda?

¡Oh, si nosotros levantásemos los ojos a contemplar algún tanto aquella región sublime, y nos aplicásemos a penetrar cuánto permite la corta esfera de nuestra inteligencia el estado de los bienaventurados! ¿Cuánto hallaríamos de que animarnos a la lucha y al afán más duro de esta vida, al desprecio de sus bienes caducos, de sus delicias falaces, de sus comodidades deleznable, dice el padre San Gregorio, a vista de otra vida eterna, en cuya comparación, más es muerte que vida la que gozamos? A vista de unos bienes, con los cuales son carga y pesadumbre los mayores del mundo, a vista de unos placeres puros e inefables, que hacen mirar como basura todos los que brinda el siglo, y lisonjean ahora nuestros sentidos enfermos y mal organizados?<sup>73</sup>

Es verdad que es incomprendible aquella gloria, inexplicable aquel gozo, invisible aquella felicidad. ¿Qué lengua, dice el mismo Santo Padre, será bastante para decir, o qué entendimiento capaz de imaginar cuáles y cuántos son los placeres que en esta ciudad de gloria se preparan a los justos? Mas, para que veáis un cortísimo rasgo, o un pequeño borrón de ellos, entendad que allí andaréis mezclados con los ángeles, bellísimos y clarísimos espíritus, allí oiréis las alternadas melodías de su música celeste, allí asistiréis con ellos delante del mismo autor de la gloria y le veréis cara a cara, allí admiraréis una inmensa luz que os rodea, que os penetra, que os deleita, que os encanta, allí sin recelos de muerte gozaréis de una perpetuidad inalterable, allí hallaréis, dice con Isafas el apóstol<sup>74</sup>, tales grandezas y tales dichas preparadas por Dios a los que le aman, cuales ni vieron los hombres, ni oyeron, ni llegaron a pensar. Porque como el objeto de esta bienaventuranza es Dios, incomprendible e infinito, ni puede, ni ha podido el entendimiento humano concebir toda su excelencia, santidad y perfección, mientras

---

73. S. Greg. P. Homil. 37, in Evang.

74. I Cor. 11,9.

viva en esta carne mortal, y sólo se ve, dice el mismo apóstol, como por un espejo y en enigma. Pero cuando desprendido de la carne y los sentidos, le dé Dios una luz sobrenatural para que vea, según la expresión del rey David, la luz divina de su ser<sup>75</sup>, entonces se arrebatará nuestra alma hacia Dios con una dulce violencia, y experimentará en su goce otro placer de que jamás tuvo idea; por el cual suspiraba con ansia el mismo profeta, diciendo que su alma deseaba con ardor, y tanto que desfallecía, *concupiscit, et deficit anima mea*, sólo en pensar cuáles eran los arios de la celestial morada<sup>76</sup>, llamando felicísimos a los que habitan tal casa<sup>77</sup>, porque en ella se embriagarían de la misma abundancia el gozo, y se les darían a pasto las delicias<sup>78</sup>.

A tan gustosas noticias, dice el citado San Gregorio, sale de sí el alma abrazada de deseos, y ya querría trasladarse en un momento a aquel lugar donde espera alegrarse sin términos ni mengua. Mas, ¿cómo ha de ser? No podemos alcanzar los premios excelentes, si no es con grandes trabajos; y por tanto nos advirtió San Pablo que no será coronado sino es el que pelear con valor<sup>79</sup>. Pero, ¿qué trabajos son los que nos esperan en una vida cortísima, respecto de un galardón perdurable? Un sueño, una nada, y por eso decía el mismo Pablo que eran unas mortificaciones momentáneas, las cuales no merecían tan alto premio de gloria, cual es el que nos espera<sup>80</sup>. ¡Ah, hermanos míos, reflexionemos con gusto, y miremos con el mayor consuelo que la promesa de Jesucristo a los que le siguen, de una felicidad incomprensible e interminable, de una vida eterna y dichosísima, es cierta, clara, terminante, sin tergiversación, que el premio es infinito, y así le llama David, una honra suma y un principado sin trastorno ni vaivén<sup>81</sup>, en el cual nos hace el Salvador reyes y sacerdotes del altísimo: *Fecisti nos Deo nostro Regnum, et Sacerdotes*<sup>82</sup>. No os lo figuréis con respeto a las cosas de acá abajo carnales y terrenas, por los placeres engañosos y mundanos. Vosotros mismos estáis tocando su ruindad,

---

75. Ps. 35,9.

76. Ps. 83, 2-3.

77. Ibi 5.

78. Ps. 35,9.

79. 2 Tim. 2,5.

80. Ibid.

81. Psal. 138,17.

82. Apoc. 5,10.

su poco cuerpo, por el vacío que dejan, lo pronto que se pasan las consecuencias que traen. Medidle por el ser de Dios, conoceréis, aunque en sombras, la patria, y arderéis con el profeta rey por alcanzarla, suspiraréis por seguir a Jesucristo, que sube convidándonos a volar, y ofreciéndonos, como águila generosa y llena de amor, alas para defendernos, auxilios para elevarnos al mismo trono que va a ocupar.

Oíd lo que decía Tertuliano, para que os llenéis con razón de confianza y alegría: "Es una verdad segura, decía este padre, que así como Jesucristo nos ha dejado su Espíritu Santo en prenda, también ha recibido nuestra carne por hipoteca, y pues ya él ha arrebatado y levantado al cielo esta finca, esperando a que sea conducida allá toda la masa, bien puedes estar segura, oh carne y sangre del hombre. Tú has adquirido por medio de Jesucristo un derecho al cielo y sobre el reino de Dios. Si hubiere alguno que te niegue esta acción en Jesucristo, es preciso que también te niegue que Jesucristo está en el cielo, en donde se pretende negarte la entrada". Hasta aquí Tertuliano. ¿Y quién podrá negarnos este derecho, sino el torpe materialista o ciego ateo? ¿Quién podrá decirte, carne mía, que Jesucristo no es tu hermano primogénito, que hoy con su gloriosa entrada al cielo te abre las puertas y te allana el camino? Ten pues la seguridad de que él subió para manifestarte su divinidad y su poder, y con esto asegurarte en la fe de su doctrina. Que él subió para enviar su espíritu y congregar los pueblos de que había de formar su Iglesia, en cuyo seno te ha criado, y que por los mismos medios te certifica de que aquella es tu patria, donde espera con impaciencia que acaben de reunirse todos sus miembros esparcidos, que es la suma total de los predestinados o la masa, que decía Tertuliano. Pues, ¿quién te amedrenta: la cruz, la mortificación? ¿Qué cruz ni mortificación cabe en carrera tan corta, y con tantos auxilios para llevarla? A vista de un premio tan ventajoso, ¿no sabes cuán ligera y aun cuán gustosa ha parecido a tantos millares de mártires que sacrificaron honor, reposo y vida por conseguirla, a tanto número de penitentes, que parece trataban de abreviarla, según negaban el gusto, el alimento, el sueño a su cuerpo, cuando le maceraban con mil géneros de penitencias? ¿A tantos escuadrones de vírgenes, tiernas, delicadas por naturaleza, que para lograr esa palma padecieron, sufrieron, llevaron alegres y siempre victo-



riosas los desprecios del mundo, las tentaciones de la lascivia ajena, y las sugerencias malignas de su propia carne? Porque Jesucristo, que sube repartiendo sus dones, y enviando su Espíritu, da a los unos y a los otros el poder y el querer cumplir con toda su ley. Sentándose a la diestra del Padre, está desde allí, y de más cerca, rogando con instancia, con eficacia y sin intermisión por nosotros, que eso es lo que nos dio a entender el apóstol, cuando hablando de este artículo, dice que: *interpellat pro nobis*<sup>83</sup>. Creamos pues a una religión dada y practicada por un maestro, que en subir a los cielos, nos convence de que es Dios. Pesemos el premio infinito que nos ofrece. Revolvamos con frecuencia entre nosotros el torrente de delicias que nos prepara, el alimento y bebida celestial de su mesa, que distribuida con abundancia a los bienaventurados, ni los harta, ni los sacia, sino que les deja un apetito de más y más néctar, que se les va dispensando sin fastidio. Demos crédito a la palabra del que hoy se eleva a los cielos, y que por tantas razones nos dijo que era suave y yugo de su ley, y muy ligera y llevadera la carga que nos ponía<sup>84</sup>, para que siguiendo su ejemplo, así como le adoramos entrando en este día por las puertas de la casa de su Padre, vamos tras él a gozar la misma gloria. Amén.

---

83. Rom. 8,34.

84. Matt. 11,30.

## SERMÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS

*Fuxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde;  
et humiles spiritu salvabit.*

*Cerca está el Señor de los que son atribulados  
en su corazón, y salvará a los humildes de espíri-  
tu. Psal. 33,19*

Que seamos sobrios y velemos, nos dice por conclusión de su primera carta el príncipe de los apóstoles S. Pedro<sup>1</sup>, porque el demonio nuestro enemigo no cesa de rodear, y dar vueltas buscando presas. No se hartó la garganta insaciable de esta bestia avara con haber devorado la tercera parte de los ángeles, y convirtió su furia contra el hombre luego que le vio formado a la imagen de Dios. Comenzó con astucia, con halagüeñas promesas de grandezas, cuando aspiraba a humillarle y hacerle esclavo. Por tanto, la defensa más segura contra su mañosa rabia es el escudo de la fe, según el consejo del mismo apóstol:

---

1. Petri 5,8.

*Cui resistiti fortes in fide*<sup>2</sup>. Logró su golpe en nuestros primeros padres, y con él una adoración tan extendida, que apenas hubo hombre en el largo espacio de la ley natural, que conociese a Dios, y le diese verdadero culto. Después de la época de la ley escrita, también fue cortísimo el número de los buenos adoradores en espíritu y verdad, cuya descendencia rebelde e inconstante, o por la propia dureza de su corazón o por el escándalo de los idólatras vecinos con los cuales se mezclaban, comerciaban y hacían confederación contra la ley, dejaban muchas veces a Dios, y daban culto al demonio en las aras de sus ídolos.

Cuando traslució su ciencia, que el mismo Dios unido al hombre tomaba la libertad de éste a su cargo, que se acercaba el tiempo en que, roto su cetro, cayesen también nuestras cadenas, entonces comenzó a usar de todos los ardides que podía sugerirle su espíritu, y hacer todos los esfuerzos de que es capaz la soberbia abatida, para volver a entronizarse. El propio hijo de Dios fue tentado de este enemigo para que le adorase, ofreciéndole todos los reinos y grandezas del mundo. Vio sin efecto sus ideas, desconcertados sus proyectos, que siempre han mirado a arrogarse la soberanía y el culto debido a Dios. En fin, conoció que la doctrina de aquel hombre a quien inútilmente había tentado y que no conocía bien, se encaminaba al establecimiento de ese culto, que éste era el objeto de la religión que predicaba, y la máquina con que iban a dar por tierra sus templos, sus ídolos, sus sacrificios, su principado y toda la potestad del abismo. A tanta ruina, contrapuso cuanto le dictaba su ciencia, le inspiraba su envidia y le permitían los adorables e impenetrables juicios del Altísimo. Pero, ¿quién diría que la astucia de esta serpiente intentase destruir el culto de Dios, sin oponerse a él, antes bien alentándole, y fomentándole al parecer? ¿Quién imaginaría, amados hermanos míos, que nos dejase o nos pusiese tal vez en las manos las armas más valientes de la religión contra su tiranía, para herirnos con ellas? Pues no dudéis que así lo ejecutó, y lo practica con nosotros. La oración, aquel acto en que principalísimamente reconocemos nuestra miseria y adoramos la excelencia del criador, ya que no ha podido destruirla, hace los más vivos esfuerzos por viciarla, de modo que dejando de ser la protesta religiosa de nuestra fe y sumisa latría, se convierta,

---

2. Ibi 9.

si no en idolatría formal, por lo menos en una superstición equivalente, y cuando habíamos de abrir los tesoros de las misericordias del Señor, les cerremos, torciendo siniestramente esta llave de la oración.

1. Porque o no pedimos a quien debemos pedir.
2. O no pedimos lo que debemos pedir.
3. O no pedimos, conforme hemos de pedir.

Tres defectos que suelen viciar nuestra oración de suerte que dejando de serlo se convierte en abominable profesión de una fe errada o de una religión vana, los cuales combatiré, reflexionando sobre el ejemplo que nos da nuestro católico monarca Felipe IV en la institución de estos religiosos y aniversarios obsequios, mandados tributar en todas sus Iglesias de Indias al verdadero Dios, en la adorable Eucaristía.<sup>3</sup> Ayudadme, Señor, a tanta obra con vuestra divina gracia, que imploramos por medio de vuestra Santísima Madre, diciéndola de corazón, Ave María.

Desde que la fina política de Fernando, rey de Aragón, y de la heroica Isabela su consorte, reina de Castilla y de León, unió a las poderosas monarquías de uno y otro las posesiones y altos derechos de la casa de Austria por el casamiento de su hija doña Juana con el archiduque Felipe, llamado el hermoso, o por decirlo mejor, después que la providencia altísima del rey de los reyes, infinitamente superior a los proyectos de Isabel y de Fernando, vinculó casi a pesar de éste todas aquellas coronas, ducados y señoríos con el imperio de Alemania en la persona de Carlos, príncipe de Luxemburgo, archiduque de Austria, sucesivamente rey de España, y en fin, dueño del sacro imperio, se hicieron los países bajos hereditarios de su descendencia con la corona de Castilla y Aragón. Así los gobernó el invencible Carlos, desde la muerte de Felipe su padre, residiendo personalmente en ellos al abrigo del Guillermo de Croix, aquel habilísimo y fiel maestro que le destinó Luis XII, encargado de su educación por el testamento de su padre. Del mismo modo, los poseyeron su hijo y nieto, los dos Felipes II y III de este nombre. Pero como desde el tiempo en que tomó Carlos las riendas del imperio, hubiese comenzado en la Alemania aquella

---

3. En esta oración se omitió la forma ordinaria de salutación conforme a lo dicho por el autor en el *Tratado del Predicador*, P.II.S.II; in fine. Aquí se ha añadido para que cada uno haga el uso que quisiere. (JLS).

tempestad, que siendo al principio una pequeña nubecilla de un regular turbulento e inquieto, llegó a crecer como la que vio el profeta<sup>4</sup>, hasta derramar diluvios que inundaron la Flandes, y provincias que hoy llamamos unidas, se vieron Carlos y sus descendientes demasiadamente fatigados por libertar aquellos vasallos suyos del naufragio.

La religión, primera herencia de nuestros monarcas, móvil principal de sus ideas, a cuya defensa y conservación miran como al mejor lustre y apoyo de su diadema, les obligó desde que vieron infestarse sus dominios con la herejía, a ocurrir con prontitud a los remedios. Ninguno de los que dicta la suavidad o dirige la prudencia, fueron capaces de atajar el mal, ni de curar los ánimos, una vez picados de aquella hidra. La relajación de la moral con máscara de reforma se había apoderado demasiado del corazón de los unos, la codicia de los bienes eclesiásticos que se profanaban y quedaban a saco, animaba a los otros, y la rebelión de éstos y aquéllos daba aliento a muchos príncipes y señores para extender su ambición. Una tolerancia de religión pudo ser estorbo a tantas pretensiones inicuas, y mantener los pueblos en la obediencia, política tan trivial que sin conocida grosería no puede creerse que dejase de ocurrir a nuestros soberanos y ministros. Pero más religiosos en la suya, prefirieron privarse de unos vasallos rebeldes al rey de los reyes en el espíritu, que tenerles sometidos corporalmente a su autoridad, como se explicó muchas veces el mismo Felipe IV.

Mucho antes de su reinado comenzaron, según apunté, a brotar las semillas desde el tiempo de su abuelo. Los ganteses dieron la señal en 1538, y obligaron al emperador a una tregua con la Francia, por pasar personalmente a sujetarles. Unas revoluciones fueron el señuelo de las otras, y varios generales se emplearon sucesivamente en sosegarlas. En fin, después de porfiadas guerras, de sangrientas batallas y de ejecuciones ejemplares durante el gobierno del emperador y el de su hijo, procuró éste apagar aquel fuego, retirando a don Fernando de Toledo, de cuya dureza se quejaban, y poniendo en su lugar al gran comendador Requeseno<sup>5</sup>. Pero ni la política de éste, ni el manejo de don

---

4. 3 Reg. 18,44

5. Se refiere a Luis de Zúñiga y Requesens (+1576), que sustituyó al Duque de Alba como ministro de Felipe II.

Juan de Austria, ni el valor y destreza del gran Duque de Parma, Alejandro Farnesio, que se sucedieron en el mando, pudo impedir la sublevación de aquellos pueblos, ni la unión de las provincias, ni el incremento de una república, que crecía por momentos a su vista, sin que unos ni otros pudiesen estorbarlo.

Todas las tentativas del segundo Felipe en el resto de su vida, fueron igualmente inútiles. En el reinado del tercero llegaron los rebeldes a tal grado que se hicieron formidables a su sucesor Felipe IV, por el adelantamiento de su comercio, la fuerza de su marina, el número y disciplina de sus tropas. Sacudido enteramente el yugo en la Europa extendían sus conquistas a las Indias, y atacaban nuestras flotas sobre las costas del Perú. Esperábase en el año de 626 el rico tesoro de estos dominios en el puerto de Cádiz, de que noticiosos los rebeldes, formaron con concertadas medidas el proyecto de interceptarle a la entrada, poniendo sobre los cabos una poderosa escuadra. No tenía Felipe fuerzas con que batir los enemigos y desalojarles de sus mares. Tomó el arbitrio de despachar unos tras otros los avisos, para que volviese atrás la flota o mudase de rumbo conforme la situación en que la alcanzasen. Con esta mira se hicieron a la vela hasta veinte y seis vasos ligeros, según dice en su real cédula del mismo año, con corto intervalo entre las salidas de unos y otros, pero receloso siempre, y con razón, de que todos fuesen sorprendidos por un enemigo hábil, interesado, vigilante, y colocado con gran número de bajeles en la más bella situación.

Sucedió lo mismo que temía Felipe, y ninguno de los veinte y seis avisos pudo escapar del holandés. Pero como, aunque se servía de los medios humanos, sabía que los efectos de éstos penden de Dios, el cual puede obrar sin ellos, hacía su recurso como otro David a la oración, con la confianza de que él sólo podía libertarle, con fe viva de que oíría sus clamores, invocándole con corazón contrito y humillado. Clamó pues de día y de noche en el fondo de su espíritu, desató sus ojos en lágrimas, abatió su cetro y su corona, y se humilló ante el trono del cordero, elevando a él su espíritu con reverencia y temor. Oyó el Altísimo su súplica, inclinó sus piadosos oídos a los ruegos, y logró Felipe, como David, que mirase el Señor a su aflicción y la de su pueblo, que se apiadase de sus clamores, que le cubriese de sus misericordias, y por entre sus enemigos pasase

libre y sin ser visto en medio del día, el tesoro que contaba por suyo la codicia holandesa. Levantóse una fuerte calma o densa niebla, que oscureciendo toda aquella parte de la atmósfera, en que habían de avistarse las dos flotas, hizo que ninguna de ellas se viese. No pretendo que se tenga por milagroso este fenómeno, y fuera del orden natural la conmoción de tan repentina y oportuna oscuridad, pero como quiera que fuese, no hay duda que el autor de la naturaleza y obrero de las maravillas, la gobernó de suerte que sirvió para la salvación del tesoro. Porque no necesita Dios para hacer prodigios de quebrantar sensiblemente las leyes ordinarias. Este fue el efecto admirable de la confiada y humilde oración de nuestro Rey, que puso su esperanza en Dios en un caso de que pendía su quietud o su desaliento: la destrucción o conservación de sus fuerzas, la felicidad o la miseria de sus pueblos, y en que sus enemigos iban a afirmarse en su rebeldía, a triunfar con orgullo de su soberano, a enriquecerse con sus propios caudales, y a hacerse más fuertes con su flaqueza.

¡Oh Señor, que tu misericordia es infinita, que tu poder no reconoce términos, que la más acrisolada prudencia de los hombres, es ignorancia a vista de tu sabiduría, que tus promesas solas son indefectibles, y más firmes que todo el peso del globo que pisamos, que toda la grandeza de las celestes esferas que nos rodean! Sí, hermanos míos; porque el Señor, rico en sus piedades, ni agotará jamás el tesoro de ellas, que es su misma esencia, ni se cansará de dispensarlas, que es atributo suyo, ni habrá quien le ponga coto, porque es omnipotente, ni quien por arte le impida su ejercicio, porque su sabiduría se burla de los proyectos más concertados de las naciones. *Dominus irridet consilia gentium*, de las ideas más combinadas de los pueblos. *Reprobat autem cogitationem populorum*, y de la más fina política de los príncipes, *et reprobat consilia principum*. Así lo cantaba por inspiración, y con experiencia el rey profeta<sup>6</sup>. Sólo la voluntad del Señor permanecerá para siempre<sup>7</sup>. *Consilium autem Domini in aeternum manet*. Antes volverán los cielos y la tierra a la nada de que los formó, que dejen de cumplirse sus palabras, nos dice el mismo Jesucristo<sup>8</sup>, y una de ellas es la

6. Ps. 32,10.

7. Ibi v. 11.

8. Matth, 24,35.

asistencia que tiene ofrecida al atribulado que le invoque en el fondo de su corazón con sencillez, con humildad y con confianza, como lo manifestó en nuestro afligido príncipe: Busqué al Señor, decía David, *exquisivi Dominum*, y me oyó, *et exaudivit me*, y al punto me sacó, no de una, sino de todas mis tribulaciones, *et ex omnibus tribulationibus meis eripuit me*. Porque si confesamos como un artículo de la religión esencialísimo, que por su inmensidad ocupa todo lugar real y verdaderamente, por esencia, presencia y potencia, como solemos explicarnos, también debemos creer que para el afligido que se confía enteramente en su asilo, está presente en todas partes de otro modo que podemos llamar de asistencia o aplicación de la potencia de su diestra. *Fuxta est Dominus iis, qui tribulato sunt corde, &c.*

Siendo ésto, como es así, ¿de dónde viene tanta aflicción sin consuelo, tanta miseria sin remedio, tanta ruina sin auxilio? Yo os lo diré. No hablo ahora de aquellos dolores, de aquellas necesidades, de aquellas persecuciones, de aquellos males temporales que siente y experimenta cada uno desde el que ocupa el trono, hasta el que sigue la pira, desde el sumo sacerdote hasta el último levita, porque será demasíadamente ignorante el que no sepa que unos son efectos necesarios de la naturaleza, otros consecuencias de la primera culpa, y todos ellos como un ejercicio en que Dios tiene a sus hijos para probarlos, para corregirlos, para mejorarlos, y en fin, para coronarlos con las promesas que hizo a los que sufren. Pero, hablando de las calamidades públicas, de los castigos generales, de las infelicidades comunes, hablando de las ruinas espirituales, de la corrupción universal de las costumbres, de la relajación del cristianismo, en fin, de este aire infestado, que por todas partes respiramos, me atrevo a decir que todo viene del defecto de la oración.

¡Oh Dios! ¡qué asunto tan basto se presenta aquí para desperatar a tu pueblo dormido, para reanimar a tus ovejas casi muertas, y aun para hacer temblar a tus mismos ministros, si yo, como debía, fuese un perfecto imitador del espíritu de Pablo o tuviese el celo y la prudencia de un Crisóstomo! Pero alentadme vos, Dios mío, en vuestra causa, y atended vosotros con respeto, no al sonido de mis voces, sino la virtud de los oráculos de la verdad eterna, que voy a intimaros. Es indisputable la obligación que tiene todo cristiano adulto de orar, y de orar frecuente-



mente para salvarse. Porque es incontestable que todos somos tentados, y que ninguna tentación se vence, al menos con mérito, si no es orando, esto es, implorando de corazón el auxilio de Dios para no caer en ella. Mucho menos podremos prevenirla sin este auxilio, *vigilate, et orate*<sup>9</sup>. ¿Pues, qué diremos del pecado en que caímos por nuestra flaqueza o nuestra malicia? ¿Saldremos por ventura de él sin el auxilio de Dios, o nos vendrá este auxilio sin implorarlo y pedirlo? Eso fue lo más extraordinario del auxilio de Pablo, pero eso mismo nos hace conocer la necesidad absoluta en que estamos todos de orar para salvarnos de la culpa, para que libres de ella se encienda y crezca la caridad de nuestras almas, y animados de este fuego oremos y volvamos a orar por su aumento, por su perseverancia y por las demás necesidades, tanto propias como ajenas, y seamos oídos del Señor. De la falta de este ejercicio, viene la corrupción en que nos vamos anegando e infestando, de la cual se levantan tantos aires pestilentes, tantas tempestades, tantas guerras y azotes con que Dios nos aflige en común y en particular, sin que haya quien detenga el soberano brazo que las descarga, ni quien suspenda la mano que las ejecuta, con la oración.

Porque en efecto, hermanos míos, en el día puede decirse con el profeta que ninguno ora. *Nullus est qui recogitat corde*<sup>10</sup>. A excepción de tal cual espíritu ilustrado y devoto, que trata seriamente el negocio de su salvación, que ha solicitado una dirección sabia, a excepción, vuelvo a decir, de estos poquísimos, entre los cuales habrá sus trabajos por sobra de reglas, decidme, ¿quién es quien ora? ¿Qué oración hace? O si sabéis siquiera, ¿qué cosa es orar? Unos creen que esta obra consiste en ciertos principios altísimos y muy distantes de su capacidad y la del común, que es un ejercicio particular del estado eclesiástico y de los que aspiran a la perfección que ellos no saben definir. Otros están persuadidos de que orar no es otra cosa que rezar. Los unos y los otros se engañan, y se engañan a la sombra de la verdad. Esta es la astucia más peligrosa que ha podido usar el enemigo común contra la oración.

Es verdad, como creen los unos, que la oración es cosa altísima, y tanto que o nos eleva desde esta tierra de miserias

---

9. Matth. 26,41.

10. Jerem. 12,11.

hasta unirnos con el mismo Dios, o hace que éste baje a unirse con nosotros, o que sus más distinguidos espíritus sirvan de ministros entre nosotros y su divina majestad, para llevar a su trono nuestras peticiones y traernos sus decretos. Es verdad, como dicen los otros, que el rezar es orar, pero el orar no es rezar. Cuando rezamos, oramos por cierto, porque pedimos alguna cosa en aquellas oraciones vocales que rezamos, y éstas son unas peticiones tan limitadas, como que no están hechas para nuestras particulares necesidades. Pero el que ora no necesita de abrir la boca, ni de mover los labios, como el que reza, porque orar no es otra cosa que levantar el alma a Dios, esto es, desprenderla, apartarla de todas las ideas y negocios en que andamos embebidos y ocupados, acordarle que está delante su Dios, todo misericordia y poder todo, que la angustian sus enemigos, que la afligen sus flaquezas, que la molestan sus necesidades y en fin que pide el auxilio y el remedio a aquel Señor que puede y quiere darlo. Ésta es toda la teoría, éstos todos los principios, y éstas todas las reglas fundamentales de la oración, y esto lo que todos y el más rústico pueden y deben hacer, y lo que no se practica sino en las aflicciones corporales y mundanas, y aun con mucha imperfección. No hizo Dios tan difícil la consecución de un remedio, que es el antídoto universal y casi preciso de nuestros males, y antes quiso que fuese facilísimo y proporcionado a la capacidad común de sus hijos, quedándose Él mismo cerca de ellos, *juxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde*, para oírles siempre que le llamen con humildad, y salvarles, *et humiles spiritu salvabit*.

Pero si yo reflexiono, ¡Oh Dios mío! el origen de esta ignorancia en los pueblos, vengo a encontrar las raíces en el santuario. Quiero decir, en los que predicamos la palabra de Dios, en los que ocupamos el tribunal de la penitencia. Unos consumimos el tiempo en este puesto con discursos inútiles y pueriles o en materias triviales, menos ignoradas y no de tanta importancia como enseñar la obligación de orar y lo que es orar. Otros ni averiguan si el penitente cumple con este precepto, ni se le imponen para reducirle por su ejercicio a la penitencia, mandándole que se recoja a pensar cómo ha usado de su razón desde que la tiene, para el negocio de su salvación o cuánto ha abusado de ella y de los auxilios divinos para su perdición, qué

caudal de virtudes ha adquirido o qué maleza de vicios ha dejado crecer y arraigar en su corazón, cuáles han sido y son las obligaciones de su estado, y cómo las desempeña. Por este medio vendría seguramente en conocimiento de sus culpas, vería lo que ha menester para enmendarlas, se convencería de que necesita la mano de un Dios omnipotente, misericordioso para levantarse, y elevaría a Él el espíritu penetrado de su miseria, para pedirle su ayuda, que es la oración ordinaria a que somos obligados.

Ésta es la que los maestros de la vía espiritual llaman oración sin artificio, acomodada a las luces de todos los racionales. Porque en ella se maneja el hombre por los mismos principios trivialísimos, que observa en el negocio de su hacienda: esto es, de examinar lo que ha dado antes, lo que da al presente y lo que podría dar de sí para seguir o variar la conducta, continuar o mudar de medios. De este género de oración, dicen que no por ser fácil, deja de ser utilísima, y sirve de escala para subir a la más alta. Los fieles huyen comúnmente de esta práctica tan saludable y necesaria, ya porque no la simplificamos o facilitamos en el modo que acabo de exponer, antes se les envuelve y embrolla con infinitas reglas, haciendo de ella una ciencia a que no alcanza su corta capacidad y poca instrucción, ya porque no les obligamos a entrar por el camino, como penitencia la más eficaz e importante, ya porque no les inculcamos y repetimos una y otra vez su necesidad, sus ventajas y provechos, animándoles a ese comercio familiar con Dios, del cual sacarían además de la enmienda de su vida, la ciencia de orar, que se aprende y perfecciona con la propia oración. Esto nos enseñaba el rey David cuando decía: *Acercaos al Señor, y quedaréis ilustrados. Accedite ad eum, et illuminamini*<sup>11</sup>. La misma comunicación de Dios llenará de luces vuestro entendimiento e impedirá que no se confunda en las tinieblas. En prueba de ello, se produce así propio, que estando necesitado como pobre clamó a Dios: *Iste pauper clamabit*, y fue oído del Señor, *et Dominus exaudivit eum*<sup>12</sup>. Y la oración más frecuente del santo rey en sus salmos, era pedir a Dios luz, ciencia, y

---

11. Ps. 33,6.

12. Ibi. 7.

entendimiento para orar. Porque no basta pedir, y pedir a Dios, que es el autor de los bienes, sino que también es menester pedirle lo que conviene.

## SEGUNDA PARTE

Nosotros somos por naturaleza de una capacidad muy limitada, reducida a ciertos términos de conocimientos de que no podemos pasar. Ni es igual en todos esta esfera, ya por la organización particular de cada uno, que impide o facilita el ejercicio del alma obligada a servirse de los sentidos, ya por la diferente instrucción y educación, que abre y dilata el campo de las ideas y noticias. A esta limitación de criaturas se nos añade la de pecadores por generación. El pecado del primer hombre, que contraemos por origen, como pena, es un denso velo que envuelve nuestras almas y las priva de aquellas luces que habían de brillar en ellas por gracia. Para colmo de rudeza, viene con la edad la rebelión de las pasiones, que fomentadas con la licencia o el descuido, cubren de más tinieblas el alma hasta tiranizarla a su imperio carnal, y hacerla que olvide o vea con mucha confusión lo que es puramente espiritual. Cuando es excitada de la gracia con la esperanza de las cosas sobrenaturales gime, dice el apóstol<sup>13</sup>, con el peso de su confusión e ignorancia tan oprimida, que es necesario que el espíritu de Dios ayude su insuficiencia, y flaqueza, porque aun ignora lo mismo que necesita y ha de pedir: *Nam quid oremus, sicut oportet, nescimus*<sup>14</sup>. La ignorancia que nos contrista es tan universal, que no se libertan de su gravamen aun aquellos que como Pablo han recibido las primicias del espíritu<sup>15</sup>. Por eso dije antes que en los mismos que buscan a Dios por la oración, no faltarían sus trabajos, pues aunque pidan a quien deben, pueden errar en lo que piden o en el modo de pedir.

Jamás han faltado, y siempre habrá por la misericordia de Dios, justos y almas ilustradas que se ejerciten con frecuencia

---

13. Rom. 8,22.

14. Ibi 26.

15. Ibi 23.

en la oración, que lleguen con fe al trono de la omnipotencia a derramar el corazón en sus aras, que le tributen el holocausto agradable de un espíritu humilde, de las cuales levantará las que fuere de su divino agrado a la unión íntima consigo. Estos son los Moiseses del pueblo cristiano, los apoyos de la religión, los ejemplos de la piedad, el consuelo de la Iglesia. Pero para dolor suyo, son rarísimas estas plantas en su campo, estas margaritas en su tesoro. Entre el común de los cristianos también hay muchos que ocurren, y no pocas veces, por medio de la oración a Dios, a su criador como fuente de bondad o como océano de misericordias. Ellos saben que le deben este culto, conocen que necesitan su auxilio, no ignoran que es el principio único de todo bien, y tienen fe y confianza de que oye sus clamores con piedad, y otorga sus peticiones con largueza. Pero, ¿cuáles son, hermanos míos, los motivos que mueven a los más, y las más veces? ¿Cuán es por lo común el objeto de esas súplicas y oraciones? ¿Qué es lo que pone en movimiento sus almas para tan santos recursos? ¡Ojalá que la experiencia no nos mostrase un abismo de errores, un mar insondable de desórdenes en ese particular! El enemigo astuto que rodea, como os decía con el príncipe de los apóstoles, para sorbernos, no busca ya entre los cristianos quien niegue su culto a Dios, ni desconozca su omnipotencia, y la necesidad que tiene de su auxilio. Lo que procura para nuestra perdición, es aficionarnos, es asir nuestro corazón a lo que debía aborrecer o mirar con indiferencia, para que hagamos de esas cosas el objeto de nuestra oración. Pintamos como negocio de poco momento o como fácil de conseguir por otros medios, lo que había de ser asunto preciso de nuestras peticiones fervorosas y reiteradas.

Si entrásemos a examinar todos los negocios que suelen tratarse en la oración, nos servirían de escándalo en vez de edificación. ¿A cuántos vemos de día y de noche en el templo, en las capillas de los santos, ante la aras de la Santísima Virgen, que oran, que piden con instancia y aflicción? ¿Y qué piden? Unos o el feliz éxito del negocio en que van los intereses regulares, o usurarios. Otros la consecución de un empleo, en que debían por derecho preferirle muchos, empleo para el cual, ni tiene talentos, ni podrá desempeñar, cuando menos empleo, que aunque propio de su carácter y digno de su conducta, debía ponerle en las manos de Dios con resignación, y emplear el

fervor para pedirle su gracia. No falta algún cristiano, cuya ceguedad le conduce a suplicar al Señor con instancia aquello mismo en que consiste casi directamente su perdición. Pero dejando aparte estos abortos de la temeridad, que debíamos llamarles de la impiedad, decidme, ¿qué es lo que soléis pedir? Si respondéis conforme al testimonio de vuestra conciencia, diréis que cuando vuestra salud va bien, cuando las haciendas fructifican, cuando los negocios navegan con prosperidad, cuando nada hay que se oponga a vuestras ideas, casi no os acordáis de Dios ni de sus santos. Vais a una misa por precepto, procuráis la más ligera, os molesta la postura reverente. Rezáis por costumbre, con un corazón distraído, más ocupado en otras cosas que en las palabras que decís. Si se quebranta la salud, si se menoscaban los intereses, si se desconciertan los proyectos, en una palabra, si aflige la necesidad y os molesta el azote de la pobreza, entonces recurrís a Dios, entonces le pedís, entonces volvéis como a conocerle, y os humilláis.

Pero, ¿qué es lo que le pedís?, vuelvo a preguntaros. Nada más, sino que os liberte de un mal, que lo es en vuestra estimación, y que examinado a buena luz es un beneficio efectivo de su mano paternal, que procura volveros por ese medio del letargo, y haceros a pensar que hay Dios, que hay otros bienes más altos, más apreciables, más seguros y más dignos de vuestra estima y oración. Soléis pedir aquello mismo que os tiene ofrecido dar sin petición ni fatiga, con tal que le pidáis otra cosa más sublime, cual es su propio reino eterno<sup>16</sup>. Aquello que sólo puede concederos en medio de su indignación, porque os conduce ciertamente al precipicio, y si os lo ha quitado, ha sido como padre que arrebató de las manos de su hijo el instrumento con que puede hacerse mal.

Examinemos todavía más en particular nuestra oración. ¿Quién es el que ora y pide a Dios, como hacía Jeremías, por la disipación universal que se toca, por la relajación de las costumbres? ¿Quién es el que herido de las calamidades de los pobres, ruega a Dios por ellos como rogaría por sí? ¿Quién el que viendo las hambres, las desnudeces, las persecuciones de sus prójimos, ya que no puede saciarlos, cubrirlos, defenderlos, implora con lágrimas el auxilio de Dios para ellos? Mas, me

---

16. Matt. 6,33.

atrevo a preguntaros: ¿quién es el que viendo toda la nación ardiendo en las voraces llamas de una guerra, toda la isla justamente inquieta, atribulada, afligida, se vuelve al Señor de los ejércitos a implorar de corazón su omnipotencia contra el enemigo que la causa, o al Dios de la paz para pedirle que encamine las cosas hacia una ventajosa para el estado y para la cristianidad? ¡Ah!, que será muy raro el que lo haya hecho, convirtiendo lo más, lo que había de ser materia de oración, en murmuraciones y otros pecados.

Pues atended a la oración de nuestro monarca. ¿Qué falta haría a este soberano, ni para mantener su grandeza, ni para sostener su magnificencia, los tesoros de una flota de las Indias? ¿Sería por ventura asunto de cortar sus lícitos pasatiempos, de reducir su familia, de escasear su tren? No, por cierto. Y con todo se conturba en lo profundo de su espíritu, se mueven sus católicas entrañas, se abate su real grandeza, toma todos los arbitrios, y se encamina, en fin, al supremo y más seguro. Lastímale en lo más vivo, no la falta que hace a su erario el tesoro, sino la que se sigue a todos los estados, y cae de repeso sobre el pobre. No la necesidad de su palacio, sino la de sus vasallos. Este es el asunto de su plegaria, el objeto de su petición, la materia de su oración, y el fin de ofrecer unos cultos como éstos, que han dado y darán continuo ejemplo a los monarcas y a los pueblos, a los que mandan y a los que obedecen, de que el perjuicio de los otros y la calamidad pública debe interesarnos muchas veces más que la propia, y debe ser siempre parte de nuestra oración.

En prueba de ello no es menester más testimonio que la doctrina del mismo Jesucristo, que nos enseñó a orar, y nada nos enseñó a pedir en particular, sino en común. Sus puntos fueron pocos, claros, y todos comunes. La misma invocación de la divinidad para hacérnosla presente como corresponde en la oración, fue con la nomenclatura general de Padre Nuestro, y no mío. La primera petición es la de que su nombre fuese ensalzado y conocido en todas las naciones. La segunda, de que se acercase el reino de su gloria para todos. La tercera, de que su voluntad paternal, que en caso más adverso debemos suponer que viene de una mano benéfica, se haga y cumpla enteramente entre nosotros, con la misma docilidad, sumisión y complacencia que la ejecutan en el cielo todos sus moradores.

En fin, si nos enseña a pedir el pan, que debemos entender principalmente de los auxilios para nutrir el espíritu, si el perdón de tantas faltas como hacemos a su ley, si las fuerzas para vencer a los enemigos que nos combaten, si la libertad de tantos males que nos rodean y amenazan, y del mal de los males, que es la dureza de corazón, la impenitencia, la reprobación, todo quiero que lo pidamos para todos, que ningún beneficio deseemos en particular, y que así como comenzamos invocando a Dios por padre universal, le pidamos como verdaderos hijos, los unos para los otros.

Veis cuánta materia, y cuán fecunda tenemos para orar, y qué clara aun a la inteligencia de los menos instruidos. Veis la corta oración del Padre Nuestro, cuánto contiene para muchas horas o para muchos días, sin rezarla muchas veces, porque la oración no es negocio de mucha verbosidad. Veis que fuera de las necesidades particulares que padece cada uno, y le obligan a la oración, puede y debe hacer propias las de los otros, y las comunes. Y veis en fin el ejemplo de un monarca, avisando vuestra indolencia, vuestro entorpecimiento, vuestra falta de caridad. Y si en estas necesidades comunes o particulares, que sólo indirectamente miran a nuestra salvación, nos ejecuta así la oración, ¿qué será en las que esencialmente miran al bien del alma, a evitar el pecado, a desarraigar el vicio, a medrar en la virtud, a cortar el escándalo?

Esto debe ser el objeto grande, el fin principalísimo y el asunto esencial de toda oración: el bien del alma, la salvación, el servicio y la gloria del Señor. Jesucristo nuestro maestro infalible nos lo dejó recomendado y enseñado en los términos más expresos, y de diferentes modos. Él nos dice unas veces que lo primero que hemos de pedir a Dios, es el reino de los cielos: *Quarite primum regnum Dei*. Y que las cosas y bienes temporales se nos darán, como por añadidura. *Et hace omnia adjicientur vobis*. Que es decir, que nos las concederá el padre celestial, en cuanto nos sean convenientes y útiles para el fin de nuestra salvación o en cuanto no estorben y sirvan de embarazo para ella. Así, cuando le pedimos por nuestras necesidades o por las públicas, debemos cuidar de que estos socorros se dirijan al bien del alma. Porque si la necesidad, si la enfermedad, si la persecución, si la misma tentación o cualquiera otro mal que sufrimos, le envía su mano paternal y omnipotente para nues-



tra enmienda o para acrisolar nuestra virtud, aumentar nuestro mérito, ni debemos pedir la cesación de semejantes males, ni Dios sumamente bueno nos la otorgará. Así lo experimentó el apóstol cuando oraba con instancia para que le librase del estímulo de la carne, a quien respondió que le bastaba su gracia: *Sufficit tibi, gratia mea*<sup>17</sup>. En estos casos deberemos pedir alternativamente, esto es, o la libertad de la tentación o la fuerza para vencerla, el socorro del dolor o la paciencia para llevarlo.

Otras veces nos dice el mismo Jesucristo<sup>18</sup>, que nada le aprovechan al hombre todas las cosas temporales, aunque sea el dominio universal del mundo, si pierde su alma. Porque en realidad, esta alma es el gran tesoro, retrato de la divinidad, que se nos ha confiado, que debemos guardar, que es envidiada de poderosos enemigos, y cuya mejora debe ser el estudio de toda la vida de un hombre, el cuidado mayor de todas sus ocupaciones y el centro a que han de dirigirse todas sus líneas. ¿De qué le servirá gozar de todos los placeres de la tierra mientras se detiene sobre ella, si al salir, que ha de ser muy breve, ha de dar en el abismo de las inquietudes, de los disgustos, de los dolores, de los tormentos? ¿De qué aprovechará disponer a su arbitrio de las naciones, de las coronas y de todos los mortales, si a poco tiempo ha de ir a ser el oprobio, y el juguete eterno de sus enemigos? ¿Qué adelantará al fin de haber conocido la extensión de la tierra, la naturaleza de sus producciones, el brillo y curso de los astros, y haber alcanzado todos los conocimientos posibles, si no supo conocer el precio de su alma, el destino de su creación, y la alta gloria que la esperaba? Nada verdaderamente, *nihil prodest*.

Pues la oración, hermanos míos, es el medio de lograr el verdadero y sólido placer, la dominación eterna, y la ciencia de los santos. Con ella dirigida a la salvación de nuestras almas se consigue cierta e infaliblemente su eterna conservación y su gloria. ¿Pero, qué digo, la gloria eterna? Aun en este mundo, consigue los frutos de la paz y la tranquilidad, que no gozan los más dichosos mundanos, y en medio de los trabajos, de las persecuciones, de las necesidades, viven más seguros y tranqui-

---

17. 2 Cor. 12,9.

18. Marc. 8,36; Luc. 11,25.

los, más felices y alegres los que oran, que los Alejandro y los Césares, que los Salomones y los Cresos en toda su opulencia y en toda su grandeza. Y siendo esto así, ¿qué podremos pedir a Dios o a qué deberán dirigirse nuestros votos y deseos, si no es a mejorar esta alma y a salvarla? Sea, pues, este el objeto principal de nuestras oraciones, pero sean éstas también cuales deben ser.

### TERCERA PARTE

Porque no basta pedir a Dios y pedirle lo que conviene, es menester que le pidamos del modo que conviene, y este modo de pedirle, dice el apóstol que también lo ignoramos: *Nam quid oremus, sicut oportet, nescimus*. Y es menester que el Espíritu Santo nos ilustre para saberlo, ayudando nuestra flaqueza, *similiter autem et Spiritus adjuvat infirmitatem nostram*<sup>19</sup>. De aquí se sigue que lo primero que hemos de pedir a Dios en nuestra oración ha de ser el mismo espíritu de oración, esto es, que nos enseñe a orar, y a pedirle no sólo lo que conviene, sino del modo que conviene, y esta luz es la que decía David que encontraríamos poniéndonos en la presencia de Dios: *Accedeti ad eum, et illuminamini*. Y la que él mismo le pedía para meditar con fruto, rogándole que le diese entendimiento: *Da inibi intellectum et scrutabor legem tuam*<sup>20</sup>.

Con una preparación semejante, no sólo nos ponemos en la presencia de Dios, sino que nos humillamos y abatimos en su divino acatamiento, confesando nuestra flaqueza y nuestra necesidad, para que nos venga de su mano aquello que le pedimos, y aun el modo de pedirle. El propio acto o el mismo hecho manifiesta la fe con que creemos que Dios es el autor de todos los bienes soberanos, el dispensador liberal de ellos, que como padre los reparte con nosotros que somos sus hijos, como y cuando nos conviene, y veis aquí todos los preparativos naturales y esenciales de la oración, que consisten en ponernos en la presencia divina con humildad y fe cristiana.

---

19. Rom. 8, 26.

20. Ps. 118,33.

Pero esto no es más que preparación. El que ora debe hacerlo en nombre de Jesucristo, y ésta es la primera calidad indispensable de la oración. Ella es una intermediación o acceso a Dios, al cual elevamos nuestro corazón para pedirle, y Jesucristo nos advierte, que ninguno llega a su Padre, a menos que sea por su medio: *Nemo venit ad Patrem nisi per Filium*<sup>21</sup>. Él mismo nos enseña en muchos lugares del sagrado evangelio que lo que pidiésemos en su nombre al Padre, nos será otorgado: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis*<sup>22</sup>. Ése es uno de los principales efectos de su mediación soberana, por lo cual dice San Pablo que en Jesucristo es que se nos admite a la presencia de Dios y se nos facilita el acceso a su trono<sup>23</sup>, como único medianero, constituido en su humanidad, para que nos acerquemos a aquel Padre que nos había echado de sí por el pecado, y en cuyo tribunal aboga por nosotros, como dice San Juan: *Advocatum habemus apud Patrem*<sup>24</sup>. Fundada en este dogma tan incontestable, como lleno de consuelo para nosotros pecadores indignos y menesterosos, es que la Iglesia nuestra madre, a la cual gobierna y dirige el espíritu infalible que enseña e inspira lo que ha de pedirse y cómo ha de pedirse, no hace súplica, petición ni rogativa, que no sea por medio de Jesucristo. *Per Christum Dominum nostrum*. Como que sólo sus méritos divinos e infinitos pueden mover a Dios, y sólo su voz, como cabeza del cuerpo de la Iglesia, puede hacerse oír en el trono del Padre.

Uno y otro observó tan exactamente nuestro monarca Felipe, como lo testimonia su real cédula. Él ocurrió a Dios, él se humilló delante de Dios, él creyó que Dios sólo podía sacarle de la aflicción, e interponiendo la mediación de este soberano Señor que adoramos en el sacramento, lo puso por medianero de su plegaria, y en él y por él da las gracias al Padre del beneficio conseguido. Al trono del cordero, como los ancianos del Apocalipsis, se rinde su cetro, abate su real corona, encamina sus súplicas, y allí va también el incienso del reconocimiento, a donde se dirigió el humo de la oración, y por donde bajó el beneficio de la misericordia, sube el perfume religioso de la

---

21. Joan. 14,6.

22. Joan. 15,17.

23. Rom. 8,2.

24. Joan. 11,1.

acción de gracias. En el nombre, pues, de Jesucristo, *in nomine meo*, ha de pedir el cristiano si quiere recibir, y que se le conceda lo que pide, con la fe de que no sólo es el medianero único para con el Padre, sino que siendo Dios con el Padre, es igual que el Padre, autor y dispensador de todos los dones. Cuando nos enseñó a pedir al Padre en su nombre para alcanzar de su mano paternal, también nos dijo que pidiéndole al mismo lo haría: *Si quid petieritis me in nomine meo, hoc faciam*<sup>25</sup>. Y aun aquello que le pedimos al padre en su nombre, nos dice que él propio lo hace: *Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam*, para que sea glorificado, dice, el Padre en el Hijo: *Ut glorificetur Pater in Filio*<sup>26</sup>.

Pues, ¿y la oración a los santos, y a María Santísima, me diréis; no son conductos seguros para dirigir nuestras súplicas y conseguir lo que pedimos? ¿La Iglesia no se sirve también de estos medios o canales para con Dios? Sí, señores; pero es menester que entendáis cómo debe ser esta oración, porque hay mucho error e ignorancia en ella, y éste es uno de los vicios que se han introducido, y maleado la oración. Estadme atentos para que entendáis la doctrina de la Iglesia en esta parte, y no perdáis vuestra oración. María Santísima, más santa que todos los santos, más grande que todo lo criado, más estimada de Dios, que cuanto ha existido sin unión de la divinidad; los santos, esos templos que han sido del espíritu de Dios, esos favorecidos de su misericordia, esos que con la gracia han trabajado en honra y gloria de Dios, esos que viviendo, eran oídos por sí y por otros, como testifica en muchos lugares la escritura; esos que descargados del peso de la carne, y llamados del destierro gozan en la patria de la presencia del rey, los cuales no teniendo ya que pedir para sí, emplean su caridad a favor nuestro, con quienes están todavía ligados por la comunión de los santos, han sido, son y serán intercesores útiles con Dios, y nosotros les invocaremos con fruto, como tiene definido la Iglesia. Pero, decidme, ¿recurrís a los santos para que ellos os perdonen los pecados, para que os den la gracia, la sanidad y los demás beneficios que necesitáis? Así lo hacéis por la mayor parte, y erráis en vuestra oración, porque les atribuíis un poder que no tienen, y que sólo toca a Dios.

---

25. Joan 14,13.

26. Ibi 13.

Podemos encaminarnos a los santos, no para que ellos hagan los prodigios, sino para que junto con nosotros rueguen a Dios, que es el que los hace. A éste es a quien debemos encaminar nuestra oración, y a los santos la súplica de que oren o pidan aquello mismo que nosotros, a fin de que la gracia que logran en el divino acatamiento, facilite el despacho favorable de nuestra petición. Éste es el espíritu de la Iglesia, confirmado con el ejemplo y autoridad de San Pablo, que viviendo pedía a los romanos<sup>27</sup>: *Obsecro ergo vos fratres*, que por el amor de Jesucristo, y por la caridad del Espíritu Santo: *Per Dominum nostrum Jesu-Christum, et per charitatem Sancti Spiritus*, le ayudasen, rogando a Dios por él: *Ut adjuvetis me in orationibus vestris pro me ad Deum*; para que el Señor le librase de los infieles de Judea, aceptase la oblación del obsequio que hacía a los santos de Jerusalén, y lograrse verles con gozo, y consolarse con ellos. A los colosenses<sup>28</sup>, después de mandarles que sean frecuentes en la oración, cuidando en ella de la acción de gracias, les pide que al mismo tiempo oren por él: *Simul et pro nobis*, para que Dios le abra la puerta de la predicación y manifestación del misterio de Cristo.

Éste es, vuelvo a decir, el espíritu de la Iglesia nuestra madre y maestra, y el modo con que hemos de recurrir a los santos, para que nuestra oración sea útil, quiero decir, pidiéndoles que oren por nosotros y con nosotros, pero pidiendo nosotros a Dios, autor de todo bien, y en nombre de Jesucristo, en el cual los mismos santos obraron su santidad y hacen sus ruegos. Porque Jesucristo sólo es el que tiene méritos para medianero y omnipotencia como Dios, para hacer lo que se le pide en su nombre. Por lo mismo en él, por él y a él es a quien debemos dar las gracias de los beneficios que recibimos, como la practica el católico monarca en estos cultos. La prueba más clara que vosotros dais de vuestro errado modo de pedir por medio de los santos es que, conseguido el beneficio, dirigís a ellos la acción de gracias, entráis en la Iglesia a dárselas, os encamináis al altar de su imagen, y dejáis a un lado (¡qué ignorancia!) el tabernáculo donde reside el amo de ese siervo, el autor de esa gracia.

---

27. Rom. 15,30.

28. Colos. 4,3.

Lo que pedimos en nombre de Jesucristo y a Jesucristo, debemos pedirlo con instancia, y esperararlo con confianza. Toda oración debe ser frecuente, esto es, debe instar y ejecutar, digámoslo así, a Dios a que nos la otorgue. Jesucristo nos lo enseña cuando nos amonesta<sup>29</sup> a que oremos siempre, y no desmayemos: *Oportet semper orare, et non deficere*. Y nos propone el ejemplo de la viuda, que pedía justicia a un juez duro (no porque Dios lo sea), sino para manifestarnos que a fuerza de importunarle, una, otra y muchas veces, alcanzó lo que pedía. La frecuencia o importunación, si puede dársele este nombre, nace de la confianza o la supone, y la confianza es otro requisito tan esencial en la oración, que sin ella nada alcanzaremos.

Decíamos antes, que es menester para orar tener fe, esto es, creer en Dios, en su omnipotencia y en su misericordia. Esta fe, que es la virtud teologal, ha de juntarse con otra virtud cardinal, que es la confianza o fe operante, que llamamos también esperanza, porque los dones de Dios cuales son una y otra, andan tan unidos que apenas podemos nosotros distinguirlos. Y esta confianza, ¿en qué consiste? En esperar con certidumbre que Dios infinitamente bueno y padre misericordioso de los hombres, no ha de negarles su conversión, su justificación, su virtud sobrenatural, y en una palabra, su espíritu bueno a los que se le pida, según la palabra infalible de Jesucristo. Si vosotros, nos dice, siendo de condición mala y perversa: *Si ergo vos, cum sitis mali*, sabéis dar las cosas buenas a vuestros hijos: *Nostis bona data, dare filiis vestris*. ¿Con cuánta mayor razón debéis esperar que vuestro Padre Celestial os dará su espíritu bueno, si se lo pedís? *Quanto magis Pater vester de coelo dabit spiritum bonum petentibus se*<sup>30</sup>.

Así, dice San Pablo que se cumplió el vaticinio de Joel<sup>31</sup>, de que en la venida del hijo de Dios sucedería que todo el que invocase el nombre del Señor se salvaría; y el de Isaías<sup>32</sup>, de que ninguno que creyese en él, se condenaría, y en fin, el del Deuteronomio<sup>33</sup>, que la palabra o la sentencia de la vida está en nuestra propia boca y en nuestro corazón: *Prope est verbum in*

---

29. Luc. 18,1.

30. Luc. 11, 13.

31. Joel 2,23.

32. Isaías 28,16.

33. Deut. 30,14.

*ore tuo et in corde tuo.* Así interpreta el apóstol: *Verbum fidei.* Porque si confesamos, dice, en nuestro corazón a Jesucristo Señor, y de corazón creyésemos que Dios le resucitó de los muertos, nos salvaremos ciertamente. No basta, como veis, la confesión vocal o la fe pura de la verdad de Jesucristo y grandeza de Dios, es menester que se junte la confianza y esperanza firme que nace del corazón para invocarle, esto es, para llamarle a nuestra ayuda, y pedirle. Porque orando con confianza, lo haremos con frecuencia, y obligaremos a Dios a la obra grande de nuestra justificación y salvación, y se verificará la sentencia del Salvador de que a todo el que pide, se le da, a todo el que toca a las puertas de la misericordia se le abren, y en fin, que todo aquel que busca, encontrará lo que busca. En esto manifestó también la frecuencia y ansia con que hemos de orar, pues el que toca a una puerta con deseo de entrar, repite muchas veces las aldabadas, y el que busca con cuidado, no se contenta con una ojeada o vuelta, sino que hace lo que la mujer del evangelio, que había perdido la moneda, encendió luz para buscarla, y barrió toda la casa para haber de encontrarla. ¿Cuánta más diligencia no deberemos poner en la oración, a cuya virtud sobrenatural ha ligado Dios el negocio de nuestra salvación? *Prope est verbum in ore tuo et in corde tuo.*

En las otras cosas, o bien sean espirituales o bien sean temporales, que pedimos al Señor, debemos proceder de otro modo. La justificación y la salvación, la misma fe, la confianza y la caridad, hemos de pedírselas absolutamente, y con certeza de que ha de otorgarlas a fuerza de pedírselas. Pero los otros dones, aunque sean sobrenaturales y espirituales, como pueden no convenirnos para la salud eterna, hemos de pedirlos con fe, y en vez de aquella confianza o certeza, ha de entrar la resignación o una humilde sujeción de nuestra voluntad a la de Dios, con que nos resignemos a que se haga lo que pedimos, si conviene, y si no conviene, que se haga y cumpla su voluntad santísima, y nos dé la santa resignación. Este ejemplo nos dejó el soberano Maestro en su oración, esto nos enseñó en la del padre nuestro, y con esta resignación o conformidad, pidió el católico monarca Felipe el beneficio de que da hoy las gracias, asegurándonos que había ofrecido al Señor los mismos cultos y obsequios en el caso de que no se libertase su flota de las manos enemigas.

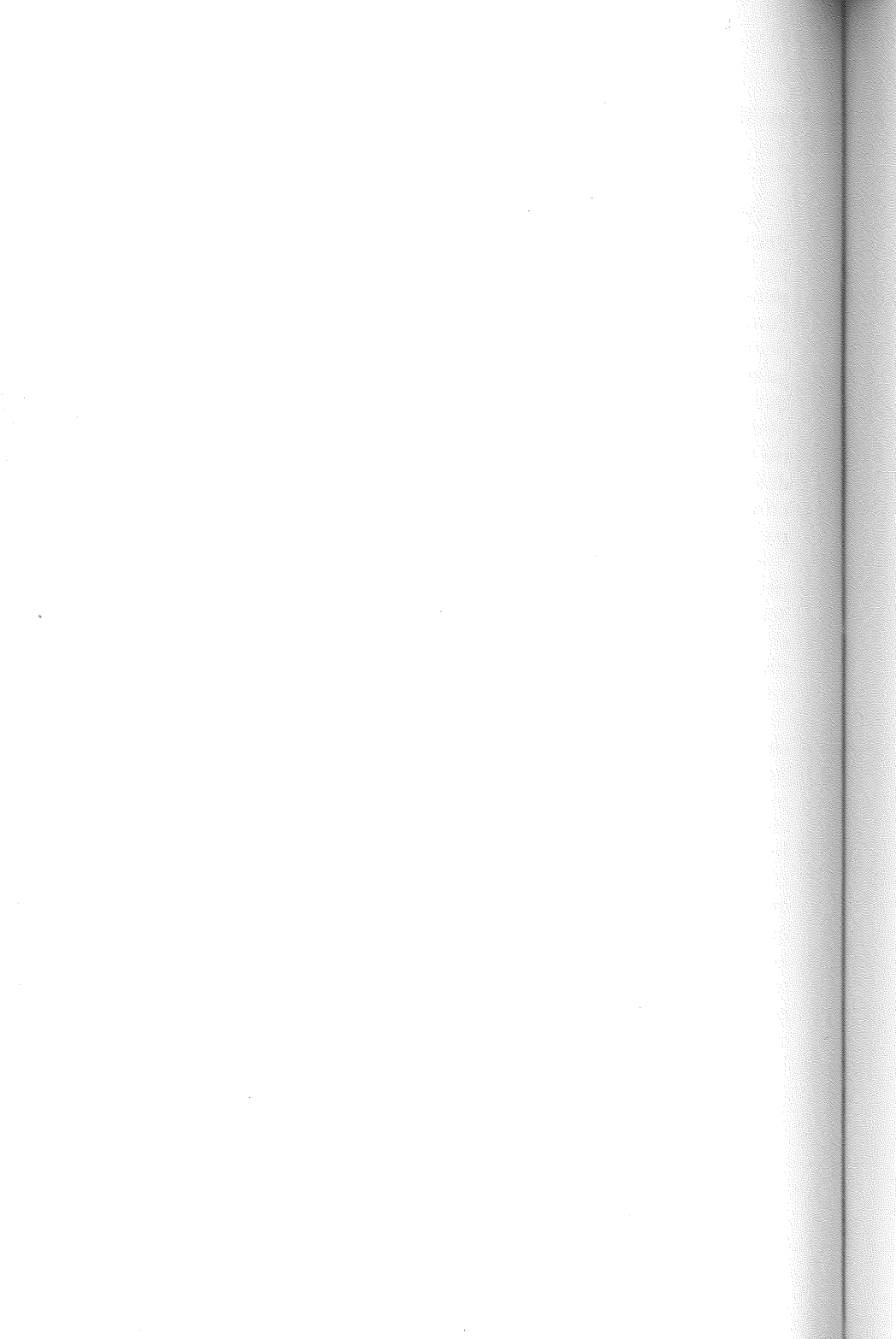
Qué poco imitamos nosotros estos ejemplos, ni seguimos la doctrina del Salvador. ¿Quién es el que en medio de los trabajos, cuya libertad ha pedido y no consigue, da gracias al Señor, persuadido de que así le conviene? Pero, ¿quién es el que cuando pide estos beneficios, pide alternativamente, quiero decir, o la consecución de ellos o la conformidad y resignación gustosa, si se niegan? Por eso oímos con escándalo tantos quejosos de la providencia, tantos desconfiados en términos que prorrumpen en la blasfemia de que saben que el medio de no conseguir alguna cosa, es el pedírsela a Dios, y todo es el defecto de la fe para conocer a Dios y su bondad, y el de la confianza cristiana para esperar infaliblemente de su mano paternal todo lo que nos conviene.

Lejos pues de nosotros, hermanos míos, estas desesperaciones e irreligiosas desconfianzas. Acerquémonos en nombre de Jesucristo al trono de la omnipotencia y de la misericordia, que es trono de luz, y se nos infundirá la que necesitamos para la misma oración. Acerquémonos con confianza a pedirle la conversión, la sanidad, la salud eterna, las virtudes, sin las cuales no puede obrarse ésta, y por consiguiente a pedirle el espíritu de oración, seguros de que nos lo ha de dar. Pero sea esta petición con frecuencia, y sin intermisión. Acerquémonos a pedirle las otras gracias con indiferencia santa, con resignación humilde, pues él mismo nos tiene asegurado que nos dará lo que le pidiésemos en Jesucristo. Anímenos el ejemplo de este religioso culto a la conformidad y a la confianza. Recurramos como el monarca al cordero todopoderoso y misericordiosísimo, que ha quedado con nosotros. Pongamos en ellas nuestro corazón como holocausto sacrificado a su divina voluntad, y quedemos satisfechos y tranquilos de que el que vino a salvar a los que habían perecido<sup>34</sup>, los curará, los sanará, los purificará y los colocará eternamente en su gloria. Amén

---

34. Matth, 18,11.





SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS,  
PREDICADO EN MADRID.

*Jesus dixit Matri suae: Mulier, ecce filius tuus.  
Deinde dicit Discipulo: ecce Mater tua.*

*Jesús dijo a su Madre: Mujer, ve ahí a tu hijo.  
Después dice al discípulo: ve a tu Madre.*

*Son palabras del Salvador, que refiere San Juan,  
cap. 19. v. 26 y 27.*

Rico y poderoso en sus misericordias se llama Dios en las sagradas letras<sup>1</sup>, y tanto que sus bondades no tienen número, y el tesoro de sus piedades es un abismo<sup>2</sup>; así por su inestimable precio, como porque son tantas que no pueden numerarse. Este documento de la fe lo toca nuestro pobre entendimiento con admiración, no tanto en la creación y conservación de todas las cosas, cuanto en la encarnación de su segunda persona y su nacimiento, en el cual, dice el apóstol, que se descubrió la benignidad, y humanidad de nuestro Salvador<sup>3</sup>. Porque de este acto, que llama de gran misericordia, se han seguido tales beneficios que ni podemos concebir su grandeza, verdadera-

---

1. Eph. 2,4.

2. Ibi 3,8.

3. Tit. 3,4.

mente inefable, ni examinar toda la beneficencia que contiene. Si vuestra meditación ilustrada por la fe cava ese tesoro, le encuentra tan lleno de piedades que se pierde en su número, se ofusca en su variedad, se encanta con su excelencia, se abisma y embelesa en su dulzura, y conoce que ni es capaz de dar por ellos las gracias que debe, ni de alcanzar el término de esa cadena de piedades, que comienza en una eternidad para acabar en otra.

Porque, decidme: ¿no fue mayor que todas las ideas que el hombre se había formado de la divinidad, cuando la delineaba a su fantasía la obra de satisfacerse Dios a sí mismo, ofendido por el hombre? ¿Y cómo? haciéndose hombre el propio Dios, tomando la naturaleza, y el ser del agresor. ¡Oh sacramento investigable! Dios que es el que es<sup>4</sup>: porque nada es sino Dios, y Dios sólo es sin dependencia y sin alteración, a distinción de todo lo demás, que sólo es lo que él quiere, cuando quiere y mientras quiere: Dios en sí y por sí, eternamente felicísimo con su conocimiento que es el Verbo, y con su amor que es el Espíritu Santo, y necesariamente feliz, porque necesariamente ha de conocerse y conociendo su infinita perfección, ha de amarse. Ese Dios felicísimo: ese ser eterno a quien el hombre abandonó, dispone reconciliarse al hombre. No por una condenación o remisión de la ofensa, no por sacrificios y víctimas, no por las obras del hombre, sino uniéndose personalmente a la naturaleza del hombre, y haciendo de ésta y la suya un hombre Dios, que padeciendo en cuanto hombre, pudiese satisfacer en cuanto Dios. ¡Oh abismo profundo de misericordia, cuán escondidos y ricos son tus caminos!, exclama Pablo<sup>5</sup>.

Pero no satisfecha su piedad con satisfacer a su justicia, quiso descubrirnos sus misterios más ocultos, revelarnos las leyes más santas, advertirnos los escollos más escondidos, y darnos en los sacramentos una fuente inagotable en que nos curamos, nos fortalecemos y nos purificamos. En fin, se quedó con el hombre real y verdaderamente vivo e impasible bajo las especies de pan, y vino, para que el hombre se alimente de su carne y de su sangre, y subió a la diestra de su Padre, a hacer los oficios de medianero<sup>6</sup>.

4. Exod. 3,14.

5. Rom. 11, 33.

6. I Tim. 2,5.

Parece que no quedaban más misericordias que derramar en el tesoro de su bondad, ni más medios de manifestarse al hombre. Pero como es insondable el fondo de ese piélagos, después de habérsenos dado a sí mismo en la persona de su Unigénito, y con él un Salvador, un medianero y un hermano, quiso que este hermano nos diese una Madre, y estando para concluir con su muerte la obra de la redención, pone los ojos en la Santísima Virgen, y nos la deja por Madre: *Mulier, ecce filius tuus*. Juan, ese discípulo en quien yo he puesto mi amor, que me ha seguido hasta el patíbulo y que representa el cuerpo de mi Iglesia, por cuyo amor muero, y hace la persona de los fieles que permanecen en ella y conmigo, véisle ahí, *ecce*. Él, y ellos quedan bajo tu abrigo como hijos, *filius tuus*, y vosotros miembros de mi Iglesia en general, y cada uno por sí, reconocedla por Madre, *ecce Mater tua*. Ella hará con vosotros los oficios de Madre, y vosotros le retornaréis las obligaciones de hijos.

Para engrandecer y adorar tanta misericordia del Señor, examinemos esta maternidad y esta filiación, y hallaremos:

I. Que María desempeña su maternidad con nosotros en lo temporal y en lo espiritual, con caridad y eficacia.

II. Que nosotros debemos como hijos suyos obsequiarla, con el culto exterior y el interior.

Veis aquí la materia y división de un discurso, en que pretendo, solidar y purgar vuestra devoción a la Santísima Virgen, para que sea tan saludable y eficaz como puede en nuestras aflicciones. Comienza, Señora, a mostrar con efecto que eres Madre de Desamparados, alentando mis flacos sentimientos y animando los corazones de tus hijos, a quienes dirijo mis palabras. Dame gracia para hablar con aquella energía espiritual que necesito, y a mis oyentes la docilidad que les conviene. Este es el primer oficio que te pedimos, diciéndote devotamente *Ave María*.

## PRIMERA PARTE

Vuestra real presencia (Omnipotente Dios Sacramentado), la profunda veneración que debemos al misterio que hoy nos recuerda la Iglesia, la devota expectación de un auditorio

religioso, todo ejecuta la fidelidad de mi ministerio, a que como deudor, conforme la sentencia del apóstol<sup>7</sup>, a los sabios y a los ignorantes, instruya a los unos y anime a los otros en la fe sobre los puntos de la religión, y todo me estrecha a hablar de la maternidad de María, mi Señora, para con sus hijos, de un modo digno de la propia religión, que es decir, digno de la grandeza y excelencia de María, y de la soberanía y dignidad de su Unigénito Hijo.

Ya sabéis, hermanos míos, que el misterio que hoy nos recuerda la Iglesia, es la Ascensión de Jesucristo a los cielos, a cuya memoria consagra sus cultos con tan superior razón, como que éste es el misterio del cual dice San Pablo que cerró la clave de la Iglesia. El que bajó, dice, es el mismo que hoy sube sobre los cielos para concluirlo todo<sup>8</sup>; de que infiere San Agustín que la Ascensión del Señor es la confirmación de la fe católica porque por medio de ella se introdujo en los cielos la primera porción de nuestra naturaleza, mostrando a los fieles que podía franquearnos la entrada, vencedor ya de la muerte, y colocarla a la diestra de su Padre. A vista de este Pontífice grande, Hijo de Dios, que penetró los cielos, pontífice capaz de compadecerse de nuestras flaquezas, por haber sido tentado sin pecar, nos anima San Pablo a la confesión de nuestra fe, *teneamus confessionem*; y nos exhorta a que ocurramos con confianza al trono de su gracia, *adeamus ergo cum fiducia ad tronum gratia*, seguros de la misericordia y el favor<sup>9</sup>. Porque teniendo a Jesucristo, que resucitó y que se sienta a la diestra de Dios, que allí aboga con eficacia por nosotros, venceremos en él todas las tentaciones, y no habrá cosa que pueda separarnos de su amor<sup>10</sup>. San Juan, exhortándonos en su primera carta a conservar la inocencia, dice: Pero si alguno cayere, sepa que tiene al lado del Padre un abogado, Jesucristo, justo, que es la propiación por nuestras culpas<sup>11</sup>.

Instruidos de estas verdades, confesamos todos que así como no hay más que un Dios, tampoco hay más que un medianero entre Dios y el hombre, que es Jesucristo, el cual nos tiene

---

7. Rom. 1,14.

8. Eph. 4,10.

9. Hebr. 4, 14-16.

10. Rom. 8,34.

11. Joan, cap. 2,1.

ofrecido que cuanto pidiéramos en su nombre al Padre o a él mismo, nos lo otorgará, siendo, como entiende la Iglesia, conforme a nuestra vida eterna. ¡Verdades llenas de consuelo y de confianza, promesas infalibles y seguras! ¿Quién creyera que de estas mismas piedades había de componer su veneno la herejía, y convertirlas en tósigo? Pues sabed, que de ellas infirió Juan Wiclef, que la invocación y devoción de María Santísima y de todos los santos era inútil. Martín Lutero la llevó hasta el extremo de que invocar a la Señora y a los santos, era sacrilegio e impiedad. Estos delirios contrarios a la doctrina que ha tenido y tiene la Iglesia desde su cuna, fueron condenados en la sínodo universal de Trento, y hoy los condena nuestra piedad, invocando su favor, fiados en el mismo Jesucristo, que la hizo nuestra Madre, fundados en el Evangelio, que manifiesta su caridad maternal, y el poder que tiene con Dios para alcanzarnos sus mercedes, de todo lo cual estamos confirmados por una larga experiencia.

Todo este apoyo es menester en nuestros días para hablar de la intercesión poderosa y de la protección eficacísima de la Madre de Dios para con los pecadores. Acabóse aquella satisfacción agradable, con que nuestros mayores anunciaron estas cosas sin recelo de irreligiosos escrúpulos. Rodeados de un auditorio, en que estaba radicada la creencia, se derramaban en los elogios de María, para mover la devoción y la ternura, cuyas expresiones trasladaban sin escrúpulo los pueblos desde el oído al corazón con la docilidad y sencillez que recibe el niño la doctrina de su padre. A la manera que el matemático supone para su demostración los principios, sin detenerse a probarlos, corrían nuestros Ildefonsos y Leandros, nuestros Domingos y Vicentes, y todos los oradores de España en los panegíricos del poder y protección de María, sin embarazarse en zanjar y consolidar el cimiento con la autoridad, ni ajustar cada expresión al examen más prolijo y riguroso. Pasaron por nuestras culpas aquellos días serenos de la fe, aquella edad de oro, en que la sencillez era el fondo de las almas, y una ignorancia más apreciable que la ciencia vana e hinchada de los filósofos, realzaba el mérito de nuestros padres.

Han sucedido en su lugar los tiempos fatales, en que por saber más de lo que conviene, se excede la justa sobriedad de la sabiduría, en que por apurar la verdad, se tuerce muchas veces

al lado del error, en que se mira como flaqueza creer lo que no se demuestra con evidencia, y en que no pudiendo el orador suponer principios, se ve obligado a trabajar desde el cimiento y dar muchas cinceladas y toques a cada palabra de que quiere servirse, para no chocar las afectadas delicadezas de unos espíritus que pretenden la esfera de ilustrados, con la censura impía de lo más religioso. Peste demasíadamente extendida y peligrosa, que a fuerza de alambicar la doctrina, la desvanece y aniquila, y empeñada en pasarla, no por los tamices de la tradición ni los concilios, no de la escritura, según el sentido de los antiguos doctores, sino por la criba de los escritores modernos, a quienes sirve de pruebas la licencia que franquean de acomodarse a las pasiones, y suplen la solidez que les falta, con el oropel de la elocuencia mundana, la dejan llena de heces y asientos, en vez de su pureza y claridad. Pero conviene, decía San Pablo, que haya herejías, para que así se conozcan los verdaderos hijos de la Iglesia. De la excesiva severidad de esta crítica nacerá también la utilidad, de que se arregle la devoción de María, y no exceda la confianza en su poder ni el elogio de su protección los límites que prescribe la religión y la prudencia.

Por eso dije que la protección eficaz y poderosa de esta divina madre se apoya en el nombramiento de Jesucristo, se sostiene con la letra del Evangelio, y se comprueba con la larga y común experiencia de los fieles. Yo no dudo de la sana creencia y buena fe de mi auditorio, pero para que nadie os engañe con palabras falaces, disputando los privilegios de María para ampararnos con la capa que suele tomar la herejía, de conservar los derechos del Redentor, o destruyendo con efecto el Evangelio y sus preceptos, como suele hacer la piedad imprudente para elevar el amparo de la Madre, procuraré fundaros primero con autoridad y después con la razón, el alto poder que Dios le dispensó, para que en nuestras mayores aflicciones, así del cuerpo como del alma, ejerciese una protección caritativa y eficaz, cual tierna y compasiva madre sobre las miserias de sus hijos. Y si el mayor testimonio de la caridad del Padre fue darnos a su Hijo, también fue una prueba solidísima de la caridad del Hijo, darnos por Madre, a su Madre: *Mulier ecce filius tuus*.

En efecto, si nos aplicamos a considerar estas últimas palabras del Redentor, hallaremos vinculado a su sentido el poder

de la Madre, y la misericordia altísima del Hijo. Es doctrina incontestable que el verbo eterno pareciendo en nuestra carne, en la carne que tomó realmente de la misma carne de María, vino no sólo a libertarnos del pecado, a redimirnos de la muerte y sacarnos del desamparo en que gemía toda la descendencia de Adán, sino a enseñarnos, ya con las obras, ya con las palabras, las verdades que se habían oscurecido en nuestras almas: a revelarnos los misterios que estaban reservados a su venida, y a descubrirnos los caminos y los medios de vivir en piedad, justicia y religión, para alcanzar el fin de la redención. No hizo obra que no fuese de un mérito infinito, y de una instrucción particular: ni cayó de sus divinos labios una palabra que no estuviere llena de misterios y de verdad. Pero aquellas pocas que pronunció desde la cruz, que fue la cátedra más señalada de su magisterio, siempre las ha mirado la Iglesia como unas especialísimas sentencias y unos documentos distinguidísimos, en que, cual maestro soberano, recogió todo el espíritu de su doctrina, y en que a la manera de los últimos paroxismos de la luz moribunda, que apuran los restos de su pábulo para llenar de más vivos resplandores el ambiente, hizo brillar con mayor claridad su sabiduría y su amor.

Una de ellas fue la recomendación que hizo a María para que tuviese a Juan por hijo, y a éste para que tomase a la Señora por su madre, por consiguiente digna de la mayor atención. Porque, ¿qué objeto pudo tener el Salvador entre los acerbos tormentos, que tan duramente afligían su humanidad, en medio del desamparo en que su Eterno Padre le dejaba, y cuando ponía la última mano a la obra de la redención? ¿Qué objeto pudo haber tan importante, tan alto, tan interesado, que le moviese en coyuntura tan estrecha a divertir su soberana atención sobre la afligida madre, para decirle que tomase a Juan por hijo, y a volver los ojos casi apagados sobre este amado discípulo para dejarle una madre? ¿Acaso miraba en ello a cumplir con la piedad de buen hijo, dando en Juan un asilo y un tutor a la vivez de su madre? No dejó de darnos éste lección, en sentir de San Ambrosio; pero no fue éste todo el objeto de unas palabras tan recomendables por todas sus circunstancias: pues por una parte vemos que ya había instruido a los hijos en el obsequio que deben a sus padres; y por otra, ¿qué protección o qué consuelo podía dar el santo discípulo a la que tenía tan espe-



cialmente a Dios consigo, y a la que sólo vivía de los auxilios del cielo, y una vida celestial, a la que la tierra y cuanto se ha criado debían servir y ministrar, a la que los mismos enemigos de Jesucristo respetaban en su furia, y aun veneraban entre sus sacrílegos insultos? ¿Quería por ventura el Salvador, manifestar por fin a Juan la especialidad de su cariño por la especialidad de su pureza virginal, dándole una madre Virgen, como insinúa el mismo Ambrosio? Pero esta prerrogativa de amor la había manifestado el Divino Maestro en diferentes oraciones, y muy señaladamente en la víspera de su pasión, cuando le tuvo sobre su pecho en la cena.

El sentir común es y ha sido, que en aquellas tan recomendables palabras hacía Jesús, a su madre en la persona de Juan madre de su iglesia y de los fieles, para que en esta calidad solicitase con esmero, con caridad y con eficacia todos los alivios que hubiesen menester en sus necesidades, en sus opresiones, en sus desamparos. Este sentir de la Iglesia es conforme al sentido propio de las voces examinadas según las tristes circunstancias en que se dijeron. Había adquirido el Redentor la Iglesia con su sangre, dejábale su cuerpo, y siendo éste una porción tomada de las entrañas purísimas de su madre, y toda la Iglesia el cuerpo de que se había hecho cabeza, quiere que a este cuerpo le quede por madre la que lo era suya: *Mulier ecce filius tuus*.

¿Pero este nombramiento confería a la señora el poder de alcanzar los beneficios o le suponía radicado ya en su alma? Cuando Dios destina las criaturas a fines particulares de su providencia, da con la misma vocación los talentos y las facultades necesarias para la ejecución. Dios, a diferencia de los reyes y poderosos de la tierra, cuando honra con el empleo, proporciona para el desempeño. Moisés, David, Gedeón, Judas Macabeo y todos los personajes de las sagradas letras son otras tantas pruebas de esta verdad. Mas al nombramiento de María para Madre de los desamparados y afligidos, precedió la caridad y el poder, ya había llenado Dios su pecho de estas soberanas excelencias. No creáis que me atrevería a decirlo en fuerza de alguna hilación especiosa o probable; ni por una interpretación tirada de alegorías. Hablo con el testimonio claro e intergiversable del Evangelio. Fúndome en un hecho positivo de los pocos que refieren los escritores sagrados relativos a esta Madre, sobre cuya vida guardan un silencio misterioso.

Dice San Juan que asistió Jesús con sus discípulos a las bodas que se celebraron en Caná de Galilea, y advierte que estaba allí su madre<sup>12</sup>. El descuido o la pobreza o lo que es más cierto, la providencia superior hizo que faltase el vino, antes de acabarse el convite. Notable y vergonzoso defecto para los novios, que no pudieron encubrir, sin que se trasluciese a alguno. No nos consta por el sagrado texto, ni que ellos empeñasen la intercesión de María para con Jesús, ni que tuviesen la fe de que éste podía suplir su falta con un milagro, porque todavía no había hecho otro, y el que allí obró fue el primero, según el mismo evangelio<sup>13</sup>. Lo que vemos es que entendió María la aflicción de aquellos pobres, y movida su amorosa compasión, manifestó al hijo el desamparo: *Vinum non habent*<sup>14</sup>. Réplícale el Salvador como de importuna, y la dice: Mujer, ¿qué te importa a ti ni a mí?<sup>15</sup> Pero la caridad de María con los necesitados, y la confianza de que su divino hijo haría a favor de ellos, cuanto le insinuaba, la determinan a que sin detenerse con la repulsa, mande que se ejecute, cuanto dijese Jesús<sup>16</sup>. Con efecto, no pudo el hijo resistir la intercesión de la madre: ordena que se llenen de agua los cántaros que allí había<sup>17</sup>, y la convirtió en el más rico y exquisito vino<sup>18</sup>, de suerte que se atribuyó a imprudencia del esposo haber reservado el más generoso licor para los postres<sup>19</sup>.

Este hecho sólo manifiesta con evidencia que cuando Jesucristo encarga a su madre el cuidado maternal de los fieles, suponía abrasado su corazón en la más viva e interesada caridad por el amparo de nuestros desconsuelos, y que el poder divino estaba al arbitrio de su intercesión para obrar a beneficio de los que toma a su cargo. Y con dos notables excelencias. La una es que aquellos desamparados no nos consta que ocurriesen a María para el remedio de su aflicción; pero como eran sus devotos o sus afectos, según manifiesta su convite, no necesitó la Señora de que la pidiesen, y previno sus ruegos con

---

12. Joan c. 2, v. 1.

13. Joan sup. v. 11.

14. Ibi v. 3.

15. Ibi v. 4.

16. Ibi v. 5.

17. Ibi v. 7.

18. Ibi v. 9.

19. Ibi v. 10.

el favor. La otra y singularísima, es que todavía no había llegado la hora de que el Mesías comenzase a manifestar sus prodigios: *nondum venit hora mea*; y con todo, a súplicas de la madre (que no pasaron conforme al texto de insinuación) adelanta el tiempo, comienza a obrar maravillas, y convirtiendo el agua en vino, no sólo socorre la necesidad corporal de aquéllos por quienes se interesa, sino que dispara el primer rayo de luz que empezó a disipar las tinieblas de sus discípulos, los cuales junto con los circunstantes abren los ojos, y reconocen la virtud superior que reside en Jesucristo. Carácter propio de los verdaderos milagros, que al paso que socorren en el cuerpo, se dirigen a encender la fe y curar el espíritu, y doctrina que nos enseña a pedir lo temporal con dirección a lo eterno y a buscar los remedios y los auxilios de la carne y de la vida presente, para mejorar en el alma, y para conseguir la eterna. De otra suerte, nos hacemos indignos de ser oídos, e injuriamos a Dios y a sus santos en la oración.

Pero no fue en Caná solamente donde quiso Dios, para honra y gloria de su Madre, manifestar con prodigios la beneficencia de su intercesión, ni allí sólo descubrió esta soberana madre la viveza y la eficacia de su caridad. Antes de estas dichosas bodas se había visto en María el ansioso afecto de socorrer en las urgencias, y en Dios usar de su omnipotencia para los más altos beneficios por su medio. Apenas acababa de hacerse madre de Dios por la encarnación del Divino Verbo en sus entrañas, cuando comenzó a mostrar que lo era también del hombre, y el Señor, que tomaba de ella la humanidad, a descubrir lo que la debería el linaje humano. Para calmar las prudentes dudas, y sosegar la turbación que en su pecho virginal causó la anunciación de San Gabriel sobre la encarnación, en la que había consagrado su integridad y su pureza al esposo de las vírgenes, le dice que nada es imposible para Dios<sup>20</sup>. En prueba de ello le revela el prodigio que había obrado en Isabel su parienta, que a pesar de su vejez había concebido un hijo<sup>21</sup>. Presta humilde María aquel consentimiento a que estaba ligada la salud del mundo, encarna en sus purísimas entrañas el Mesías; despídese el ángel<sup>22</sup>, y levantándose, toma con aceleración el camino de

20. Luc. 1,37,

21. Ibi v. 36.

22. Ibi v. 38.

las montañas<sup>23</sup>, donde se hallaba la anciana Isabel, fecunda del precursor. Llega apresurada la Madre de Dios, saluda a su parienta, y al punto que ésta oye su voz, clama, llena del Espíritu Santo<sup>24</sup>: ¿De dónde tanta dicha para mí, como venir a visitarme la madre de mi Señor? Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Ve aquí que en el instante que tocó su voz a mis oídos, ha saltado de júbilo el niño que traigo en el vientre<sup>25</sup>.

Notad, dice, sobre este pasaje, el Santo Arzobispo de Milán, Ambrosio, cada cláusula por sí, y advertid con cuidado la propiedad de cada palabra: *vide distinctionem, singulorumque verborum proprietatem*; porque de ellas resulta un torrente de reflexiones que por una parte nos admiran y por otra nos consuelan. Estas tres voces solas: *Exurgens, abiit, cum fetinatione*, tienen juntas, y cada uno por sí, examinada su propiedad, el concurso y el tiempo, tal fuerza y significación, que han dado inmensa materia al discurso. Pero reduciéndonos a su concisa y clara traducción, sin enervarlas, hemos de notar que no dijo el evangelista sencillamente que marchó María en diligencia a las montañas. El espíritu de Dios, que hablaba por su pluma y refería sus propias obras, quería dar a conocer la violencia de la caridad con que procedía María. Para este fin usa de la expresión, que en la traducción vulgata dice: *Exurgens*, y quiere decir en el original que poniéndose con precipitación en camino, no fue marchando con un paso ordinario, sino que llegó con prisa, para que entendiésemos que para emprender aquella obra la agitaba el fuego del amor divino, y para llegar, la llevaba en sus alas el mismo velocísimo espíritu como que no hubo el más pequeño intervalo entre resolver su viaje y tomar el camino.

No es menos admirable el modo con que se explica la ejecución del beneficio, y beneficio tal que es la obra más característica del soberano poder, uno de aquellos dones más señalados de la gracia, cual fue el que recibió el Bautista y experimentó su madre por María. Explícalo el evangelista con igual eficacia en otras tres voces: *Salutavit, audivit, exultavit*. Saludó María, oyó Isabel, y saltó de regocijo el niño, llenándose uno y otro del Espíritu Santo. No admitió demoras la caridad de la Santísima

23. Ibi v. 39.

24. I Ibi v. 42,43.

25. Ibi v. 44.

Virgen en hacer su saludable visita, y con la misma eficacia obró Dios en madre e hijo, no un beneficio corporal y terreno, sino una gracia celestial y tan divina como fue la infusión de su mismo espíritu, con que ambos reconocieron y adoraron la presencia del Mesías, cada uno en su respectivo lenguaje; esto es, Juan saltando del gozo en el seno materno e Isabel bendiciendo a la Madre y al fruto de sus entrañas.

Bien sabéis que ninguna criatura la más elevada en santidad es, no digo dispensadora del Espíritu de Dios, pero ni aun su consejera<sup>26</sup>. Este espíritu nos enseña Jesucristo que inspira o se comunica donde quiere y como quiere<sup>27</sup>. La santificación del precursor, y la libertad del pecado original, que entiende la Iglesia obrada desde el instante de la salutación, y manifestada por el gozo con que saltó en el vientre, fue obra del mismo Dios, como la eminente santidad con que resplandeció toda su vida. Pero si notamos con cuidado las voces del evangelio, como dice San Ambrosio, hallaremos que esa obra, muy superior a la conversión del agua en vino, la ligó el Señor a la mediación de su madre. Quiso que sus palabras fuesen el instrumento con que se rompiese la cadena del pecado original en Juan, y el órgano por donde se comunicase a Isabel con plenitud el Espíritu Santo. Por eso advertiréis, que guardándose tanta concisión en la relación del hecho, se repite por dos veces al modo con que obró sus efectos. Primero dice el evangelista que luego que oyó Isabel la salutación de María, se regocijó el niño, y se llenó la madre del Divino Espíritu, y después repite en boca de la misma Isabel que estos prodigios sucedieron desde el punto en que llegó la voz de María a sus oídos. No habla Dios en sus escrituras para afectar elocuencia variando las palabras, dice lo que basta para explicar las cosas; y si alguna vez repite es para llamar nuestra atención dormida o vagarosa. Para darnos a conocer que por medio de María favorecía al precursor y a Isabel, explica dos veces la interposición de su voz, y en ambas con una frase que manifiesta haber sido esta salutación o voz, el medio de que se servía.

No sólo la libertad del pecado original, sino todos los demás dones de profecía y de virginidad, que distinguieron tanto al

---

26. Isaías 40,13.

27. Joan 3,8.

precursor, atribuyen los padres a la interposición de la Santísima Virgen. Orígenes<sup>28</sup> afirma que luego que rompió María en las palabras que el Hijo de Dios encerrado en sus entrañas le había sugerido, saltó con júbilo el infante, y entonces fue que le elevó por la primera vez de precursor a profeta. San Ambrosio<sup>29</sup>, hablando de la perpetua integridad del Bautista, dice que no sin razón logró esta gracia quien tuvo la dicha de que la Madre del Señor le ungiese y fortaleciese por espacio de tres meses con el óleo de su presencia y el bálsamo de su virginidad.

Así ha pensado desde su cuna la Iglesia, en orden al poder de la Santísima Virgen para ampararnos en las necesidades más urgentes del cuerpo y del espíritu. La clarísima luz del Evangelio ha sido su guía en este punto, como en todos los que miran al dogma o a las costumbres. Sobre este fundamento ha establecido la fe con que la invoca, y la confianza con que espera por su intercesión los divinos beneficios. Pero una experiencia continuada por muchos siglos de su maternal protección, ha extendido y solidado su culto y devoción, contra el cual no prevalecerán las puertas del abismo, ni los flacos esfuerzos de los deslumbrados filósofos.

¿Y quién podrá entrar en tan basta historia? Sería menester revolver la de la religión desde su origen: hojear los anales de las naciones cristianas desde su fundación, recurrir a la tradición constante de cada pueblo, y hallaríamos tantos testigos y documentos a favor de nuestra causa, que no alcanzaría el guarismo para su número. Pero como los ejemplos domésticos hacen más impresión, bastará un compendioso recuerdo por mayor de los beneficios que el Todopoderoso ha obrado entre nosotros por medio de su Santísima Madre.

Nadie puede contestarnos sin temeridad que la nación española, desde que abrazó la fe de Jesucristo, unió con ella indisolublemente la devoción de su madre virgen, por cuyo medio ha logrado una distinguida, y saludable protección. No me detengo en que esta celestial reina viviendo todavía en carne

---

28. Orig. Homil. 7. in Luc. Ut Maria locuta est verbum quod filius Dei in ventre matris suggererat, exultavit infans in gaudio, et tunc primum Praeactorem suum Profetam constituit Jesus.

29. Ambros. lib. de Inst Virg. cap. 7. Nec immerito mansit integer corpore, quem tribus mensibus oleo quodam suae presentia, et integrilalis unguento Domini mater exercuit

pasible se apareciese a Santiago en nuestra península; porque sin este hecho tan memorable nos sobran testimonios auténticos de que nuestros padres desde los primeros progresos de la predicación evangélica comenzaron con devota confianza a experimentar la singular beneficencia de la Santísima Virgen. A este asilo ocurrían en todas sus necesidades, a esta sombra se acogían nuestros monarcas. Nuestro clero y prelados nos enseñaron constantemente con su ejemplo a implorar las misericordias del Altísimo por el oportuno auxilio de su Madre. Si la mano del Señor los afligía desencadenando las pestes, si se hacía sentir cerrando los cielos para negar las lluvias, si se encogía escaseando los alimentos necesarios, si introducía las naciones enemigas, manchadas del arrianismo para que nos dominasen, si abría de par en par las puertas a los bárbaros mahometanos, lloraban nuestros padres, nuestro clero y nuestros soberanos sobre las horrorosas mieses de la parca, pedían con lágrimas el pan, suspiraban por la extinción de la herejía o de la opresión sarracena. Pero el conducto de sus votos, de sus suspiros, de sus lágrimas, de sus plegarias, era siempre la madre del mismo Dios, por cuyo medio sentían embotarse las segadoras hoces de la muerte, veían abrirse los cielos en lluvias, cubrirse la tierra de espigas, convertirse los enemigos de la fe en defensores de ella e irse retirando los moros de un reino en otro, hasta evacuar la península y pasar con escarmiento los mares.

Si nuestros católicos monarcas resuelven el descubrimiento y la conquista de los riquísimos e inmensos países de las Indias, ¿a quién se acogen para tan alta empresa? A la protección de la soberana Virgen, cuya imagen, que hoy se venera en el primer descubrimiento, envió la religiosa Isabel, por conductora que correspondió a su fe, dejándose ver llena de resplandores sobre una cruz, cuando los pocos españoles se hallaban en el mayor desamparo por la sublevación de los indios. Ella fue la que franqueó el paso, la que facilitó las conquistas y la que asegurará su posesión a los religiosos sucesores de Isabel. De aquí, para no detenernos, tantos templos erigidos en estas partes y aquellas al nombre de María, tantas capillas, y aras consagradas a su culto, tantas fundaciones y memorias, con que ya por órdenes de nuestros soberanos, ya por votos de los cabildos eclesiásticos o de los ayuntamientos, celebramos la protección

que hemos logrado por su medio en nuestros desamparos. En fin, de esta creencia viene tanta invocación en el basto cuerpo de la monarquía, gloriándose, y con razón, cada uno de sus reinos y provincias, y aun cada villa o aldea del amparo de esta madre en sus conflictos, bien experimentado en repetidas ocurrencias. Pero qué digo los reinos y las provincias, nuestras mismas casas o por decirlo de una vez, cada uno de nosotros cuenta con este poderoso y maternal asilo por su devoción. Fundados como se ha visto en el testimonio infalible de las santas escrituras y en la experiencia irrefragable de muchos siglos, que nos han manifestado la caridad y el poder con que desempeña los oficios de la maternidad que le encargó Jesucristo. Mas para obligarla a que los continúe con nosotros, es menester que la obliguemos, desempeñando las obligaciones de verdaderos hijos.

## SEGUNDA PARTE

Jesucristo, que nos dejó por Madre a la que lo era de su majestad, nos encargó que lauviésemos en calidad de tal, *ecce Mater tua*, y sin detenerse San Juan en explicar la aceptación de María, que suponía a nuestro favor, ya por su caridad, ya por su entera sumisión a la voluntad del hijo, no pasa en silencio la que él, a nombre de la Iglesia y de todos los fieles, hizo de aquella inestimable adopción, diciendo que desde aquella hora, *ex illa hora*, había recibido a la Santísima Virgen, no sólo por Madre, sino como cosa suya *accepit eam discipulus in sua*<sup>30</sup>. Dos partes abraza la obligación del hijo con la madre relativas a las dos, que comprende la de la madre con el hijo. Una mira a lo temporal; otra a lo espiritual. Por consiguiente, debe tener dos objetos nuestra filiación dichosa hacia nuestra madre soberana, que son el obsequio exterior y el culto interior. Aquél corresponde en este género de filiación al obsequio que debemos prestar a nuestras madres naturales, el interior, que consiste en la verdadera devoción, tiene el lugar de la sumisión cordial y del amor a que somos obligados con las que Dios

---

30. Joan 19,27



destinó para echarnos al mundo. Si correspondemos cuanto es de nuestra parte a una y otra, lograremos ciertamente los beneficios de tan elevada maternidad.

Por lo que mira al orden exterior, debemos obsequiar a nuestra Madre, celebrando con religiosos cultos su eminente santidad, sus prerrogativas soberanas, defendiendo su pureza, venerando sus imágenes, adornando sus aras, invocándola como Madre, y buscar su protección como medianera después de Jesucristo, entre Dios y el hombre. Debemos saludarla con himnos, con cánticos, con oraciones recibidas de la Iglesia, entre las cuales ninguna es más agradable que la del Ave María, cuyas tres primeras cláusulas le dijo San Gabriel de parte de Dios, las dos siguientes prorrumpió la madre del Bautista llena del Espíritu Santo, y el resto de la deprecación lo ha añadido la Iglesia, gobernada por el mismo espíritu. En fin, debemos gloriarnos de que somos hijos suyos, llevando públicamente aquellas insignias que la piedad cristiana ha formado en rosarios, escapularios e imágenes; pero hemos de procurar que estos distintivos de la religión no se conviertan en pábulo de vanidad y de ostentación profana por la riqueza y el adorno.

En esta parte estoy bien satisfecho de que no es menester exhortaros. A nadie puede ocultarse que el culto externo con que obsequiamos a María, mi Señora, está por la misericordia de Dios, tan extendido entre nosotros, que por él se distingue dichosamente el español en todas partes. Pero como nada aprovecha a nuestros sólidos y verdaderos intereses, una devoción que sin pasar de la corteza, deje vacío el espíritu, ni puede ser grato a nuestra Madre un culto puramente superficial, debemos unir con éste el obsequio interior de la verdadera devoción que consiste, como decíamos antes, en la sumisión cordial a cuanto conocamos que es agradable a esta Santísima Madre, y en la aversión de todo aquello que pueda disgustarla y se oponga a la admirable santidad de su vida ejemplar, a cuya imitación debemos aspirar, para que nos mire como a hijos.

Tengamos entendido, hermanos míos, que el amor y caridad de María para con nosotros, no es más que una comunicación del que Dios nos tuvo y tiene. Por consiguiente, no puede ser de otro carácter ni medirse por otras reglas, que el de Dios. Y si el pueblo de los israelitas, escogido por predilección entre las naciones de la tierra, favorecido con beneficios visibles, prote-

gido con tanta especialidad; si este pueblo, que llamaba el Señor suyo, y que se esmeraba hasta el escrúpulo en el culto exterior, le echó de su gracia, despreció sus sacrificios y holocaustos porque no observaba sus preceptos; si a este pueblo le dio Dios en cara con la superfluidad y la inutilidad de su obsequio, diciéndole que al mismo tiempo que le honraba con los labios, le alejaba de su corazón, ¿cómo no deberá temer el que se juzga devoto de María sólo por rezos, escapularios y fiestas, sin procurar imitar su ejemplarísima conducta en la fidelidad y sumisión a la ley de Dios? ¿Cuánto no deberá temer, vuelvo a decir, que esta Santísima Madre desprecie todo el aparato de su culto, faltándole el verdadero y sólido del corazón, sin el cual es vano e inútil el follaje de la que parece devoción, y no lo es?

Para convencernos de esta verdad, si hay alguno tan ignorante en los principios de la religión que no la comprenda, o tan preocupado de vulgares ideas, bastará examinar sin mucha reflexión qué cosa es devoción. Esta voz que hemos tomado de la lengua latina, significa la voluntaria determinación con que una persona se dedica a cuanto es gusto, obsequio o interés de otra, entregándose al arbitrio de ésta con todo su corazón, no sólo para seguir su voluntad, pero aun para prevenirla, si es posible. De suerte que por más deleite o utilidad que encuentre el devoto en una cosa, deja de hacerla si sabe o presume que en ello desagrada a quien se ha entregado. Examinad ahora, si podéis deciros con verdad devotos de María, sólo por rezarle salves, quince, hacer novenas y fiestas y vestir su escapulario Buenas, útiles, edificantes son esas demostraciones sensibles, si con efecto son demostraciones; esto es, si mostramos por esos medios que nuestro corazón, alma y potencias se han dedicado a servirle, procurando obrar y pensar conforme a su santo agrado; huir y evitar cuanto pueda ofender su santidad, para merecer con su imitación la protección y los oficios de un cariño maternal.

El discípulo amado, que a nombre nuestro aceptó esta soberana gracia, dice que recibió a la Señora como cosa propia *accepit eam in sua*. ¿Y qué otra cosa quiso darnos a entender con esta expresión, sino que a la manera que velamos para defender, conservar, y mejorar nuestras cosas más estimables, y preciosas, sin perdonar diligencia que conduzca al fin de no

perderlas, ni fatiga que mire a retenerlas, apartando cuanto es posible lo que puede acarrear su ruina, o menoscabo; así, y con tanto mayor celo, cuanto es más apreciable esta gracia, hemos de desvelarnos en unir nuestros corazones más, y más con nuestra madre; para que posesionada de ellos nos ayude con su protección eficazísima a retirar todo aquello que puede desagradarla, y a abrazar con resignación y con gusto la privación de los placeres mundanos, la mortificación saludable de la penitencia, y la imitación de sus virtudes. Ese es el culto interior en que está la devoción, y el modo con que aseguramos su maternal protección; de otra suerte, todo el culto aparente será inútil, y tal vez perjudicial.

No es mi intento, ni lo permita Dios, condenar el culto exterior; lo que pretendo es purgarle y hacerle saludable. Pero no llegará a serlo mientras ande desnudo del interno, y si confiáremos en sólo aquél, vuelvo a decir que será perjudicial y aun impía esa que se llama vulgarmente devoción. Será perjudicial, porque llena de engaños a los mal instruidos, que llegan a concebir en el punto esencialísimo de la salvación una confianza vana y falsa, que es el escollo más pernicioso en que puede dar un cristiano. Persuádense a que con sus rezos e insignias son devotos de la Santísima Virgen, y que esta señora les patrocinará, cuando menos en la hora de su muerte con todo su poder y caridad. Mézclase de este modo monstruosamente la verdad con la mentira, y tiende el enemigo la red de la perdición con el abuso de las cosas más santas y venerables. La virtud y el amor de la Madre de Dios para los que se acogen a su amparo y protección es certísimo, como hemos manifestado, pero es falso que sea devoción, ni buen modo de solicitar su patrocinio la pura exterioridad, corriendo al mismo tiempo sin rienda por los despeñaderos del vicio. La sentencia de Dios sobre el fin trágico del pecador que ha pasado su vida en la abominación y en el delito, es sentencia de Dios; y como tal infalible. No creamos los falsos elogios de una misericordia quimérica en su Santísima Madre, indigna de su santidad y la de su hijo, ni demos crédito a milagros apócrifos que se refieren o se leen, y con la corteza de piedad traen más ruina espiritual que la misma impiedad, porque ésta manifiesta desde luego su veneno. Que el impenitente resucite para hacer penitencia, que el decreto de condenación fulminado en el juicio de Dios contra el

avaro que no conoció la misericordia, contra el ladrón que pudiendo no restituyó, contra el sacrilego y el deshonesto que no reparó su escándalo; que esta sentencia se revoque por intercesión de María a favor de quien la rezaba sin atención o con ella, son abortos nacidos del propio abismo que ha procurado viciar el culto de esta Señora en aquéllos en quienes no ha podido apagar la fe de su caridad y su poder para con los pecadores que la imploran.

Por eso dije que esa especie de devoción, no sólo era perjudicial, sino impía, porque en efecto supone o afecta uno de dos errores los más contrarios a la religión, esto es, o que la Santísima Virgen tiene más poder y caridad que Dios; o que el evangelio de Jesucristo no se entiende con los que le rezan y se llaman sus devotos. Es menester suponer uno de estos dos errores, para lisonjearse del favor de la Señora por sólo el culto exterior. El que creyere, como debe, que la Santísima Virgen, aunque privilegiadísima entre todas las criaturas es una de ellas, cuyos ruegos atiende Dios por la infinita bondad con que nos mira, no podrá persuadirse a que ofendiendo a ese Dios, pisando sus preceptos y cerrando los oídos a las voces con que le llama, se burlará de sus juicios por el patrocinio de María. El que crea que Jesucristo vino al mundo a enseñar una doctrina y a dar un ejemplo común a cuantos aspiran a la salud eterna, la cual no alcanzará el que camine por otro sendero; será incapaz de esperar que sin el cumplimiento de sus obligaciones, sin la mortificación de sus apetitos y sin la penitencia saludable ha de lograr contra las reglas del Evangelio, una bienaventuranza que está prometida a los que van por el camino estrecho<sup>31</sup>. Lo contrario sería impiedad o sería creer que fuera de aquel camino se había abierto otro ancho, espacioso y de placer, por el cual con unos cortos rezos o ceremonias exteriores llegáramos al mismo dichoso fin.

Pero no infiráis de aquí que quiero deciros que mientras estuviéreis en pecado será pernicioso o inútil encomendaros a la Santísima Virgen, decir su rosario, y hacer otras prácticas piadosas en su obsequio. No, señores, no sólo no será inútil vuestra oración en ese tiempo, sino que será muy provechosa, y ese es el mayor tesoro que tenemos en esa Madre. La infelici-

---

31. Matth. 7, 13-14.

dad mayor de un alma es precipitarse desde los brazos de su Dios, a que la había levantado la virtud del bautismo o restituido una penitencia verdadera, hasta las cavernas del abismo, pasando por el pecado de la más dichosa filiación y libertad, a la más lastimosa servidumbre del demonio. En este infeliz estado se ve destituida de la gracia del Criador a quien volvió las espaldas, de quien se hizo enemigo y de cuyo paternal regazo, que a nadie desecha si antes no es abandonado, se apartó voluntaria y libremente. De tanta miseria y desamparo nadie puede libertarla, sino el mismo Dios.

¿Y cómo se reconciliará este Dios irritado? ¿Cómo ha de restituirse a la gracia de este Señor ofendido? No hay más medio que el arrepentimiento y la enmienda, según su propia sentencia<sup>32</sup>. ¿Y cómo ha de alcanzar esta saludable penitencia? Ella no consiste en un acto de nuestras propias fuerzas. Es un don del propio Dios. De su mano ha de venir aun el pensamiento de emprenderla. El primer deseo, el primer movimiento, el primer paso hacia la penitencia, son otras tantas gracias de su misericordia infinita, que nos solicita en medio de nuestros descaminos y nos provoca continuamente con el indulto. Pero no bastan para la verdadera conversión estos medios generales, si no se llegan a ellos auxilios más eficaces, más victoriosos, que nos resuelvan a abrazar, seguir y obrar la penitencia, que nos den fuerzas para romper los lazos de la culpa y vencer la tiranía de las pasiones.

Entonces, hermanos míos; entonces es que experimentamos que María es madre de desamparados, entonces conocemos la eficacia de su intercesión y sentimos la utilidad de nuestra devoción. Si en el infeliz estado de la culpa, ocurrimos a su abrigo como madre la buscamos como hijos, le rogamos como necesitados, entonces muestra que ella es uno de los medios que Jesucristo nos franquea para darnos fuerzas con que rendir a la penitencia el corazón penitente, añadiendo auxilios a auxilios. María es conducto de la misericordia implorada, y canal el más seguro, como lo convence la autoridad y la experiencia; por consiguiente debe el pecador solicitarle, rogarle y doblar sus oraciones, pero no con la esperanza de que dormido en el cielo ha de purificarse con los rezos, que huyendo siempre

---

32. Lucas 13, 3.

de Dios le conducirá María a la hora de su muerte, sino con la esperanza cristiana de que hará que Dios le alargue la mano si le invoca por su medio para alzar de la caída, y que si la llama para que le ayude a volverse a Dios, le conducirá con seguridad y prontitud.

Este es el espíritu verdadero de devoción, a la cual está ligada la confianza sólida de conseguir de María los maternales oficios, poner el corazón de acuerdo con los labios, y al tiempo que la invocamos con éstos, entregarle aquél para que le ponga con Dios, procurando cuanto nos es posible imitarla en el amor, y caridad. Esto es lo que nos ofrece San Bernardo, aquél que con más ventajas ha hablado de la devoción y del poder de María para socorro de todas las necesidades. Oíd cómo se explica este santo, y concluiréis conmigo la necesidad de unir el culto interior con el exterior, para que éste sea útil.

Esa Virgen, dice el santo<sup>33</sup>, es aquella nobilísima estrella, que con ojos proféticos vio el patriarca Jacob, cuyos rayos ilustran toda la redondez de la tierra, cuyo resplandor brilla en los cielos y penetra los abismos, la cual da más calor a las almas que a los cuerpos, y al mismo tiempo que fomenta las virtudes, destruye los vicios. Oh tú (exclama) cualquiera que seas, que arrebatado del torrente impetuoso del mar de este siglo, más parece que vas ahogándote en sus aguas que marchando sobre la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no perecer sumergido. Si se levanta el viento de la tentación, si vas a estrellarte en el escollo de la tribulación, mira a la estrella: *respice stellam*, llama a María; *voca Mariam*. Si las olas entumecidas de la soberbia, de la ambición, de la detracción, de la envidia, te envuelven en sus peligrosos torbellinos: *respice stellam*, mira la estrella: *voca Mariam*, llama a María. Si la ira, si la avaricia, si el incentivo poderoso de la carne, conspiran a desguarnir la pobre navecilla de tu alma, vuelve los ojos a María: *respice ad Mariam*. Si trastornado el espíritu a vista de la atrocidad de tus culpas, horrorizado del espectáculo triste que le presenta tu conciencia, aterrado del severo juicio que le espera, comienza a sumergirse en el caos de la melancolía y va a dar en el abismo de la desesperación, acuérdate de María: *cogita Mariam*.

33. Hom. 2. supra Misus est, cica finem.

Advertid bien el modo que observa en hablar el patrocinio de esta madre el mayor de sus panegiristas entre los santos padres, el que obligado de sus singularísimos favores ensalza más que todos su protección. Este altísimo orador extiende el amparo de María a todos los desamparados del pecador, conducido hasta el brocal de la desesperación. ¿Mas en qué conformidad le asegura el patrocinio? ¿Dice por ventura, que sin más de llamarla presta su asistencia? No, señores. Dice que miremos a la estrella, que fijemos los ojos en sus rayos: *respice stellam*; y que después de mirarla, invoquemos a María: *voca Mariam*. Primero es contemplarla como una estrella que guía: *respice stellam*, y después implorarla como una madre, que ampara, que libra, que defiende: *voca Mariam*; porque sin el propósito, sin el deseo, sin la diligencia de seguirla, de imitarla, es vana la esperanza del auxilio, y temeraria la confianza en su amparo.

En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas (continúa San Bernardo) piensa en María, *Mariam cogita*, llama a María: *Mariam invoca*. Antes es proponérsela como ejemplo en la idea, que invocarla como madre en el desamparo, y para que alcancemos la eficacia de su oración, dice que es preciso que no abandonemos el estudio de su ejemplo: *Et ut impetres ejus orationis suffragium, non deseras conversationis exemplum*. Nada más terminante, nada más claro, hermanos míos, que la autoridad de este padre, para desterrar una necia confianza, una devoción llena de temeridad, y persuadirnos que María es abogada, es protectora, es madre de desamparados; pero de desamparados que no apartan la vista de su ejemplo, que anhelan por imitar su santidad, que desean verdaderamente reformar su mala vida, corregir sus yerros, refrenar sus vicios, domar sus pasiones, esto es, conforme al Evangelio, a la pureza de la religión, a las máximas del cristianismo y a la grandeza de la misma Madre. Lo contrario, esto es, esperar el favor de la Soberana Madre de los Desamparados en medio de la misma corrupción, sin abominarla, en los caminos de la perdición, sin desviarse, entre los brazos de la muerte sin aborrecerla y detestarla, es una monstruosidad que ni cabe en las leyes de la religión, ni se ajusta a los preceptos de la sana razón.

Convencidos de esta verdad, abramos los ojos a contemplar el lugar en que nos hallamos, y veremos que a uno y otro lado

hay enemigos; que al frente y a la espalda se descubren despeñaderos y escollos, que sobre nuestras cabezas se forman tempestades furiosas, que a nuestros pies se abren espantosos abismos. Nosotros mismos nos combatimos, y casi, casi, es el peor de nuestros enemigos cada uno contra sí mismo. De ninguna parte suele estar más lejos el reposo y la felicidad, que de donde se deja ver más risueño su semblante. ¡Triste suerte! ¡Fatales resultas de una culpa! ¡Justos castigos de muchas delincuencias! Pues para vencer enemigos, huir despeñaderos, serenar borrascas, afirmar el paso, tenemos, por la misericordia del Señor, una madre poderosa, caritativa, celosa, capaz de procurarnos la dicha. María, hermanos míos; es constituida por Jesucristo desde la cruz, madre de los miserables afligidos, y desamparados pecadores. En esta señora arde la más viva y pura llama de la caridad, con que ... (pág. 185) al socorro de las necesidades del espíritu y del cuerpo, como corrió a las montañas al beneficio del Bautista, de Isabel y de su casa, como se mostró en Caná interesada a favor de unos menesterosos desposados. Ella tiene la virtud de traer en su voz el Espíritu de Dios, y los dones más altos del Señor. Ella puede adelantar las horas de los beneficios, que el Todopoderoso quiere dispensar; apresurarlos con su mera insinuación. Ella no ha cesado desde la cuna de la Iglesia, ni cesará hasta la consumación de los siglos de usar de su soberano crédito, para ampararnos, protegernos, conducirnos y salvarnos.

¿Pues por qué pereceremos? ¿Quién será capaz de perdernos? Nadie. Si María está con nosotros, lo está Dios, y si Dios está, ¿quién podrá contra nosotros?<sup>34</sup> Todos solicitamos este auxilio, y todos nos lisonjemos y nos podemos gloriarnos, de que le alcanzaremos, si es de corazón nuestra solicitud y si es nuestro obsequio racional, como decía el apóstol<sup>35</sup>, esto es, un obsequio, una devoción verdadera, sólida, y efectiva. Una devoción de imitación, con que en medio de nuestras aflicciones y desamparos, entre los héroes de la culpa y de las tentaciones, no sólo abramos los labios para invocarla, sino que puestos los ojos en esta brillante estrella, abramos el corazón o le pidamos que nos le abra, para recibir la gracia, detestar la ofensa, evitar

---

34. Rom. 8, 31.

35. Ibi. 12,1.



la ocasión y unirnos por su medio con Jesús, en cuyos brazos subamos, como hoy sube triunfante del mundo y de la muerte, a gozarle en la Jerusalén celestial, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN DE LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA,  
PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SANTO  
DOMINGO, Y EN EL REAL SEMINARIO DE CARACAS.

*Stabat juxta Crucem Jesus Mater ejus.*

*Estaba cerca de la cruz de Jesús su Madre.  
Joan. 19,25.*

¡Pluguiese al Señor, devotos y amadísimos oyentes, que hechos fuentes mis ojos pudiesen explicar con mejor elocuencia, de la que cabe en las voces, el sangriento y tierno espectáculo que nos recuerda esta hora! ¡Ojalá que comprimido mi corazón con tal memoria, faltase a la lengua la facultad de decir, y con un lenguaje mudo significase más que con palabras! Pero, ¡oh Dios pacientísimo! que como el hielo de mis culpas le ha endurecido, ni tiene la sensibilidad que debía de vuestras penas, ni la fuerza que era menester para manifestarla. Destituido de aquella noble pasión que mueve o estremece el pecho con la vista de los trabajos ajenos, apenas se excita con el espectáculo que se le presenta del martirio más cruel y de los dolores más acervos. Licúe este hielo la sangre que corre de vuestra cruz, para hablar dignamente a vuestro pueblo, y supla su cristiana ternura lo que falta a mi espíritu, para persuadirle la variedad, la grandeza y la acervidad de los dolores, que cerca

de esa cruz y en esta hora sufrió el corazón maternal de la más santa, la más pura, la más amante de todas las madres; a vista del más doloroso, y prolongado martirio del mejor, y más amable de todos los hijos, en una palabra, de María Santísima, nuestra hermana por naturaleza, nuestra madre por gracia, nuestra medianera por caridad, nuestra reina y de todo lo criado por una soberana elevación.

Y esta criatura inculpable, esta madre dichosísima, esta señora tan alta, ¿puede padecer alguna pena y sufrir dolor que mueva la compasión de sus hijos? La que no tuvo parte en el delito, ¿puede ser comprendida en el castigo? Sí, señores; y ni yo me atrevería a decirlo, si toda la Iglesia no me obligase a confesarlo, ni ésta nos lo enseñaría, si el testimonio irrefragable del evangelio no la convenciese de que en lance menos duro que el de esta hora, había sentido dolor por su propia confesión<sup>1</sup>. En efecto, María Santísima, María inculpable, María Madre de Dios, padece y tiene que sentir, ¿pero en qué genero, con qué especie de dolor, en qué grado? Esto es lo que yo os confieso, que soy incapaz, no digo de ponderar, pero ni aun de significar. Para esto es que apela mi insuficiencia y mi frialdad a vuestra fe y a vuestra devoción. Solo podré decirlos con el padre San Bernardo<sup>2</sup>, que era vehemente su dolor, *et vehementer*.

Si queréis saber el motivo, preguntadlo a vuestros ojos. Ellos os informarán mejor que yo. Poned la vista en aquellas aras, donde en lugar del sacrificio incruento y de la oblación pacífica que ofrecemos todos los días al Padre, se nos representa el sacrificio de la cruz, la muerte del Salvador, y junto a su patíbulo contemplad el corazón de su madre. Ese sangriento espectáculo os dará idea de las penas que el hijo sufre en su humanidad, y que María siente en su alma. La horrorosa imagen de tal tragedia os hará sentir en algún modo.

I. Cuánto es el dolor de la Madre en la muerte de su Amado, de su Hijo y de su Dios.

II. Cuánto se aumentaba ese dolor con su vista.

De estas reflexiones procuraré servirme para ayudar vuestra meditación y excitar mi propia tibieza. Para entenderlas con acierto, y que produzcan en nosotros el espíritu de verdadera

1. Ibi. 12,1.

2. Ecce pater tuus, et ego dolentes guarebamus te. Luc. 2,48.

ternura y compunción, ocurramos a aquel árbol de vida cargado de un Redentor que nos llama, a cuyos pies nos espera una madre llena de gracia, implorremos su auxilio con la Iglesia, y sintiendo con ella, como *stabat Mater dolorosa, &c.*

### PRIMERA PARTE

A las márgenes sombrías de los ríos de Babilonia se sentaron los tristes israelitas, para dar curso a su llanto<sup>3</sup>, no por verse cautivos, sino porque se acordaban de Sión. De los melancólicos sauces colgaron sus órganos y cítaras, como instrumentos inútiles, cuando les era imposible acordar su voz con la armonía de aquellos, y antes pedían que quedase su lengua asida a las fauces, que olvidar a Jerusalén, porque allí quedaba profanado el santuario, y el arca del testamento en manos de sus enemigos. ¿Y podré yo mover mi lengua a vista, no del templo de Jerusalén profanado, sino del mejor templo, que es la humanidad de Jesucristo expirando en un leño? ¿No del arca material del testamento, sino del arca verdadera, María mi Señora, en cuyo vientre virginal se hizo la mejor alianza entre Dios y el hombre?

Sentaréme, pues, como los israelitas, a las orillas, no de los ríos de Babilonia, sino de aquel mar de dolor y contrición, de que habló el profeta, para figurar la aflicción de María en esta hora: *Magna est velut mare contritio tua*<sup>4</sup>. Suspendere del funesto sauce de aquella cruz el órgano de mis voces, y volveré a deciros, aunque os canse, que éste es asunto, para explicarse sólo con las lágrimas: *Ellic sedimus et flevimus*. Pero vuestra atención, vuestra piedad y la misma religión me ejecutan, no como a los israelitas, a que cante los cánticos del Señor en tierra ajena, sino a que publique sus obras en su casa, a que hable del martirio de María entre sus hijos.

Tentaré, pues, el vado de ese mar, dejaré sus orillas y me arrojaré al piélago de los dolores de esta Santísima Madre. Mas no esperéis que para dar idea de ellos y moveros a la compasión,

---

3. Bern. Serm. 12.

4, Ps. 136, 1.

me sirva del triste recuerdo de aquellos tormentos y martirios, que en varios tiempos y naciones inventó contra sus mismos semejantes la crueldad de ciertos hombres o abortos, que antes nacieron para deshonra de su especie y horror de la naturaleza, que para individuos de la sociedad. Las historias de este carácter más conducen a asombrarnos de la malignidad de los hombres, y a detectar los malvados inventores, que a la compasión del que sufre. Tampoco me valdré de los sentimientos de algunas ilustres madres, a quienes la parca arrancó con violencia los hijos en que ponían sus delicias, porque no hallo proporción alguna entre su pérdida y su dolor, con el que hoy padece María al pie de la cruz de su hijo. ¡Qué diferencia entre el amor de ésta y el de aquéllas! ¡Qué distancia de hijo a hijo!

¿Ponderaré acaso para vuestra compasión, que padece y muere un Dios hecho hombre, que es atormentada con ignominia la inocencia por los delincuentes? ¿Representaré que llenos los hombres de pasión, ciegos de la envidia, comenten en la persona de su Salvador el más horrendo atentado de un deicidio? En fin, ¿os pondré a la vista que Dios ofendido de los hombres, hecho hombre para satisfacerse por ellos, es sacrificado a la muerte por mano de los propios hombres? Nada de esto debe ocupar como principal asunto mi oración. La religión, el espíritu del cristianismo, la fe que profesamos son los más vehementes y continuos predicadores de estas verdades, por cuyo medio grava la mano de Dios en las tablas de nuestro corazón los más profundos sentimientos.

En fin, ¿buscaré expresiones, estudiaré figuras con que declamar que en la atrocidad de su martirio suspiraba, sollozaba, gemía y se exhalaba en lágrimas la Santísima Virgen? No, señores; porque temería justamente apocar la gravedad de su dolor, a fuerza de querer ponderarla, perdiendo de vista la virtud de que estaba dotada y la fe que la fortalecía. En su dolor no pudieron tener parte los sentimientos abatidos, que degradan la gravedad de la persona, las acciones que se oponen al buen juicio, ni los afectos que no pueden unirse con la constancia. No son éstos los indicios de la dureza de la pena, sino los síntomas de la flaqueza del paciente. Sentía la Virgen con vehemencia, pero sin faltar en nada a su virtud.

¿Con quién, pues, habré de compararte en tus penas, afligidísima Madre? *¿Cui comparabo te?* ¿Dónde hallaré la

semejanza de tus dolores? *Cui assimilabo te*<sup>5</sup>? No hay otra comparación para conocer la gravedad de los dolores de María al pie de la cruz, que los dolores de su hijo y las penas de aquellas almas heroicas, de aquellas personas escogidas de Dios y dotadas de virtud excelente, cuyas aflicciones en varios casos de la vida nos pintan las sagradas escrituras. Estos son los ejemplares más acomodados y más dignos de que podemos servirnos, aunque con muchas y notables diferencias. Porque la grandeza del dolor y de las penas se mide por la grandeza de la pérdida, y por la mayoría del amor de quien padece. Aquella hace subir de punto el afecto, que es tanto más grande donde hay conocimiento y virtud, cuanto es mayor el objeto que se pierde o se separa, y cuanto mayor es este afecto, tanto sube en el termómetro del dolor el espíritu de la aflicción.

La de María Santísima tiene todos estos grados. Ella ve padecer, y que la amenaza prontamente la separación del más fiel y grande confidente, del más constante amigo, a cuyos importantes oficios no puede llegar ni haber tocado el más célebre de todas las historias. Los amigos son, como dijo un sabio<sup>6</sup>, y sin muchos énfasis, una mitad o porción de nuestra alma, y tanto más sensible su pérdida o separación, cuanto son más apreciables sus calidades, más desinteresados en sus servicios, y éstos más útiles para nosotros. Como esos son los principios racionales que engendran y fomentan al cariño, también son los que mueven y dan más cuerpo al dolor.

Dos ejemplos, entre otros, nos da la sagrada historia de este género de sentimiento. Tocó la mano de Dios a su siervo Job para probar su constancia. Quitóle los bienes y los hijos, en fin, cubrió su cuerpo de llagas, hízole asqueroso a vista de su propia mujer, sufrió dolores, desprecios e irrisiones, y nada le hizo mostrar más sentimiento que el defecto de sus amigos. Cuando flaquean éstos pide a Dios la muerte<sup>7</sup>, y clama que ni es su fortaleza como la de las piedras, ni su carne es de metal, para llevarlo con paciencia, *ut patienter agam*<sup>8</sup>, agótasele el valor, *non est auxilium mihi in me*<sup>9</sup>, cuando se le retiran sus mayores

---

5. Lm. 2,13.

6. Horat. od. 3. v. 8.

7. Job 6,8.

8. Ibi v. 11.

9. Ibi v. 13.

amigos, *necessarii quoque mei, recesserunt a me*<sup>10</sup>. No fue menos vivo el dolor de David en la muerte de su amigo Jonatán, por la cual rompió sus vestiduras, maldijo a los montes de Gelboe, en que había perdido la vida, y explica su dolor llamándole hermano; pondera su hermosura, y dice que es más amable que las cosas amables de este mundo, y que él le amaba en efecto con el cariño que tiene una madre a su hijo único.

Así siente Job, aquel varón constante, a quien Dios llama su siervo, y el mayor que había sobre la tierra en sus días, así siente David, aquel valeroso defensor del pueblo de Israel, de quien dice el Señor que le había encontrado a medida de su corazón. ¿Y cuál es la causa del sentimiento de Job? Verse sin el consuelo que esperaba de sus amigos. ¿Cuál la de David? Separarse de aquél que empleaba toda su mediación para ganarle el afecto de Saúl y que le había jurado una amistad inalterable, cuyo amor era tanto que se habían unido las dos almas en frase de la escritura<sup>11</sup>. ¿Cuánto mayor sería el dolor de la Santísima Virgen en la muerte de Jesús, amigo infinitamente mejor que los de Job y el de David? Cuyos oficios eran tan superiores a los de aquéllos, como que no se reducían al consuelo y la asistencia de una dolencia temporal y pasajera, ni a la reconciliación con un rey de la tierra, sino a la preservación del verdadero mal, de la mortal enfermedad de la culpa, y a la amistad con el rey soberano de todos los reyes de la tierra. La muerte de Jesús era la separación para María del único consuelo y abrigo que podía tener contra todas las tribulaciones. Bien sabía la señora que el Espíritu de Dios estaba con ella y la asistía; que en forma más gloriosa y visible había de venir sobre ella, como sobre los apóstoles, pero quedaba privada de conversación, del trato, de la presencia corporal y sensible, cuyo goce era un beneficio tan alto, que los apóstoles menos amantes y menos amados que la Virgen, se llenaron de amarga melancolía y tristeza cuando le anunció Jesús que habían de perderla<sup>12</sup>.

Mayores fueron todavía sin comparación los extremos del dolor que manifestó este valeroso David, este corazón tan

---

10. Ibi.

11. I. Reg. 18, 1.

12. Joan 16,16.

magnánimo, que desde su pubertad arrostraba los leones y los gigantes sin temor, y les vencía con denuedo, cuando se le anuncia por Chusi<sup>13</sup> la infausta muerte de Absalón su hijo, que después de otros oprobios, se había rebelado contra él y amotinado la mayor parte del reino. Con todo, no sólo se contrista y llora, sino que arrebatado de su aflicción, se pasea clamando: Hijo mío Absalón, Absalón hijo mío; ¡oh quién hiciera que yo muriese por ti!<sup>14</sup> Cubrió su cabeza de ceniza, y a gritos llamaba por todas partes a su hijo Absalón, que aunque ingrato, rebelde y desnaturalizado, era con efecto hijo suyo, porción de su mismo ser y parte de su substancia. Podía su corazón exponerle sin miedo a los peligros, pero no podía dejar de contristarse, de sentir y de conmoverse con la tragedia de un hijo, cuya primera sangre había corrido por el mismo corazón.

Esta naturaleza oficiosa, que obraban tan altos sentimientos en el rey David, clamaba con mayor fuerza en las entrañas de María, viendo padecer y morir a Jesús. Cuando era más elevada esta divina madre que todas las criaturas en el propio orden de la naturaleza, tanto eran sus afectos y sensaciones más fuertes y sensibles que los de David. El corazón de éste se repartía entre muchos hijos, el de María era sólo y privativamente de Jesús. El paternal sentimiento de David en el mismo punto que le provocaba al llanto, había de detener la corriente con la idea de las infamias de Absalón, cuando para aumentar el dolor de esta señora concurría el conocimiento de la santidad, de la inocencia de su unigénito, y ¿quién puede pintar la diferencia de este hijo Dios Salvador en contraposición de un facineroso y rebelde? Pues tanto más creció el dolor de María en la pasión de Jesús, cuya vehemencia no la dejaba, como a David, exclamar y desahogarse con las lágrimas, con los paseos, con los clamores; antes dejándola inmóvil *stabat*, ni llora, ni habla; y agolpándose sus penas, como las aguas en un profundo remanso, aumentaban el caudal de la aflicción, y hacían la impresión más profunda en sus entrañas maternas.

No nos cansemos en buscar comparaciones, ni en Job, ni en David, ni en otro de los hombres grandes, que celebran las

---

13. Se refiere a un etíope o Kusita, a quien se encargó comunicar la victoria a David. Cfr. 2 Sam. 18, 21. (JLS).

14. 2. Sam. 19,1



sagradas escrituras; porque en ninguno de ellos podrá hacerse contraste, ni a un imperfecto de la grandeza de su pérdida con la de María, ni de los quintales del amor de esta señora al que tuvieron aquellos a sus amigos o a sus hijos. Veamos en la persona del mismo salvador, y entre los gravísimos tormentos de su pasión, si hallamos alguna semejanza con las penas de su madre, o mejor diré, alguna aflicción del hijo, que pueda darnos idea de la de María.

No ignoráis, hermanos míos, que desde el punto en que los malvados ministros de la iniquidad pusieron sus sacrílegas manos en la persona del Mesías para prenderle, hasta después de haber dado el espíritu en la cruz, se cebó la furia de éstos, y la envidia de los sacerdotes y fariseos en insultarle con las más negras injurias y en maltratarle con las acciones más atroces. Ellos se apoderaron del Señor como de un facineroso, armados de espadas y de lanzas. Ellos le condujeron de un tribunal a otro con tanta publicidad como ignominia. Ellos le llamaron de díscolo y revoltoso, de embustero y de traidor a Dios y al César. Ellos le desnudaron, una vez para escarnecerle con la vestidura de un loco, y otra para mofarle con insignias y saluciones reales. Ellos desgarraron su sacrosanta humanidad con furiosos e innumerables azotes. Ellos escupieron su divino rostro, y no dudaron poner sus manos en él. En fin, ellos le clavaron de pies y manos en la cruz, martirio y dolor que sólo de pensarlo hace estremecer la humanidad. Pero en tantas befas, invectivas y ultrajes, calla o apenas responde con la mayor mansedumbre; sólo en la bofetada se quejó, preguntando humildemente al agresor por qué la daba. Pásanse dos horas de la crucifixión, y en la tercera, después que el sol ocultando sus hermosos resplandores se viste de negras sombras en testimonio del sentimiento que hacía toda la naturaleza sobre la inocencia de su autor, dice S. Mateo<sup>15</sup> que exclamó diciendo en alta voz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, y que para morir volvió a clamar con fortaleza<sup>16</sup>.

Tampoco ignoráis que la fuerza de este clamor, ni nacía de una disonancia de la voluntad del Salvador con la de su Padre, en que estaba tan conforme como lo había profetizado Isaías<sup>17</sup>

---

15. Cap. 27. v. 46.

16. *Ibí* v. 50.

17. *Isafas* 53,7.

y como lo había manifestado el mismo Jesús en todo el discurso de su vida, principalmente en la última entrada que hizo en Jerusalén<sup>18</sup> con el conocimiento de lo que iba a padecer, y en la oración del huerto, en que a pesar de la repugnancia natural de la humanidad se dejaba enteramente al arbitrio del Padre<sup>19</sup>. Ni se quejaba tan altamente por la agudeza o vehemencia de los dolores de su cuerpo, que debieron (según todo el orden natural) ser más sensibles mientras estuvo la sacrosanta máquina de su cuerpo menos aniquilada, como en los repetidos golpes de los clavos, para rasgar la textura de sus pies y manos, y la dolorosa concusión o estremecimiento que debieron sentir todos sus miembros en la violenta aptitud de la crucifixión, cuando se le elevó en el madero y dejó caer en el hueco de la tierra.

El motivo pues de clamor tan fuerte lo manifestó el Señor en las propias palabras, y era que le desamparaba su Padre, *ut quid dereliquisit me*. Quejábase el Salvador porque no encontraba su humanidad en el ser divino el arrimo, el consuelo, el abrigo, que podía darle con su omnipotencia, y se miraba en cuanto hombre, como desprendido de Dios. Tanto es el dolor que causa el desamparo de Dios, que Jesucristo siendo Dios se lamenta más que de todos los tormentos de esta especie de desacimiento. ¡Oh Señor! ¿A qué extremo llegaría la pena de vuestra madre viéndose en el punto de que vos os separéis de ella y la dejéis en medio de vuestros enemigos? Si Jesucristo, de cuya humanidad no podía separarse la divinidad en el propio sepulcro, siente en cuanto hombre con tanta viveza aquél desabrigo, ¿cuánto afligiría a su madre el desacimiento en que la ponía con su muerte? ¿Con qué dolor no clamaría en el fondo de su corazón a imitación de su mismo hijo, *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Si el Redentor, que no podía dejar de estar mirando a Dios con la visión beatífica, clamaba tan fuertemente por un indicio de desapropio, ¿qué aflicción no sería para su Madre la separación real y visible que con tan inefable delicia había gozado hasta entonces de un hijo Dios, de cuya presencia decía como el Padre, este es mi hijo amado y el centro de toda mi complacencia<sup>20</sup>? Es verdad que no se oye en la Santísima

---

18. Matth. 20,17.

19. Marc. 14, 36.

20. Matth. 3,17.

Virgen la voz de dolor que en su hijo, no porque fuese menos su pena, sino porque más oprimido el corazón faltaba a la madre aquella fortaleza para explicarse que daba al hijo en los últimos momentos la propia divinidad, de que era inseparable, y se manifestaba en la propia fortaleza del clamor, dice San Gerónimo<sup>21</sup>. Falta la elocuencia y se agotan los sentimientos para seguir este cotejo entre el desamparo de Jesús y de María, entre el dolor del hijo y de su madre. Seguid vosotros el contraste, y sirva vuestra ternura de retórica y vuestra piedad os ministre pensamientos que serán más eficaces que mis voces para mover a compasión vuestra entrañas.

¿Pero en qué se empeña mi discurso? ¿Hablo por ventura a la sinagoga, para mover los ánimos de sus jueces a que bajen de la cruz al hijo moribundo y lo entreguen vivo, aunque maltratado, a la triste madre? ¿Vengo acaso en este sitio y en esta hora sólo a declamar sobre la aflicción de María para arrancar lágrimas, o a declarar los misterios escondidos de la redención? Suspended, cristianos; suspended la compasión, apartad por un momento los ojos de la triste situación en que miráis a María, y pensad que a imitación de Jesús os dice las propias palabras de que usó este Señor con la piadosa y condolidada turba de mujeres que le seguía con lágrimas al suplicio, a las cuales vuelto, dijo: Hijas de Jesuralén, no lloréis por mí; llorad sí por vosotras y por vuestros hijos<sup>22</sup>; porque si de esta suerte, si con tanto rigor quiere la divina justicia que padezca el justo y sufra el Redentor, ¿qué no padeceréis vosotros pecadores y delincuentes? Si así arde el leño verde de mi humanidad, ¿qué llamas no abrasarán el madero seco de los malos?<sup>23</sup>

Así, hermanos míos; así nos clama, nos exhorta desde el pie de aquella cruz el espíritu caritativo de la Santísima Virgen. No lloréis, nos dice, porque mi hijo se separa con la muerte de mis ojos. Aprended sí de mí y de él a llorar por vosotros mismos la pérdida que hacéis de Dios por el pecado. Vuestro maestro lamenta con fortaleza el desamparo de Dios en su muerte; a mí me pasa el corazón como cortante espada la separación de este hijo Dios, pues ¿cómo podéis vosotros vivir insensibles sin lamentar, sin gemir, sin gritar continuamente el desaimiento,

21. S. Hierónimusin.

22. Lucas 23,28.

23. Ibi. 29.

la separación, el desamparo de Dios que se aleja de vosotros porque le habéis alejado voluntariamente con la culpa? Mi hijo siente acerbamente la suspensión del auxilio exterior, en que convenía que la divinidad dejase su sacrosanta humanidad, para que muriese a manos de sus enemigos; porque así estaba decretado para obrar la redención; ¿y vosotros viendoos maltratar, precipitar, herir por todas partes perdiendo la vida de vuestra alma y perdiendo a Dios, ni le pedís su auxilio, ni le clamáis para que no os desampare; antes vivís en el regocijo, en los deleites, en los placeres; no digo sin pensar o con descuido, sino con gusto, separados de Dios? Pues llorad sobre vosotros, *super vos ipsos flete*, y no os compadezcáis inútilmente de mi dolor, *nolite flere super me*.

Yo siento, os dice, con una congoja inexplicable la separación corporal de un Dios que ha de resucitar dentro de pocos días, y sé con la mayor certidumbre que he de volver a verle; vosotros lleváis con la mayor indiferencia del mundo el separar vuestras almas de ese mismo Dios, ignorando si volverá a resucitar en vuestro espíritu, o por decirlo mejor, si vuestro espíritu volverá a resucitar y unirse a Dios. Pues no lloréis la pena mía, *nolite flere super me*; llorad vuestra indolencia y vuestro desamparo incierto del consuelo, y tanto más lloradle, cuanto es más separarse el alma de Dios, ignorando si habrá tiempo para recobrarle, que dejar de ver la humanidad de Dios hecho hombre por pocos días, *sed super vos ipsos flete*. Llorad también por vuestros hijos, por vuestros hermanos, por vuestros prójimos, por esa muchedumbre innumerable de delincuentes, de desertores, para quienes ha muerto mi hijo por sus culpas, por esos cadáveres, *et super filios vestros*. La pérdida de tantos miserables es más propia de una cristiana compasión, que la mía. Lamentad esos escándalos públicos, ese desorden autorizado con el ejemplo común, esa desidia de los cristianos para la penitencia, esa indiferencia casi universal con que se mira la obra de la salud, y el precio de la redención de mi hijo.

¡Ha hermanos amados que me oís! No olvidemos la aflicción imponderable de María; mas no paremos el espíritu en una compasión, que aunque devota será estéril. Pasemos de estos tiernos afectos sobre las acerbadas penas de tan pura y amable madre en la pérdida de su hijo, a sentir y a llorar con vivas lágrimas la pérdida más desgraciada que nosotros hacemos del

mismo Dios su hijo, y para que nuestro sentimiento sea más útil, tomemos lección de la propia madre. Ella perdió a Jesús volviendo del templo en su niñez. ¿Y qué hace en este descon-suelo? Vuelve atrás, búscale entre los que podían conocerle, pregunta por él a los que juzgaba capaces de dar razón; no descansa durante tres días razón naturales en la solicitud de su Dios perdido y al cabo de ellos, pasada de aflicción y de dolor con su justo esposo José, le halla en el templo. manifiéstale su pena, y con amorosa queja le reconviene de que la hubiese dejado, *fili cur fecisti nobis sic*<sup>24</sup>? Vuelve a verse en el calvario en el lance de perderle y hacer una separación mucho más funesta y dilatada; y tanto más sensible cuanto era dar la vida pendiente de una cruz entre los tormentos más crueles, y se mantiene firme al pie del patíbulo, partiendo con él las penas. *Stabat juxta Crucem*. Dos acciones que envuelven dos docu-mentos, los más esenciales para enseñarnos a sentir la pérdida de Dios y encontrarle.

Porque si nosotros sintiésemos verdaderamente, y con el dolor de que es digna la separación que pone el pecado entre Dios y nuestras almas, la pérdida que hacemos del Señor, que en cierto modo vuelve a morir para nosotros por la culpa, por la cual nos hacemos sus verdugos, y de nuevo le crucificamos, como dice el apóstol, siuviésemos el correspondiente horror de esta maldad, y no nos lisongeásemos con el escándalo y con la impenitencia de su muerte, *et ostentui habentes*, según el propio Pablo<sup>25</sup>, volveríamos atrás nuestro torcidos pasos para encontrarle, le buscaríamos entre las personas santas y ejem-plares que le conocen, preguntaríamos a los varones doctos y celosos, que pueden darnos razón del modo y lugar de hallarle, no descansaríamos de día ni de noche, penetrados de dolor, hasta dar con él; y sabiendo que en la cruz nos llama, nos espera, como que allí es donde cumple la voluntad de su padre, *nesciebatis quia in bis qua Patris mei sunt oportet me esse*<sup>26</sup>; nos fijaríamos al pie de ella con María, *stabat juxta Crucem*; comunicaríamos con su majestad las penas, abrazando la peni-tencia, interpondríamos la mediación poderosísima de su mis-ma madre, lloraríamos amargamente la muerte con que le

---

24. Luc. 2, 48.

25. Hebr 6,6.

26. Luc. 2,49.

habíamos perdido; y el que crucificamos en espíritu resucitaría a nuestro espíritu y se uniría a nuestras almas que le habían perdido.

Estas penas, estas inquietudes, estos sentimientos, estas lágrimas fructuosas son las que debe excitar en nosotros el dolor y la compasión de una madre, que cuando pierde sólo corporalmente y por breve tiempo a su hijo Dios, siente con tanta viveza su separación, que no hay ni ha habido en las historias con quien comparar su pena; y sólo halla contraste su aflicción en la de su hijo moribundo, que habiendo sufrido todos los tormentos de su pasión como un cordero que se deja llevar al sacrificio sin velar, según la profecía<sup>27</sup>, clama con fortaleza y vehemencia por el desamparo de su Padre, enseñándonos uno y otro con su ejemplo cuanto más debemos sentir la pérdida de Dios por el pecado, la reiteración de su crucifixión y el abandono del Señor.

## SEGUNDA PARTE

Si la separación que hizo de su Santísima Madre el soberano Jesús, fue tan dolorosa a la Señora, que ni puede compararse a su pena la profunda tristeza de los apóstoles cuando se despedía de ellos el Divino Maestro; ni el desconsuelo de Job cuando le desalientan y faltan sus amigos; ni el dolor de David en la noticia del trágico fin de Jonatá, y de Absalón; porque ninguno de éstos perdía tanto con la separación, ni amaba aquello de que se separaba, como la madre virgen. Sí, sólo el dolor agudo de Jesús, explicado con clamor vehemente en el desamparo de Dios a la hora de su muerte, dejando su humanidad sin auxilio exterior y sensible en las últimas agonías de la cruz, ha podido darnos idea de la suma aflicción que ahogaba el corazón de su Madre, cuando el mismo Hijo de Dios la desamparaba, negándole una asistencia corporal y más visible que la que el Padre le negaba; parece que con esto habremos agotado el amargo, profundo y espacioso mar de sus dolores, y que nada habrá que pueda darnos más conocimiento de sus penas.

---

27. Isaías 53,7.

Pero como no hay objeto, que tomado por diferentes aspectos no ministre más y más luces de sus mensuras o de su ser, así el dolor de la Santísima Virgen al pie de la cruz debe después de mensurado por la grandeza de lo que pierde, ladearse o tomarse por otros aspectos, para que pueda conocerse mejor, o su extensión o su intención, que son las dimensiones del dolor. En efecto, cuando yo contemplo a esta divina madre en el calvario, hallo tal variedad y concurrencia de especies para aumentar su dolor, que se abisma la razón, y concluyo que toda la capacidad de los hombres no puede unir las ni explicarlas toda la oratoria. Porque a la separación de un hijo, y hijo que es Dios, se agrega la vista de los tormentos en que expira.

Son los ojos el órgano más inmediato del alma, por cuyo conducto recibe con más viveza las especies, sean gustosas o tristes, útiles o perjudiciales. David les llama sus ventanas, como que por ellas en cierto modo se asoma a ver los objetos. Los demás sentidos la envían sus especies, digámoslo así, de más lejos. Sus impresiones van como por cartas o como unas noticias, las de la vista la tocan casi sin mediación alguna. Nada es capaz de regocijarnos mejor que la vista de aquellas cosas que deseamos. La mayor seguridad de lograrlas, la esperanza más firme, aunque tenga por apoyo la misma revelación infalible del Señor, no llegan a aquel grado de gozo que causa la vista en nuestras almas. El justo y anciano Siméon estaba asegurado del espíritu de Dios, que no tocaría el último momento de su vida sin ver al ungido y mesías prometido<sup>28</sup>. Esperaba en virtud de esta promesa, no podía dudar del cumplimiento; pero el consuelo, el gozo y regocijo de su alma no se verificó hasta que le vio en sus brazos, y fue tal que deseaba entonces morir, porque ya sus ojos habían visto al Salvador. Con igual proporción a la del gusto suben las aflicciones y las penas a la vista del lastimoso objeto o del triste espectáculo que se le presenta. Hiérenla sin defensa, la pasman y sacan fuera de sí. Los golpes que le vienen por medio de los otros órganos, pueden perturbarla; pero es menester que ella misma, si puedo decirlo así, los arme de la reflexión, de la meditación, para que lleguen a contristarla y afligirla.

Nada fue más acervo y doloroso al corazón de María en la pasión de Jesucristo que la vista de lo que sufría en su humani-

---

28. Lucas 2,26.

dad santísima y tanto más era la pena, cuanto fue más prolongada la vista de su martirio. ¿Quién podrá significar o concebir siquiera el rubor de la madre a vista de la vergonzosa desnudez del hijo a los ojos de un numeroso pueblo de muchas naciones, en medio del día y delante de sus mismos enemigos? ¿Quién la pena de verle echar por la tierra, ajustar sus miembros a dos leños, enclavar en ellos sus manos y sus pies a golpes de un martillo, a fuerza de gruesos clavos que iban rasgando carne y músculos, rompiendo fibras, venas y arterias, quebrando articulaciones y huesos? ¿Quién el sacudimiento doloroso de su corazón, al ver que elevada la cruz cae con estremezón cruel de aquella divina y humana máquina en el hoyo dispuesto a sostenerla en pie? ¿Quién el dolor de ver los cuatro manantiales de donde corría a toda prisa el inestimable bálsamo de su sangre, el licor de su vida? ¿Quién la congoja de mirarle elevado de la tierra, sirviendo de espectáculo entre dos malvados a la mofa, a los escarnios, a los improperios? ¿Quién en fin, las atropelladas aflicciones que a un tiempo la causaban el semblante dolorido, el desfallecimiento que causaba la evacuación de la sangre, la congoja de la sed, y para acabar con todo verle entre tantos tormentos clamar al Padre, doblar el cuello, inclinar la cabeza y dar el último aliento? ¡Ah! Cristianos discípulos de este amantísimo maestro, devotos de tan afligida madre, decidme: ¿Cuál estaría el corazón de al que se mantenía en pie junto a la cruz, viendo por sus propios ojos tan doloroso espectáculo? Imaginad que si con menos amor o por otra providencia hubiese acaecido todo en el calvario, quedando María en Jerusalén, y lo hubiese sabido después por boca de Juan o Magdalena, cuya ternura la hubiese pintado con la energía más patética aquella escena; imaginad, vuelvo a decir, cuánta, y cuán sensible habría sido la impresión, que en su maternal espíritu hubiera hecho su relación? Subidla, pues, de muchos y muchos grados, si sois capaces, para calcular la de su vista.

Si creéis que la constancia que la llevó tras Jesús hasta el patíbulo, que la ciencia anticipada de lo que iba a padecer, que el beneficio de su rescate y el nuestro que con sus tormentos conseguía, que en fin, la conformidad con la voluntad de Dios a que era obligada, podían o debían darla, si no una constancia insensible, al menos una pena muy suave, aunque a vista del



martirio; si lo creéis o pensáis, es un engaño torpísimo. Si juzgáis quien pudo dejar de asistir para sufrir menos; ni conocéis los decretos altos de la providencia, ni la fuerza de su amor.

Sirva para convencer tan falsas ideas, si han podido venir a alguno de vosotros, el ejemplo de uno de los varones más insignes en virtud, cual fue el profeta Eliseo. Dispuso el Señor sacar del mundo al profeta Elías en premio de su celo por ley<sup>29</sup>. A uno y otro reveló Dios su voluntad, según se infiere de la sagrada historia. Caminaban juntos desde Guilgal, y mandó Elías a Eliseo que se quedase, porque el Señor le enviaba hacia Bethel. No lo haré, replicó con juramento el discípulo, ni he de dejarte. Síguele; y aunque le salen al encuentro los hijos de los profetas de aquel partido, preguntándole si ignoraba que en aquel día había Dios de quitarle a su Señor, les responde que lo sabe, y que callen. Ínstale de nuevo el maestro a que se quede porque había de marchar hasta Jericó; pero repite su repugnancia Eliseo como de antes, y su respuesta a la descendencia de los profetas del territorio que le hacían la misma pregunta que los de Bethel.

Aquí vemos que Eliseo sabía, y por el medio infalible de la revelación, la separación de su maestro Elías, que determinaba Dios. Podía quedarse en Jericó o en Bethel, para no ser testigo de su muerte o de su tránsito. Con todo, no le deja aunque es mandado, y le acompaña hasta el punto de la separación. ¿Dejó por esto de serle sensible el golpe? ¿La ciencia anticipada, le estorbó el dolor? ¿Su consancia fue parte a aminorar la pena? No. Antes al verle subir y separarse, clamaba llamándole: Padre mío, padre mío, carroza de Isarel y conductor. Llevado del dolor, rasga los vestidos, manifestando su aflicción con las acciones y las voces. ¿Y sería temeridad o imprudencia haber seguido a Elías hasta aquel paso? No; sino efecto del amor, por no dejar de verle mientras fuese posible gozar de su presencia, aunque a costa de sufrir más con la vista de la separación.

El amor de la Santísima Virgen a Jesucristo, su maestro, su redentor, su hijo, su Dios, excedía al de Eliseo por Elías, cuanto va de todas estas calidades juntas a la sola de maestro, y en esa misma cuanto sube el magisterio de Jesucristo sobre el de Elías, y las disposiciones del corazón de María al de Eliseo.

---

29. Reg. 2, 1-12.

Sabía como éste que iban a separarse, y aunque no dudaba de su resurrección, de su gloria, del premio que con su muerte le aseguraba y nos conseguía, tampoco ignoraba que la división no sería por medio de un tránsito en vistoso carro como el de Elías; sino en cruz ignominiosa, con clavos e improperios, entre dos ladrones, en fin, con todo el horroroso aparato de un suplicio y las fatigas de una muerte entre tormentos. Nada de esto la detiene para seguirle como Eliseo. Pudo animar a éste, fuera del amor, los prodigios que en el camino iba obrando Elías; abriendo las aguas del Jordán con sólo el toque de su manto. A la Santísima Virgen aún no la detenían los ultrajes, que desde la ciudad al calvario iba sufriendo Jesús, ni las muestras más sensibles de la flaqueza humana, que daba con el peso de la cruz. Pero la animaba un amor mucho más grande.

¿Y quién, devotísimo auditorio, quién, vuelvo a preguntaros, fue consejero del Altísimo? ¿Quién penetró las conversaciones, que en el espacio de su vida tuvo esta madre con su hijo, y las revelaciones, los mandatos que le dio en ellas? ¿Sabemos por ventura si fue una orden soberana la de su asistencia a la cruz? ¿Si a la constancia dolorosa de ese acto, en que luchaban los afectos naturales con la resignación, se vincularon todas o muchas de las gracias, con que el Señor distinguió entre la miserable descendencia de Adán a esta señora? Lo cierto es que, según advierte el padre San Juan Crisóstomo<sup>30</sup>, Dios entreteje la vida de sus escogidos de favores y de tribulaciones. El documento más claro de esta conducta le tenía la señora en su propio hijo, que con ser Unigénito del Padre por naturaleza, y dueño de su gloria, fue menester que como cabeza de los predestinados, padeciese por ellos tanto como sabéis, para entrar y que entrasen en esa gloria que era suya, y para que mereciesen la vocación, la gracia y la predestinación<sup>31</sup>, cumpliendo ellos con sus penas y sus trabajos, lo que faltaba a la pasión de Jesucristo, como dice San Pablo<sup>32</sup>. Cuando fueron más singulares y de superior orden los dones y los privilegios de María, cuanto es su gloria mayor que la de todos los predestinados; tanto, conforme a aquella divina conducta, debió ser y fue con efecto más doloroso su martirio, más acerva su pena,

30. Chrysost. Homil. 8. in Matth.

31. Luc. 24,26.

32. Col. 1,24.

más crudo su tormento. Y como ni estuvo sujeta a las tribulaciones que en los otros escogidos obra el pecado, ni a la inclinación a sus obras, hubo de reducirse todo el golpe de su mérito al tiempo de la pasión de su hijo.

Inferid de aquí, si podéis, la gravedad de su dolor sobre cuantos han padecido y padecerán los que hasta ahora han logrado, y en adelante merecieren la corona de la gloria. La que no reconoce superior en ella, ni en las gracias, si no es a la humanidad de su hijo, tampoco pudo otro que éste excederla en el martirio, y en algún modo parece que se dejó caer con mayor pesadumbre la mano de Dios sobre el corazón de la madre en el calvario, que sobre la humanidad del hijo, cuando más flaqueó en prueba de que era hombre verdadero. Porque en el huerto de Gethsemaní donde entró a orar la noche en que fue vendido a sus enemigos, aunque sabía en cuanto Dios lo que determinaba y había de padecer por el hombre; al ver con la ciencia divina juntos todos los tormentos, y la amargura del cáliz de su pasión, representado con tal viveza a su espíritu, como si entonces le bebiese y apurase sus amargas heces, fue tan horrorosa la presencia a la humanidad, que se conmueve, se turba, se melancoliza de tal suerte que le hace renovar una y otra vez la petición al Padre, de que si es posible le dispense de tan amargo cáliz, esforzando para ello el fervor de la oración. Ve como Dios que su voluntad y la del Padre era decretoria e indispensable de padecer y morir, y este conocimiento cierra y angustia de tal modo su corazón, que agoniza con la fatiga de la vista. Se trastorna el curso natural de la sangre con la angustia que padecen los vasos del corazón, y rompe las túnicas de sus venas para salir envuelta con el sudor por los poros de la humanidad santísima en tanta copia que llega a regar la tierra.

Pero en tal angustia envía el Padre un ángel que conforte el desfallecimiento de Jesús. Para la aflicción de su madre no vemos que se destine un consuelo de este carácter. Si la vista intelectual del cáliz hizo tan profunda impresión en el corazón de un hombre Dios, ¿cuánta sería la que causó en el pecho de una pura criatura la presencia, la vista corporal de ese cáliz? Bien lo profetizó el anciano Simeón cuando la dijo en el templo, mirando en espíritu este lance, que los dolores que en su humanidad padecería Jesucristo serían una espada que traspasa-

sase su alma<sup>33</sup>, esto es, que su tormento al pie del madero de la cruz no sería inferior al de su propio hijo. Sufriríale éste en su cuerpo; pero como la parte material no es en rigor la que siente, sino el alma que le da vida, aunque no sufriese María en su humanidad, llegaban por medio de la vista a su espíritu los martirios de Jesús, hasta partirle y dividirlo. ¿Pues, cómo en tal angustia no baja a confortarla algún ángel? ¿Cómo cuando ve por sus ojos tanta injuria, tanta molestia, tanta sed, tantas heridas y sangre, no se le envía un ministro celestial que la consuele? ¡Oh Dios; cuán impenetrables son tus juicios! Parece que queréis probar todos los quilates de la constancia y el amor de esa Santísima Virgen.

No lo dudéis, hermanos míos. Esta era la tentación y la tribulación en que había de acrisolarse la fe, la caridad y toda la virtud de la Santísima Virgen. Sabía la voluntad del Padre sobre su Hijo; conocía la necesidad y la utilidad de que se cumpliese, y le ofrecía en las aras de su corazón, como otro Abrahán al inocente Isaac. Cumplía a un tiempo con las obligaciones de una voluntad en todo resignada con la de Dios, pero luchaba con los afectos de una madre amorosísima; y a imitación de su hijo en quien la repugnancia natural de la humanidad al cáliz realzaba el mérito de la resignación, sube María al calvario a ser testigo de la muerte de Jesús. Pónese al pie de su patíbulo, ve en él toda la amargura de sus penas, que la trespasan el alma como una espada de dolor. Clama en su corazón al Padre como oraba el Hijo. Si es posible, Dios mío, dispénsame el acíbar de este cáliz. Pero no se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra. ¿Por qué no has acabado con mi vida antes de ahora, para que expire dulcemente en los brazos de mi hijo, sin que viese su pasión? Pero si ha sido este vuestro decreto, cúmplase Señor, y sufra yo. ¿Cómo no has quitado a mis ojos la vista o a mis pies la fuerza, para que no llegase a ser testigo de pena que tanto me martiriza? Pero padezca yo, y venga todo según vuestros designios eternos. ¿Cómo en vez de un ángel que me conforte, permites que me desamparen y se alejen los mismos amigos y discípulos, enseñados en la escuela de la misericordia, y que me asistan sólo aquellas almas más enternecidas que no pueden con su propia pena? Pero sea, Señor, conforme a vuestra

---

33. Luc. 2,35.

divina voluntad. Sostenedme en tan desmedida aflicción por una paciencia, por una constancia, por una asistencia superior, que conserve con la vida la virtud. Sufra, padezca, ciérrese oprimido el corazón, cúbranle y anéguenle los tormentos, pasando toda la máquina para quedar sin arbitrio al desahogo como estatua; pues siendo esa vuestra eterna disposición, no quiero otra cosa que el cumplimiento de ella.

¡Oh si pudiese este ejemplo de la madre afligidísima que veneramos; este virtuoso rasgo de su conformidad evangélica, desterrar de nuestras almas las negras melancolías que padecemos por una necia oposición a la voluntad de Dios! Aprendamos los que nos preciamos de hijos y de amantes de María las lecciones edificantes que nos dio con especialidad al pie de la cruz de su hijo, para nivelar por ellas la conducta que habemos de seguir en el calvario de este mundo, en el cual es imposible caminar sin cruz. María imita a Jesús, y nosotros hemos de aprender de los dos. Ambos cumplen, a pesar de toda la naturaleza, aquella voluntad suprema en que consiste, aunque otra cosa nos parezca, toda la perfección, todo el orden y todo nuestro bien. No hay otro norte en este mar tempestuoso para escapar de sus escollos, ni otra guía en este desierto para acertar con la tierra prometida, que observar y seguir la divina voluntad. Ese es el ejemplo que hoy se nos pone a la vista en los dolores de María y en la pasión de Jesús.

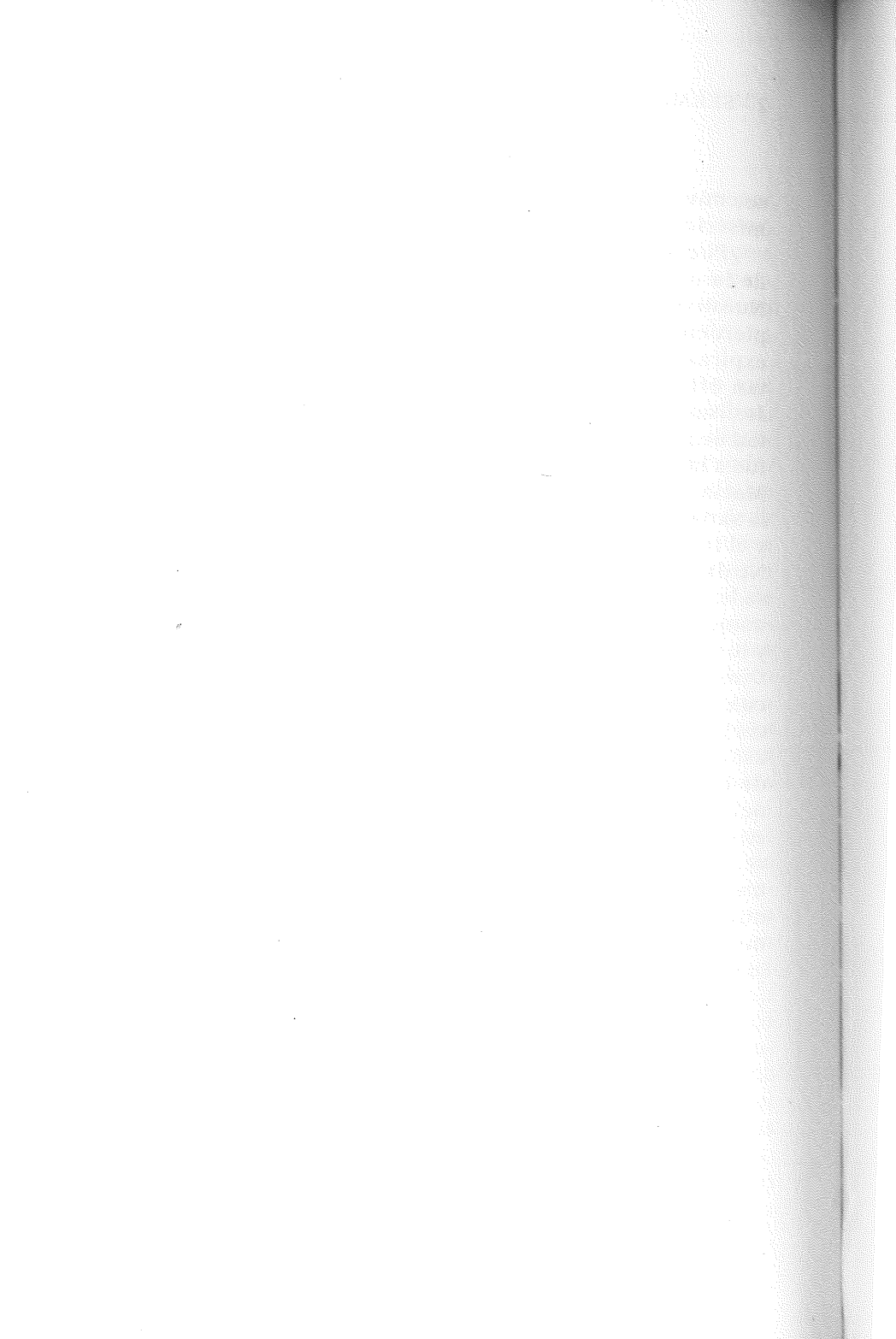
¿Aspiramos a compadecernos de la aflicción de la Madre? Pues sabed, hermanos míos, que no hay otro medio que el de padecer nuestras tribulaciones y nuestras adversidades, nuestras pérdidas y nuestros dolores como los llevó la misma madre, esto es, bendiciendo, besando la mano que los envía en medio de la repugnancia natural que hace la parte sensitiva y el amor propio. Si les recibimos de este modo, acordándonos que así fue como les recibió María Santísima, se unirán los nuestros con los de la Señora, y esa será la verdadera compasión que produzca el mismo fruto. María se compadece de Jesús padeciendo junto con él, uniendo su voluntad con la del Hijo, y obedeciendo ambos a la del Padre. Cuando ésta es más contraria a nuestra delicadeza, a nuestros intereses, a nuestras concupiscencias, mirémosla como un pequeño golpe con que la mano blanda de un padre prueba nuestra paciencia para coronarla. Si nos oponemos tercamente a sus designios,

se convertirá en azote de su justicia lo que era un toque de su misericordia.

¿Puede haber pérdida tan grande para nosotros, a excepción de la que hacemos con el pecado, que iguale a la de María? Nuestros amigos y nuestros protectores, si se ladean o se pierden; los hijos, los padres, los consortes si se nos separan o expiran, ¿habrán sido tan amados o tan amantes de nosotros, tan oficiosos o necesarios a nuestro bien, como lo era y fue Jesús para esta Madre Santísima? ¿Habrá caso en que la voluntad de nuestro Dios pueda ser más contraria a la nuestra, que lo fue a la humanidad de Jesucristo beber el cáliz, y al corazón de María ayudársele a beber en el calvario, bebiendo por sus ojos la sangre que derramaba? No, señores. Vosotros no lo ignoráis, y el ingenio menos penetrante conoce la diferencia del cotejo. No digo yo que no sintamos, que deje de afligirse, o estremecerse la naturaleza con el golpe, porque faltaría el mérito. Pero es menester que esos movimientos de la parte inferior se sujeten, y los avasalle la superior del alma a vista de la voluntad de un Dios, que tal vez muestra su amor paternal e infinito, más cuando amenaza o corrige, que cuando nos acaricia. Tiemble la carne enferma, pero esté pronto y conforme el espíritu<sup>34</sup>, que así compadecemos a Jesús y a María en sus dolores, y hacemos de los suyos y los nuestros un ramillete inestimable a los ojos del Altísimo, una confección de fragantísimo olor para quemar en sus aras. Este ha de ser el fruto de la meditación de tanto como padeció el Hijo, y lo que por él sufrió la Madre, para que uno y otro hagan más agradable nuestro sacrificio, más suaves nuestros dolores, más dulces nuestras penas, y más segura nuestra alegría permanente, cuando demos la vida en nuestra cruz para ser llamados al consorcio de Jesús, y de María. Amén.

---

34. Marc. 14,38.





SERMONES  
**PANEGÍRICOS,**  
Y  
DE MYSTERIOS:

POR D. ANTONIO SANCHEZ VALVERDE,  
*Licenciado en sagrada Teología, y am-  
bos derechos, Racionero de la Santa  
Iglesia Catedral de Santo Domingo,  
Primada de las Indias, natural de la  
misma ciudad, y Socio de Número de  
la Sociedad Matritense de Amigos  
del País.*

TOMO III.



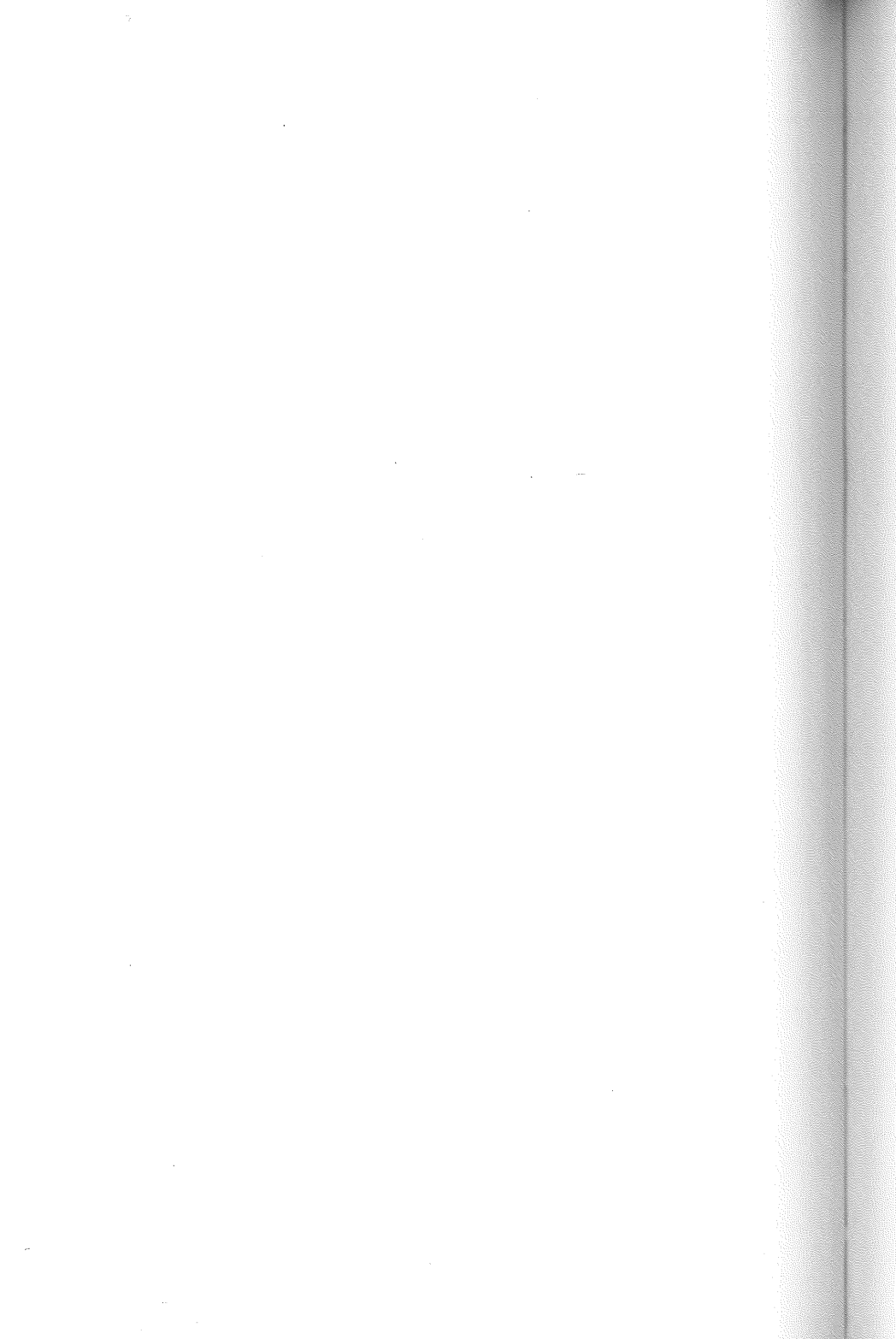
MADRID MDCCLXXXV.  
POR DON PEDRO MARIN.  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



---

ortada de la primera edición de *Sermones panegíricos, y de misterios*. Tomo III, Madrid, 1785.

III



SERMÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,  
PREDICADO EN LA IGLESIA DE LAS SEÑORAS  
COMENDADORAS DE CALATRAVA DE MADRID  
EL DÍA OCTAVO DEL CORPUS

*Accipite et manducate. Hoc est Corpus meum  
hoc facite in meam commemorationem.*

*Tomad y comed: Este es mi Cuerpo, haced lo  
mismo en recuerdo mío. I. Corin. XI. XXIV.*

La soberanía inefable del Creador, que debía servir a las criaturas para objeto de su amor, de su obsequio y de su adoración, se miró desde el principio por un número no corto de aquellas obras dichosísimas, con tal envidia, que pretendieron ladearse con su Divino Autor, y partir con él homenajes de grandeza<sup>1</sup>. Apenas acabó su soberbia de concebir tanta traición, cuando se vio precipitada de la dignidad de su origen y confundida para siempre. Pero, como si los hálitos que encerraba su hinchazón hubiesen sido una exaltación pestilencial, así inficionaron aquellos espíritus rebeldes la distancia que midieron desde los cielos al abismo. Parece que miraba Dios a

---

1. Isafas 14,12.

precaver al hombre del contagio, cuando previene al sacarle de la nada, que le hacía a su semejanza y a su imagen<sup>2</sup>, dándole por tributario todo un mundo, por vasallos cuantas criaturas le poblaban, y por término de su esperanza nada menos que el goce y posesión de una bienaventuranza tan eterna y tan perfecta como su esencia divina. No bastó tanta grandeza para llenar su ambición. Pesábale con todo la dependencia, e instigado del propio espíritu que había alucinado a los ángeles, aspiró a más distinguida semejanza.<sup>3</sup> Echóle sin dilación su criador de aquel lugar deliciosísimo en que le había puesto; sujetóle al trabajo, condenóle a la muerte, y levantó tantos enemigos contra él, cuantos eran antes los vasallos. Los insectos más pequeños se le conspiraron. Su misma carne, sus sentidos y sus potencias se le conjuraron, de suerte que el más feliz de los vivientes se vio hecho el blanco de todas las miserias.

¿Quién creería que, a vista de tan espantosos ejemplares, no se desterrase para siempre el orgullo? ¿Quién imaginaría que la violencia de tan activos remedios no cortase de raíz el mal en una naturaleza que ilustraba la razón? Pues lejos H.m. (vosotros no lo ignoráis), lejos nuestros padres de escarmentar, siguieron las huellas de sus mayores, y subieron todavía de punto la arrogancia. Ellos dejaron como trivial el camino de asemejarse más a Dios, y unos negaron<sup>4</sup> que hubiese otro ser capaz de dominarles, gloriándose de independientes, otros menos osados, aunque no más cuerdos, creyeron que la divinidad no era una sola y simplicísima, que los dioses eran muchos, sus clases varias y que los mortales podían aspirar a ellas. En fin, que eran corporales, cuya materia, figura, culto y formación dependía del capricho humano.

Este borrón de la historia sobre los delirios de nuestro espíritu debe llenarnos de temor y de vergüenza, a vista de la ignorancia en que podemos caer, si Dios nos deja en manos de una razón, que tan fácilmente se oscurece o se trastorna. Las naciones más sabias de la antigüedad, que todavía nos están dando y nos darán en sus obras lecciones grandes de las ciencias y de las artes, los griegos quiero decir y los romanos,

---

2. Gen. 1,26.

3. Gen. 3,5.

4. Psal. 11,4.

deliraron tanto en este punto como los más bárbaros escitas y malabares. Los pueblos más cultos en la sabiduría del siglo fueron los más necios en el conocimiento de Dios. Pero al paso que nos confunde este recuerdo vergonzoso, debe colmarnos de alegría la bondad infinita de ese Dios, que cuando nos castiga, es para corregirnos, y si nos desprende de sí por un momento, no lo hace para abandonarnos de una vez.

En prueba de tan dulce verdad, no os traeré a la memoria que en medio de la deserción universal del linaje humano tuvo la bondad de formarse un pueblo, al cual dio leyes, envió profetas; en el cual puso justos y obró extraordinarias maravillas, para que le conociese y adorase. Os hablaré, sí, de otros prodigios infinitamente más altos y universales, que por su revelación traslucieron los mismos profetas de aquel pueblo; pero se le dio a entender que estaban reservados para nosotros.<sup>5</sup> Entre ellos escogeré para mi discurso el más soberano de todos, y el más apropiado para curar el frenesí del hombre por endiosarse o acercarse más a la deidad. Él corría tras ella, como un furioso que pretende abrazarse con la sombra. Ella se le alejaba en pena de su sacrílego atentado. Pero en fin, venció la piedad divina los estorbos, que el hombre le ponía para manifestarle su amor. Abatió los cielos, y bajó sobre las alas de los vientos, hollando las tinieblas, que oscurecían los mortales.<sup>6</sup> No contenta con eso, humilló su misma naturaleza hasta unirla inseparablemente con nuestro barro; y atropellando todavía ingraticudes y desprecios del hombre, dispuso, antes de morir por él, quedarse con él mientras durase el mundo. ¿Pero cómo? De un modo el más benéfico y obligatorio, cual fue el de la eucaristía, por la cual pone su divinidad en nuestras manos, y nos da el arbitrio, no encontrado hasta entonces, de endiosarnos.

I. Porque cuando J.C. la instituye, convierte las sustancias del pan y del vino en su carne y en su sangre, para dejarnos en ella la divinidad, de que podamos usar, como cosa propia, en cuanto es sacrificio.

II. Quédase realmente en los accidentes del pan y del vino, para que alimentados de su carne y de su sangre nos incorpo-

---

5. Petr. 1, 12.

6. Psal 17, 11-12.

remos verdaderamente con su divinidad, en cuanto es sacramento.

Estos dos favores altísimos, con los cuales nada dejó al hombre que desear de sublime o de divino, serán la materia y partes de mi discurso. Sólo falta persuadirnos íntimamente de tan importantes verdades, y prepararnos de modo que obre en nosotros su efecto el sacrificio y el sacramento. Uno y otro es obra de la gracia, cuyo autor se nos franquea en la misma eucaristía. Adorémosle rendidos, y pidámosela por la intercesión de su Santísima Madre. Ave María.

### PRIMERA PARTE

Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor, decía el santo rey y profeta. Su alabanza resonará siempre en mis labios. Bendecirle he en todo tiempo, entonaré sus elogios mientras aliente, y procuraré que de una generación pasen a otra, hasta que se cierre la carrera de los siglos. En cumplimiento de tan religiosos votos, ocupó sus días en cánticos y salmos, que respiran el espíritu de agradecimiento de que estaba penetrado. La iglesia nuestra madre, infinitamente más beneficiada que David y su nación, y por tanto más reconocida, no se contenta con repetir los sentimientos sublimes de éste y otros profetas, y justos de su ley; con multiplicarles por boca de sus hijos, con dilatarles por los cuatro ángulos del mundo; sino que inspirada divinamente busca más y más desahogos a su reconocimiento, y mejores hostias de alabanza y acción de gracias.

Porque en realidad, aunque las divinas piedades que animaban el corazón y movían la lengua de David, eran singularísimas en él y en el pueblo hebreo respecto de las otras gentes, comparadas con las nuestras, son una sombra o símbolo oscurísimo. Si su divino autor no nos ilustrase, tampoco podríamos conocer que en ellas había querido anunciar con mucha anticipación las que reservaba para su iglesia en la plenitud del tiempo, cuando derramase sobre ella todo su espíritu y su beneficencia. No pretendo, ni es fácil, dar el número ni hacer el cotejo de unas y otras, pero es necesario tocar ligeramente las más grandes.

Entre un mundo idólatra, escogió Dios a Abrahán y su descendencia para formar un pueblo que le adorase, al cual ofreció el recinto de una corta tierra para su establecimiento. Después de varias peregrinaciones y casos se vio la estirpe de Abrahán cautiva y oprimida en Egipto, de donde la sacó por medio de Moisés, y a fuerza de prodigios y bondades la condujo a la tierra prometida. Por boca de este caudillo, le dio su ley, le enseñó el rito o ceremonias del culto, prometiéndole por recompensa de la observancia, abundancia de bienes temporales, triunfo de sus enemigos y permanente posesión de aquel país.

Así distinguió el Señor la descendencia de Abrahán entre todas las generaciones de la tierra. Pero cuando vino la plenitud del tiempo, o el lleno de sus piedades, no las limitó a una familia o nación, quiso que todas las naciones hiciesen una familia en que recayesen. No sacó de la tiranía de un príncipe el número de setenta mil hombres, libertó del poder del príncipe de las tinieblas a todo el género humano. No estrechó su domicilio a un cantón, señalóle por límites los mismos que cierran el globo. En vez de la copia de bienes temporales, ofrece la superabundancia de los celestiales y eternos, sin escasear los de la tierra, sobre que nos asegura que podemos descuidar dejándoles de su cuenta con tal que anhelemos por aquéllos. Prométnos el triunfo, no de un príncipe o muchos reyes, sino de todos los reyes y los príncipes, en una palabra, contra las potestades del mundo y del infierno. En fin, publica una ley nueva más soberana, santa, toda de gracia, y enseña un culto mucho más limpio, sencillo y espiritual.

Esta diferencia tan notable entre los beneficios hechos a la sinagoga o iglesia, reducida al pueblo hebreo, y los dispensados a la Iglesia Católica, esto es, dilatada por todo el mundo, venía con un principio todavía más desigual y soberano. A la primera hizo Dios sus favores por medio de hombres, y habló por ministerio de los ángeles; pero a la segunda habló por sí mismo en la persona de su Unigénito<sup>7</sup>, en el cual la congregó, rescató y purificó haciéndole la cabeza y el precio, el caudillo y el legislador, y esto no por una majestuosa aparición, sino por una demostración sensible y tan palpable, como la de unir su divina persona a nuestra naturaleza sin mengua de la una ni

---

7. Hebre. 1,2.



detrimento de la otra. Así lo tenía ofrecido en tiempo de la sinagoga. Pero cuando ella había degenerado en la creencia, en el culto, en las costumbres, cuando, ya Dios abominaba sus obsequios, ¿quién no temería que viniese con más indignación que en los días de Noé a acabar con los que habitaban la superficie de la tierra, y con la misma tierra? Cuando la revelación asegurase que su entrada en el mundo era pacífica, ¿no sería de temer que su ingratitude y su desconocimiento le provocasen a llamar los ministros de su reino?<sup>8</sup> ¿Y que uno solo exterminase el linaje humano, ciego y obstinado, como por medio de otro destruyó el formidable ejército de los asirios?<sup>9</sup> De esta suerte pensaría el hombre, y su prudencia carnal que, ofuscada del amor propio, no conoce otros motivos de obrar, que su interés e ignora los profundos y amorosos senos de la caridad de su Dios, que si le formó en tan alta dignidad por gracia, trataba de reformarle con mayor misericordia<sup>10</sup>. Pero la bondad divina, ni pensó ni obró conforme al mérito, o mejor diría al desmérito del hombre. Excedió a sus ideas, y vino, no sólo a hacerse hombre, a enseñarnos una ley nueva y perfecta, a hacer tratable su divinidad habitando corporalmente entre nosotros; sino lo que es más todavía, a sufrir de nuestra parte injurias, oprobios, tormentos y una muerte la más afrentosa; porque a tanta costa quería comprarnos y sacarnos del cautiverio, para reconciliarnos con el Padre, ofreciéndole el sacrificio de su mismo cuerpo.

Aquellos pueblos, en quienes no se oscureció la luz de la razón, hasta borrar la idea luminosa de un ser supremo, conocieron también la necesidad de algunas señales sensibles, con que protestasen solemnemente y confesasen su dependencia, como de autor absoluto; con que darle gracias de los beneficios que recibían de su mano, con que aplacarle cuando le juzgaban indignado. Pero, ¡oh, Dios misericordioso! ¿Qué de horrores, qué de inhumanidades no cometieron y cometen todavía los idólatras por la errada inteligencia de este principio? ¿Qué copia de sangre humana no se ha vertido, sobre la cual gemía la naturaleza, para bañar las aras que la impiedad y la superstición erigieron? A la sinagoga, que el Dios verdadero dio la ley

---

8. Joan 18,26.

9. 4 Reg. 19,35.

10. Eccles. in prepar. Calicis.

y enseñó el culto, señaló como carnal y acabada de sacar de entre los más supersticiosos e idólatras, como rodeada de naciones viciadas, un número menudísimo de ceremonias, la oblación, ya de cuadrúpedos, ya de volátiles, ya de cosas inanimadas, simples o compuestas, con distinción de los fines para que había de servirse de cada especie, según las diferencias de holocaustos pacíficos y expiatorios en que se dividían ofrecerse en un templo y por una sola de las doce tribus, cuyo sacerdote las repetía todos los años. Prueba convincente, según el apóstol<sup>11</sup> de su insuficiencia, que no podía santificar a aquellos por quienes se ofrecían y que eran sólo una sombra, no una imagen siquiera del sacrificio abundantísimo, perfecto y celestial, que reservaba para la santidad de su Iglesia Católica o universal.

¿Y cuál sería ese sacrificio excelentísimo, figurado por tantos, pero superior a todos? ¿Quién el sacerdote, que había de ofrecerle? ¿Cuántos sus frutos y cuáles sus efectos? El real profeta habla en persona de Jesucristo con el Padre, y dice<sup>12</sup>: *Los sacrificios y la oblación ya no son de tu agrado; pero has dádome un cuerpo; tampoco pides holocausto por el pecado; pues vedme aquí.* El cuerpo que tomó la persona del verbo eterno era el sacrificio, el holocausto y la hostia que se figuraba en la sinagoga por muchas especies, a las cuales excedía infinitamente el que había de poner en libertad a los que servían bajo el yugo de la ley mosaica; el que había de imprimir otra más perfecta en los corazones, no de un pueblo, sino de toda la tierra, y ablandarles por su virtud celestial; el que había de borrar y borró los pecados del mundo, abrir a los justos el camino de la patria y romper la pared o muro divisorio entre Dios y el hombre. Éste fue el holocausto, que en el altar de la cruz, ofreció a su Padre Eterno. Jesucristo, sacerdote según el orden de Melquisedec, pontífice exento de la corrupción de la culpa. Ni hubo, ni podía haber otra hostia propiciatoria que el cuerpo y la sangre del mismo Dios, capaz de reconciliarnos con él, ni otro sacerdote digno de ofrecerla, sino el que sin necesidad de rogar ni sacrificar por sí (como los sacerdotes, que se escogen de entre los hombres)<sup>13</sup> fuese ordenado por juramento,

---

11. Hebr. 10, 1-2.

12. Psal 39,9.

13. Hebr.,1.

pontífice santo inocente, sin mancha, que dirigiese todo su sacrificio al bien del pueblo.<sup>14</sup> Así fue que pudo verificarse que una sola víctima, ofrecida una vez sola, por un solo sacerdote, obrase la entera y aun superabundante redención del linaje humano; le restituyese a mejor dignidad de la que había perdido y le fortaleciese contra los enemigos que se le habían conjurado. Sólo un sacrificio *teándrico o divino humano*, hecho por un sacerdote de las dos naturalezas, pudo crucificar al hombre del pecado, renovarle en sí, pagar cumplidamente su deuda; cancelar la escritura que Dios tenía contra él, hacer de todos los hombres un cuerpo de que fuese cabeza el propio sacerdote; y por consiguiente cuerpo santo, inocente, sin mancha, purificado con el baño de su sangre, adoptado para Dios con derecho a su reino, que es la Iglesia, y nosotros todos cuantos por su misericordia hemos sido, y seremos llamados a ella por la fe en el bautismo.

No era menester ya más víctima ni holocausto, más oblación ni sacrificio. La insuficiencia de las hostias antiguas hacían que fuese necesaria su repetición cada año; la superabundancia del mérito de ésta bastó ofrecida una vez sólo para la destrucción del pecado; y así como una sola vez ha de morir el hombre, también una vez sola se ofreció Jesucristo para su santificación.<sup>15</sup> Pero la caridad inagotable del Redentor no quiso que su iglesia quedase sin sacrificio ni víctima que ofrecer perennemente a su Padre. Ninguna podía agradarle, si no era la misma que le había reconciliado al hombre. Nadie podía presentársela, sino el propio que había de sacrificarla en la cruz, que por su muerte subía a ejercer su sacerdocio, asistiendo a la diestra del Padre como pontífice que tenía acción a disponer de los bienes eternos<sup>16</sup>; pero veía que con ella había de faltar hostia digna y sacerdote visible. Para ocurrir a uno y otro, determinó su amor e hizo su omnipotencia el mayor de todos los milagros que había obrado, según la frase del angélico doctor<sup>17</sup>, y fue morir y quedarse; ir a usar su sacerdocio en los cielos, y dejar sacerdotes en su Iglesia, sucesores de su ministerio. Con este soberano objeto, tomó la víspera de su muerte en aquellas

---

14. Ibi 7,20.

15. Hebr. 9,25.

16. Ibi 9,11.

17. D. Thom. Op. 57.

sacratísimas manos, en que había Dios depositado todo su poder<sup>18</sup>, el pan que se servía en la última cena con sus discípulos, y por virtud de su poderosísima palabra le convirtió en su carne, sin que quedase de él más que la apariencia; tomó la copa del vino, y con la propia eficacia de su voz, le convirtió en su sangre, sin dejar otra cosa del vino que en ella había, si no fueron las especies aparentes. Como para morir en la cruz y ofrecerse en sacrificio era menester que la sangre, y la carne se separasen, aunque de ninguna de las dos se apartó la divinidad, por eso consagró con separación el pan y el vino en la misma carne y sangre, de las cuales tampoco se desunió la divinidad. Asegurónos con las palabras más claras, la verdad y realidad de esta transmutación o transubstanciación del pan en su carne y del vino en su sangre; mandó a los apóstoles que comiesen y bebiesen, y les impone el precepto, de que ejecuten lo mismo: *hoc facite*, y que lo hagan hasta su segunda venida en recuerdo de su pasión, *in meam commemorationem*.

Pues qué, ¿tenían los apóstoles la omnipotencia en sus manos, como Jesucristo, o en sus palabras la misma eficacia soberana que el hombre Dios para convertir el pan en su carne y el vino en su sangre, destruyendo sus naturales sustancias? No la tenían hasta aquel punto, pero dándoles el precepto de practicar lo mismo, no sólo les comunica la virtud de obrar el propio milagro de la transubstanciación, ordenándoles o creándoles sacerdotes de su nueva ley; sino la facultad de hacer otros sacerdotes, que es la perfección del sacerdocio en los apóstoles y sus sucesores los obispos; porque uno y otro hacía entonces Jesucristo. *Hoc facite*: haced esto mismo; pero ¿por qué añade que lo practiquen en memoria suya o como dice en otra parte el apóstol<sup>19</sup>, anunciando su muerte hasta que vuelva? Porque no pudiendo ni debiendo repetir su muerte en la realidad, la renovemos nosotros de un modo misterioso, pero vivísimo en la consagración separada de la carne y de la sangre, con lo cual tenía cuanto era menester para la razón de sacrificio.

Y veis ahí H.m el inefable arbitrio que usó la piedad infinita de Jesucristo para dejarse todo en nuestras manos, y para que pudiésemos con su sacrosanta carne y sangre, ofrecer su propia

---

18. Joann 13,3.

19. I. Cor. 11,26

divinidad al Padre, y alcanzar sus misericordias altísimas con la misma virtud y eficacia que había de practicarle en la cruz. Así lo hicieron los apóstoles y toda la Iglesia sin interrupción de tiempo ni diferencia de lugar, en la tremenda y saludable oblación de la misa, persuadida divinamente (como lo ha declarado siempre, y sobre todo en su última general congregación de Trento<sup>20</sup> a que "cual esposa amada, quería Jesucristo que le quedase un sacrificio visible, según era conforme a la naturaleza del hombre en que se representase aquel sangriento, que había de consumarse una sola vez en la cruz, cuya memoria fuese perpetua, y cuya saludable virtud se nos aplicase para el perdón de los pecados que cometemos cada día. Declarándose sacerdote constituido para siempre en la orden de Melquisedec, ofreció a Dios Padre su cuerpo, y sangre, bajo las especies de pan y de vino; y bajo los propios símbolos se les dio a los apóstoles, que entonces ordenaba sacerdotes del Testamento Nuevo, para que le tomasen. Mandóles al mismo tiempo a ellos y a los que debían de sucederles en el sacerdocio, que le ofreciesen en memoria del tránsito que hizo desde este mundo a su Padre, cuando por la efusión de su sangre nos redimió, sacó del poder de las tinieblas y trasladó a su reino<sup>21</sup>. Y como en este divino sacrificio, que ofrecemos en la misma, se contiene y sacrifica sin derramamiento de sangre el mismo Cristo que en la cruz se ofreció una vez vertiendo sangre, nos enseña la santa iglesia que el sacrificio de la misa (como el de la cruz) es en realidad propiciatorio. Porque con él podemos conseguir la misericordia y encontrar la gracia en auxilio oportuno, si con un corazón verdadero y buena fe, con temor y reverencia nos acercamos a Dios contritos y arrepentidos. Con esta oblación (sigue el Concilio) concede la gracia y el don de la penitencia, y perdona los delitos más enormes, siendo en efecto la misma hostia y ministro ofrecido en la cruz, el que ahora se ofrece por mano de los sacerdotes".

Os he dado las palabras claras y decisivas de la sínodo de Trento, que es decir, de la Santa Iglesia Universal, para que por ellas conozcáis cuánta es la excelencia de este sacrificio, y la caridad de aquel Señor que nos la dio. Ellas os convencerán de la verdad con que os afirmo que en la institución de la Eucaris-

---

20. Sess. 22. c.1.

21. Ibi c. 2.

tía puso Jesucristo con su cuerpo, toda su divinidad en nuestras manos, como un verdadero sacrificio propiciatorio, en que se renueva y ofrece cada día la misma víctima que en el calvario. Por ella alcanzamos el espíritu de la penitencia para el perdón de los pecados; los auxilios para no caer en ellos, la fuerza para perseverar en la justicia, la gracia para medrar en la virtud, y el remedio de nuestras miserias y la libertad de todos los males, presentes, pasados y por venir, que es una de las deprecaciones que hacemos antes de la división de la santa hostia. Por él dilatamos nuestra caridad desde el trono del Padre a los senos del purgatorio, y enlazamos nuestra militar congregación con la triunfante y la purgante, cuyos tres estados significan las tres partes en que dividimos la hostia.

Porque la misa es de sumo gozo a los bienaventurados por cuya gloria la ofrecemos en acción de gracias, y ellos se deleitan con la memoria de la redención, con el recuerdo de nuestro beneficio y la admiración de la divina bondad. Los justos, que apuran entre las llamas su virtud y perfeccionan su penitencia, reciben (conforme a la profecía de Zacarías<sup>22</sup> y la decisión de la Iglesia<sup>23</sup>, o la eterna libertad o el alivio de sus penas. La reducción del pagano, la destrucción de la herejía, la reunión del cismático, la reconciliación del pecador son objetos de la primera importancia de nuestra oblación, como que de ellos depende la paz, la coadunación, el buen régimen y perfección de su iglesia, que pedimos al principio del canon. Ofrecémosla primeramente por ella y su cabeza visible el Papa, por los prelados inferiores a éste, por nuestro soberano amadísimo, por todos los príncipes cristianos y cuantos adoran al Señor en su fe católica y apostólica, descendiendo así hasta la satisfacción de nuestras culpas y el remedio de nuestras necesidades corporales y espirituales. Oblación la más oportuna y acepta a los ojos del padre, como que es su mismo Hijo amadísimo. Y si con promesa infalible nos asegura que cuanto le pidiéremos en el nombre de este Hijo, nos será otorgado conforme a nuestra salud, ¿qué dudaremos alcanzar cuando le rogamos por su Hijo, en su hijo y con su Hijo? Más claro, cuando es el mismo Hijo el que le presentamos, pidiéndole por nosotros?

---

22. Zachar. 13,8.

23. Trident. sup.

Más no creáis H.m. que esta dignidad altísima de ofrecer al Padre su misma divinidad con la carne y con la sangre de su Unigénito, la ciñó el Hijo a los apóstoles y a sus sucesores en el sacerdocio. No penséis que vosotros carecéis de acción en este tan santo como saludable sacrificio. A su iglesia, esto es, a todos los fieles, hizo la gracia. Es verdad que así como la hostia, que en él se ofrece, es la misma que sacrificó en la cruz, sin otra diferencia que la del modo incruento o sin derramamiento de la sangre, también el sacerdote que la ofrece es el propio Jesucristo<sup>24</sup>, que comunicó su sacerdocio a los apóstoles la noche de la cena, para que no faltase en la tierra por su muerte; y éstos, con la propia economía, lo trasladaron a los obispos y presbíteros que habían de sucederles. En nosotros, y cuantos conforme al rito y cánones se ordenaren, reside y residirá privativamente el poder de consagrar, esto es, de traer del cielo a la tierra, a Jesucristo volverle vivo y glorioso a nuestra compañía. A nosotros se nos da en cierto modo la virtud omnipotente de su palabra y en fuerza de las que dejó instituidas, y nosotros pronunciamos sobre la hostia y el cáliz, convierte el sacerdote eterno Jesucristo las sustancias del pan y del vino en su adorable carne y preciosísima sangre. Ninguno puede hacer este prodigio, si no es que la Iglesia, por medio de una ordenación legítima, le haya dado poder sobre el cuerpo y sangre de su esposo, con lo cual nos constituye también ministros públicos, por cuya interposición ofrecen los fieles, unidos en un cuerpo con este ministro, el sacrificio incruento, como que sin él no podrían tener la divina hostia.

Pero todos los cristianos que asisten a la misa como deben, son otros tantos ofrecedores del mismo sacrificio que allí se hace, y ministros, con cierta propiedad. Por eso, en toda la sagrada ceremonia o rito, habla el sacerdote en persona de todos o como si hablasen todos. En dos pasajes se conoce con más particularidad esta acción de cada uno en la oblación. El primero, cuando concluido el Memento de los vivos, dice el sacerdote: "Acordaos, Señor, también de todos los asistentes, por los cuales te ofrecemos o quienes te ofrecen este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, para la redención de sus almas, para la esperanza de su salvación y de su salud, y te

---

24. Trid. ibi. c. 2.

tributan sus votos como a Dios eterno y verdadero". El segundo, cuando hecha la elevación de la hostia, prosigue así: "Por tanto, acordándonos, Señor, nosotros tus siervos y también tu pueblo santo, de Jesucristo hijo tuyo y Señor nuestro, que padeció, resucitó, y subió a los cielos, ofrecemos a tu soberana majestad de tus propios dones y larguezas una hostia pura, santa y sin mancha; un pan santo, que es pan de vida eterna, y un cáliz que contiene la salvación perpetua". Esta participación en la acción del sacrificio eucarístico, os asegura el título de sacerdotes, que da a los fieles el príncipe de los apóstoles<sup>25</sup>, llamándoles estirpe escogida, sacerdocio real, gente santa y pueblo de adquisición. Así se verifica lo que escribió San Juan<sup>26</sup>, diciendo que Jesucristo hizo de nosotros, con su sangre, un reino para Dios, y nos constituyó sacerdotes. Por eso decía Tertuliano, que teniendo los cristianos en sí el derecho del sacerdocio, debían también tener la instrucción de los misterios, y las costumbres propias de un ministerio tan alto.

Al pueblo hebreo le mandaba Dios que fuese santo, puesto que S.M. lo era<sup>27</sup>; y San Pedro nos repite la sentencia<sup>28</sup>, haciéndonos cargo de la sangre divina con que hemos sido lavados, para que desterradas las primeras tinieblas de la ignorancia, seamos santos en toda nuestra conversación. Sí, H.m., la vida y las acciones del sacerdote deben ser dignas de su sagrado ministerio. Las vuestras han de corresponder a la participación que tenéis en él con el sacerdote. ¡Ah! que si yo no me engaño, mucho, así se verificaría, al menos en la mayor parte de los cristianos, si estuviesen ilustrados en el ministerio de la Eucaristía. "Si (conforme tiene ordenado la Santa Iglesia), se les instruyese con frecuencia en lo que es y lo que contiene este adorable sacrificio. Ella no ha juzgado conveniente, que la misa se celebre en lengua vulgar, aunque encierra mucha enseñanza. Pero porque no queden en ayunas de su virtud, quiere y manda que aquéllos a cuyo cargo está el pasto espiritual, expliquen y repitan muchas veces lo que se lee, lo que se pide, y todo lo que en ella se contiene"<sup>29</sup>. Entonces bien persuadidos de que el

---

25. I Petr. 2,9.

26. Apoc. v.10.

27. Levit, 11,44.

28. I Petr. 1,14. & c.

29. Trid. sess. 22, c. 8.



hombre Dios, puso su divinidad en nuestras manos, para que nos sirviésemos de ella como de una víctima poderosa para alcanzarnos el perdón de las culpas, el remedio de los males, la convalecencia de nuestras flaquezas; ansiaríamos por usarla sin intervalos, arreglaríamos las acciones para ofrecerle, ajustaríamos el interior y el exterior, y nos deleitaríamos con la grandeza de tanto don, volviendo sin cesar las debidas gracias a su autor.

Entonces la tremenda santidad de nuestros templos se vería reverenciada, restituido a nuestras augustas aras el culto que les debemos, adorado con el respeto más cordial y más profundo el cordero que en ellas se sacrifica; desterrada de la casa del Señor y del santuario la profanación torpe, que lamentaba en sus días el profeta, y que irritó toda la mansedumbre de Jesús en su tiempo. Entonces se reprobarían aquellas falsas opiniones, que dan por bastante la asistencia corporal de los cristianos a la santa misa, sin la devoción cordial, cesarían los clamores de los operarios evangélicos para reducir a los fieles de ambos sexos a una presencia de espíritu y de cuerpo, conforme a la santidad de la obra; y en vez del escándalo que se nota, produciría edificación, y entonces finalmente descansaría el celo de los pastores, que les devora por la casa de Dios, por el respeto del Cordero, por la salud de nuestras almas y por el cumplimiento de su obligación tan encargada en el Concilio de Trento<sup>30</sup>, el cual les manda que usen de la espada de la excomunión y otras penas, para obligar a los fieles a guardar en la misa toda la decencia, devoción y recogimiento que corresponde.

## SEGUNDA PARTE

Tales serían los frutos que recogiesen los cristianos del adorable sacrificio de la Eucaristía, si bien instruidos de su grandeza, y de la bondad y beneficencia de su autor, como quiere la Iglesia, se aplicasen a hacer el uso que les franquea. Pero nada colmaría el gozo de la misma Iglesia tanto, como era ver que no contentos con servirnos de esta divina largueza en

30. Trid. sess. 22. Decr. de Obs. & in cel. Mis.

calidad de hostia, aspirásemos sobre el uso a la propiedad, si puedo decirlo así. Esto es, que santamente ambiciosos, pretendiésemos, no el fruto solo, sino el árbol, no los esquilmos del cordero, sino su delicadísima carne y sangre, haciéndonos inmediatamente participantes de la divinidad e incorporándonos con Jesucristo, origen de tanto bien. Porque ni la inmensa caridad de este Señor en la institución del sacramento, ni el espíritu de su esposa en perpetuarle y en comunicarle a sus hijos, se limitó o se reduce a que le adorásemos bajo las especies del pan y del vino, ni a que repitiésemos secamente la memoria del sacrificio de la cruz, sino que también quiso y quiere principalmente que comamos su carne y bebamos su sangre, para alimentarnos del pan de la vida, que es la unión con la divinidad del Salvador. Por esto, cuando le instituye, antes de hacer la transubstanciación de las materias o de convertirlas en su sangre y en su carne, convida a sus discípulos y les provoca a que coman: *accipite & manducate*, les dice antes; y luego obra el prodigio: *hoc est Corpus meum*.

Así lo entendieron nuestros padres los primeros cristianos, entre los cuales la celebración de los misterios (que era el nombre más común, de la que hoy llamamos misa) se dirigía fuera de la adoración y oblación del sacrificio, a la distribución de la carne vivífica del Cordero entre cuantos asistían, y aún a los que la enfermedad u otro accidente impedía la concurrencia, se les llevaba a la cama o a la cárcel por ministerio de los diáconos. Éste era el espíritu y el fervor de aquellos fieles. Como vivían siempre dispuestos a padecer y a morir por Jesucristo, ansiaban por unirse con él. De aquí venía la frecuencia con que se acercaban a la mesa del divino banquete, no tanto para ver el manjar soberano, cuanto para alimentarse de él. Cuando más se enfurecía la rabia del gentilísimo contra nuestro culto, cuando más se desvelaba el celo de los paganos por acabarle, recelosos los cristianos de no poder juntarse a menudo a su celestial convite, llevaban consigo de la última celebración el pan consagrado, que guardaban para alimentarse y fortalecerse en la necesidad del martirio que les amenazaba. Ved cual era la confianza que tenía entonces la Iglesia en la pureza de aquellas manos, y en la fidelidad de aquellas almas, cuando así les confiaba todo el depósito del cuerpo de Jesucristo. Miraba en cada uno, un sacerdote de quien nada recelaba

sobre el respeto y la veneración debida a tan alta prenda. Y ved también cuánta era su hambre de la carne divina del Cordero.

¡Oh edad, no de oro, sino de gracia! ¡Oh siglos bienaventurados en efecto! ¡Tiempos de purísimas delicias para la tierra y para el cielo, para los mortales, y los ángeles! ¡Cuánto suspira la Iglesia por veros renacer, porque florezcáis de nuevo! ¡Cuánto anhela y ora, porque el espíritu de Dios reanime los corazones de los fieles con el fuego de su amor, y prenda en ellos la llama vivificante del fervor de sus primeros hijos! Desde que éste se resfrió, no ha cesado de derramar sus lágrimas en la presencia del Señor; de amonestarnos por sus prelados y concilios a que con la mayor frecuencia nos acerquemos a la participación del Cordero. En su última congregación general dice<sup>31</sup>: "Que desearía entrañablemente que todos los cristianos que asisten a cada misa, recibiesen sacramental y espiritualmente la sagrada Eucaristía, para que fuese más colmado su fruto<sup>32</sup>". No se contenta pues la Iglesia, ni se contentó el Salvador con que ofreciésemos su carne y su sangre en memoria de su pasión. Extendió su caridad a mayor beneficencia, y quiso que además de ofrecerle, le comiésemos, para que nos uniésemos mutuamente con S. M. ¡Tanto fue su amor por nosotros, tanta la dignidad que levantó de su grandeza! Quiso a más de ponerse en nuestras manos, transformarnos en sí y endiosarnos.

Y para que no dudéis de la excelencia a que os admite, oíd su doctrina en este punto. Mucho antes de instituir el sacramento, para que recibiésemos con él esa elevación (que ni podía venir a nuestro espíritu ni dejar de desecharla como quimera, cuando alguno se la ofreciese) nos previno en una contestación prolija con las turbas, para que pudiésemos adoptarla. Pedíanle en prueba de ser el enviado del Padre, señales semejantes a las que obró Moisés en el desierto con la lluvia del Maná<sup>33</sup>. Había multiplicado unos panes para alimentarles, y no encontrándole al día siguiente en el mismo lugar, tomaron barcas y pasaron la otra parte del lago o mar de Tiberíades, hacia Cafarnaum, donde supieron que se había retirado. Rodéanle, y les dice: "Vosotros venís buscándome, no por la fe de los milagros que

31. Trid. sess. 22. c. 6.

32. Sess. 13. c. 8.

33. Joann. 6, 30-31.

habéis visto, sino porque os he saciado de pan. Procurad pues otro pan más excelente, incorruptible, capaz de haceros vivir eternamente, el cual os lo dará el hijo del hombre<sup>34</sup>. Porque aunque, mirado de fuera, os parezco uno de vosotros, gozo interiormente por la unión del Padre una igualdad con él tan entera en poder y en virtud, que no me será difícil daros el pan de nutrimento eterno.<sup>35</sup> Es verdad que en el desierto os dio Moisés un manjar que caía de lo alto, pero sabed que ese no era pan del cielo; mi Padre es quien os da pan verdaderamente celestial. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Yo soy el pan de la vida; el que se acerca a mí, no tendrá hambre, ni sed el que creyere, porque mi Padre, que me ha enviado, quiere que todo el que ve a su hijo, y cree en él, viva eternamente”.

Hasta aquí les asegura que es pan del cielo, enviado por el Padre, y como tal poderoso para hacerles vivir eternamente. Mas no dice que al que le come, sino al que cree en él. Como los hebreos le conocían por hijo de José, murmuraban entre sí, oyéndole llamarse *Pan de vida, enviado por el Padre*. Penetra Jesucristo, sus dudas e insiste en afirmarles lo mismo; pero añade que *él es Pan de vida, no como el Maná que no pudo preservar de la muerte a los que le comieron; que él es pan bajado del cielo, para que no muera el que le coma*.<sup>36</sup> Procuró preparar sus ánimos hablándoles del pan de la fe, para ser creído cuando les hablase, como les habla desde aquí del pan de la Eucaristía, y sus efectos, del cual se dice que es su propia carne, y que es menester comerla. A pesar de aquella preparación, encuentra nueva resistencia en la fe de su auditorio, que aunque ya no murmuraba, disputaba. Parece, según el texto, que no dudaban que Jesucristo fuese pan celestial en un sentido espiritual, pero les hace más fuerza, que haya de darles a comer su propia carne, que es el pan. Este es el lenguaje incomprensible y duro, el que hubiese de darles su cuerpo por manjar. Asegúrales de nuevo, con una afirmativa doble. Amén, amén, “que el que come su carne y bebe su sangre, gozará de vida eterna, la cual ninguno podrá alcanzar sin este medio. Porque mi carne, les

---

34. Ibi 26,27.

35. S. Ciril. Lib. 3 in Joann. cap. 5.

36. Joan 48.

dice, es en realidad manjar, y mi sangre es en realidad licor, y tal que el que le come y le bebe, queda en mí y yo quedo en él". ¿Pero cómo queda? No por modo de asistencia, no por comunicación de dones, sino por una incorporación, por la cual al que come su carne le convierte Jesucristo en su misma carne. Hace con él otro milagro muy parecido al de la consagración. En ésta convierte las sustancias del pan y del vino en su carne y en su sangre, en la comunión eucarística convierte en la misma carne y sangre al que las recibe, aunque sin destrucción del sujeto.

Este es el sentido que han dado los padres a aquella frase del Salvador: *El que come mi carne y bebe mi sangre, queda en mí y yo quedo en él*; no sólo por un término espiritual, sino con unión corporal. "El modo con que se explicó Jesucristo, dice San Hilario<sup>37</sup>, nos quitó todo motivo de dudar sobre la realidad de su carne y de su sangre. Conforme a esta profesión del Señor, tiene nuestra fe *que es verdaderamente carne y verdaderamente sangre*. Tomadas éstas, hacen que esté Cristo en nosotros y nosotros en Cristo. Y esto (pregunta el mismo Santo) ¿no es también una verdad? Niéguenlo aquellos (responde) que no tienen por verdad que Jesucristo es verdadero Dios. Pero nosotros concluyamos que estamos en él, y él en nosotros por carne; de suerte que lo que nosotros somos está en Dios. El principio, pues, de nuestra vida consiste en que, por medio de su carne, queda Cristo en nosotros carnales, para que vivamos con él, en aquel modo que él vive por el Padre. Por consiguiente, si nosotros vivimos naturalmente por él según la carne, esto es, porque hemos logrado la naturaleza de su carne; él vive en nosotros como él propio vive por el Padre naturalmente". El padre S. Cirilo, sobre las mismas palabras del Señor, reflexiona así: "No dijo Cristo, que quedaría en nosotros por alguna relación de afecto, sino por una participación natural. De suerte que al modo que si uno mezcla dos porciones de cera y las pone al fuego, resulta de ambas una masa; del mismo modo, por la participación del cuerpo de Cristo y su preciosa sangre, él se une con nosotros y nosotros con él. Ni podría de otra manera vivificarse lo que por su naturaleza es corruptible, si no

37. D. Hilar lib. 8. de Tri. n. 14.

38. S. Ciril I. 10. in Joann. p. 853.

es uniéndose corporalmente al cuerpo de aquél, que es por naturaleza la vida.<sup>38</sup>

A estos ilustres testimonios añadiremos, en prueba de la universal creencia, el de San Juan Crisóstomo<sup>39</sup>. No tuvo, dice por bastante Jesucristo hacerse hombre, ser herido en sus mejillas y crucificado, sino que se incorpora con nosotros, y esto no sólo por virtud de la fe; *nobis commiscet, & non fide tantum*; sino en la realidad haciéndonos su propio cuerpo: *Verum & ipsa re suum nos efficit corpus*. Así hablaba el santo a su pueblo de Antioquía en un sermón, y en otras les asegura<sup>40</sup>: Que para que no se creyese que estaba en nosotros sólo por la caridad, y se conociese que en la realidad, *re ipsa*, nos mezclamos en su carne; por eso se nos dio en alimento, y así se mezcló, contemporizó y coadmentó su cuerpo con el nuestro, que es la prueba de los que aman con más ardor. "Piensa, pues, el honor, continúa el Crisóstomo<sup>41</sup>, que te ha hecho, y la mesa con que te regala. Aquello a cuya vista se estremecen los ángeles, y no se atreven a mirar de hito en hito por el sumo esplendor que de sí exhala, de esto nos alimenta, a esto nos unimos, y nos hacemos un cuerpo y una sangre de Cristo. ¿Quién ponderará los milagros del Señor y predicará sus alabanzas? ¿Qué pastor alimenta de su propia sangre a las ovejas? ¿Qué digo pastor? Muchas madres hay que después de los dolores del parto, entregan sus hijos a otras amas. No hizo así Jesucristo, sino que les alimenta con su propia sangre, y en todo nos incorpora consigo: *& per omnia nobis coagmentat*". Y si, de aquella morada o habitación que hace Jesucristo en nosotros por la fe, por el amor y por la gracia, dice el mismo San Juan Crisóstomo, que se endiosa o hace divino el corazón humano,<sup>42</sup> ¿con cuántas más propiedades diremos, por su propia doctrina, que se endiosa o diviniza el hombre en quien queda Jesucristo, no sólo por la caridad, sino en efecto y realidad naturalmente por la participación de su carne y de su sangre?

Sí, H.m. cuando nosotros participamos del celestial alimento en la mesa del altar con la fe, con la caridad y todas las disposiciones que corresponden; con aquella vestidura nuncial,

39. Chrisost Hom. 60 ad Pop. Antioch

40. Hom. 61. It.Hom. 45. in Joann

41. Hom. 60. cit.

42. Christ. Hom. 2, inc. I. Ep. 2. ad Cor. in originali graeco.

de que habla el Evangelio, viene Jesucristo a quedar y unirse con nosotros, no con una relación de afecto, no con una habitación por infusión de los dones y gracia del Espíritu Santo; sino incorporando naturalmente nuestra carne con la suya, y convirtiéndola en sí. S. Agustín dice que los que le reciben dignamente se hacen y son aquello mismo que reciben.<sup>43</sup> Y S. Cirilo Alejandrino afirma<sup>44</sup>: “Que así como se hizo vivífica la carne del Salvador por haberse unido, según la naturaleza, a la vida, que es el Verbo Eterno; así cuando la comemos recibimos en nosotros la vida, porque nos unimos a ella, al modo que ella con el Verbo”. Esta participación verdadera y carnal de la divinidad, es la que nos enseña la Iglesia a pedir en la misa, cuando al preparar el cáliz nos hace rogar a Dios *que por aquella mezcla y unión que hacen entre sí el agua y el vino, nos conceda participar de la divinidad de aquél, que se dignó participar de nuestra humanidad.*<sup>45</sup>

Hasta aquí se extendió la benignidad y el amor de nuestro Salvador Jesús. Manifiéstase, dice San Pablo<sup>46</sup>, en hacerse hombre por pura misericordia y sin mérito alguno de nuestra parte; pero le selló, según S. Juan, con la institución de este divino sacramento.<sup>47</sup> Porque en la Encarnación unió consigo una porción de nuestra carne. En la Eucaristía une con su carne la carne de cuantos quieren recibirle. Nada dejó al hombre, que pudiese apetecer más alto, nada más excelente, y si no hay criatura de cualquier clase que sea en la basta extensión del universo, que no gire con natural empeño a su mayor perfección, si este conato debe ser más vivo en el hombre, cuanto son más altas sus potencias y sus luces; si el saber que fue formado a la semejanza de Dios, es y ha sido un estímulo para asemejársele más; deberá, sin duda, arrebatarse como impulso a unirse por la Eucaristía e incorporarse con él, cuando se le franquea este arbitrio con tanta facilidad. Pues, ¿cómo no corremos todos como hambrientos y acosados de la sed a esta mesa, siempre preparada, en que nos saciamos, a jamás tener necesidad, en que nos nutrimos de pan, vino y celestial dulzura

43. D. August. ser. 227. ó 38. de Diver.

44. L. 4 in Joan.

45. Mis. in orat. Deus qui humane, & c.

46. Ad Tit. 111,4.

47. Joann 13, Ep. I.

y nos incorporamos carnal y naturalmente con el mismo Dios? ¿Por ventura se ha apagado en nosotros, contra el orden de la naturaleza, el apetito de engrandecernos, que llegaba a la locura? ¿Es acaso que no creemos la virtud infinita de este misterio, y el amor inmenso de su autor? Yo me persuado, H.m. que nuestra tibieza (por no decir otra cosa), viene, como se explica S. Gregorio<sup>48</sup>, del destemple con que nace nuestro paladar espiritual en el valle de esta peregrinación. Nacemos fastidiosos, venimos sin gusto e ignoramos lo que debemos desear. Crece este fastidio, y se apodera tanto más de nosotros la enfermedad, cuanto más nos alejamos de gustar la dulzura de la mesa. Sus espirituales delicias, al contrario de las del cuerpo, no engendran apetito ni deseo, si no es cuando se han gustado, y poseído. Cuanto más se han comido, tanto se apetecen más, porque no estomagan ni hartan. Pero cuando no se prueban, cuando por mucho tiempo se ha dejado su uso, causan en el alma una inedia o desgana, que la aniquila y consume poco a poco.

El que creyere, y creyere con fe viva la inefable bondad de Jesucristo, en darnos por la Eucaristía la realidad de su carne y de su sangre, que en ella se come y se bebe, los admirables efectos que este alimento divino causa en las almas, en fin, que el que le recibe se une con Jesucristo, de un modo tan inexplicable cuanto es más alto; el que así creyere, vuelvo a decir, procurará vencer la inapetencia con el auxilio del mismo Jesucristo, se acercará a probar, y hallará, como dice el profeta, la inefable suavidad del Señor<sup>49</sup>: Gustada una vez, crecerá por momentos su apetito, y en nada encontrará gusto sino en la mesa del Cordero. Nada habrá, que le deleite, si no es su carne, y a fuerza de alimentarse con ella, se abismará, digámoslo así, en Jesucristo, morirá en sí para vivir en él, y podrá decir que se escondió con él su vida en la de Dios<sup>50</sup>.

Y por tan distinguidas mercedes, por un beneficio, entre otros, tan superior a los de la sinagoga, como éste que recibe la Iglesia nuestra madre, ¿qué gracias dará a su autor? Los labios de sus pastores, las lenguas de todos sus órdenes, las bocas de

---

48. S. Greg. Pap. Hom. 36. in Evang.

49. Psal. 39,8.

50. Col. 111,3.



todos sus hijos empleadas en alabarle, no serían bastantes. ¿Dejará acaso sin retorno? No, señores. Pues, ¿cómo ha de desempeñarle? Con la misma Eucaristía. El propio nombre significa *acción de gracias*. Para darlas a su Padre, le instituyó Jesucristo, según nos manifiestan S. Mateo y el apóstol.<sup>51</sup> Este es uno de los fines para que le usa la Iglesia, y nos manda levantar el corazón a Dios.<sup>52</sup> En fin, reconviniéndose a sí misma con la soberanía de tanto don, se pregunta: *¿Y qué volveré al Señor por tanto como me ha dado?* Nada tengo que retornarle, sino el uso de su propia beneficencia. *Yo tomaré, dice, su cáliz de salud e invocaré su nombre.*<sup>53</sup> Así lo ejecuta todo el año desde el oriente al occidente, y desde el septentrión al mediodía. No hay momento en que no presente al padre este holocausto, y en que no coma la carne y beba la sangre del cordero por medio de sus ministros, y en que no le dé gracias de sus altísimas piedades, señaladamente de la Eucaristía. Pero todo esto no llena sus maternales deseos, porque de un beneficio que se extiende a todos y a cada uno de sus hijos, conoce que todos y cada uno deben aprovecharse, y dar las gracias.

Con ese deseo, además de provocarnos diariamente, ha instituido la solemnidad que hoy celebramos, con el nombre del cuerpo de Cristo; teniendo por muy justo (dice en su congregación de Trento)<sup>54</sup> “que haya en el año ciertos días, en que los cristianos traigan a la memoria este inefable y enteramente divino sacrificio, para mostrar su gratitud con más rara y singular significación”. No consiste la Iglesia en sólo los obispos y sacerdotes; ni es la verdadera acción de gracias, la pura adoración del cuerpo y sangre del Señor. Es la iglesia el conjunto de todos los fieles; y el retorno del beneficio es el sacrificio divino de ese cuerpo y sangre, y la participación sacramental y espiritual de ella. Por consiguiente, ni cumpliremos con nuestra obligación, ni con el espíritu de la iglesia, si no es acercándonos con frecuencia a gustar la dulzura del Cordero y a ofrecerle, principalmente en estos días. Despleguemos en ellos, nosotros sus ministros los labios, para enseñar al pueblo su grandeza, sus efectos y la dignidad a que ha sido levantado por

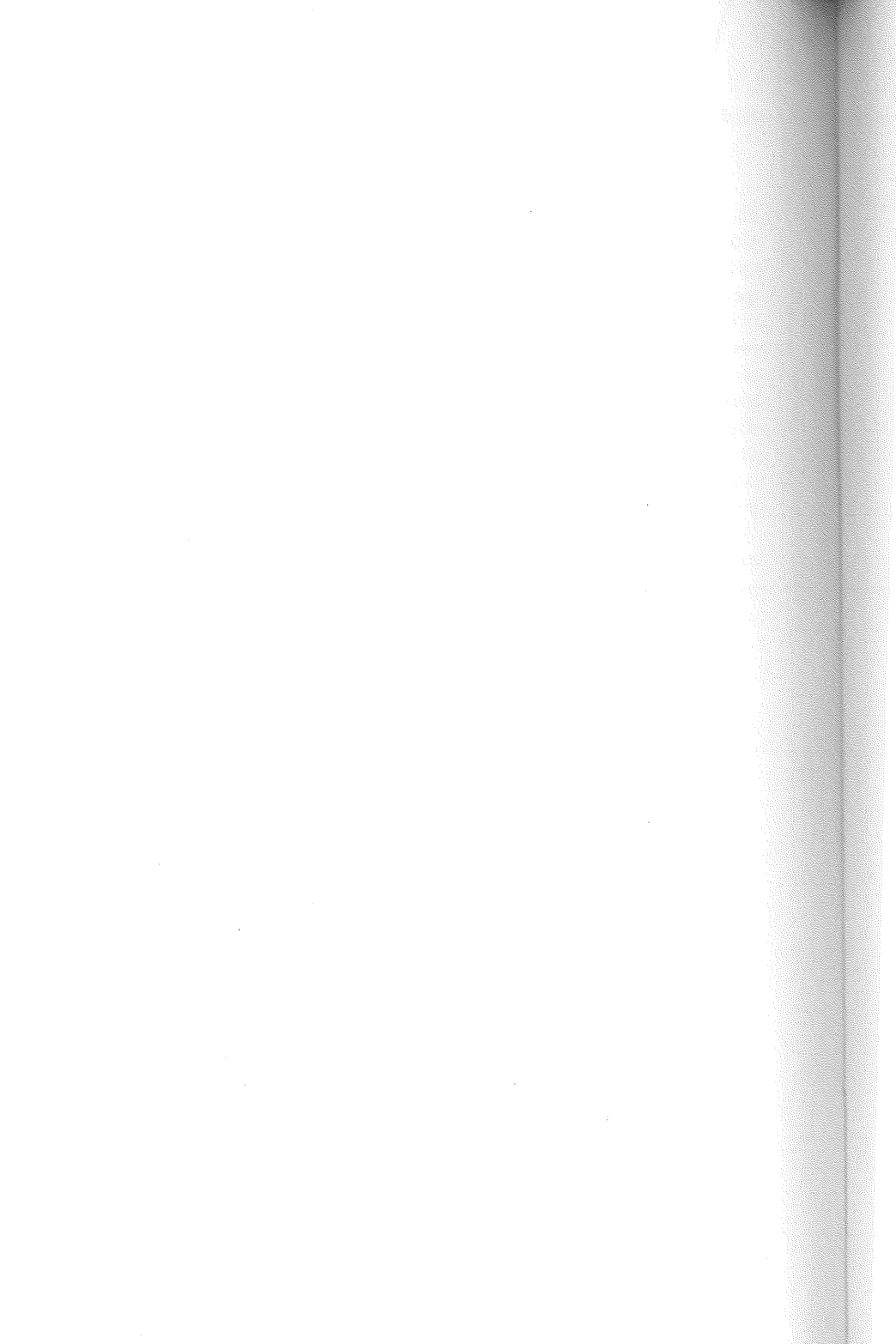
51. Matth. 26,17. Ep. I. Cor. 11,24.

52. Praef. Missae

53. Miss post commun, calicis.

54. Trid. sess. 13, c. 53; Dz 878.

él. No nos hagamos reos de su fastidio, nacido de la ignorancia. Vosotras, esposas de ese Cordero, no olvidéis en vuestras conversaciones con él, a todos los fieles, rogando que les anime, que les ilustre y que resucite en ellos el fervor de los primeros cristianos. Imitad, cuanto sea posible, la esposa de los cantares, que ponderaba la grandeza y la hermosura de su esposo, para que otros le amasen y le buscasen. Y vosotros, cristianos que me oís, acabad de conocer la excelencia de que os ha hecho dignos Jesucristo. Sabed que no hay vida para vuestras almas, si no es en el alimento de la mesa del altar; que no hay sacrificio para alcanzar el perdón de los pecados, la infusión de la gracia y de los dones, como el de la Eucaristía, que penetrados de estas verdades, ayudados de este auxilio, postrados ante estas aras, curaréis de la inapetencia, buscaréis el pan verdadero, conseguiréis la salud y viviréis vida eterna. Amén.



SERMÓN DEL SEGUNDO SÁBADO DE CUARESMA  
AL REAL Y SUPREMO CONSEJO DE CASTILLA

*Et ecce aparuerunt eis Moyses & Elias loquentes  
cum eo.*

*Entonces vieron a Moisés, y a Elías hablando  
con Jesús. Matth. c. XVII, 3.*

Entre el prodigioso hecho de la transfiguración de Jesucristo, y la admirable doctrina, que antes de ella dio a los apóstoles, se nota un intervalo de seis días enteros, en que no sabemos hiciese o enseñase en público cosa alguna. Había compendiado el espíritu de su Evangelio, diciéndoles: "Que el que quisiese seguirle, debía negarse, y después tomar su cruz. Porque el que pensase en guardar su alma, la perdería, y por el contrario, el que la aventurase por su D.M., ése la conservaría y la salvaría. ¿De qué le sirve al hombre, añadía, apoderarse del mundo, si al fin viene a perder su alma? ¿O qué podrá hacer y sacrificar que valga su salvación? Pues debéis saber que el Hijo del hombre ha de venir lleno de la gloria de su Padre, y entonces dará a cada cual el premio o el castigo que merecieron sus obras"<sup>1</sup>. Para que pudiesen meditar documen-

---

1. Mt. 16, 24-27.

tos de tanta importancia, les dejó, y no fue largo, el intermedio de seis días.

Al cabo de ellos escogió entre todos a Pedro, Santiago y Juan, y les condujo a una montaña para orar; pero mientras él lo practicaba, se rindieron al sueño todos tres. Despiertan, y ven con admiración que el rostro de su maestro brillaba con resplandores de sol, y que sus vestiduras centelleaban a fuerza de una blancura extraordinaria. Advirtieron también que le hablaban con semblantes majestuosos Moisés y Elías, los cuales se les desaparecieron con los repentinos rayos de una luminosa nube, cuya viveza los ciega y aterra. Si el espacio de seis días les fue conveniente para profundizar el misterio de la negación y de la cruz que debían tomar, el misterio del Tabor les era utilísimo, así para no desconocer la divinidad del Mesías en la cruz, como para que se alentasen a abrazarla, si querían seguirle a tanta gloria; que no hay aguijón para el atleta que combate, como la vista del galardón a que aspira.

Así esforzaba Jesucristo a los que tenía destinados, para que sobre doce sillas juzgasen al mundo el día que viniese con toda la majestad de un juez soberano a distribuir penas y premios; y con la propia escena (disculpe la voz lo extraño de la visión) pienso alentar a vuestra alteza en el trabajo de su pesada cruz. Toda la representación gloriosa del Tabor, la majestad y carácter de los personajes, que allí se vieron, y el fin a que se juntaron, traza en el fondo de mi espíritu la imagen más viva de la soberanía de vuestra real persona y de sus obligaciones. Yo miro en aquella gloria momentánea un diseño de la grandeza temporal, en que Dios coloca a vuestra alteza sobre la tierra, y un relámpago de la eterna que le prepara, si atiende e imita los modelos de Moisés, Elías y el salvador. Porque en realidad:

I. Moisés es el espejo de los legisladores, que aspiran a hacer felices los pueblos.

II. Elías es el ejemplar del cielo con que debe mirarse por la observancia de las leyes, para asegurarles aquella felicidad.

III. Jesucristo es el original del poder supremo, que deroga o purga las leyes, y las cumple con exactitud.

Esta es, Señor, la cruz que carga sobre vuestros reales hombros. Dar a los hombres leyes ajustadas a la razón eterna, para que logren toda la felicidad que cabe en esta vida mortal, celar su observancia a fin de que no la pierdan; derogar las pernicio-

sas, limpiar de abusos la útiles, y dar ejemplo de su cumplimiento, cruz en realidad pesadísima, pero que conduce a más gloria de lo que vieron en el monte los apóstoles. A las luces con que Dios ha ilustrado a vuestra alteza no puede esconderse el interés de la materia, y la necesidad que tenemos de su gracia; yo para tratarla con la dignidad que debo, y vuestra alteza para mirar los excelentes modelos que se le ponen delante, con la atención que merecen. Sírvase vuestra piedad de acompañarme a implorarla por medio de la Reina de los Ángeles, diciéndole: *Ave María*.

### PRIMERA PARTE

Puesto en manos de su Eterno Padre por la oración, quedaba Jesucristo solo, cuando se durmieron los apóstoles; pero al despertar le hallaron en acuerdo con Moisés y Elías. ¿Y no sabremos qué era lo que se trataba en tan majestuoso consejo? Sí, señor. Tratábase del medio para asegurar la libertad y la felicidad del hombre, y se concluyó que consistía en que Jesús desempeñase el exceso del amor con que le miraba, dando por él su vida en Jerusalén. Ésta fue, según S. Lucas, la resolución de aquella gloriosa junta: *Et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.*<sup>2</sup> Pero ¿en qué habían de ocuparse unas personas a quienes Dios había encargado la conducta del hombre, sino en procurarle su mayor felicidad? Desmentirían el carácter beneficentísimo del soberano que les enviaba, si no mirasen, como él, a ese objeto importantísimo, y le desmentirán siempre cuantos pretendan gloriarse con semejante legacía, si no llevan las propias miras.

Como Dios es sólo con toda propiedad el Señor natural del hombre, porque es el que le saca misericordiosamente de la nada, el que le sustenta con providencia admirable y el que le ama con ternura paternal; también es sólo el que sabe y puede conducirle con dulzura y sin error al fin que apetece por inclinación nativa, ya de una bienaventuranza perpetua y completísima, ya de una tranquilidad que llene y colme su corazón en esta vida, cuanto permite la naturaleza de ella. Su bondad es

---

2. Luc. 9,31.

tanta, que ese mismo señorío natural que tiene sobre los hombres, le reparte y comunica con los hombres, de los cuales a unos hace soberanos que manden por él, y a otros jueces que administren la justicia en su lugar; para que en ellos veneren los demás su divina autoridad y beneficencia, dejándose gobernar a su arbitrio. Uno de los más ilustres en este género de participación del poder divino fue Moisés. De entre la tropa servil de una nación tiranizada, le escogió Dios por instrumento para sacarla de la opresión en que gemía; y para que puesta una vez en libertad le diese leyes que pudieran conducirla a la abundancia y a la dicha, en que había ofrecido ponerla después de tan duro yugo.

Mucho rehusó Moisés tomar semejante comisión. Excusábase por el ningún mérito o recomendación de su persona, para hablar con faraón<sup>3</sup>; con el poco crédito que darían los israelitas a su misión y encargo<sup>4</sup>, y con la falta de palabras y elocuencia<sup>5</sup>, con tal empeño, que después de muchos prodigios y señales con que el Señor procuraba animarle y asegurarle, se determina a rogarle encarecidamente: *obsecro Domine*: que se sirviese de enviar a otro; *mitte quem missurus es*.<sup>6</sup> Para nada más le sirvió su resistencia y disculpas, que para darle por adjunto (digámoslo así) a su hermano Aarón, en que había de radicarse el sacerdocio, porque en el pueblo de Dios ha de andar muy hermanado el gobierno espiritual con el político.<sup>7</sup> Enojóse el Señor con la porfiada renuncia de Moisés, que al fin se rindió a su imperio, y los judíos le reconocieron como jefe.<sup>8</sup> Pero más tercus que Faraón, comenzaron luego a insultarle de impostor, y a pesar de los castigos ejemplares con que Dios le vengaba, y de los prodigios con que le favorecía, apuraron su paciencia en términos que se le quejase con amargura, y dijese: ¿Por ventura, Señor, yo he concebido o he engendrado esta multitud, para que me mandes llevarla en mi regazo, como lleva el ama al niño, y conducirla a la tierra, que prometiste con juramento a sus padres? Yo no puedo sostener solo todo este pueblo, que es por extremo pesado.<sup>9</sup> ¡Ah, Señor! Cuánta razón tenía Moisés de

3. Exod. 3,11.

4. Exod. 4,1.

5. Ib. 10 .

6. Ib. 13.

7. Ib. 14,15. &c. Núm. 3,10.

8. Exod. 4,31.

9. Núm. 11, 11.

quejarse. Aunque los príncipes sean escogidos y favorecidos de Dios, necesitan mucho apoyo para no rendirse al peso del gobierno, si quieren regir sus pueblos con la blandura de un ama. Por eso no se enojó el Señor con Moisés en esta ocasión; antes, inclinado a sus ruegos, le mandó que juntase setenta de los ancianos que conocía en Israel, para partir con ellos la carga que no se hallaba con fuerzas de llevar solo.

Vuestra alteza, más feliz, no rige un pueblo terco y obstinado contra el mismo Dios, como los hebreos, sino una nación dócil, obediente y sometida, una nación criada con la leche suavísima del Evangelio, una nación en la cual el nombre de su Dios y de su rey casi se confunden en lo que mira al obsequio y a la subordinación. Porque penetrada de la doctrina evangélica y de los documentos apostólicos<sup>10</sup>, mira a su Dios en su rey, y obedece en su rey a su Dios. Pero ¿qué mucho? cuando vemos, que su infinita clemencia, como agradada de nuestra religión, nos ha dado un soberano que nos trae, no en su seno, si no en medio de su corazón, que nos mira, no como ama, sino cual madre amorisísima que desea, ansía, suspira por nuestro reposo y abundancia, y sobre todo por conducirnos a la verdadera tierra de promisión, en donde sólo hallaremos la bienaventuranza cumplida. ¿Qué de esmeros no pone su real piedad? ¿Qué de gastos no hace su erario? ¿Qué de cuidados no cuesta a su ánimo religiosísimo este importante artículo? Si nosotros amamos y veneramos en su real persona al Señor, él le sirve y le acaricia en nosotros. ¡Oh, quiera su bondad eterna prosperar tan paternas entrañas, sin que sirvan de rémora nuestras culpas!

Su real beneficencia y nuestra gustosa sumisión son y deben ser siempre para vuestra alteza el más glorioso estímulo, que le anime a no desmayar jamás en la penosa ocupación de buscar y poner en práctica los medios que tuviere por más útiles para la felicidad común, conforme a las benignas intenciones del monarca.

A medida que deposita en vuestra alteza la jurisdicción y reparte el trabajo, quiere comunicarle el paternal espíritu con que nos mira, como allá en el desierto se trasladó el de Moisés a su consejo, para que todos conspirasen a conducir la nación al término de la paz y la abundancia.<sup>11</sup> Pero el desempeño cumplido

---

10. Rom. 13,1. I Petr. 2,13.

11. Núm. 11,17



de este objeto no es, señor, obra de los hombres gobernados por sus luces, ni fiados en sus talentos. No son los estadistas y políticos, los sabios del mundo o los filósofos vanos los que con sus reflexiones y principios, sus combinaciones y cálculos pueden dar leyes justas y perfectas, que hagan felices los estados.

Desde que comenzaron a formarse repúblicas y monarquías ha habido proyectos o sistemas de legislación por sujetos, que o en el calor y manejo de los negocios, o en el ocio y frialdad de sus bufetes han tirado planes de gobierno, y han procurado analizar o exprimir el espíritu de las leyes. ¿Y concuerdan éstos entre sí? No, Señor. Unos arrasan lo que edificaron otros. Todos se atacan, o con sofismas especiosos que pasan por verdades, o con argumentos de nervio y solidez, que otros gradúan de sofismas. Esas mismas obras son y serán para los hombres juiciosos la prueba menos equívoca de que el hombre con los fondos más ricos de naturaleza, con los mejores auxilios del estudio, y con la experiencia más larga y reflexionada errará, tal vez menos que otros; dará con seguridad más pasos, verá un trecho más largo del camino; pero no atinará siempre, no conocerá toda la distancia, no alcanzará todos los descaminos, ni sabrá todas las sendas que desvían o llevan al hombre al punto de su dicha. Porque el más sabio tiene una capacidad limitada, está sujeto al error, sirve sin sentir a sus pasiones, le ciega el amor propio, que es un muro engrosado del espesor de su máquina y la de todos los suyos, que le quita la vista del bien común, si no puede unirle con estos primeros intermedios. Y cuando diésemos a su esfera intelectual todo el vuelo que permite su naturaleza, cuando le librásemos en lo posible de la tiranía de esas pasiones, y cuando le vistiésemos de todo el amor a la humanidad, ¿podría todavía mirar sin cespitar, y de hito en hito la felicidad común? ¿Combinar todas las personas, todos los casos, sus concurrencias y encuentros, sus alteraciones y defectos, de suerte que atinase a darles la dirección necesaria, para que terminaran en el objeto que se había propuesto?

No, Señor. Bien lo sabe vuestra alteza. De Moisés dice la escritura sagrada, que estaba instruido en las ciencias de los egipcios<sup>12</sup>, nación la más culta y sabia de aquellos siglos y puede

---

12. Act. 7,22.

ser que el nuestro, tanpreciado de filósofo, a cuyas fuentes iban a llenarse los Pitágoras, los Platones y los que fueron más famosos en la docta Grecia. Con todo no se atrevió a tomar ni llevar solo la conducta de un corto pueblo, porque sabía cuán falible es el juicio humano<sup>13</sup>, y que si así mismo no puede gobernarse el hombre con acierto, como nos lo enseña el sabio<sup>14</sup>, menos podrá conducir a otros. Dios es el que dirige los pasos del hombre, *a Domino diriguntur gressus viri*, dice en los proverbios, porque ninguno es capaz de acertar con su camino. Por eso el legislador de los israelitas se encaminaba siempre a este Señor. Él le dio sujetos con quienes repartiese el peso de su gobierno; pero éstos y él volvían continuamente a la divina fuente, para que les diese luces. Como Dios es el que pone a los reyes en el trono: *per mee Reges regnant*: también es el que les dicta las leyes justas<sup>15</sup>, & *Legum conditores justa decernunt*. Como es Dios el que da el mando a los príncipes: *per me Principes imperant*, también es el que hace que aquellos a quienes comunican su poder, consulten y resuelvan en justicia, & potentes decernunt justitiam.<sup>16</sup> Porque sólo Dios es dueño del don de consejo y de equidad, del don de sabiduría y del de fortaleza<sup>17</sup>, sin los cuales todos los demás que da la naturaleza o se adquieren con el estudio y la experiencia, por mucho que se les parezcan, a pocos toques descubren, que no son más de humo y tinieblas.

¿A quiénes comunica el Padre de las luces estos dones? A los espíritus dóciles y humildes que conocen, como Moisés, la insuficiencia de sus talentos y la necesidad que tiene de su soberana ilustración. A los que así persuadidos le buscan, le solicitan y le ruegan. A éstos, dice el apóstol Santiago<sup>18</sup>, que da Dios la sabiduría con abundancia, y comunica esos dones sin echárselos en cara. Él fue el que puso a Moisés a la cabeza de su pueblo, y el que le inspiró las leyes con que había de gobernarle. A más de esa dirección, le enviaba los manjares y las aguas, ya hacía toda la costa, porque le obligaba Moisés con

---

13. Psal. 61,10.

14. Prov. 2,24.

15. Prov. 8,15.

16. Ib. 16.

17. Ib. 14.

18. Jac. 1,5.

la humildad y frecuencia de su oración, porque no había caso en que no le consultase y le pidiese, porque los de su consejo, penetrados de su propio espíritu le imitaban, y se postraban en la presencia del Señor. A la misma fuente ocurría el rey David de día y de noche muchas veces. De ella se llenaba Salomón, y jamás se escasearán sus raudales para cuantos se acerquen a beber por medio de la oración.

Si a estos jefes y legisladores del pueblo hebreo ilustró y protegió Dios con prodigios visibles a favor de los que gobernaban, y por cuya felicidad le pedían, ¿cómo dejará de hacerlo con vuestra real persona, si con igual espíritu ora y le pide por los que le ha encargado? Las corrientes copiosas de sus luces no se agotan, su brazo omnipotente no se acorta, nuestra religiosa nación no le es menos agradable que aquel pueblo. ¿Por ventura deja de conocerse su benéfica mano entre nosotros? No son tan estupendas las señales, pero no son equívocos los efectos de una piedad particular, debida sin duda, a la religiosidad de nuestro Moisés y de vuestra alteza. Sí, Señor. Los buenos vasallos lo conocen así y le bendicen. Las naciones extranjeras y aun enemigas admiran la divina protección sobre nosotros. Si a Moisés hablaba Dios, siempre que le consultaba, también responde y hablará a vuestra alteza en la oración. ¿Y qué, no nos está hablando a todos en sus sagradas letras, cuando dijo a Moisés, a los profetas, a los reyes, a los justos y cuanto podemos preguntarle para nuestro bien o el común? Este divino volumen es el mejor código de leyes, la colección de historias más escogidas, la compilación de máximas políticas más sana y universal. Obra cuya lectura importa a todos, pero con mucha particularidad a vuestra alteza. Ningún autor puede comunicarle luces tan claras, ni medios más seguros para un gobierno, que mantenga la nación en la libertad, el reposo y la abundancia.

## SEGUNDA PARTE

Pero como el Rey de los reyes, que reparte con ellos su poder para dar leyes, y lo comunicó con tanta especialidad a Moisés, no quitó ni quita a sus pueblos la libertad de que les ha dotado, queda en manos de éstos el cumplimiento. Las leyes más justas,

más santas y arregladas son unos caracteres muertos e impotentes para hacer florecer la justicia, reinar la tranquilidad y la abundancia, si aquellos a quienes se imponen, no guardan su norma y dirección. El pueblo de Israel, a quien por ministerio de Moisés dio entre prodigios las que habían de servirle de gobierno, estuvo muchas veces en tanta o más infelicidad, de la que había padecido bajo Faraón en Egipto, no por defecto de la ley, sino de su inobservancia.<sup>19</sup> El primer objeto del legislador (después de la rectitud de sus estatutos) es cortar al hombre, no la libertad, sino el abuso de ella. La ignorancia de los unos, el interés de los otros y las pasiones de todos son enemigos jurados de la razón, se arman contra ella y contra la ley que quiere poner en el trono cuando ésta es más ajustada.

Tal es el funesto origen de donde nacen las desgracias, manan las miserias y corren atropellados los trastornos de las casas de los pueblos y del Estado. Manantial que no puede cerrarse humanamente, y que el legislador supremo, único arbitrio del orden, no ha querido secar, porque, sin impedir el curso de su providencia universal, la sirve de esmalte, conservando la armonía del todo, sin ofensa de la libertad de cada uno. Por esto, no deben desmayar sus delegados, aunque vean el desorden; ni juzgar que las leyes dadas son injustas o poco útiles para la felicidad común. Bien puede alguna vez venir el mal de la ley, pero de ordinario nace de la mala o ninguna observancia. El celo de ésta ha de ser el desvelo de los que mandan, para restituir los vasallos a la paz y a la seguridad, y ese celo consiste en la distribución exacta de los premios y los castigos sin respeto de carne y sangre, ni otro interés que el fin de la misma ley. Celo y vigilancia difícil y pesado, pero indispensable, que representa la persona de Elías.

Si examinamos con cuidado el corazón del hombre en todos sus secretos, no se le encontrarán más de dos músculos principales, que le dilaten o le encojan. Esto es, que le hagan abrazar o rechazar el cumplimiento de la ley, y son el interés y el temor. Todo género de premio real o imaginario, que esperamos de las acciones buenas, es una especie de interés, como todo castigo mal, que por parte del soberano o de las gentes, se recela en las obras malas, viene del temor. Uno y otro puso Dios en movi-

---

19. 2 Reg. 21,8.

miento en la ley que dio a su pueblo por medio de Moisés. A los actos conformes a su espíritu prometía mil recompensas, como eran la prole o descendencia numerosa, la salud del cuerpo, la prolongación de la vida, la seguridad de las cosechas, la paz doméstica, la seguridad pública, el triunfo de los enemigos. Al quebrantamiento de la ley amenazaba con la esterilidad de los padres o muerte de los hijos, la enfermedad, la lepra, la brevedad de los días, la escasez de los frutos, la discordia, aun entre padres e hijos. En fin, la pérdida de todo lo más amable sobre la tierra, que es la libertad y la honra.

Éste era el estímulo y el freno. Dios fidelísimo en sus palabras, jamás les faltó a sus promesas, mientras fueron observantes de su ley. Ellos veían crecer prodigiosamente el número de sus hijos sin temor de la pobreza, que suele abatir el ánimo de los padres, hasta mirar como castigo del Creador lo que es la largueza de su bondad. Regocijábanse en su robustez y la de sus descendientes, entre los cuales contaban, no pocas veces, los hijos de sus biznietos multiplicados a proporción de las generaciones intermedias. Reinaban (digámoslo así) con una paz inalterable sobre tantos vasallos, igualmente amados que amantes, cuantos eran los retoños de su fecunda raíz, porque cada familia hacía una especie de república, que obedecía y respetaba a su progenitor, y de todas unidas entre sí, resultaba un reino felicísimo enseñado a la subordinación de su soberano y sus ministros. Reino abundantísimo, reino impenetrable a los más poderosos enemigos, y reino, en que se tocaba con efecto el desempeño de la promesa del Señor, cuando al sacarle de Egipto les ofreció la posesión de una tierra que manaría leche y miel.<sup>20</sup>

Cuando esos felicísimos hebreos, embriagados de la prosperidad o llevados del ejemplo, mordían el freno de ley, y más tercios que el buey, más insensatos que el asno, ni conocían a su Señor ni atinaban con su pesebre, como les dijo por boca de Isaías<sup>21</sup>; entonces comenzaba, aunque con lentitud, a hacerles sentir el peso de su mano en la ejecución de sus amenazas. Por este medio procuraba reducirles a la observancia de su ley, y con ella al estado dichoso de que se habían alejado por su

---

20. Exod. 13,5.

21. Isa. 1,3.

inobediencia. Servíase para este fin de los profetas, que ilustra-  
ba y encendía en el celo de su ley. Uno de los más distinguidos  
entre ellos fue Elías, de quien dice el Espíritu Santo<sup>22</sup> que  
pareció como un fuego, y que su palabra ardía como un hacha.  
Él descargó sobre los israelitas el azote del hambre, porque no  
se sujetaban a los preceptos del Señor. A su voz se cerró el cielo  
para no dar agua en tres años, y se abrió tres veces para llover  
fuego. Así le engrandeció Dios, continúa la misma escritura, sic  
amplificatus est Elias.<sup>23</sup> Que al cabo de su carrera fue tomado  
en una carroza brillante, conducida de flamantes caballos.<sup>24</sup> ¿Y  
de dónde tanta gloria y un tránsito tan esclarecido? De haber  
trabajado siempre con celo por restablecer la observancia de la  
ley: *elias, dum zelat zelum legis, receptus est in coelum.*<sup>25</sup> ¿Y en  
qué tiempo produjo Dios a su pueblo este celosísimo profeta?  
Cuando divididas sus tribus, después de la muerte de Salomón,  
por la imprudencia de su hijo Roboán, se partió también el  
cetro entre él y Jeroboán. Sufrió el Señor por muchos años las  
transgresiones de ambos pueblos. Amonestóles por medio de  
diferentes profetas, para que se convirtiesen a su ley. Levantó  
el azote, descargó sobre ellos algunos golpes, pero los israelitas,  
llevando la maldad a su colmo, despreciaron enteramente  
la ley, pusieron fuego a las aras de su Dios, quitaron la vida a  
sus profetas, y perseguían con empeño a Elías, como al último  
residuo.

Una apostacía tan universal llenaba de amargura el corazón  
del profeta, y encendía su celo por restablecer la ley. Así lo  
respondió por dos veces al Señor en su retiro de Horeb:  
Consúmome de celo, le decía, por la causa del Señor Dios de los  
ejércitos: *zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum*; porque  
los hijos de Israel han abandonado tu ley: *quia dereliquerunt  
pactum tuum filii Israel*; destruyeron tus aras, acabaron con  
tus profetas. Yo he quedado solo, y solicitan mi alma para  
quitármela. Ármale el Señor con la fuerza de su brazo, y para  
cortar el mal en su raíz, descarga el golpe sobre los falsos  
profetas que alucinaban los pueblos, y sobre los más principa-  
les del mismo pueblo.

---

22. Eccles. 48,1.

23. Ibi v. 4.

24. Ibi 9.

25. I Mac. 2,58.

Tal es, Señor, el segundo personaje del Evangelio que representa el segundo carácter de vuestra soberanía sobre la nación que Dios le ha entregado. Un hombre abrasado de celo por la observancia más exacta de la ley. Vuestra alteza ha recibido, como Moisés, la facultad de imponernos las que Dios le dicte. Pero es menester que cele, como Elías, el cumplimiento con la confianza segura, de que será ayudado de la misma omnipotencia. Es verdad que vuestra alteza ni puede ver por sí todos los pueblos, ni observarles de cerca. Tampoco podía Elías. Pero advierta vuestra alteza el género de celo de este profeta, que nos manifiesta la escritura, cuando habla de su singularísimo premio. Mientras Elías, dice el texto, cela el celo de la ley es arrebatado al cielo<sup>26</sup>, *dum zelat zelum*. De suerte, que no era puro celo de la ley el que animaba al profeta, sino un celo que se dirigía al celo de la observancia de esa ley, un celo que suponía otro sobre el cual velaba Elías. ¿Y en qué personas debía arder y obrar este celo, llamémosle así, inferior? En los profetas, en los que mandaban y en sus ministros. Por eso el celo de Elías se encaminaba contra éstos, que en vez de observar y hacer observar la ley, la abandonaban, y hacían que la abandonase el pueblo.

Sí, Señor. Para que la bondad de las leyes resplandezca en la felicidad de la nación, es menester que se guarden, y no como quiera, sino con una exactitud que llegue a la nimiedad, al modo que mandaba Dios que se guardase la suya.<sup>27</sup> Pero esa guarda no puede tener efecto sin una vigilancia infatigable, que no consiste en trabajar y desvelarse; ya meditando los medios, ya decretándolos y publicándolos con penas y multas. Ni es bastante la ejecución de estas penas en los particulares, por más severas que sean, ni por más que se frecuenten. Es menester, Señor, un celo y vigilancia de vuestro real ánimo, no sobre el vulgo de los pueblos, sino un celo activo sobre el celo que deben tener aquellos subalternos, con quienes por necesidad comunica vuestra alteza; por partes y por ramos aquello que conviene de la plenitud de su soberanía. Esto es lo que hacía el profeta: celar el celo. Porque esos subalternos son el origen de la observancia o del quebrantamiento de las leyes.

---

26. I Mac. 2,58.

27. Psal. 118, v. 4.

El vulgo de los pueblos, bien examinado, es como una multitud de niños que se enseñan a escribir en las escuelas. Ellos no hacen otra cosa que imitar la forma y el carácter de aquellas muestras que se les pone delante. Sus caracteres son copia del original que tienen a la vista. Si éste es perfecto o defectuoso, también lo son, por lo regular, sus traslados. De aquí es que la Sagrada Escritura atribuye los pecados del pueblo escogido a los que le mandaban.<sup>28</sup> Por la misma razón, dirigía Elías a su celo contra Achab y los falsos profetas. Para imitarle no ha de cesar vuestra alteza de dirigir el suyo contra los que tienen en la nación unos empleos proporcionalmente semejantes al ministerio de aquellos. Representales en las provincias y en los pueblos, los señores, corregidores y todas aquellas personas que tienen a su cargo (con cualquier título que sea) el gobierno político o la administración de la justicia. Éstos son los originales de que depende esencialmente la buena o mala forma de los vasallos. Si los unos son como Achab, que codician la viña o herencia del pobre Naboth, y no pudiendo conseguirla por compra o cambio, buscan testigos, forman proceso y le confiscan los bienes; es menester que el celo de vuestra alteza ocurra, como Elías<sup>29</sup>, contra este inicuo usurpador, para que tiña con su sangre, si es preciso, como Achab la viña que pretendió su codicia, y contra unos testigos a quienes llama la escritura hijos del diablo<sup>30</sup>. Si otros, al modo de los profetas falsos, en vez de determinar y sentenciar la justicia conforme al verdadero espíritu y sentido de la ley, o la abandonan del todo, o siguen unas interpretaciones falsas y arbitrarias, sea por malicia o sea por ignorancia, es necesario que el fuego de la indignación caiga sobre ellos. De lo contrario, ni las providencias ni los pueblos serán felices, ni observarán por su parte las leyes. El mal ejemplo de los que mandan corre de grado en grado por los vasallos, y cada uno quiere ir sorbiendo a los Naboth que les quedan más abajo por graduación, y se aseguran de la sentencia por el respeto o el soborno. De más escarmiento sirve para una provincia o pueblo la degradación de un Achab o de un ministro, que el suplicio de cien ladrones. El pueblo pequeño tiembla a vista del castigo de

---

28. Eccles. 47,22.

29. I Re. 21, 1-27.

30. Ibi 13.



los grandes, y los que les suceden miran aquel ejemplar a la puerta de su casa, y hallan las cenizas calientes.

Tanto son más necesarios estos castigos ejemplares, cuanto vuestra real persona está más impedida de ver por sí misma sus vasallos. Ligada, como el sol, a no salir de sus trópicos, y ceñida a la residencia de la corte, tiene que suplir con otros medios la falta de su luz y calor, que sienten los pueblos con la distancia del astro. Deben enviarse a ellos antorchas que les ilustren y les fomenten con un calor natural. No siempre atinará vuestra alteza o por permisión divina o por la fragilidad humana (de que no puede el hombre desnudarse enteramente) con Josué y otros semejantes, en quienes obre el propio espíritu de vuestra alteza como encontró Moisés<sup>31</sup>, ni Eliseos a los cuales se traslade como el de Elías.<sup>32</sup> Aun cuando se hallen sujetos dignos, y que empiecen bien; ha de cuidarse que rijan con la misma integridad y pureza, que imiten a aquéllos que escogió Moisés, de quienes dice la escritura, que habiendo reposado en ellos el espíritu del legislador, acabaron con la misma bondad que mostraron al principio. Si las antorchas que se envían, dan en correrse por algún lado, atizadas de la avaricia o sopladas de otra pasión, deben apagarse antes que consuman y conviertan en humo la materia que las rodea. Si su luz es tan escasa, que no alumbrá, o su calor tan lento, que no vivifica, deberán quitarse del candelero. No haya para esta operación, dolorosa a un particular, pero útil y necesaria a un pueblo o provincia, respeto humano que detenga el golpe. No haya especie de piedad, que embote el instrumento. Porque sería una piedad en la apariencia, y en el fondo una crueldad impía contra los vasallos y aun contra aquél mismo a quien queremos hacer favor. Muchos de éstos vuelven en sí con el castigo, y suelen después ser utilísimos. Las noticias de estos delincuentes llegan al mismo solio por varios medios. Aunque no se oigan todos los clamores, siempre resuena el eco de algunos, que dan bastante margen para formar idea, o al menos para inquirir y rastrear la conducta de esos poderosos y ministros.

---

31. Núm. 11,25.

32. Re. 13,19.

## TERCERA PARTE

Después de todo este afán, aún falta para lograr la felicidad común, poner en ejercicio la parte más eminente de la soberanía, que consiste en purgar la ley y observarla personalmente. El ejemplo de la inobservancia sin castigo, que dejan los ministros malos y los poderosos, las torcidas inteligencias con que se cubren, y los abusos que toleran, van arraigándose de suerte que llegan a pasar por ley en perjuicio de la ley y del bien público. ¡Tan cierto es que de ellos nació el trastorno más que del vulgo de la nación! Si aquéllos en quienes se deposita la autoridad, no guardan la ley, ¿qué harán los demás vasallos? Si los que deben celar su observancia, la vician, ¿cómo se contendrán los pueblos? De la malicia de unos ministros semejantes vino en los últimos tiempos la perdición del pueblo de Israel.

Nunca abundó más de sujetos destinados a mantener la ley en su vigor, que después de la tribu sacerdotal, cuyo oficio era el culto y la pureza de la ley; fuera del numeroso tribunal del Sanedrín, que debía administrar la justicia según la misma ley; se habían levantado cuerpos, sectas y sociedades de escribas, fariseos, saduceos y otros, destinados por profesión particular a observar y hacer que se observase la propia ley. Pero nunca se vio más desorden, más relajación ni tanta iniquidad en la nación hebrea. Esas propias personas y compañías se habían dividido en opiniones bien encontradas sobre la genuina inteligencia. Cada cual vendía la suya como una tradición antiquísima, y la defendía y propagaba con el mayor tesón. De aquí se había originado un trastorno tal, que ya no era la ley el objeto de la doctrina ni del celo, sino las tradiciones y las inteligencias voluntarias, con que la interpretaba cada uno. Cuando convenía a sus intereses, clamaban por el texto. Cuando no se acomodaba con ellos, prevalecía la tradición o la costumbre.

En tan deplorable estado encontró el Unigénito del Padre a su pueblo escogido, cuando vino a cumplir sus promesas. Tan ciego estaba Israel como Babilonia. Ni ésta ni aquél le conoció.<sup>33</sup> ¿Y por qué? Porque todos estaban alucinados con las nuevas interpretaciones de los escribas, fariseos, legis peritos,

---

33. Joann. 1,10.

sacerdotes y jueces. Por eso comenzó el Mesías desde luego a trabajar por disipar estas tinieblas, arrancar de sus ojos esta venda, echar en cara a los falsos maestros la iniquidad de sus tradiciones, desarraigar los abusos y dar por todos los medios posibles, el sentido propio a los preceptos de la ley y a los vaticinios de los profetas. ¡Cuántas veces fue tentado de unos y otros para acusarle, como novador y alterador de la ley! ¡Cuántas entró en disputa con estos partidos, y confundió su orgullosa ciencia! Toda la historia evangélica respira las altercaciones de Jesucristo con los ministros y doctores corrompidos; y las criminationes de ellos contra el Salvador y sus discípulos, fundadas en sus malignas tradiciones.

Si esto sucedía con la ley de Dios, ¿cómo podrá estar segura la del hombre? Si el orgullo, el interés o la pasión extiende la mano sobre lo más sagrado, ¿qué hará de lo civil? Y si Dios para mantener la suya no cesó de enviar profetas, en quienes brillaba su sabiduría, y se hacía respetable su poder hasta venir a hablarnos en la misma persona de su Unigénito Jesucristo<sup>34</sup>, ¿cómo podrá descansar el que gobierna, o juzgarse seguro en la sana inteligencia de sus reales ordenanzas? Vuestra alteza sabe mejor que yo por la misma experiencia, cuánta cizaña de este género ha nacido y quiere levantar de día en día la cabeza para eludir la justicia de sus leyes, cuántas opiniones contra su genuino sentido se ha visto en la precisión de proscribir, que habían tomado o tomaban fueros de ley contra la misma ley, cuántas interpretaciones vienen cada día al real solio, que si no se cortan, pretenderán con el tiempo iguales gajes. Cuánto ha trabajado y trabaja en desarraigar abusos, que habían usurpado la autoridad con sus canas, y cuántos quedan, de que se abstiene la real mano por su universalidad y fatales consecuencias, que podrían seguirse, si se movieran sus raíces.

Sí, Señor. Como el impedir o desarraigar estas perniciosas semillas, es el colmo de la superioridad, por eso se representa en la persona divina de Jesucristo, y por eso es también la más pesada y temible de las reales tareas y vigiliias. Un cuidado y paciencia igual al que pone el afanado labrador, apenas bastará para este ejercicio. No ha de parar la vista registrando el campo de una parte a otra, ni ha de estar ociosa la mano. Aquí ha de

---

34. I Cor. 15,8.

arrancar la cizaña, allá ha de sembrar, y pasado el círculo de un año ha de comenzar la misma tarea. ¡Pensión fuerte, trabajo ímprobo! pero indispensable de la soberanía, a la cual no puede ocultarse que el mejor arbitrio de ahorrar fatigas, es acabar con las malas semillas, y hacer plantíos y sementeras de buenas. Quiero decir, quitar ignorantes y sustituir jurisconsultos, cortar padrastrós y poner padres, despojar arbitrios, que no se sujetan a la ley, y constituir jueces dóciles. Bien sabe vuestra alteza que esos escribas y fariseos tienen mil capas y envolturas para cubrir sus atentados, y que jamás puedan verse a una luz tan clara como los de los particulares; pero la soberanía es sola, la que está exenta de los ápices de las pruebas y formalidades para pronunciar, y más contra aquéllos, en quienes se descarga.

Una conducta tan prudente hará que el ejemplo contínuo de vuestra alteza influya con mayor eficacia en sus subalternos, y por medio de ellos en la felicidad pública. Poco o nada aprovechará sin ella, el que vuestra real persona manifieste en cuanto obra, consulta, promueve o determina, que no ha venido a destruir o a quebrantar las leyes, y que antes por el contrario se sujeta a toda su observancia, para declarar mejor su fuerza, como lo hacía el Mesías. Nada es más conforme a este divino ejemplar en aquellos que mandan, que la práctica personal de lo que ordenan para otros. Jesucristo fue el que dio en cuanto Dios toda la ley llamada de Moisés. Ninguno se sujetó más, hecho hombre, a ella entendida en su sentido propio. Él se dejó circuncidar, como todos los hebreos, presentar al templo, y rescatar. Así justificó lo que decía después, que su encarnación no se dirigía a acabar con aquella ley, sino a declararla y a cumplirla. Si alguna vez se desvió al parecer de sus ritos, no fue por desprecio o quebrantamiento, sino porque no eran conformes al espíritu de la ley. Lo que dejaba de observar era los abusos que habían introducido los fariseos y escribas, interpretándola torcidamente. Si dejaba de ajustarse con otros artículos propuestos en la ley, o lo hacía porque en la propia obra daba con efecto el cumplimiento de lo que la ley mandaba en figuras como nos enseñan los padres<sup>35</sup>, o porque iba plantando la fe, que es el fundamento de

35. Vide S. Bas. M. Praef. in regul. & Theodor. serm. 9. de Legib Theop. in c. 5. Matth. Greg. M. Hom. 16. in Eze. S. Joan. Chr. hom. 16. in Matth. S. Ang. l. 1. de Sermon. Dom. c. 8. & Cont. Faust. lib. 17. c. 6. lib. 19. c. 7. & alibi saepe

la ley,<sup>36</sup> y daba la gracia, que era el fin de ella, según dice S. Pablo a los Romanos.

En fin, Jesucristo se impuso la ley de morir por la salud del hombre<sup>37</sup>, y la cumplió a pesar de la repugnancia natural de su humanidad. Así nos enseñaba a todos a guardar la ley sin interpretaciones y sin pretextos. Pero a los soberanos, a los legisladores del mundo les daba con su ejemplo la lección utilísima de que el mejor modo de hacerse obedecer, consiste en obedecerse ellos mismos, sujetándose a sus leyes; porque entonces miran los dependientes las leyes como a la razón suprema, contra la cual no hay quien pretenda exenciones. Venéranlas como oráculos, y se animan a seguirlas como norma infalible de su felicidad. Los que gobiernan en la tierra, son infinitamente menos que el soberano de los cielos, de quien reciben el mando, y si éste se somete a sus leyes en el mundo, ¿cómo podrán excusarse aquellos de imitarle<sup>38</sup>? Ese soberano de quien dependen todos, no sólo observó la ley en su persona, sino en la de los suyos, por los cuales tantas veces atropellamos la ley con perjuicio del estado. Descendiente de David, según la carne y la sangre<sup>39</sup>, tenía muchos parientes que le seguían y le buscaban; pero no reconoció por tales a otros, que a aquellos que obraban según la ley, que es la voluntad de su padre.<sup>40</sup> Porque el que manda no ha de tener más parientes que los mejores vasallos. Si se asemejan en eso al modelo del Mesías, se hacen verdaderamente grandes, respetables y amados, como dignos de su plaza que desempeñan con la negación de sí mismos, para llevar su cruz.

Tal es, Señor, la que cargan los reales hombros de todos los reyes, y príncipes de la tierra. Cruz real, cruz de oro, cruz brillante de preciosísimas piedras a los ojos de los hombres; pero cruz, por lo mismo pesadísima, que sobre el trabajo de labrarla, como le tuvo Moisés, ayudando, subiendo montes, venciendo dificultades y orando; sobre el celo de procurar que todos metan el hombro, atropellando respetos, tendiendo la vista por la vasta extensión de tantos pueblos, como Elías;

---

36. Rom. 111,31.

37. Ibi 8,4.

38. Joann 13, 13.

39. Matth. 1,1.

40. Matth. 12,50.

sobre el afán incesante de no dejarla corromper, cercenar o recargar, como hizo Jesucristo, deben llevarla sobre su persona desnuda de la carne y de la sangre, cosa la más difícil a un hombre, en sentir de S. Gregorio<sup>41</sup>; pero cruz que cargada de esta suerte lleva tras del Divino Maestro a una gloria, de que fue menos que sombra la que vieron en el Tabor los apóstoles. Cruz propia de los que mandan y juzgan, gloria digna de semejantes personajes, y mayor de la que han de gozar los que no hemos hecho más que obedecer.

Porque aunque es uno mismo el objeto que todos hemos de mirar en la gloria, que es Dios, aunque todos hemos de gozar las mismas dotes, no todos, dice el apóstol<sup>42</sup>, brillaremos con igual claridad. En aquella bienaventuranza, que se goza sin término, sin fastidio y sin envidia, sucede lo que con los astros y estrellas, que resplandecen en la hermosa bóveda del cielo, que ahora nos rodea. La claridad del sol es una, otra la de la luna, y diferente la de las estrellas. Aun entre estas mismas es tan varia la luz, como su número sin guarismo. Así también ha de ser diferente la brillantez y gloria de los bienaventurados. Esto fue lo que enseñó a sus apóstoles Jesucristo cuando les dijo que en la casa de su Padre había muchas mansiones o moradas, y que iba a prepararles la suya.<sup>43</sup> Como ellos eran los que habían de dar su ley al mundo, y juzgarle, les correspondía en la gloria otro asiento más distinguido en que resplandeciesen como astros, cuando los inferiores luzcan como estrellas. En la visión del Tabor, dice el Evangelio<sup>44</sup>, que Elías y Moisés brillaban con majestad, *visi in majestate*, para representarnos que su gloria era, cual convenía a unos personajes que habían llevado la cruz de dar la ley, celar su cumplimiento y observarla; unos hombres que no tuvieron hora o momento en que no viviesen sacrificados al bien y necesidad de aquellos que Dios les encargó. Tal será, Señor, la de vuestra real persona, si con el auxilio del Señor sigue con la cruz que le ha puesto la corta carrera de esta vida. Amén.

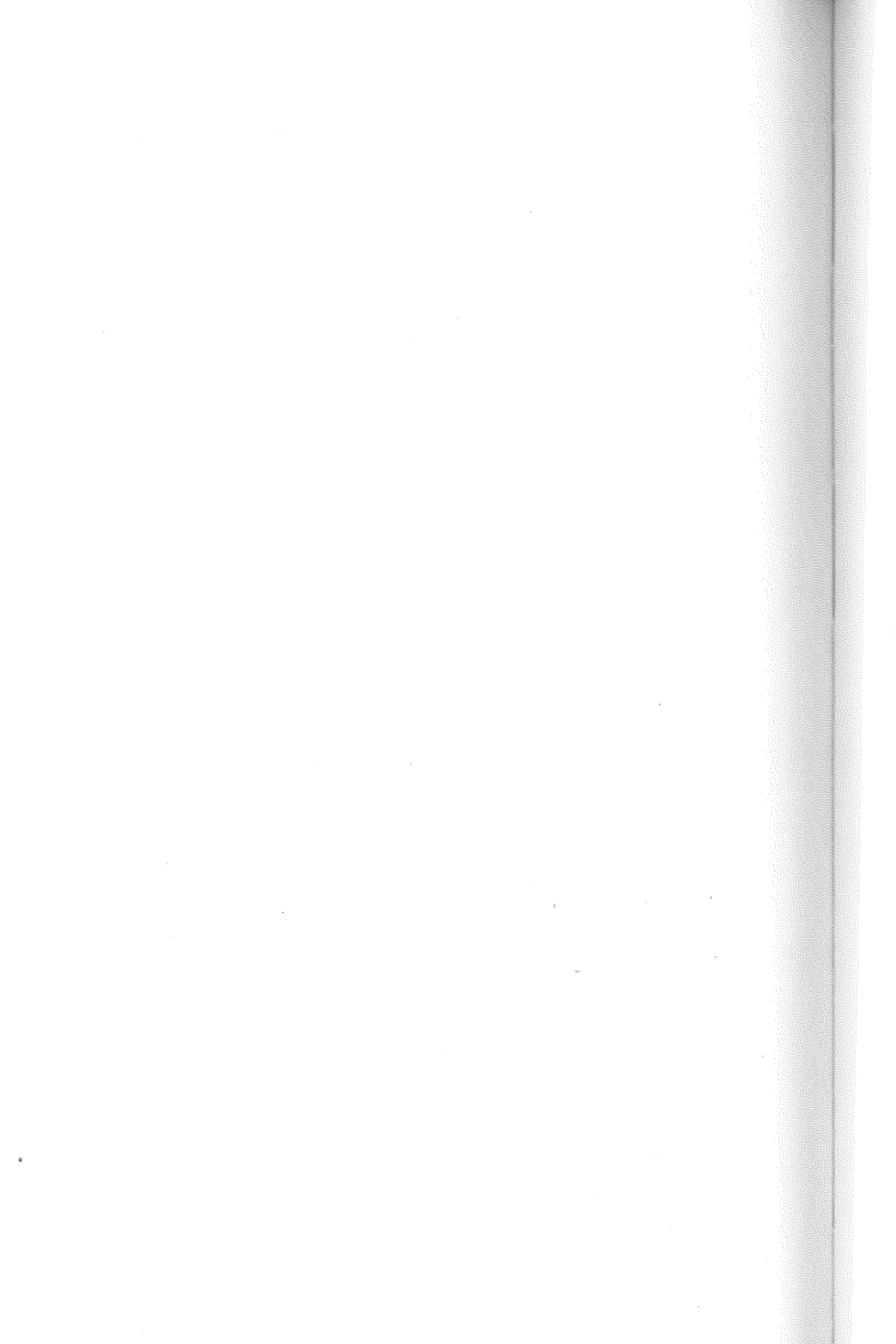
---

41. S. Greg. hom. 32, in Evang.

42. I Cor. 15,41.

43. Joann 14,2.

44. Luc. 9,31.



SERMÓN DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA,  
PREDICADO EN LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO  
CON ASISTENCIA DEL REAL ACUERDO<sup>1</sup>

*Postquam impleti sunt dies purgationis María secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, sicut scriptum est in lege Domini: et ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini.*

*Después que se cumplieron los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor, y para ofrecer la hostia según está dicho en la ley del Señor. Luc. 2, 22-23.*

Si el hombre hubiese conservado la inocencia de su origen, no se hubiera borrado de su espíritu el conocimiento de las obligaciones a su criador. Una de ellas era presentarle las primicias de todas sus producciones, especialmente de las más nobles, como son los hijos; porque éste era y es un homenaje

---

1. Este sermón era, quizás, el único conocido en el país, puesto que E. Rodríguez Demorizi lo reprodujo en su serie "Discursos Históricos", *Clío* XVI: 78-79 (1947), 8-17. (JLS)



debido a la soberanía. Por tanto, en recuerdo de este divino derecho<sup>2</sup>, mandó a su siervo Moisés que intimase al pueblo de Israel, que la mujer que diese a luz varón o hembra, guardase, como impura, cierto número de días sin entrar al santuario ni tocar las cosas santas, hasta que al cabo de ellos presente al sacerdote en las puertas del tabernáculo el niño con un cordero por holocausto, y un pichón de paloma o tórtola en sacrificio por el pecado. A falta de cordero, dispensaba a las pobres que ofreciesen un par de pichones, con lo cual y la oración del ministro, quedaban purificadas las madres.<sup>3</sup> Por otro artículo se les mandaba que el primogénito o varón que abriese el claustro materno, fuese separado y consagrado enteramente al Señor, como un tributo religioso que les recordase el beneficio hecho en Egipto, donde quitó Dios la vidade todos los primogénitos de aquella nación, cuyo rey se obstinaba contra la divina voluntad a no dar la libertad al pueblo escogido.<sup>4</sup>

En el Evangelio de este día nos manifiesta S. Lucas la entera sumisión de la Santísima Virgen María y de Jesús su hijo a ambos preceptos; esto es, cómo esperó la señora a que se cumpliesen los días que la ley señalaba para la purificación de las inmundicias que acompañan al parto de varón; cómo presentó su primogénito al Señor, del modo que lo ordenaba la ley, cómo ofreció su hostia, conforme dice la ley. Esta misteriosa obediencia de una madre tan exenta del precepto, de un hijo que es el legislador propio, y en quien iban a dar fin las ceremonias, y holocaustos de la ley, se ha mirado siempre en la Iglesia como una de las más altas y misteriosas lecciones que nos dejaron madre e hijo. No ha habido siglo, que no celebre este día. Desde el oriente al occidente ha sido plausible su memoria, la que realzó con religiosa piedad el emperador Justiniano en el VI. Los orientales dan a la celebridad de hoy el nombre de Ypante o Concurrencia<sup>5</sup>; sea por los misterios que en ella se contienen a un mismo tiempo, sea porque en el día de purificación de María y presentación de Jesucristo concurrieron al templo

---

2. Exod. 13, 1-2.

3. Lev. 12, 6-8.

4. Exod. 13, 15.

5. Los griegos celebrarán esa fiesta el 14 de febrero, y la deominaban Hypapante (i.e. encuentro), del verbo úIixrtxw (encontrar o salir del encuentro).

muchas almas justas llevadas de impulso superior, entre las cuales fueron famosísimas las del anciano Simeón y la viuda Ana. Nuestra Iglesia de occidente da a la misma festividad el nombre de Candelaria o de Candelas, por las que se bendicen y alumbran en significación de haberse cumplido la profecía de que este infante sería la luz que ilustrase a las gentes, cuya ceremonia comenzó en Jerusalén el siglo V por una señora llamada Iselia<sup>6</sup>.

Y el día de tantas profecías, de tantas acciones memorables, de tanta luz, ¿por qué lado miraremos el misterio, que más nos instruya y utilice? No queda lugar de vacilar en el asunto, cuando la Iglesia, a quien dirige el mismo espíritu infalible, encamina sus votos y dirige sus oraciones al altísimo, para que así como su unigénito se presentó el día de hoy en el templo vestido de la substancia de nuestra carne, haga que nosotros lleguemos a su presencia purificadas las almas. Éste es el fruto grande, el fruto verdadero y sólido que pide y espera de los misterios que hoy celebra. Pero si María se purifica según la ley, *secundum legem*, si Cristo se presenta como previene la ley, *sicut scriptum est in lege*, no hay otro camino que la ley, para purificarnos y presentarnos. La ley de esta purificación es la misma de Dios, *sicut criptum est in lege Domini*; por consiguien- te para presentarnos purificados es menester,

I. Saber la ley.

II. Meditar la ley.

III. Amar la ley.

Sin saberla es imposible guardarla; sin meditarla es difícil cumplirla según su espíritu; sin amarla o no se observará o será una observancia exterior e hipócrita. Estas tres proporciones serán la materia de un discurso, que merece por su importancia toda vuestra atención, y que para tratarlo y aprovecharnos, pidamos la gracia necesaria para saber, para meditar y para amar la ley, a la que es hoy nuestro modelo en el asunto, diciéndola con el ángel: Ave María.

---

6. Tillem. tom. I. fol. mibi. 6. Se refiere a la Historia de los emperadores que reinaron durante los seis primeros siglos de la iglesia, de Sebastian Le Naim de Tillemont (1537-1698).

## PRIMERA PARTE

*MUY PODEROSO SEÑOR*

En asuntos tan sagrados, como la ley, nadie debía hablar sino los soberanos; y cuando la ley dimana del ser supremo, del rey de los reyes, ¿quién podrá tratarla con toda su dignidad? Pero el Dios que la dio, comunicó también a sus ministros, como los reyes de la tierra a los suyos, la autoridad de publicarla conforme a su voluntad y a su espíritu. Para hablar en este día, en calidad de tal ministro aunque indigno, de su ley, me serviré de los sentimientos y sentencias que el mismo Dios inspiró a aquel monarca de su pueblo, escogido y aprobado por S.M. el cual nos las dejó escritas en sus salmos, principalmente en el alfabético, que es el 118<sup>7</sup>. Las palabras de este penitente, santo y profeta a un tiempo, tomaré por guía, al modo que él le pedía al Señor las de su ley para dirigir sus pasos, y alumbrarse en sus caminos.<sup>8</sup> ¿Pero debilitará la fuerza de esta ley el defecto de conformidad con ella en las acciones del que la intima? No, Señor. David no niega su transgresión, su error, y tal error como el de la oveja que perece por descaminada<sup>9</sup>; mas no por eso deja de publicar y recomendar la ley, su estudio, su meditación y su amor; antes funda en eso mismo la esperanza de su enmienda, y después de la confesión de su descamino le dice a Dios que busque a su siervo, porque no ha olvidado su ley.<sup>10</sup> Bien sé que nada daría más energía a mi discurso, que la conducta de un Bautista; pero si vuestra alteza atiende que la autoridad de Dios es la que ha de hablar por mi boca, no echará menos la inocencia y maceración del precursor, y se hará cargo de que el que purificó los labios de Jeremías<sup>11</sup>, y puso en ellos sus palabras, tocará los míos y les prestará su voz.

La ley de Dios a diferencia de las leyes de los hombres, es una, es santa, es invariable, es universal. Una, porque aunque parezcan muchos los preceptos, son (digámoslo así) otros tantos capítulos o artículos en que se extiende, los cuales conspiran a

7. Se refiere al Salmo 119 de la versión grecolatina (118 de la hebrea), que encabeza cada estrofa con las letras del abecedario: Alef, Gimel, Dalet, He, etc. (JLS)

8. Psal. 118, 105.

9. Vers. 176.

10. Ibi .

11. Hier. 1.v.9 y 10.

explicar esa ley única. ¿Y cuál es esa ley? Oídllo de Jesucristo. Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre Celestial.<sup>12</sup> ¿En qué consiste esta perfección? Él lo dice: En amar a Dios, porque el que le ama guardará sus mandamientos.<sup>13</sup> ¡Admirable doctrina! Que pueda la criatura vil ser perfecta como su criador omnipotente, sólo porque puede amarle. La perfección de Dios, y de Dios trino y uno se cierra con su amor. Conócese desde el principio, esto es, desde la eternidad, el ser divino, y su conocimiento sustancial es la generación eterna del verbo. Conociéndose es necesario que se ame, y así del ser y del conocimiento procede un amor esencial, que es el Espíritu Santo; de suerte que como nunca pudo haber ser que se conociese, que es el Padre, sin conocimiento de su ser, que es el Hijo, tampoco pudo haber ni imaginarse momento en que dejase de amarse, y hubiese una aspiración esencial de amor, que es el Espíritu Santo. Después de ese amor no hay ni pudo haber en Dios otra generación sustancial, otra dirección o amor esencial, ni otra producción interior que le perfeccione, cerrando el lleno de perfecto en trinidad y unidad, sólo con amarse. La vil criatura por una participación de este amor que Dios la comunica graciosa y liberalmente, se hace perfecta como el Padre, y cumple toda su ley, que no es más de una, y como tiene por fin la perfección, por necesidad es santa y no admite mutación ni retoques, porque perdería su bella proporción.

De esta explicación abreviada se viene en conocimiento de que la ley de Dios se encamina siempre a lo mejor, lo que no tienen las humanas, ni necesita, como éstas, de variar o de mudarse, pues no ha tenido origen, ni de la constitución actual o pasada de las cosas, de la habilidad o interés del hombre, y en sólo una sentencia de ser perfectos como Dios, se comprende toda y comprende a todos cuantos ha habido, hay y habrá. Por ella debe arreglarse la incomprensible multitud y combinación de obras, palabras y pensamientos. Todo lo que con libertad se mueve o piensa en la extensión de la tierra, debe nivelarlo esta ley una, santa, invariable y universal. Por eso dice David que es demasíadamente extendida y dilatada<sup>14</sup>; sin que por tanta extensión relaje un punto la fuerza de su observancia. Antes nos

---

12. Matth 5,48.

13. Joann 14,15.

14. Sup. v. 26.

advierte la ordenanza del Señor, sobre que se guarde en todas y cada una de sus partes con la mayor exactitud.<sup>15</sup> Dos principios, que nos estrechan al estudio y inteligencia de la ley, si pensamos seriamente en la salvación.

Porque, si por su extensión, abraza la incomprensible combinación de cuanto hacemos, pensamos o decimos; si nos vemos a cada paso, como lo acredita la experiencia, entre nuevos objetos o circunstancias, si hemos de luchar continuamente con los contrarios domésticos de nuestras pasiones y con los de fuera, que nos acerca el enemigo común, sagaz, poderoso e infalible; con los que nos vienen de parte del mundo en que vivimos, rodeados de escollos; de nuestros propios hermanos que conspiran a separarnos de la ley<sup>16</sup>; si la circunspección más vigilante, no digo para los pensamientos y acciones, sino para el sosiego, el silencio, el sueño, cae debajo de esta ley, ¿qué estudio, qué lectura, qué aplicación, no deberemos poner en aprenderla, saber sus ápices, y traerla presente en todo tiempo? El real profeta nos da a entender cuánto debe ser nuestro cuidado en saberla, cuando nos dice que su esmero era tal en esa parte, que no contento con repetir de memoria sus mandamientos<sup>17</sup>, y entonarlos sin interrupción<sup>18</sup>, traía siempre el alma ente las manos, *anima mea in manibus meis semper*, sin perder de vista la ley, *et legem tuam non sum oblitus*.<sup>19</sup> Porque en todo tiempo, en todo caso, en cuanto hacía, iba pesando su conducta con la ley, y haciendo un cotejo entre los preceptos de ésta y los movimientos de su espíritu. Así dice que lograba escapar de los lazos que le ponía el enemigo por medio de los malvados.<sup>20</sup>

Es verdad que de esta misma extensión se sigue que el estudio de la ley es dilatado y vastísimo, que su inteligencia es profunda, y que su ciencia es obra superior a las fuerzas y capacidad del hombre. ¿Mas temeremos por esto darnos a su estudio? ¿Faltará acaso maestro? No, Señor. Pesado es el estudio, pero hay medios que lo facilitan. No es ordinario el maestro, pero es común. Anda tan cerca de nosotros, que habita y

---

15. Vers. 4.

16. Vers. 84 y 85.

17. Vers. 13.

18. Ibi 54.

19. Ibi 109.

20. Ibi 110.

vive entre nosotros. Es tan poco interesado, que sólo quiere ser rogado. Ya se conoce por estas dotes, que es Dios ese maestro, al cual se dirigía David para que le enseñase su ley. Bendito eres, Señor, le decía: enséñame tus preceptos.<sup>21</sup> Bueno eres Dios mío, enséñame, pues, por tu propia bondad la ley tuya.<sup>22</sup> Como este maestro está en nosotros, penetra nuestras dudas para resolverlas, y a diferencia de los otros maestros, habla al corazón e inspira la inteligencia a los que la desean, llenándoles de la ciencia de la justicia.<sup>23</sup> Facilita su estudio y le reduce al deseo de saberla y a la petición de aprender. Por eso David se exhalaba en expresiones, con que le significaba sus ansias por saber sus mandamientos y comprenderlos todos. Para darnos a conocer, cuánto puede con Dios nuestro buen deseo, exclama: he querido con empeño, concupivit anima mea, no la misma ley; sino el quererla o desearla, desiderare justificationes tuas<sup>24</sup> y por razón de esta afectuosa diligencia de su corazón le suplica que no le niegue la ciencia de los preceptos ni el cumplimiento.<sup>25</sup>

Viene pues a reducirse todo el estudio y ciencia de la ley a querer saberla o desear con eficacia este querer, y pedirlo a Dios, que es el maestro; pero con tal instancia, que manifiestemos el ardor de nuestro corazón. Su bondad infinita nos provoca a la petición, y asegura el efecto. Si tu misericordia, clamaba el santo rey, ocupa y llena los ámbitos de la tierra, hazme la gran misericordia de enseñarme tu ley.<sup>26</sup> Él le pedía aún el entendimiento para aprenderla.<sup>27</sup> Con efecto aquél que no quiere otra cosa, sino que el hombre le pida para darle, le otorgó el entendimiento y la instrucción. Yo te daré, le responde Dios, comprensión, y te instruiré en el camino de la ley, que has de seguir.<sup>28</sup> En atención a esta liberalidad nos amonesta que no queramos ser semejantes a las bestias, que faltas de la necesaria y preciosa dote de la capacidad para entender, necesitan de que el Señor las tire con el rigor del freno, cuando se desbocan.<sup>29</sup>

---

21. Vers. 12.

22. Ibi. 68.

23. Ibi 7.

24. Vers. 20.

25. Ibi. 10.

26. Ibi. 64.

27. Ibi 169.

28. S. 31, 8.

29. Ibi 9,10.

A la oración frecuente, y fervorosa ha de juntarse la lectura de la ley, y aun la pronunciación vocal de sus preceptos, la asistencia atenta a las instrucciones de los pastores y ministros evangélicos, que publican y declaran sus artículos, y tomar cuantos medios conduzcan al fin de lograr el principio y el cimiento de todos los bienes, que consisten, dice S. Juan Crisóstomo, en saber las cosas de Dios: denique fundamentum bonorum, omnium, qua Dei sunt sapere.<sup>30</sup> ¿Y cómo, pregunta el Santo, se hará esto? Si a la oración, dice, juntamos nuestra diligencia e industria: oportet enim precibus, et nostram adjungere industriam. “Por tanto, sigue el Crisóstomo, me avergüenzo de aquéllos que apenas se dejan ver en la iglesia una vez al año. ¿Qué excusa podrán producir, si mandándoseles, no sólo que conversen de día y de noche con la ley del Señor, sino que se ejerciten en ella, esto es, que se deleiten con ella; ni aun la más mínima parte de su vida aplican a este estudio, para tener presente lo que enseña la ley y guardar sus mandamientos?” ¿Con cuánta mayor razón se confundiría, si viese la miseria de nuestros tiempos, en que aumentado sin comparación el número de los predicadores, de los libros, es también sin comparación, mayor el descuido y la ignorancia de los fieles? Hanse multiplicado los maestros, y escaseado los discípulos. Abandónase toda la ciencia de ley a unos maestros que sólo deben formar el niño en la lectura, la pronunciación y la letra, a una edad, en que apenas pueden tomarse de memoria los rudimentos, a unos catecismos brevísimos, y los más de ellos oscuros. Ésta es toda la provisión con que sigue el hombre toda la carrera de su vida, creyendo engañosamente que sabe la ley, porque aprendió de memoria los preceptos principales del decálogo y de la Iglesia, el símbolo y cuatro preguntas y respuestas de los misterios. Pero la verdadera y sólida inteligencia de éstos; la extensión y aplicación de aquéllos, ni se busca en los libros, ni procura oírse de los párrocos o ministros evangélicos, ni se consulta con los hombres doctos y piadosos, ni se pide a Dios con fervorosa oración.

De esta falta de estudio y aplicación se sigue una vida disipada y tumultuaria que es el obstáculo más grande, para que se sepa la ley de Dios en el resto de la edad. Si nuestro espíritu no hace otra cosa que volar de un objeto a otro con una

---

30. Cor. c.I,h2.

libertad, que no reconoce límites, si nuestro corazón, envuelto en quimeras, proyectos, pretensiones, se ve sucesivamente oprimido de unas y otras que, impeliéndose mutuamente, se echan sobre él, como las olas entumecidas del mar, si nuestra alma se entrega enteramente al pasatiempo, a la desidia o lo que peor es, a la codicia, a la torpeza y a los demás vicios, no es posible, no, que entre en los secretos admirables de esta ciencia de la ley de Dios. Él mismo ha dicho que en un alma malvada, en un cuerpo esclavo del pecado, no entrará su sabiduría<sup>31</sup>, porque el Espíritu Santo, que es el espíritu de la enseñanza, y que inspira la ciencia, huirá del fraudulento, y se esconderá de aquellos pensamientos que se fabrican sin tino ni entendimiento.<sup>32</sup>

De la propia disipación del espíritu y corrupción del corazón por la ignorancia o el olvido de la ley, viene, no sólo el negarse a su cumplimiento, sino al asenso o fe que se le debe. Los que han engrasado su corazón, dice el Redentor, como el pueblo de los judíos, con los deseos carnales y mundanos, oyen con pesadumbre, *graviter audierunt*, y cierran los ojos para no ver ni oír, temerosos de entender la ley que convence el corazón, por no verse en la necesidad de abandonar sus apetitos, sus ídolos, sus maquinaciones, y convertirse.<sup>33</sup> Cada palabra, cada cláusula de la ley santa, es para ellos un rayo que convertiría en ceniza y polvo sus más amadas pasiones, es una ojeada sobre el arca, que derribaría a Dagón, y le truncaría las manos.<sup>34</sup> Manos obreras de la maldad, instrumentos de la impureza, vasos del vil interés. Temerosos pues de tan doloroso sacrificio, reciben mal la voz que les amonesta, y cierran los ojos a los libros que contienen las sagradas máximas de la disciplina y la salud.

No contentos con eso se precipitan, según el mismo David, a negar la ley y el legislador, por su ignorancia *dixit insipiens in corde suo non est Deus*.<sup>35</sup> Las obras abominables, que enseñan el libertinaje, que lisonjean las pasiones, que se burlan de los preceptos, que dan lecciones de la galantería, que autorizan la moda, que llevan la profanación hasta el santuario, son sus estudios favori-

---

31. Sap. 1,4.

32. Ibi v. 5.

33. Matth. 13,15.

34. Dagón., era un dios de los filisteos, venerando en Palestina su templo en Gaza, fue destruído por Sansón. Cfr. Jve. 16, 23-30. (JLS)

35. Psal. 13,1.



tos: *corrupti sunt, et abominabiles, facti sunt in studiis suis*. La ley de Dios, que manda conservar la inocencia del bautismo, y hace verdaderamente dichosos a los que andan por ella,<sup>36</sup> la miran como imposible y propia de los espíritus fátuos. La imitación de Jesucristo, como un proyecto para anacoretas simples. La mortificación de la cruz, como un estado devoto y de profesión particular. El amor del prójimo, como una civilidad, y nada más. El perdón del enemigo, como una paradoja incompatible con el honor. En fin, toda la ley como un sueño, con lo cual cierran la puerta a su estudio, y se hacen incapaces de la purificación de su alma, para poder presentarla delante del Señor, conforme a la ley, como lo ejecutó la Santísima Virgen el día de hoy, porque sabía de la misma ley la necesidad y el modo de purificarse y presentarse a Dios. Así nota el evangelista de cada una de sus acciones, que fueron niveladas por la ley y arregladas a la ley. Porque esta señora había hecho su principal ocupación de estudiarla, no como quiere, sino con meditación y reflexión profunda.

## SEGUNDA PARTE

Para dar su debido cumplimiento a una ley, que dirige y gobierna todas nuestras acciones, palabras y pensamientos, no basta saberla. Es menester meditarla y considerarla despacio, traerla continuamente a la vista para medirnos por ella. No se contentaba el real profeta con haberla aprendido, sino con reflexionarla y meditarla día y noche. "En tu ley, dice al Señor, me ejercitaré, y consideraré tus sendas; meditaré tus preceptos, y no me olvidaré de tus palabras. Abre mis ojos, sacude de ellos las tinieblas; y penetraré los admirables secretos, que contiene. Porque tus testimonios son la materia de mi meditación, y no tomo otro consejo para mi gobierno, que el de tu ley. Examinaréla, y la guardaré en todo mi corazón: *scrutabor legem tuam, & custodiam illam in toto corde meo*"<sup>37</sup>.

Esta ocupación santísima del ilustre penitente no era una práctica de devoción o un ejercicio supererogatorio de su admi-

36. Psal. 118,1.

37. Vers. 15-16,18,24,34.

rable piedad. Era una observancia puntual de la misma ley, la cual mandaba Dios, no sólo que se supiese, sino que se meditase siempre. Las palabras, leyes y preceptos, que yo te doy (dice por Moisés a su pueblo) las enseñarás a tus hijos, y meditarás en ella, & *meditaberis in eis*, cuando estuvieres tranquilo y sosegado en tu casa, *sedens in domo tua*; cuando fueres de camino, *ambulans in itinere*: cuando hayas de tomar el sueño, dormiens; y luego que dejes el lecho, & *consurgens*. Traeráslas en las manos, como una señal para tus acciones, & *ligabis ea quasi signum in manu tua*; y pendientes ante tus ojos en continuo movimiento, para componer tus ideas, & *movebuntur ante oculos tuos*. Finalmente, para que te hablen al entrar y al salir de casa, las escribirás en el dintel y en las puertas.<sup>38</sup> Con las mismas cláusulas se repite esta ordenanza en el capítulo II, para que se conociese mejor su importancia.

De aquí viene, que frecuentísimamente nos inspira David en sus salmos sus mismos sentimientos sobre la meditación continua de la ley, como un principio necesario e indispensable, para darle todo el cumplimiento que Dios nos encarga. Esta meditación mandaba el Divino Maestro a los judíos. Examinad y considerad, les decía, las divinas escrituras, *scrutamini scripturas*, que son, como sabéis, el código de los mandamientos, en que se encierra la vida, *quia vos creditis, in ipsis vitam aeternam habere*.<sup>39</sup> San Lucas, en la historia de los hechos de los apóstoles,<sup>40</sup> hace el elogio de los fieles de Tesalónica, porque recibieron el Evangelio con toda ansia, y consideraban todos los días las escrituras, que es lo mismo que meditar la ley contenida en ellas. En fin, esto es lo que más nos encomendaron, e inculcaron los propios apóstoles en sus escritos, lo que los SS.PP. no cesaban de intimar a sus pueblos, y lo que la Iglesia ha mirado siempre como una regla inviolable y un medio segurísimo para la vida cristiana.

El defecto de esta meditación es, después de la ignorancia o el olvido, otro origen de tantas transgresiones en aquéllos mismos que saben la ley, y aún se precian de ilustrados. Yo no encuentro (y es la opinión de los maestros de la vida espiritual) una sentina más fecunda de los desórdenes del pueblo cristiano, que esta falta de meditación, pudiendo decirse de

38. Deut. 6,7.

39. Joann 5,39.

40. Act. 17, 1-4.

nuestra corrupción lo que decía Jeremías en nombre de Dios a los israelitas. "Toda la tierra se ha desolado. La espada del Señor se ha extendido desde un extremo al otro, y quitado la paz de entre los hombres, porque no hay quien medite en su corazón, *quia nullus est qui recogitet corde*"<sup>41</sup>. ¿Y cuál sería la materia de meditación tan importante? Cuan había de ser, sino la de su ley santa. Por eso les promete que levantará la mano del castigo y se apiadará de ellos, si volvieren a su ley, *si eruditi didiscerint vias*. Pero que si no le oyeren, *quod si non audierint*, acabará con ellos y los perderá. Porque en efecto el que medita seria y continuamente la ley, halla un espejo en ella, que le muestra la deformidad de sus acciones contrarias, el modo de reformarlas conforme a la luz de aquel espejo, si quiere asemejarse a la imagen del Hijo de Dios, que es la voluntad del Padre.<sup>42</sup> De otra suerte, quiero decir, si no desea aquella semejanza, rompe el cristal que le manifiesta su fealdad, aborrece la consideración, y se olvida de lo que ha sido, como dice el apóstol Santiago.<sup>43</sup>

Pero esta meditación debe ser, atendiendo al espíritu de la ley, a la intención del legislador, a la voluntad del soberano. Sobre esta idea debe reflexionar el cristiano, no para buscar interpretaciones lisonjeras, que entonces no medita, si no cavila sobre la ley. Deben ser sus intérpretes la sencillez y sumisión del corazón puro puesto en las manos del Señor. Lejos de esta meditación, los engañosos maestros del mundo, del demonio y de la carne. Sus falsas doctrinas son las que destruyen la ley con opiniones corrompidas, no menos que con la rebelión de la apostasía o de la herejía. Quiero decir, con menos ruido, y por tanto con más sutileza, hace el demonio mayor estrago por medio de estos expositores, que por mano de los heresiarcas.

El desbarro de estos maestros intrusos de la moral no niega que hay una ley de caridad; pero sí es menester extender la mano a la limosna, no se encuentran facultades, no hay sobrante de qué hacerla, porque el mundo enseña y ellos autorizan que todo lo que se tiene no basta, para presentarse con el tren que se ha figurado la persona; para las diversiones, a que debe contribuir. Porque dicta la carne que la renta o el caudal

41. Jer. 12,11.

42. Rom. 8,29.

43. Jac. 1, 23-24.

no es suficiente para la abundancia y la delicadeza de la mesa, o para otros gastos más delincuentes. Es menester llevar con paciencia al prójimo que se desmanda, o que nuestra demasiada sensibilidad figura desmandado, y aunque se conoce la ley, se interpreta el caso, se buscan opiniones que lo eximan de ella y que autoricen el odio, el rencor y la venganza, o cuando menos la total indiferencia y la separación entera de su comercio.

Confiébase que hay una ley de mortificación y abnegación propia, fundamental del cristianismo; pero a puro cavilar sobre ella, ha venido a quedar en sólo una abstinencia de ciertas comidas y pocas horas, que indignamente se llama ayuno. Toda mortificación es absolutamente insufrible, no la permite el estado, es contra la salud, y de esta suerte queda proscripta la ley, el corazón en su goce, y el enemigo del cuerpo más lozano y fuerte para combatir una alma infeliz. De aquí viene la ninguna satisfacción por los pecados, cuyas penas (si es que en éstos llega a perdonarse el reato de la culpa), se creen satisfechas con ciertos rezos, dejando vivo y robusto al enemigo, para que vuelva a triunfar. En fin, se sabe que hay una ley de obediencia, no sólo a la ley dimanada inmediatamente de la boca de Dios, sino también a los preceptos que nos intima por medio de los hombres, que ha puesto sobre nuestras cabezas. ¿Y cómo se observan? El hijo desprecia los preceptos del padre como importunos; la mujer los del marido como impertinencias del mal genio o de la celosa condición; el siervo los del amo, como llenos de avaricia.

¿Pues qué diremos de la observancia de los preceptos eclesiásticos, de las disposiciones sinodales, de las ordenanzas de los prelados, que por boca del apóstol nos manda Dios obedecer, como de personas a quienes ha encargado nuestra conducta y han de responderle de ella?<sup>44</sup> ¿Cuánto es el respeto que tenemos a estos saludables reglamentos? Díganlo las continuas transgresiones, o por mejor decir, el ningún reparo, con que ambos sexos desprecian las voces de estos padres de su espíritu, que debían oír y seguir con la docilidad de hijos. Todo lo que no se acomoda en sus ministerios o sermones con el capricho y la pasión, se mira como una opinión voluntaria o como un escrúpulo. Pero, qué me detengo en los preceptos, y avisos de los

---

44. Hebr. 13,17.

obispos, si con la misma facilidad se da por el pie a los de los sumos pontífices y a los de la Iglesia universal. Dígalo el modo de cumplir con la confesión y comunión anual, el de asistir a la misa, el de pagar los diezmos, y otros muchos que sería largo referir.

No es menos delincuente la falta de obediencia puntual a las órdenes y leyes del soberano y sus ministros, eludiéndolas con cavilaciones. Dios tiene mandado que se obedezca a los que nos gobiernan, aunque sean o nos parezcan los peor intencionados, y díscolos.<sup>45</sup> A pesar de este precepto formalísimo, tocamos a cada paso con la desobediencia a los mandatos de un soberano, el más religioso, lleno de piedad y amante de sus vasallos. Sus reales órdenes, dirigidas a mantener la igualdad en el comercio y en las contribuciones, se quebrantan sin escrúpulo con las introducciones clandestinas, y usurpaciones de derechos. El Señor ha dicho que los reyes están puestos por su providencia altísima, para mandarnos, y darnos leyes arregladas y justas.<sup>46</sup> San Pablo nos enseña que no sin causa llevan la espada, y que el modo de no temerlos es guardar la justicia.<sup>47</sup> ¿Pues de qué viene tan poco respeto y sumisión a las leyes y mandatos de nuestro monarca, que en vez de cumplirse, sólo se trata de burlarlos por mil medios y artificios? De dónde ha de venir, sino de que no se medita la ley de Dios para conocer su extensión sobre estas leyes particulares, y cuando se piensa en ella, es, como dije antes, no con una meditación del corazón, sino con una cavilación traviesa de la fantasía, para quitarle su fuerza, y eximirse de la observancia, porque no se medita para alcanzar la voluntad de Dios según su espíritu, sino para acomodarla a las máximas del mundo, a las instigaciones del demonio y a los apetitos de la carne.

No meditaba de esta suerte María Santísima la ley que observa con tanta religiosidad en este día. ¿Cuántas razones, no digo pretextos, le sobraban para eximirse de su cumplimiento? El rito de la purificación se fundaba, por palabras claras, en la concepción o generación ordinaria de la mezcla de ambos sexos.<sup>48</sup> María había concebido a su Unigénito, hijo del Eterno

---

45. I. Petri 2, 18.

46. Prob. 8, 15.

47. Rom. 13, 4.

48. Lev. 12, 2.

Padre, por una obra divina sin conocimiento de varón.<sup>49</sup> Suponía la misma ley la fluxión inmunda, que sigue al parto común, la cual no había manchado a esta señora en un parto tan milagroso, que no causó el menor detrimento a su pureza virginal. Por la propia razón de la impureza, se prohibía a las madres entrar en el santuario y tocar las cosas santas, durante treinta y tres días. ¿Y cómo había de cumplir la ley en esta parte, sin faltar a los indispensables oficios de madre con el infante Jesús, de quien se le había anunciado que se llamaría el Santo, y con efecto sabía que era el Santo de los Santos, y la misma santidad? La ley de la presentación mandaba consagrar el primogénito al Señor. El primogénito de la Purísima Virgen es ese mismo Señor, como lo arguyó a los hebreos con el testimonio de David.<sup>50</sup> La consagración de su humanidad era obra, según Isaías, de su propia libertad.<sup>51</sup> La ley del holocausto por el pecado debía estar muy lejos de aquella madre, que ni le había cometido, ni aun contraído en su origen, y de aquel hijo que venía a ser la hostia viva y agradable, como que todas las demás estaban ya repudiadas, y sólo su cuerpo escogido para sustituirlas.<sup>52</sup> Con todo, lo que nos manifiesta el Evangelio es que María observó los días de la purificación, prevenidos por la ley, como las otras madres, y que conforme a ella ofreció su holocausto, no como quiera, sino el que estaba dispensado a las personas más pobres. Porque meditaba la ley, para seguir su espíritu, y aunque su pureza, su concepción y parto milagroso, la excelencia de su hijo, la dispensaban de la observancia, según la letra clara y terminante, el espíritu verdadero de ella, que es en los más grandes y condecorados edificar y dar ejemplo, la obligaban por aquellas misma razones de su alteza, y la de su primogénito, a ser el modelo de la observancia más perfecta. Por los grandes, por los de más alto carácter, por los que están empleados en ministerios más sublimes, por los legisladores mismos debe comenzar la observancia de las leyes, para que los demás sigan. Pero esto no sucederá, mientras las leyes no se mediten, como meditaba David la de Dios, con

---

49. Luca 1,35.

50. Psal. 109,3.

51. Isa. 13,7.

52. Psal. 36,9.

corazón recto<sup>53</sup>; y como la meditaba la Virgen María, grabándola en su corazón<sup>54</sup> porque de esta consideración profunda y cordial nace el amor de la ley, que es el tercer requisito para observarla y para observarla con perfección.

### TERCERA PARTE

En efecto, para cumplir la ley, no por apariencia o por fuerza, sino con mérito, es menester amarla, y amarla como David de todo corazón. "En los caminos de ella dice que se deleitaba como en todas las riquezas<sup>55</sup>, que las amaba más que los millones de oro y plata<sup>56</sup>, y sobre el topacio y las piedras más preciosas<sup>57</sup>. Que era más dulce a su paladar que toda la dulzura de la miel<sup>58</sup>; que en ella estaban las delicias de su corazón<sup>59</sup>; que abría su boca y traía la respiración; porque deseaba los mandamientos de Dios<sup>60</sup>, los cuales eran un fuego vivísimo que amaba<sup>61</sup> su siervo". Los mismos o mayores afectos respira en éste y otros salmos. El amor a la ley le hacía aborrecible el pecado, y odiosos los pecadores. ¿Qué mucho? si es imposible que el hombre divida su voluntad entre dos cosas opuestas, o mejor diré, si no puede dejar de aborrecer un objeto el corazón que de veras ama el contrario. ¿Mas, de dónde le venía al Santo Rey tal cariño, tanto apego y una inclinación tan superior a la ley y mandamientos de Dios? ¿De dónde tanta dulzura y suavidad en sus caminos, cuando el mismo Jesucristo declara que son estrechos?<sup>62</sup> Él lo dice: de la oración y de la meditación de la

---

53. Vers. 69-70.

54. Luc. 2,51.

55. Psal. 118,14.

56. Ibi 72.

57. Ibi 127.

58. Ibi 118

59. Ibi 111.

60. Ibi 131.

61. Ibi 140.

62. Matth. 7,13.

propia ley.<sup>63</sup> Pedíale al Señor con instancia y repetidas veces, que le pusiese en la senda de sus mandamientos, porque la amaba.<sup>64</sup> En esta oración nos advierte S. Agustín la necesidad que tenemos de la gracia, y la eficacia de la oración para alcanzarla. Poco es, dice el Santo, la voluntad del hombre, si no le guía el Señor en lo mismo que quiere. Quería David, *et voluit ergo*; pero pide esta misma voluntad, *et orat ut velit*. Por eso, después de manifestar que amaba los mandamientos y su senda, *quia ipsam volui*, sigue rogándole al Señor que incline a ello su corazón<sup>65</sup>, que aparte sus ojos de la vanidad del mundo y le dé diva en su ley.<sup>66</sup> De aquí concluye el Santo Doctor, que lo que pide el rey penitente es medrar y crecer en la propia voluntad que tenía, para que sea más ardiente y eficaz su querer, más encendido su amor de la ley divina, que es el cumplimiento de toda ella, y que pende esencialmente de la oración, como decíamos de su estudio y de su ciencia.

Para dar más fuerza a esta oración, y conseguir el amor necesario de la ley juntaba, como he dicho, la meditación continua de ella. Porque, como nos advierte S. Juan Crisóstomo<sup>67</sup>, es menester que a los ruegos se junte nuestro trabajo, *oportet enim precibus, et nostram adjungere industriam*. ¿En qué consiste esta industria? Si en su ley, dice el Santo, se medita de día y de noche: *si in lege ejus meditetur die ac nocte*. Veis aquí continua una firmísima cadena, cuyos eslabones se ligan entre sí con más firmeza y proporción que los de la mejor cadena de oro. Pide la iglesia, o pedimos todos a Dios en el bautismo de los catecúmenos, que les dé un corazón, un alma llena de Dios, la cual no es otra cosa que una vida conforme al Evangelio, acostumbrada a orar, que de la creencia de los dogmas pase al ejercicio de las costumbres pura e irreprehensibles en virtud de la habitación que Dios establece en ella. Lo propio, añade, deben pedir para sí los fieles. ¿Y cómo, pregunta, se conseguirá este espíritu, en que habita Dios? Si se medita continuamente en la ley. Y esta meditación, ¿cómo nos viene? Si tenemos el alma embebida

---

63. Psal. 118, 47-48.

64. Ibi 35.

65. Ibi 36.

66. Ibi 37.

67. 2. Cor. 1, hom. 2.



siempre en la ley, y veis aquí cómo lo uno nace y se origina de lo otro.

Lo mismo nos enseñaba David en nuestro salmo: Al paso que amaba, Señor, tu ley, era el asunto de mi meditación por todo el día.<sup>68</sup> Aquí hace la meditación efecto del amor. Pero antes había explicádose de otro modo, diciendo que meditaba en los mandamientos y levantaba las manos a la ejecución, porque los amaba.<sup>69</sup> Esta es verdaderamente una cadena, en que las partes se sostienen mutuamente, y siempre es menester para unir las la oración y trabajo, como decíamos con el Crisóstomo. Aquella es principio eficacísimo del amor, y David nos manifiesta<sup>70</sup> que le servía de fragua para encender en su corazón la hoguera del amor. Por ella dice S. Agustín<sup>71</sup>, venimos en conocimiento de que Dios no nos manda cosa alguna para bien o utilidad propia, sino de nosotros mismos, consideración que debe ser un estímulo poderosísimo para correr por los caminos de su ley, y amarla. Fuera de esto, encontramos en ella el alivio y consuelo de todas las tribulaciones.<sup>72</sup> Hallamos que todo un Dios se hace nuestra herencia.<sup>73</sup> En fin, esta meditación nos trae a la vista las grandes e infalibles promesas que Dios nos hace de su asistencia, de sus auxilios, de sus premios inefables, con que nos anima<sup>74</sup>, de la protección contra los enemigos que nos turban, aunque a veces parezca que la dilata<sup>75</sup>; por todo lo cual clama el rey profeta: Vengan, pues, sobre mí tus misericordias, para que yo viva, puesto que tu ley es la materia de mi meditación;<sup>76</sup> y dice al Señor que le dé entendimiento, *da mihi intellectus*, pura pensar y meditar en su ley, *et scrutabor legem tuam*; de cuya aplicación le vendrá la gracia de guardarla en todo su corazón, *et custodiam illam in toto corde meo*.

¿Y de dónde creeremos que nació en este hombre la misericordia del Señor tan prontamente sobre sus dos enormísimos pecados de adulterio y homicidio? ¿De dónde tanta docilidad

68. Psal. 118,97.

69. Vers. 47,48.

70. Psal. 38,4.

71. Augustia Epist. 5. Marc.

72. Vers. 52.

73. Ibi 57.

74. Vers. 81.

75. Ibi 82 & seq.

76. Ibi 77.

para oír la voz, y amenazas que le anunciaba Natán? ¿De dónde aquella confesión tan sincera de sus delitos, y el perdón tan pronto de ellos?<sup>77</sup> De dónde había de ser, sino de que aunque, como frágil, como mortal que lleva la carne del pecado, fue vencido de ella, tenía un corazón amoldado a la ley, dado a su meditación y penetrado de su amor. Tan bellas disposiciones, fueron el origen de aquella sumisión, de aquella humillación, de aquel conocimiento de la culpa y su gravedad, y de ahí la remisión del delito tan a punto de la confesión. La prueba más concluyente de esta verdad; quiero decir, de que la meditación, y amor de la ley, ya que no le hicieron caminar toda su vida por ella sin tropiezo; fueron la causa principalísima, así de su conversión pronta y eficaz, como de la misericordia de Dios, más pronta todavía en perdonarle, es el propio salmo que hemos seguido. Todo él se encamina a hacer presente a la majestad divina el continuado estudio, que había puesto para saber su ley; la meditación en ella de día y de noche para grabarla en su corazón, su incesante y fervorosa oración, para entenderla, contemplarla y deleitarse en ella; concluyendo con pedirle que llegue y entre su deprecación al soberano acatamiento, para que le salve<sup>78</sup>; que la mano divina se extienda a libertarle, por haber elegido sus mandamientos, haber meditado su ley, con lo cual vivirá su alma, alabará al Señor, cuyos juicios eran su auxilio,<sup>79</sup> pues aunque había errado *erravi*, como la oveja que perece, *sicut obis, que periit*, espera que le buscaría, *quare servium tuum*, sólo porque no había olvidado su ley, *quia legem tuam non sum oblitus*.<sup>80</sup> No es ésta sola la prueba de lo que obró en David después de su transgresión el amor y estudio de la ley. Hay otra no menos clara ni repetida por su propia boca. La penitencia. Aquella penitencia, que no satisfecha con haber oído de boca del profeta, que el Señor había perdonado su pecado, fue el ejercicio de toda su vida, el aguijón que le hacía doblar las oraciones, los ayunos, la meditación y el canto de la ley. Aquella penitencia, que le obligaba a llorar en la propia cama del descanso, y a empapar con las lágrimas el pan, de que se sustentaba. Aquella en fin, que movía su espíritu a

---

77. 2 Sm. 12, 13-23.

78 Psal. 118.

79. Ibid 169-170, 173-176.

80. Ibid, 176.

rogar al Altísimo, que le lavase y purificase cada vez más de su culpa.<sup>81</sup>

¿Y de dónde diremos que nace la repugnancia de los cristianos a la penitencia? Digo a la penitencia que procura satisfacer, cuanto puede de la divina justicia, aquella que no se contenta con decir al confesor la historia de culpas, sino que antes de ella se ha humillado delante del Señor, y ha implorado muchas veces sus auxilios. Aquella, que sobre la absolución, que oyó de la boca del ministro, procura con repetidas oraciones, con maceraciones, y todo género de obras de piedad, que Dios borre su pecado, y que purifique más y más el corazón. De dónde ha de nacer, sino de que no se ama la ley, porque no se medita, y por el mismo defecto deja de conocerse la grandeza del ofendido, la gravedad y multitud de las ofensas, la misericordia de admitirnos a la reconciliación, los verdaderos medios de alcanzarla, la falibilidad de una absolución, que se ha dado, tal vez, con imprudencia o a que no ha precedido toda la disposición que es menester. En fin, porque no se medita que después de alcanzada la gracia, no se ha hecho ésta imperdible, y se necesita por una parte de repetidísimas acciones de agradecimiento al autor de ella; y por otra de mayor vigilancia, más fervor y aplicación, para poder conservarla en un vaso, que no ha dejado de ser quebradizo y frágil. Si David, por dos pecados, no se cansaba de ejercitar las obras de la penitencia, porque la meditación y amor de la ley le daban a conocer la necesidad de continuarla, la gran misericordia que obraba Dios con él; la que había menester para no volver a descaminarse y perecer, ¿cuál deberá hacer un pecador, a quien liga, no una ni dos culpas, sino la cadena de muchas? ¿Un cristiano que tiene la triste experiencia, no de una deuda, sino de centenares de transgresiones en uno o muchos artículos de la ley? Qué ha de hacer, sino darse enteramente al estudio, a la meditación de ella; traer su alma entre las manos, para cotejarla con esa ley, grabándola profundamente en su corazón; y de esta cuidadosa atención le vendrá la observancia de sus preceptos, como afirma San Juan Crisóstomo<sup>82</sup>, *quid potius attento legis gignit preceptorum observantiam*. En lo cual consiste el amor de Dios, y por consiguiente la perfección de toda la ley.

---

81. Psalm. 50, 3-4.

82. Chris. supr. 9.

Si así lo practicó el rey David, progenitor de los perfectísimos modelos, que hoy se nos ponen a la vista, fue porque estaba revelado que no había otro camino para poder presentarnos en el templo de la gloria, que la ciencia, la meditación y el amor a la ley divina, que habían de seguir, y con efecto siguieron, el Salvador y la madre. Hablando en profecía de Jesucristo, como Redentor, que tomaba sobre sí el peso imponderable de todos los pecados del mundo, dice<sup>83</sup>: "Has despreciado Dios mío los sacrificios, y las oblaciones que hasta ahora te tributaban los hombres para alcanzar tus misericordias; pero me has dado un cuerpo, que sirva y valga por todos sus holocaustos y víctimas; ves aquí, Señor, que te le presento para dar la satisfacción que se te debe. Por cabeza del libro de los predestinados está escrito de mío que tengo que cumplir tu voluntad. Yo lo acepté Dios mio, *Deus meus voluit*, y traigo esta ley tuya en mitad de mi corazón, *et legem tuam nin medio cordis mei*."<sup>84</sup> ¿Qué ejemplar más eficaz puede presentarse a los hombres pecadores sobre sus obligaciones a la ley divina, que el del hombre Dios, el Redentor mismo? Él repasa la ley de su Padre, él medita los motivos de esta ley, él la recibe con gusto y le da asiento en su corazón. Estas divinas huellas siguió la soberana madre de tal hijo en toda la conducta de su ejemplarísima vida, como nos lo manifiesta la acción sola que veneramos hoy, ajustada en todas sus menudencias con la ley; y ley de tanto abatimiento, que para cumplirla, hubo de renunciar y posponer, como Jesús, toda su excelencia, grandezas y privilegios, confundiéndose con las demás mujeres impuras, y no distinguiendo a su hijo de los otros pecadores. Este es, H.m., el ejemplo que nos dejaron Jesucristo y María en el misterio de la Purificación ejecutada en un todo conforme a ley, para que aprendiésemos nosotros a purificarnos y presentarnos en el templo de su gloria, arreglando nuestras obras, palabras y pensamientos a los preceptos de Dios, para lo cual es absolutamente indispensable saberlos, meditarlos y traerlos en medio del corazón. La carne corrompida y las pasiones reveladas la resisten, pero la fuerza de la gracia de Dios todo lo allana y facilita. Comencemos, pues, por pedir al Padre e instarle con humildad mediante el Hijo, que se

---

83. Psalm. 39, 7-10.

84. Psalm. 39,11.

hizo nuestro abogado,<sup>85</sup> y al hijo por la intercesión de su madre, que nos dé la ciencia de su ley, la aplicación continua a meditarla, para que conociendo así sus fines, sus utilidades y su celestial dulzura, la amemos con toda nuestra alma, y le demos todo el cumplimiento que se le debe para nuestro mismo bien, y logremos que el Divino Infante presentado por la Santísima Virgen, nos sirva, según la profecía del bendito Simeón no para ruina, sino para luz, gloria y vida eterna. Amén.

---

85. Joann. 2,1.

## SERMÓN DE SANTA ROSA

### NOTA:

*Las noticias pertenecientes a la vida de Santa Rosa, que se hallan en este Sermón, todas son tomadas de la que escribió en latín el P.M. Fr. Leonardo Hansen, provincial de Inglaterra, y socio del R.P. Fr. Juan Bautista Marinis, maestro general del Orden de Predicadores, sobre el mismo proceso informativo el año 1664, que dedicó al Santísimo Padre Alejandro VII.*

*Prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus.*

*Las vírgenes prudentes pusieron aceite en sus vasos con las lámparas. Matth. 25,4.*

Aquel luminoso matiz, de que bañó Dios el semblante de Moisés al bajar del monte con las tablas, cuyo resplandor, al paso que hería los ojos del pueblo de Israel, conciliaba el respeto y la veneración al portador de la ley, necesitaba yo en este día y en este lugar, para ser oído con la docilidad y con atención. Yo no vengo a mostraros, como Moisés, unas tablas de piedra, en que se leían los diez preceptos, vengo a representaros otra tabla más preciosa y delicada, en que impre-

mió el espíritu de Dios sobre aquellos preceptos, las máximas más altas del Evangelio; no con caracteres muertos, sino con la práctica viva y ejemplarísima de toda la doctrina de Jesucristo.<sup>1</sup> Más claro, vengo a ponerlos a la vista el corazón de una Virgen nacida y criada, no en el retiro de Sión, sino en la confusión de Babilonia, para que leáis en él la más puntual y rígida observancia de cuanto encierra más sublime la santa profesión del cristianismo, corazón, en que la virginal pureza, que por su soberanía no ligó con precepto Jesucristo, fue sacrificio voluntario desde la edad más tierna, y víctima, que desde entonces ardía en el amor divino, al cual daba alimento continuo la práctica de todas las virtudes.

Este pequeño retrato os habrá dado a conocer sin duda que hablo del corazón de aquella Virgen, primer fruto del nuevo plantío de la cristiandad en el opulentísimo reino del Perú; fruto más precioso y estimable que las inmensas riquezas que han dado y pueden dar aquella y esta parte del nuevo mundo. En fin, que hablo de Santa Rosa de Lima, a quien no sin motivo superior, dio el santo arzobispo Toribio de Mogrobejo, al confirmarla en la fe, el nombre de Rosa, con que desde los tres meses de su nacimiento comenzó a llamarla María de Oliva su madre, por haber visto con asombro de toda la familia convertido en esta flor el rostro de Isabel, que así se la llamó en el bautismo en obsequio de su abuela.<sup>2</sup> Parece que en la nueva cristiana olía ya el espíritu de Toribio la fragancia que después se derramó por todo el jardín de la iglesia, o que con San Ambrosio discurrió que debía convenir con la madre de Rosa en el nombre, como sucedió en el del Bautista, por ser nombre no escogido, sino dado a conocer por el cielo, que con su transfiguración nos manifestaba anticipadamente la flor de la virginal pureza que Rosa había de guardar, las deliciosas fragancias de su altísima oración y las punzantes espinas de su mortificación austerísima. Veis ahí el elogio de la santa, a que nos obliga el prodigio de su nombre, y a que se reduce también la parábola del Evangelio, que se nos ha cantado.<sup>3</sup> En ella se nos representan diez vírgenes, de las cuales cinco no fueron recibidas en la casa del esposo, aunque vírgenes, tuvieron la indiscre-

1. Rom. 2,3.

2. P.M. León. Hansen in vita cap. I.

3. Mat. 25, 1-13.

ción de no juntar a la luz de esta virtud, el óleo de las demás, con que se alimenta, cuando las otras cinco son recibidas del divino esposo porque supieron prevenir con prudencia el óleo o aceite, sin el cual se hubiera apagado la brillante lámpara de su pureza. Nuestra virgen Rosa fue una de éstas, que consagró su integridad a Jesucristo desde la más tierna edad, y la conservó intacta hasta el último momento con la práctica de todas las máximas sagradas, y principalmente a fuerza de oración y de mortificaciones.

I. En Rosa veremos una Virgen, que hace y guarda el voto del consejo más delicado de la virginidad, para confundir nuestra impureza.

II. Que facilita su práctica con la oración, para excitar nuestra tibieza.

III. Que aparta los estorbos de su observancia con la mortificación, para condenar nuestra delicadeza.

Esta es la materia y división del elogio de Santa Rosa, que espero desempeñar para honra suya y edificación nuestra, implorando el soberano auxilio por medio de la fecunda virgen de las vírgenes, que para honrar a Rosa la die su nombre por apellido, mandándola se llamase Rosa de Santa María, en cuya confianza la saludaremos con el ángel. Ave María.

## PRIMERA PARTE

### *MUY PODEROSO SEÑOR*

Todas las veces que leo, no en las doce tablas, que trajeron de la Grecia los Romanos para cimentar su legislación tan famosa ante las naciones, sino en las dos de Moisés, unos preceptos que fijan mi voluntad en su objeto legítimo y reducen mis pasiones a los términos de la razón; todas las veces que registro, no en las pandectas de los sabios y de los emperadores de la misma Roma, sino en el sagrado volumen del testamento antiguo y sus profetas el verdadero sentido y la explicación genuina de aquellas leyes, sus justas ampliaciones y limitaciones dadas por el mismo Dios, en que no sólo se me prohíbe lo malo y se me manda lo bueno, sino que se me ordena una justicia, una pureza, en una palabra, una santidad imitadora de la santidad



de Dios.<sup>4</sup> Siento una voz lisonjera, que me abulta lo imposible de esta perfección, me exagera las piedades del legislador, que con el pretexto de mi flaqueza ha de disimular o perdonar mis transgresiones.

Si vuelvo los ojos al divino código del Evangelio, no sólo hallo aquellas mismas leyes esencialmente invariables, sino la declaratoria más expresa y terminante que condena, además de las obras prohibidas, los deseos de ellas, y aun los pensamientos y las palabras con pena eterna. Que me prescribe el odio santo de lo más amable, según la carne: de mí mismo y de mi propia alma, si he de ser buen observante de su doctrina y digno discípulo del maestro que la dio.<sup>5</sup> Pero todavía una ley interior, que reina en mis miembros, contraria a esta ley del espíritu, pretende libertarme del yugo y halagar mi amor propio, representándome estas sentencias como unos consejos paternos, de que puedo dispensarme, sin aventurar por eso mi salud eterna.

En fin, cuando registro los hechos de los apóstoles, y revuelvo en los fastos de la primitiva iglesia, aquellos preciosos siglos, en que sin desmentirse la pureza y el fervor, todo respiraba santidad; y cada país que conquistaba el Evangelio, igualmente disputaba con sus progenitores la constancia contra los tiranos, como la inocencia contra el desorden con una perfección tan común, que la propia gracia parece dejada de ser propia de cada uno por la recíproca comunicación de los cristianos, en quienes no había más que un corazón y un alma en frase de la escritura<sup>6</sup>. Entonces, el hombre viejo de mis pasiones me dicta que aquello era un torrente copiosísimo o un empeño de la omnipotencia, que necesitaba de manifestarse así para formar y fortalecer la iglesia, para que no triunfases de ellas las potestades del siglo, para que se multiplicase el número de los creyentes, y para que las mismas puertas del infierno temblasen a vista de la soberana fuerza de la religión. Que serenadas las cosas, convertidos los tiranos, reducidas las naciones, multiplicados prodigiosamente los fieles, mezclados los intereses y variado enteramente el teatro, basta una regularidad de vía, una conducta arreglada, sin aspirar a una perfec-

4. Lev. 11,44.

5. Matt 10, 37-39.

6. Act. 4,327..

ción que está lejos del precepto y del sistema actual en que vivimos.

Así pretende, Señor, alucinarme mi amor propio, así trata de triunfar en mí la ley de mis miembros, de la ley de mi mente y la carne del espíritu; mas ni ésta, ni la sutileza de su concupiscencia encuentran salida, cuando en nuestros últimos siglos, en los países menos ilustrados de la luz del Evangelio, en el sexo más flaco, en la edad menos advertida y más tierna se me presenta una virgen, que aspirando a salvar su alma, mira como necesaria para este punto la práctica más escrupulosa del Evangelio. Sírvome de la frase con que el mundo, y mundo que se llama cristiano, ha querido degradar la observancia de la ley, dando el nombre de escrupulosa a la que es justa y puntual práctica de ella, de la cual dice el profeta que mandó Dios se guardase en todos sus puntos con nimiedad: *tu mandasti mandata tua custodivi nimis.*<sup>7</sup>

En efecto, Rosa, penetrada del deseo de su salud eterna, comienza por el heroísmo de ofrecer a Dios una virginidad perpetua; ¿cuál sería, y cuándo el deseo de cumplir todos los preceptos, en quien así abrazó el más delicado de todos los consejos? La que se hizo un mandamiento de la materia más ardua, ¿cómo pensaría que debía guardar lo que literalmente se le mandaba? ¿Con qué horror miraría, no digo los placeres prohibidos y delincuentes, sino los que autoriza el mundo como indiferentes, la que con la religión de un voto quiso prohibirse los que el mismo Jesucristo consagró por medio de un sacramento, conociendo, como dice el apóstol, que era dividir en cierto modo entre Dios y el mundo un corazón, que debe ser sólo de Dios? Porque la que es casada piensa en las cosas del siglo, dice San Pablo, para agradar al marido, y se parte entre éste y Dios, pero la que es virgen, se ocupa únicamente en el Señor, santificando al mismo tiempo el cuerpo y el espíritu. No peca si se casa; pero la carne enseñada al placer, dará mayores combates, y acostumbrada a la obediencia del espíritu, hace vivir a las vírgenes una vida angelical.

Es verdad, que Rosa consagró su integridad al esposo en una edad, en que apenas puede con mucha oscuridad discernirse lo bueno de lo malo y lo lícito de lo vedado; en que no despierto

---

7. Psal. 118,4.

todavía el estímulo de la lascivia, podría ser problema, si su voto fue una inconsiderada producción, incapaz de obligar a lo que ignoraba, o un impulso del que inspira donde quiere y como quiere, comunicando el poder con el querer. Pero el fiel y puntualísimo cumplimiento de su promesa ha sido un comprobante irrefragable del celestial movimiento, que animó su tierno corazón a tan soberana empresa, supliendo con las luces de la gracia los escasísimos alcances de una razón, no formada según la naturaleza. Fue una prueba, que no deja lugar alguno a la duda, de que el divino agricultor, que siembra y da el incremento, puso en la tierra, recién formada del corazón de Rosa, la inestimable semilla de la virginal pureza, conociendo las raíces y el aumento que tomaría en ella esta virtud.

Sí, Señor. El espíritu de Dios puso con anticipación en el corazón de Rosa el amor de la virginidad, cuando naturalmente no podía conocer ni su precio, ni la dificultad de conservarla. Fue desde su infancia virgen, por la gracia; mas esta gracia no estuvo ociosa, por servirme de la expresión del maestro de la virginidad. Quiero decir, la gracia, que hizo a Rosa abrazar el voto de ser virgen, fue la gracia de que se ayudó para guardar en vaso quebradizo un tesoro, que acechaban muchos y poderosos enemigos. La gracia que hizo virgen a Rosa, ni la desnudó del cuerpo y sus pasiones; ni ligó al ángel de Satanás, para que no la mortificase; pero ayudándose de la misma gracia, todo lo podía y ella sola le bastaba.

¿Y cómo? Dirélo en una palabra; tomando toda la ley como ley, y mirando las máximas que se encaminan al mejor cumplimiento de un precepto, como al propio precepto. Attendamos sus lecciones, los que somos llamados, según el apóstol, a la santidad, como cristianos y miembros de una cabeza santa. Apenas llegó a conocer a los doce años, que el riquísimo pelo, con que la naturaleza había coronado su hermosura, podía servir de lazos a la sensualidad o de atractivo para bodas, contrarias a su promesa, cuando toma resuelta unas tijeras, y cortando la gala, por sí inocente, aumenta con su desprecio y ultraje el valor del sacrificio, mostrando que no sólo procuraba conservar su corazón libre de más cuidado que el de agradar a Jesucristo; sino que tampoco quería que hubiese en su persona de que pudiese agradarse otro que el esposo que había elegido. ¡Ah, vírgenes! ¡Ah, madres! que de cristianas y de honradas

debéis hacer profesión de guardar la pureza de conservar vuestro tesoro, ¿cómo pensáis conseguirlo, si en vez de cortar naturales estímulos, hacéis estudio del arte que los fomenta o hace parecer los que negó naturaleza? Si lográreis, acaso, conservar la lámpara sin detrimento del vidrio, será sin luz, como las de las vírgenes necias, será sin mérito para el celestial esposo, que os desconocerá por infieles, y os dará con las puertas en la cara.

Aprended de Rosa, si queréis ser recibidas de su esposo. No contenta con quitar el estorbo de su pelo, quiso que todo su exterior estuviese muy lejos de cuanto podía parar la voluntad o atraer los afectos. Deseosa de dar todo el cumplimiento a su voto, hizo profesión en la Orden Tercera de Penitencia del Glorioso Patriarca Santo Domingo. En fuerza de este instituto, vistió el correspondiente sayal, que trajo toda su vida, y se negó, no sólo a las galas, a los costosos vestidos y a toda la vanidad del siglo; sino también a aquellos trajes ordinarios, en que todavía hace entrar la sutileza del mundo una parte no pequeña de lujo disfrazado, y tal vez una porción detestable de la más lasciva indecencia con el pretexto del clima. Así acabó de separarse, aun de aquel comercio indispensable de las gentes, y se retiró el postrer ángulo o rincón del huerto de su casa, en que reducida a una choza, fabricó su nido esta casta paloma, para vivir sólo del consorcio de su celestial esposo.

¡Qué lejos de esta santa práctica vemos en estos tiempos a las personas de ambos sexos profesar los órdenes del cielo de penitencia, para emplear en ellos ciertas horas en la semana, y presentarse después en todas las diversiones del mundo con toda la libertad, o mejor diré, con toda la desembocadura que autoriza la corrupción de las costumbres, y con toda la profanidad de trajes que sufre el caudal o los arbitrios! No digo que deban reducirse a la estrechez de Rosa, cuando no lo permiten la condición y el estado; pero sí digo que todas sus prácticas son infructuosas, si no fueren algo peor; y que las gracias e indulgencias que la Iglesia ha concedido a estas órdenes, dependen, no tanto de las prácticas exteriores, cuando de la observancia del espíritu de sus reglas. Éste era el objeto a que miraba nuestra santa en toda sus acciones, como quien había hecho la profesión, para que le sirviese de medio a conservar su pureza. Con esta idea rompió tanto con el mundo,

como la más austera religiosa, y no fiándose de toda la modestia santa de su vestido, temerosa justamente de la más ligera pérdida de su tesoro inestimable, no se dejaba ver más que en el templo, si puede decirse, que dejaba verse, cuando nada más se veía de esta Rosa, que el bronco y espinoso capullo de vestido y la sandalia. En realidad, ni era vista, ni veía. Sabía, como dice Jeremías<sup>8</sup>, que nuestros ojos son los ladrones de nuestra alma: *oculus meus depradatus est animam meam*; que éstas son las ventanas por donde experimentó David que hace su escala la muerte<sup>9</sup>: *ascendit mors per fenestras nostras*. En fin, que el mismo Jesucristo nos enseñó en términos expresos, que la pureza de todo nuestro cuerpo dependía de la pureza de nuestros ojos: si oculus tuus, &c.<sup>10</sup> Guardaba Rosa la de los suyos con la mayor vigilancia, para conservar entera la de aquél. No se permitía a los ojos extraños, por no ser cómplice en la muerte de su prójimo. Ignoraba las falsas limitaciones, con que interpretan los carnales esta ley del Evangelio, y seguía su letra para alcanzar su espíritu.

Los maestros de la corrupción, los intérpretes halagüeños de la sensualidad, que predijo el apóstol<sup>11</sup>, han enseñado, en lugar de la sana doctrina, las opiniones falsas, lisonjeras a la carne, de que el traje, el adorno ha de ir según el siglo, la calidad, el estado, que el retiro es propio de la clausura de las que han profesado castidad, pero que las doncellas que aspiran al matrimonio, las casadas, las madres deben presentarse al público, dejarse ver en el estrado, recibir al tocador, y aun ¡qué vergüenza! no desechar las visitas en la cama. No quiero para convenceros en esta parte autoridades divinas ni discursos filosóficos, y me vuelvo a vosotros y a vosotras. Decidme: ¿qué pasa por vuestro corazón en semejantes concurrencias? ¿Con qué fin se asiste al teatro, se mueve el cuerpo al compás del instrumento, se ajusta, muda, torna, desecha el traje, se sufre la mano, el hierro, el repelón del peinado? ¿Con qué miras se hacen todas éstas, que llamáis etiquetas de estado y condición, y aun con qué animo? ¡Tiemblo decirlo! ¿Con qué intención os presentáis en la iglesia, asistís a una misa de la que al fin no sabéis otra cosa que los que

---

8. Lam. 3,51.

9. Jer. 9,20.

10. Matth. 18,9.

11. 2 Tim. 4,3.

estuvieron, las que entraron o salieron, sus vestidos, zapatillos, gestos y peinado? Decídmelo o respondéoslo a vosotros mismos. Ved si esas ideas, son conformes a la ley que profesamos, y a un deseo eficaz de salvar nuestras almas.

Si en nuestros tiempos hay lujo, y lujo tal que merecía con razón nombre más expresivo de su exceso, no penséis que faltaba en la edad de Rosa y en su patria; ni que allí entonces fuese menor la corrupción y el imperio de los vicios. Lima, tierra en que nació esta rosa, capital del desconocido y opulentísimo reino del Perú, acababa de ser conquistada y de unirse a nuestra monarquía. Consistía el fondo de sus pobladores en aquellos mismos bárbaros, cuyas fieras y relajadas costumbres se trataba de mejorar y suavizar con el cristianismo. Entre ellos se contaban los pocos españoles, que habían servido en la conquista, algunos europeos que pasaban de la metrópolis, y otros de las mismas Indias, antes conquistadas, de los cuales era Gaspar de Flores, padre de la santa, y natural de esta isla. La fama de las riquezas que los incas poseían, y de las abundantísimas minas de oro y plata, llamaban a los unos y a los otros, cuya avara sed les hacía emprender una navegación, siempre peligrosa y difícil; pero entonces imponderablemente aventurada. En el año de 586, en que nació esta flor, no se contaban más de 61 de la entrada de Pizarro, y 45 de su trágico fin, muerto a manos de los amigos de Almagro, su compañero en la conquista, y a quien había hecho cortar la cabeza. La sangre de estos crueles capitanes casi hervía todavía en la tierra, los odios de sus parciales aún no estaban apagados, el vigor de las leyes era tan débil que apenas se conocían, el freno de la religión tan flaco, como que no hacía más de comenzar a establecerse. Por consiguiente, la avaricia reinaba sin reparo, la ambición se dilataba sin límites, la licencia corría sin tropiezo, y por todas partes se miraba con impunidad el escándalo. Las excesivas riquezas de que gozaban los nuestros, habían ensoberbecido a los padres, y llenado de presunción a los hijos, que las prodigaban en todo género de lujo, sin ejemplo, por entonces, en corte alguna de la Europa. El pontificado del santo obispo Mogrobejo, de quien hicimos mención, sus estatutos sinodales, sus edictos, sus quejas informes al soberano, y sus trabajos apostólicos, son un testimonio irrefragable de la tiranía con que entonces reinaba el vicio y el desorden.

Pero cuando faltasen esos comprobantes auténticos, y la fe de las historias que nos manifiestan el licencioso estado de aquella capital en los días de Rosa, sobraría para prueba la conducta que tuvo con ella María de Oliva, y los esfuerzos de sus amigas, empeñadas todas en producirla al mundo con los adornos profanos que podían realzar su natural hermosura. ¿Cuántas veces tembló oprimido el corazón de nuestra virgen con las instancias o con las amenazas de una madre caprichosa, que la obligaba a coronar su cabeza de flores o de otras galas, a ayudar de la blancura y belleza de sus manos con guantes aderezados, a vestir su cuerpo con los trajes de la moda? ¿Cuántas veces combatió su espíritu con la guerra más cruda entre la obediencia paternal, de que era observantísima, y la guarda de sus santos propósitos a vista de unos preceptos, en cuyo cumplimiento conocía la transgresión, o el peligro de faltar a su celestial esposo? ¿Cuántas veces tuvo que recurrir o al patrocinio de la Santísima Virgen, para que la libertase de tan fuertes tentaciones, o a la autoridad de los confesores y otras personas de mérito y de virtud, para que contuviesen la imprudencia de su madre, que la arrastraba al siglo y sus costumbres? ¿Y cuántas, fecunda su poca edad en piadosos estratagemas e invenciones, burlaba los proyectos de María de Oliva y de sus amigas, que trabajaban por distraerla del retiro? El cielo tomaba de su cuenta la protección de Rosa en algunas ocasiones, como cuando se vieron amanecer sus manos llenas de postillas, y señales del incendio que en ellas habían causado los fatales guantes, dados por su madre con designio de hermo-searlas. En otras, le valía su astucia, como cuando estrechada de la importunidad de algunas señoras, y la obediencia maternal, se puso una guirnalda de flores clavando en ella, sin ser vista, una larga y punzante aguja con que penetró profundamente su cabeza, y a un tiempo obedecía con este ardid, y se coronaba de espinas a imitación de su esposo. ¿Qué de visitas y paseos no excusó, frotando sus párpados de pimienta molida y otros corrosivos, con peligro de la vista, hasta que fue descubierta? Porque quería, como la enseñaba Jesucristo<sup>12</sup>, antes perder los ojos para entrar en el cielo, que perder el cielo por tenerlos.

---

12. Matth. 18,9.

La narración de iguales hechos sería interminable, si me empeñase en ella, y estos pocos deben sobrar, para convencernos de que en medio del horno de Babilonia no se quemaba esta niña, ni ardía esta zarza, porque el rocío de la gracia, que buscaba a toda costa, la defendía de la voracidad de las llamas, y conservaba la fragancia y la entereza de esta flor, que por su parte estudiaba y abrazaba los medios más difíciles, para evitar su incendio. Ni el ejemplo, ni el precepto pudieron arrastrarla a aquellos primeros pasos, que la moral del siglo gradúa de inocentes o estima indiferentes, y son en realidad el borde del precipicio. Los que conducen a la última ruina, parece que están muy lejos de ella. Comiézase de ordinario por una especie de vanidad paliada, o bien de hacer alarde del caudal que sufre los costos de la gala, o bien del buen gusto, que las escoge, o bien de una figurada necesidad, que trae el estado o condición de la persona. De tan fatales principios nace insensiblemente el deseo de agradar sin designio malo, y por pura ligereza. Lógrase con efecto este capricho, comienzan las miradas, entran las conversaciones, siguen las lisonjas, y entre muchos concurrentes se señala alguno en ellas, halla dispuesta la materia con la pasión de parecer bien, logra ser oído sin repugnancia, avívase la llama, y a pocos soplos, la que no pensaba más que en hacer prueba del atavío, de la gracia o la hermosura, se encuentra víctima que arde en un fuego, que ella misma encendió sin esas miras. Por estos pasos, cuando no es con demasiada prontitud, es que se llega o se corre al abandono que sabéis, y yo no puedo declarar sin peligro de ofender las almas castas.

Ninguna cautela sobra, H. M., por más que el mundo ridiculice con el epíteto de escrupulosas, no digo a los corazones que desean conservar, como nuestra virgen, la delicadísima flor de la virginidad, que con facilidad se marchita; sino a los que procuran, como debe el cristiano, conservar y aumentar la gracia que recibió en el bautismo, y cumplir las promesas que hizo en él a su Redentor. Todos debemos huir la corrupción, el aire infestado y pestilencial del siglo, aunque vivamos en él, como vivía Rosa, la cual quiso Dios que floreciese sin la clausura de los monasterios, fabricándose el retiro dentro del mismo mundo corrompido, como alaba San Jerónimo de la Virgen



Asela<sup>13</sup>, de la que dice que en una ciudad turbia supo encontrar yermo monástico: *in urbe turbida inveniret erenum Monachorum*<sup>14</sup>; y todos debemos para poder huirlas, y triunfar, servirnos, conforme a los respectivos estados, de los medios, que tomaba Rosa, y que nos enseña el Evangelio.

## SEGUNDA PARTE

Velad y orad, dice Jesucristo en él a sus discípulos, *vigilate, et orate*, si queréis no ser vencidos de la tentación. *Vigilate, ut non intretis in tentationem*<sup>15</sup>. Todos los bienes que podemos desear y convenirnos, nos aseguró el propio maestro soberano que estaban ligados a la oración, cuya eficacia es tal, que obliga a Dios a conceder cuanto pretende saludable y útil; de suerte que en ella se encierra la libertad del mal y la consecución del bien. Persuadida Rosa de esta verdad, podré deciros, sin exageración, que vivió orando aun entre sueños; pero no contenta con practicarla, ansiaba por hacer conocer a sus prójimos la utilidad de la oración, el poco trabajo que había en tenerla e inclinarlos a su ejercicio. Con su hermano Fernando era un predicador infatigable sobre la oración. Con el mismo celo buscaba a cuantos confesores conocía, a los cuales rogaba y encargaba que con toda eficacia, y arte persuadiesen a sus penitentes los provechos de la oración mental, como una farmacopea proveída de antídotos contra el pecado; de purgantes contra el vicio, y de vulnerarios contra las heridas del alma; solicitaba a los predicadores de la palabra de Dios, para que frecuentemente inflamasen el corazón de sus oyentes con el deseo de la oración, y les facilitasen el uso de la meditación. Su persuasión y su ejemplo produjo muchos discípulos, y aún consiguió que los irracionales y vegetales la imitasen. Las insensibles plantas de su huerto, por donde pasaba a su celdilla anacoreta, provocadas por ella muchas mañanas a dar gracias al creador a imitación suya, se observó que la obedecían con gracioso y sonoro movimiento, y que desde la más humilde,

13. Discípula de S. Jerónimo en Roma a fines del siglo IV. (JLS).

14. Hier. Ep. ad Marcell., de Lau. Assela.

15. Matth. 26,41.

hasta la más elevada entonaban a su modo himnos de alabanzas al creador omnipotente, en cuyo obsequio abatían sus ramos y copetes, como para besar el suelo. En el último año de su vida tuvo al ponerse el sol una avecilla, que con su canto melodioso la acompañó alternativamente aquella cuaresma en esta especie de oración, con recíprocos cantos, que inspiraba el Divino Autor a una y otra.

La energía de su ejemplo nacía de la continuación de su práctica, y del fervor en su ejercicio de orar. Dos géneros de oración ocupaban recíprocamente a Rosa. Uno era, cuando desembarazándose de toda ocupación, se retiraba tanto en lo exterior como en lo interior a hablar con Dios. En éste empleaba diariamente doce horas, cuando menos. En el otro, se ejercitaba mientras trabajando de sus manos, ganaba para el sustento de su madre y sus propias necesidades. Éste era continuo, cuanto permite la naturaleza de nuestra carne, y tan sin interrupción, que o bien trabajase o bien tomase su cuerpo el reposo, menos que necesario para la conservación, jamás, ni en lugar alguno, se apartaba el corazón de esta virgen de la presencia de su celestial esposo. Que hilase, que cociese, que bordase, que comiese, que leyese, que conversase, en el templo, en el huerto, en casa, en la celdilla; donde quiera que estuviese, traía ante los ojos de su alma, la adorable majestad de aquél, a quien sirven los ángeles, y cuya hermosura admiran y adoran los astros. Pero lo más admirable de esta no interrumpida oración y conversación con Dios, era el practicarla interiormente, sin que le estorbase, no digo a los ejercicios domésticos y labores, pero ni aun para responder con orden, concierto y expedición a lo que se la hablaba y preguntaba; disponiendo y haciendo lo que había dispuesto con la misma facilidad, atención y prontitud, que acostumbran los que se dan enteramente a los negocios exteriores. Era su alma la de María, sentada a los pies del Redentor, ocupada únicamente en su contemplación. Su cuerpo y sus facultades eran la Martha fatigada en la disposición y ministerio doméstico, juntando ambas vidas activa y contemplativa, no sólo en una persona, sino en un mismo tiempo<sup>16</sup>; y toda Rosa, el original de la esposa de los Cantares,

---

16. Luc. 10,41.

cuyo corazón velaba con su amado, mientras su cuerpo se rendía al preciso sueño<sup>17</sup>.

¿Creeréis por ventura, que la alteza de la oración de nuestra virgen, y tanta continuación en ella era efecto del estudio de los libros de la teología mística, que tratan de esta materia, y de las reglas que le darían los sabios directores de su espíritu, o que fue todo un don gracioso del Señor, que la llevaba a orar sin trabajo, que la enseñaba a orar sin aplicación propia, y que la mantenía orando sin dificultad? No, H. M., ni fue obra del estudio, ni fue puro don del cielo. Attendamos a la explicación de este misterio, en que consiste nuestra eterna salud y la gloria de nuestra santa, y pidamos a Dios la atención y la inteligencia. Examinada Rosa por varones tan ilustrados en la teoría de esta ciencia de los santos, como versados en el ejercicio de ella, para conocer si su espíritu iba por el verdadero camino de la perfección, o si por la flaqueza de su sexo y pocas luces de su edad, entraba el espíritu de la ilusión en su conducta, se le preguntó, entre otras cosas, si había leído algunas obras místicas o algún método que le enseñase el arte de orar, a que respondió ingenuamente que ni tenía ni usaba de estos libros, que la experiencia sola y el ejercicio le servían de lección, por lo cual no podía explicar los sentimientos interiores de su alma con propiedad, ni darles el nombre correspondiente.<sup>18</sup> Es verdad que después de esta prueba de su espíritu, usó de los mejores maestros de la oración, y principalmente de la imponderable obra del V. Luis de Granada, cuya lectura aconsejaba, y cuyo aprecio se manifestó en la rabia, con que por mortificar a la Santa, le rasgó y arrojó en un lugar inmundo Satanás, a vista suya que le recobró intacto a pesar del infernal Dragón.<sup>19</sup> También es cierto que ésta y otras obras semejantes, y la dirección espiritual de sujetos sabios y virtuosos son utilísimas, no digo para las almas tiernas y escasas de luces, sino aún para los hombres más provecos, que se dan a la oración.

Pero el dogma y doctrina constante de la Iglesia, es que así como la oración es necesaria para alcanzar la gracia, también es necesaria la gracia para hacer oración. Estos son dos artículos de

17. Cant. 5,2.

18. Vit. cap. 14.

19. Vit. cap. 16. post medium.

una verdad infalible, y que tienen una conexión recíproca entre sí. La primera gracia para orar la da Dios aun a los que no la piden. Él tiene prometido que derramaría este don de gracia y oraciones.<sup>20</sup> El espíritu de Dios, nos dice S. Pablo,<sup>21</sup> ayuda nuestra flaqueza, porque no sabemos, ni lo que hemos de pedir, ni cómo hemos de pedirlo. Un movimiento gracioso de este espíritu, a que no precede nuestra oración, es el que nos mueve a ella, al modo que por otro impulso semejante nos trae la fe; porque, como enseña San Agustín<sup>22</sup>, hay unas cosas que Dios ha dispuesto dar aun a aquéllos que no oran, y otras que no ha destinado, si no es para los que oran. El principio pues de la oración de nuestra Santa, fue ese don que Dios nos tiene ofrecido. Desde que comenzaron en su alma a esclarecer los crepúsculos de la razón, y a ilustrarse con el conocimiento de su autor, comenzó también a caer sobre su corazón el suave y fecundo rocío de ese espíritu de oración, a que abriéndose, cual concha de perlas, y abrigándole en su interior, concibió desde luego la preciosa, y fecunda margarita de la oración, a cambio de la cual debíamos dar cuanto hay en el mundo de estimable. Que fuese tan temprano como he dicho, este celestial rocío en el corazón de Rosa, lo manifestó ella en el examen mencionado<sup>23</sup>, cuando dijo que no se acordaba del tiempo en que había comenzado a sentir los divinos estímulos, y concebido el espíritu de la oración, porque desde su primer niñez se había encontrado fácil, dispuesta y movida a hacer sus oracioncillas, tanto que nada podía ser la más dulce que hablar con Dios y pensar en Dios. Con todo, ese propio espíritu que la excitaba y que la ayudaba en su oración, no quitó por sí solo todos los estorbos de ella. Rosa confesaba que hasta los doce años no había sido igual su aplicación, su facilidad, su recogimiento y su serenidad de alma. Que unas veces había tenido que luchar con la debilidad de su cuerpecillo, que se rendía; otras con el sueño que la molestaba, y algunas con las distracciones que le impedían y divertían el espíritu.

Por aquí conoceréis, que la gracia del Señor fue la que motivó a Rosa para que orase. Oró; continuó en orar, peleando con la flaqueza corporal, luchando con la importunidad del sueño;

---

20. Zachar. 12,10.

21. Rom. 8,27.

22. Aug. de Dono perseverantia, cap. 16.

23. Supr. cap. 14.

rebatiendo las distracciones del enemigo, y como la oración, es en frase de un antiguo padre, una omnipotencia humilde y suplicatoria *omnipotentia supplex*.<sup>24</sup> Conseguía con la misma oración, no sólo lo que pedía, sino triunfar de todos los estorbos, que por cualquier parte le viniesen o para aflojar o para dejar la oración. Con una eficazísima virtud lograba aquél alto conocimiento de su Dios que la humillaba y hacía estimar en menos que las mismas cosas de la familia, a que se sujetaba gustosa; la idea clara del Señor supremo, que la arrebataba cada vez más, no sólo en la suavidad y su dulzura, en la adoración de sus misericordias, sino que se encendía en el fuego de su amor; verificándose en Rosa lo que contaba David de su oración, por la cual decía que se prendían y vivaban las llamas en su corazón. *Et in meditatione me a exaribus accendit ignis*.<sup>25</sup> En suma, con la oración lograba el principio, el aumento y los efectos admirables de todas las virtudes, la gracia de las cosas, y lo que más es, el don y la perfección de la propia oración. Experimentaba la verdad con que el mismo David nos convidaba a cercarnos a Dios por la oración, como medio seguro para que se derrame sobre nosotros su luz.<sup>26</sup>

No hay duda que el grado sublime de oración, a que se vio elevada Rosa desde los doce años, y que llaman los maestros de la vida espiritual oración de unión, en la cual no se ilustra el entendimiento con las especies premeditadas o adquiridas, sino con las infusas divinamente, ni se entretiene con imágenes corporales, sino que se llama de una pureza luminosa de forma espiritual, como que Dios ocupa el sagrario del alma por un inmediato íntimo descenso, que calienta, inflama y abrasa la parte efectiva con el amor increado; que la estabilidad o firmeza de esta oración o mejor diré meditación, por la cual se mantiene el corazón firme y constantemente unido a su Dios, sin que haya criatura que pueda separarle de él, ni divertirle a otra parte<sup>27</sup>, es un don del cielo, y gracia especialísima que el espíritu de Dios reparte donde quiere o como quiere<sup>28</sup>; que no hay mérito alguno en el más justo, para aspirar a él; en una

24. Natalis Alexand. instit. Conc. part. 2. D. 5. post Pasq.

25. Psal. 38,4.

26. Psal. 33,6.

27. Rom. 8,35.

28. Joann. 3,8.

palabra, es una liberalidad gratuita del Señor. Pero, si reflexionamos que el vaso de elección Pablo, aquel hombre singularísimamente favorecido de ésta y otras gracias, confesando esa prodigiosa liberalidad, a que atribuía todo su ser, *gratia Dei sum, id quod sum*, añadía; pero esta gracia, no ha estado en mí sin ejercicio, *sed gratia Dei in me vaqua non fuit*, podremos decir de nuestra Virgen, como Pablo, que su cooperación y su aplicación, hacía fructificar y obrar la misma gracia, trabajando más que todos, *abundantius illis ondibus lavoravi*; no ella sola: *non ego autem*, sino con la gracia de Dios, o la gracia de Dios con ella, *sed gratia Dei mecum*.<sup>29</sup> Porque desde que bajó a su corazón pueril la primera gracia del espíritu de oración, la abrasó y puso en ejercicio, como os he dicho. Continuó trayéndola en movimiento a pesar de inconvenientes, y de las veinte y cuatro horas del día natural destinó doce de retiro para oración especial. Mas para que el alma pudiese fijarse tanto tiempo, para que el sueño no cortase este comercio, para que la pesadez del cuerpo que se corrompe, no gravase el espíritu.<sup>30</sup> ¿Qué de largos ayunos, qué de cilicios punzantes, qué de lecho molesto, qué de piadosas invenciones no usó, ya colgando su cuerpo, asidas las manos a los clavos de una cruz, ya atando la corta cabellera que se había dejado, a otro clavo fijado en la pared, en tan penosa situación que apenas podía tocar con el dedo grande de sus pies la tierra, para sostener de algún modo el peso de su cuerpo?<sup>31</sup> ¡Tantos y tales fueron los esfuerzos de Rosa en cooperar a la gracia de oración, y tales fueron los colmos de esta gracia! Colgábase Rosa de la cruz levantándose del suelo su cuerpo, para orar sin interrupción, y la gracia mutuamente levantaba su alma y muchas veces su cuerpo de la misma tierra, para que fuese continua su oración e íntima su unión con aquél que murió pendiente en la propia cruz.

Ni penséis, H. M., que estos dulcísimos favores, y las celestiales delicias que acompañan a la unión íntima con su Creador, que gozaba el espíritu de Rosa por medio de la oración, se fijaron, ni con los clavos de que se asía a la cruz, ni con el de la pared, a que ligaba su pelo. No, señores. Gozólos Rosa hasta los

---

29. I Cor. 15,10.

30. Sap. 9, 15.

31. Vit. c. 9 circa finem.

catorce años, embriagada, como dice la escritura<sup>32</sup>, de la abundancia de la casa de su esposo con el torrente de sus dulzuras. Pero la conducta ordinaria del Señor con sus escogidos es la de mezclar y entretrejer su vida de gracias y de tribulaciones, para que ni éstas les desanimen hasta la desesperación, ni con aquéllas se ensalcen e hinchen con presunción. Así lo experimentó el vaso de elección Pablo, a quien humillaba y afligía el vergonzoso estímulo de su carne, porque no se ensoberbeciese con la grandeza de sus revelaciones.<sup>33</sup> Del mismo modo se vio Rosa tristemente pasar de aquellos dichosos y clarísimos días, a otros quince años llenos de acíbar y amarguras, que contrapesaban las delicias hasta allí gozadas. Aquel amante, que jamás se le apartaba, que sobre la almohadilla o el telar se le hacía visible y enredaba graciosamente en su labor, comenzó poco a poco a retirársele, a mostrarle despego, y por fin una especie de abandono, cuyo dolor sólo pueden explicar las almas que le han padecido después de haber gozado sus dulzuras. Aun éstas saben sentirlo, y no son capaces de declararlo, como sucedía a nuestra Virgen. Durante la época cruel de semejante abandono, entraba Rosa a su retiro, en que había experimentado cuán dulces eran los frutos del amor de su hermosísimo esposo, en aquella bodega de ricos y generosos vinos donde acostumbraba antes sentir el orden soberano de caridad, con que encendía su pecho hasta pedir los confortantes aromáticos de las flores, para reparo de sus amorosos cilicios; aquel retrete, en que echándole su divino amante una mano al cuello, la abrazaba estrechamente con la otra.<sup>34</sup> Pero, ¡oh, Señor, qué incomprensibles son tus juicios! ¡Qué oscuros a nuestra torpe vista tus caminos! Entraba Rosa, y lejos de hallar los cariños de amado, aun al mismo amado no encontraba. ¿Qué digo? En lugar de éste y sus favores, se veía o por mejor decir, andaba a tientas en un desierto horroroso, en una noche lóbrega, en un caos de confusión, donde sólo tropezaba con objetos y especies terribles, que la asombraban, y pudieran servir para tormento de un réprobo. Poníase en oración, pero las facultades de su alma, que antes se recogían gustosamente y sin esfuerzo, huían de ella, y se le escapaban. Su propio espíritu la dejaba sola. Los

---

32. Psal. 35, 9.

33. Cor. 12, 7.

34. Cant. 2, 4.

éxtasis y rebatos del amor, en que ardía su corazón, se convertían en una torpeza e inacción, que le dejaban pasmado, insensible y como sin alma. En tanto desamparo se preguntaba a sí misma por su amado; buscábale dentro y fuera, pero con inútil diligencia, porque semejante al ligero ciervecillo, con quien le compara la esposa en los cantares<sup>35</sup>, se le escondía por los montes de Bether.

No había cosa que le diese noticia del que buscaba con tanta ansia. Si obligaba su entendimiento a que le representase alguna idea de la divinidad, le ofrecía unas ideas horrorosas. Si esforzaba la voluntad, siquiera el deseo de amar, le hallaba fría y congelada. Si trabajaba con la memoria, porque la trajese a la vista siquiera alguno de los favores pasados, sólo le acordaba como entre nieblas, que algún día había conocido y amado a Dios, sintiéndose al mismo tiempo tan destituida de afectos, como si apenas hubiese tenido noticia de él. Procuraba por la relación de las criaturas con el Creador, levantar su espíritu, como dice San Pablo<sup>36</sup>, al conocimiento de éste, pero en vano. Una y otra vez volvía a la misma lucha; pero el calor de la voluntad se había helado, la luz de la razón se había oscurecido, y todo sentimiento de piedad yacía en profundo letargo. Sólo tocaba y sentía con claridad la separación de su amado, que algunas veces se le figuraba lleno de ira y respirando amenazas. En el espacio continuo de quince años no hubo día que no experimentase este tormento, el cual duraba una hora, cuando menos. Ansiaba, se afligía, se congojaba; mas no por eso dejaba de volver el día siguiente a la oración. Repetíase la tristísima fatiga y desolación, y aunque algunas veces veía, como por brújulas, alguna especie tenuísima de luz, por donde infería que tuviese fin su tormento, era un consuelo semejante al de las almas que padecen en el fuego del purgatorio, cuyo sentimiento no es menos vivo, aunque esperan al fin con certidumbre. Esta vislumbre de consuelo, y otras con que el Señor la sostenía, desaparecían al día siguiente, y la sumergían en una pena que parecía interminable. Buscaba entre los teólogos, y confesores la explicación y el remedio de su dolencia; pero, o la rudeza de Rosa para explicar tan raro mal, o la poca práctica de ellos, para

---

35. Cant. 2, 17, Sup. v. 17.

36. Rom. 1, 20.



entenderlo, o la voluntad de Dios, que les cegaba, hacía que se volviese con mayor desconsuelo, porque uno le respondía que eran delirios, otro, que eran apariencias. No faltó quien lo atribuyese a prestigios y vanos temores del demonio, ni quien sospechase que era todo efecto de una melancolía requemada, que debilitado el cerebro con el ayuno y las vigili­as, levantaba aquellos vapores por la corrupción de la sangre y otros líquidos. De aquí resultó que a pesar de Rosa, reconoció su madre el lamentable estado de su espíritu, y la obligó a dejarse tratar de médicos y usar sus recetas, como contra una enfermedad del cuerpo. Sufriólo todo, resignada en la voluntad de Dios, que agrada­do de su sacrificio y su constancia, volvió a fijar su corazón en la altísima región de la unión con él, de que se juzgaba Rosa desterrada. Volvió a derramar en su alma los torrentes inefables de sus delicias, volvió a ilustrar su entendimiento con luces más claras y perennes; volvió a fecundar su memoria de mejores y más dulces especies. Engañábase Rosa en creer que su esposo la había abandonado. Estábase muy cerca de ella en medio de su fatiga, dándola fuerzas, deleitándose en sus triunfos, y mirándola, como embebido en la pared. *En ipse stat post parietem nostrum*. Observándole, como por entre celosías y cancelles. *Respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos*.<sup>37</sup> Hablóle, juzgó que venía de lejos; llenóse de gozo, porque conoció que habían pasado ya los hielos del riguroso invierno, que la habían pasmado, y las fuertes lluvias, en que se juzgaba anegada. Desde allí comenzaron a llover los favores de su esposo con mayor largueza, y abundancia. Manifestábasele con visiones más claras; y regalaba con favores más sensibles y distinguidos. La soberana Virgen se hizo tan familiar de Rosa, que bajaba a despertarla a la oración, cuando el sueño anegado le cobraba con porfía su natural tributo. A imitación del hijo de la madre, eran también muy continuos los obsequios, ya del Santo Ángel de su Guarda, ya de su amantísima maestra Santa Catalina de Siena, cuya asperísima vida se propuso imitar desde la infancia. Gozaba, para decirlo de una vez, con anticipación los preludios de aquella gloria que la esperaba, aun antes de desmoronarse el tabernáculo corruptible de su cuerpo.

En esa gloria inefable e incomprensible a nuestra capacidad, aparecerá triunfante con su esposo en el último de los días,

---

37. Cant. 2, 9.

para condenar nuestra tibieza e indolencia, porque no seguimos, como ella, el camino de la salud, que es la oración. Ninguna disculpa tendremos contra la sentencia, que pronunciare su ejemplo. Si dijésemos que no sabíamos orar, nos responderá que el mismo maestro que tuvo, hemos tenido, que es el Espíritu de Dios, que enseña a orar a los que quieren y ora por aquéllos que se ponen a orar, y desean hacerlo con eficacia. Si opusiésemos las ocupaciones, nos convencerá con las suyas, que obligada a mantenerse, y sustentar a una madre con el trabajo de sus manos, no la faltaba tiempo para orar, y lo practicaba en medio de los mismos ejercicios corporales. Si quisiésemos cubrirnos con el bullicio del mundo, en que Dios nos ha dejado, sin retirarnos a los claustros, en el mismo estado mantuvo a Rosa, prohibiéndole entrase en los monasterios, que la llamaba; como para hacernos conocer en ella, la posibilidad del retiro espiritual entre los cuidados y distracciones del siglo. En fin, si pensásemos echar la culpa a Dios, que nos negó una gracia, semejante a la suya; sabed que es una blasfemia, porque Dios da a todos, como a Rosa, el primer espíritu y gracia de la oración, que crece si nuestro corazón la recibe, y nuestro cuidado o cooperación le cultiva. Ninguna obra más graciosa que la fe. Con todo, cuando los apóstoles preguntaron a Jesucristo, cuál sería su premio en el día del juicio, por haberla abrazado y seguidole, les dice: "Que en aquel día, cuando él bajase lleno de majestad a juzgar el mundo, se asentarían ellos sobre doce sillas, para condenar, como explica el P. S. Jerónimo, a las doce tribus de Israel, porque no creyeron, habiendo creído ellos."<sup>38</sup> Lo mismo, H. m., nos sucederá a nosotros con el ejemplo de Rosa; si a imitación de ella no nos esforzamos a cumplir con el precepto de orar, a fomentar con el ejercicio ese espíritu de oración, que tantas veces toca a nuestros corazones, por medio de las necesidades, así del cuerpo, como del alma, en que nos pone con el piadoso designio de levantar nuestro corazón. No hay disculpa; no hay excusa. No se nos pide aquella oración altísima, a que subió Rosa prontamente, ésta es gracia especialísima. Pídesenos una oración ordinaria, digámoslo así, que es una elevación del corazón y de las manos al cielo, para implorar su auxilio. Pero nosotros los ministros de su divina

---

38. Hieron in Matth cap. 19.

palabra, los que nos hallamos encargados del cuidado y dirección de las almas; nosotros los sacerdotes, no cumplimos con orar por nuestros pecados, con pedir la gracia para el cumplimiento de nuestras obligaciones tan difíciles, con rogar por nuestro prójimo y las necesidades comunes; debemos también, como lo encargaba Rosa, enseñar a los otros y exhortarles a este ejercicio importantísimo, del que depende la conservación de la luz, que se nos entregó en el bautismo, y la salud eterna e indicarles los modos con que se facilita y se sostiene. Uno de éstos, y principalísimo entre todos, es el de la mortificación, que abrazó nuestra santa Virgen con ardor, rara vez visto en su sexo y en su edad.

### TERCERA PARTE

Insinuamos antes, muy de paso, algunas austeridades, con que obligaba su cuerpo a servir al espíritu en la oración, ya debilitándole con el ayuno y la vigilia, ya poniéndole en las situaciones más penosas. Usaba de la mortificación, como medio para orar, y de la oración nacía el estudio de mortificarse. ¿Qué digo el estudio? La sed, el ansia y aun las delicias, que encontraba en castigar su cuerpo hasta un grado que la prudencia de la carne condena como excesivo a la humanidad misma; esto con tal complacencia, que nunca se sentía más mortificada que cuando se la obligaba a moderar esos castigos. Los ejercicios de orar y de macerarse son tan inseparables en el camino espiritual, que el uno viene del otro, y ambos se fomentan con recíproco calor. El hombre inmortificado es incapaz de orar bien, y con todo el fervor y la atención que conviene, para que sea provechosa la oración. Porque el cuerpo corruptible abruma, como dice el sabio, la sustancia espiritual del alma, *corpus, quod corrumpitur, aggravat animam*<sup>39</sup>; y es menester que se desgaste cuando sea posible, para que no arrastre al alma y quede ésta libre para elevarse al cielo. ¿Y cómo se abrazará el hombre con esa cruz tan enemiga de su carne, y odiosa a sus pasiones, si el espíritu no comienza a mandarle con todo el

---

39. Sap. 9, 15.

¿qué amorío que debe tener sobre ellas? ¿Cómo logrará éste la obediencia a su imperio, que han acostumbrado burlar en cosas menos repugnantes, si una fuerza superior, que pende de la oración, no le ayuda para que venza? Así lo sienten todos los maestros de espíritu.<sup>40</sup> La oración, dicen, es el principio de la mortificación, con la cual se consume la carne, como nos lo enseña el eclesiástico<sup>41</sup>, y la meditación frecuente la aflige<sup>42</sup>, pero ambos ejercicios son las guardas incorruptibles de la virginidad. En el libro, que sobre esta virtud compuso S. Jerónimo para la Virgen Eustochio<sup>43</sup>, la previene que sean continuados y diarios sus ayunos, *sint tibi quotidiana jejunia*; y que cualquiera refacción indispensable que tome, quede muy atrás de la saciedad, *et refectio satietatem fugiens*: porque el vientre lleno entorpece el alma, *illico mens repleta torpescit*; y de los alimentos, y el regalo nacen, como de tierra viciosa con el riego, las espinas punzantes de la lascivia, *et irrigata humus spinas lividinum germinat*.<sup>44</sup>

Sí, señores, la oración necesita de la maceración, y ésta se fomenta con el ejercicio de aquélla; pero las dos son la guardabrisa<sup>45</sup> o el farol, que defiende la hermosa luz de la lámpara de la pureza. No ocultó la gracia a Rosa estos seguros documentos. Si su voto, como hemos visto, previno o madrugó a la luz de la razón, también anticipó a ella el conocimiento de los medios para cumplirla. Si el desvelo en guardar lo que se ama con eficacia, es consiguiente al amor, también lo es el acierto en los arbitrios, cuando son santas las cosas que se aman; porque cuida de ellos el que es origen de todo don celestial. Rosa supo en efecto, como habéis visto, darse toda a la oración, cual esposa amantísima, que no hallaba (conforme solía decir) una cabal complacencia, sólo en hablar de Dios; sino en hablar con el mismo Dios; y para no presentarle el corazón sin el cuerpo, y entregársele toda cuanto era, procuró

40. P. Alonso Rodr. Exerc. Esp. l. 2. trat. I. C. I.

41. Eccles. 31, 1.

42. Eccles. 12, 12.

43. Hieron de Custod. virgin.

44. Eustoquio o Eustoquia (+412), vivió en Belén, y de ella escribió S. Jerónimo el tratado De Virginitate. (JLS)

45. Voz de que se usa en aquella Isla; y además partes circunvecinas de la América Septentrional, para significar los tubos o cilindros de cristal, con que se guarda la luz del viento, a que están descubiertas las piezas por el calor. (JLS)

limpiarle con la mortificación de las heces de la tierra, que lo hacen grave y pesado, a fin de que pudiese levantarse con el espíritu, llevando grabadas en él las marcas de la pasión de su esposo, *mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes*, porque mejor le conociese, como de sí escribe el apóstol.<sup>46</sup>

Dos géneros de mortificación dice S. Agustín<sup>47</sup> que hay para afligirnos, y alcanzar el reino de los cielos. Una exterior, en que maceramos el cuerpo con el cilicio, la disciplina, la abstinencia, la cama dura y toda especie de incomodidad; y otra, más preciosa y sublime, que consiste en moderar los movimientos del alma, luchar con los vicios, reprender las acciones propias con severidad, y traer una guerra continuada contra el hombre interior. Ambos géneros son de igual necesidad para la conquista del reino de los cielos, que no se hace sin violencia, según la sentencia del Salvador).<sup>48</sup> Todos los justos y los santos, sin excepción del inocentísimo Bautista, han peleado con unas y otras armas, aunque con alguna diferencia en las maceraciones exteriores, según les dictaba el espíritu de Dios.

Pero, ¿quién podrá referir las que este mismo espíritu enseñó a Rosa, y ejecutó ella con su cuerpo? ¿Qué tiempo bastaría para dar siquiera una cierta idea de los castigos, con que mortificaba su carne virginal? Cuando la pluma o la lengua se empeñasen en tanta obra, nos darían noticia de los que pudieron escaparse al tenaz secreto con que guardaba estas obras de la solitud de una madre desvelada en cortarlas, y de los ojos de muchos argos, atentos siempre a penetrarlas. Pero se concluiría, como hacen los geógrafos en sus mapas, con los caracteres que indican, hasta aquí llegan las tierras conocidas. Porque si Rosa apuró su ingenio desde los cinco años en inventarse tormentos, igualmente le agotó toda su vida en estudiar medios de ocultarlos. No me detendré en hablaros de la negación de su voluntad, de la privación de todo género de gusto, aunque fuese muy honesto, en fin, de la rigurosa guarda de sus sentidos; porque basta lo que hemos dicho y lo que diremos para hacer juicio de su mortificación interior. Pasemos a la maceración de su carne, cuyas austeridades me cubren de confusión, a vista de mi repugnancia en imitar a una delicada e inocente Virgen, siquie-

46. 2. Cor. 4, 12.

47. Agust. serm. 29 de Sancis, et I. de S. Joan. Baptist.

48. Matth. 11, 12.

ra en alguna parte. Pero, sírvame de mortificación referir brevemente las de Rosa, para que más se confunda mi amor propio y sea menos excusable mi delicadeza afectada.

Mortificad, dice el apóstol<sup>49</sup>, vuestros miembros que traéis sobre la tierra, y para cumplirlo a la letra declaró Rosa la guerra a todos, y a cada uno de los suyos desde la cabeza a la planta de los pies. No contenta con haber quitado de aquélla la natural y hermosa gala de su pelo, la ciñó de un círculo formado, como pudo, de pedazos de estaño, en que entretejió agudos clavillos para agradar más a su esposo coronado de espinas. Desde la salida de su infancia, tiempo en que la tomó, guardaba con graciosos artificios esta guirnalda, que servía como de ensayo para otra diadema, de que esperaba coronarse, y con efecto lo logró diez años antes de su muerte. Compúsose ésta de una hoja de plata doblada en círculo, sembrada por la parte interior de 99 púas, divididas en tres órdenes, de las cuales cada una representaba en treinta y tres los años, que regularmente se dan de vida al Redentor. Para que hiciesen su oficio con menos impedimento estos verdugos, cortó a navaja la poca defensa que podía hacer el pelo. Cada día mudaba la situación algún tanto, para que hiriese en todas partes, ligándola con tal firmeza que cualquiera acción le redoblaba el dolor. Una tos o la propia locución, era medio de que penetrasen más. Cuando la acometía el enemigo con alguna tentación, daba sobre ella por tres veces en honra de la Trinidad Santísima, y a la vehemencia del dolor se seguía sin dilación la vergonzosa derrota del tentador.

No era más blando el trato que daba a sus tiernísimas espaldas. Parecíale poco, según la gravedad de sus culpas, la disciplina ordinaria, aunque sangrienta; y a imitación de su patriarca hizo de dos cadenas un azote, con que rasgaba sus carnes cada noche, dejando por testigo de su fervor la sangre en paredes y ladrillos, la cual sólo se ocultaba a su vista. Si la necesidad de la iglesia, si la utilidad del estado, si la conversión del pecador lo pedía, doblaba su martirio. Toda la moderación de que usaba, consistía en variar el lugar donde habían de herir las cadenas, para que mientras unas partes padecían, curasen las otras, sobre las cuales volvía la siguiente noche con más

---

49. Colos. 3, 5.

agudo dolor, como que apenas habían acabado, no digo de cerrarse, sino de levantar su tumor. Cortó uno de sus prudentes directores este género de mortificación tan cruda, prohibiéndole el uso de las cadenas. Obedeció Rosa, no volviendo a servirse de ellas como azote, pero dándoles tres vueltas estrechísimas a su cintura, las cerró con un candado, cuya llave arrojó a no poder recobrarla.

Sufrió por largo tiempo el inhumano ajustador, sin que persona alguna tuviese noticia de él. Una india, llamada Mariana, criada de la casa, que era la única y fiel confidente de aquellos secretos, que Rosa no podía ejecutar sin auxilio ajeno, también ignoraba éste. No permitió el que revela los corazones, que una mortificación semejante le sepultase el olvido, y dispuso que llegase el extremo de que ni pudiese Rosa sufrir el dolor, ni ocultar la causa. Habían las cadenas rozado el cutis, y pegándose a la carne de suerte que su dureza y frialdad naturales, obraban sin resistencia en huesos y tendones. De aquí se originó un dolor tan agudo, que todo el sufrimiento de Rosa hubo de ceder a su violencia. Resistióle algún tiempo, trabajando por soltar las cadenas, que conocía ser la causa. En su vana fatiga creció por instantes el tormento, hasta arrancarle muchas lágrimas a su pesar, y por fin, casi privada prorrumpió en sollozos, que despertaron a la india, la cual saltó de la cama para darle auxilio en lo que necesitase. Trabajaron de concierto las dos en desatar las cadenas; pero conociendo la criada que todo era inútil sin la llave, pensó en romper el candado. Para este efecto salió en busca de alguna piedra a cuyo golpe cediese. Temió Rosa que al ruido despertase su madre, y la sorprendiese. Ocorre con fervor a la oración, de la cual nunca se verificó más a la letra que fuese llave, como la llamó S. Agustín, porque con ella abrió Rosa los cielos, y el candado cayó sin más violencia ni instrumento. Desataron entre las dos las cadenas, o mejor diré, las arrancaban trayendo consigo el cutis y tras él la sangre. Sosegó algún tanto Rosa, que a la mañana siguiente se levantó tan lista como si hubiese dormido con tranquilidad toda la noche. No estaban bien cicatrizadas las heridas, cuando había vuelto a ceñírselas; pero la providencia, que vela sobre los justos, dispuso que llegase a noticia de su confesor, el cual la obligó por obediencia a que sin dilación se las entregase, como lo hizo. Algunos pedazos, que después de su muerte

conservó la devoción, especialmente de doña María de Usátegui, daban con su fragancia testimonio clarísimo de haber recibido en sí las exhalaciones de aquella Rosa.

La carne de sus brazos no quedaba sin parte en sus martirios. Ligábalas con fuertes y nudosas cuerdas, que más bien las cortaban que las oprimían. Hacíase más sensible su tormento con las acciones, mayormente siempre que había de levantar algo de la tierra o alzar los brazos hacia arriba. No pudo el estudio de Rosa ocultar a la criada el son de estas encordadas cítaras. Tampoco faltaban penas a la parte anterior del pecho, en que abrigaba manojos de menudas espinas, mientras no pudo conseguir cilicio, con que herirle. Logróle al cabo por donación de una religiosa, y tan a contento suyo, como que desde el cuello cerraba hombros y brazos, y descendía más allá de las rodillas. Su peso, su dureza y su aspereza, hubieran bastado a los antiguos pobladores de la Tebaida, pero la penitente Rosa añadió a las ásperas puntas de las cortadas cerdas, muchas agujillas para armarle a su satisfacción. En fin, porque las tiernas plantas de sus pies no careciesen de verdugo, las arrojaba a la parte superior del horno en que se cocía el pan.

¿Y qué lecho le esperaba a un cuerpo tan atormentado? ¿Qué almohada a tan delicada cabeza? ¿Qué horas de reposo a miembros tan fatigados? ¡Ah! que otra nueva confusión procura cerrar mis labios, y aunque no es posible hacerlos ver por menudo las artes con que desde su niñez estudió Rosa, o en hacer más tormentosa la cama o en deslumbrar la atención de su madre, creo que bastará decirlo que llegó al punto de que ella misma, tan enemiga de su cuerpo, se asustaba y se estremecía al verla. No se atrevía a mitigarla porque todo lo juzgaba poco para purgar sus pecados. Una noche, que más se congojó su corazón a presencia de un potro tan inhumano, se le dejó ver con halagüeño semblante su divino esposo, que le dijo estas palabras: "Acuérdate hija de cuánto más duro, estrecho y horroroso fue el lecho del calvario, en que tomé por ti el sueño de la muerte. No ignoras la hiel, que allí bebí por tu amor, ni los duros clavos que traspasaron mis pies y manos, hasta arrancarme el alma. Repásalo en tu memoria, contrapésalo con tu penosa cama, y conocerá tu amor que es de flores nuestro lecho". Palabras que llenaron su corazón de una constancia, que en lo sucesivo la hicieron tomar con mayor resignación aquel marti-



rio, cuya dureza, en vez de servirle de descanso, cortaba el sueño y acortaba las horas del reposo. Pero lo más admirable de esta celestial visión fue que su propia madre y confesores no osaron en adelante cercenar un punto de su austeridad, como si hubiesen sido testigos de la divina exhortación.

Y si parece impracticable a nuestra sensualidad delincuente tanta maceración exterior del cuerpo, ¿qué dirá nuestra gula, nuestro paladar delicado e insaciable, de su abstinencia? Aquí desmaya el valor y desconfía la elocuencia, de llegar a persuadir aun la verdad de los hechos. Pero diré una palabra, y crédmela sobre el testimonio más verídico del proceso informativo de su beatificación. Comenzó nuestra santa desde los cinco años por ayunar con rigor, vivió después casi de no comer. Los santos más penitentes pasaron sus días mortificándose con el ayuno. Rosa se mantuvo de la perfecta abstinencia. La austeridad de aquéllos consistió en vencer el apetito y la necesidad natural del alimento; en Rosa llegó a ser la mayor guerra el vencer la inapetencia que había engendrado la costumbre de ayunar. No penséis, H. M., que uso de las figuras, con que la elocuencia del siglo da cuerpo a sus nadas o abulta sus átomos; uso de las expresiones conformes a la abstinencia de Rosa, y que todavía la dejan en bosquejo. Ella observaba dos géneros de ayunos. Uno diario, en que tomaba a puestas del sol, como los primeros anacoretas, cierta cantidad de pan, tan escasa que apenas, consumía en el término de ocho días la que se juzgaba corta para uno solo. De esta cercenaba en los siete meses que hay desde la exaltación de la cruz a la Pascua de Resurrección. Otro peculiar al cual llamaba suyo, en que ni gustaba el pan ni el agua en muchos días, satisfecha con cinco simientes de una naranja, y si tomaba un trago de agua la mezclaba con el amargo zumo de verbena en memoria de la hiel que se dio en la cruz al Redentor, para mitigar su sed. Todo el intervalo de Resurrección a Pentecostés se observó en los últimos años de su vida, que le pasaba con un pan y un vaso de agua. Vióselas muchas veces pasar ocho días sin más que las especies sacramentales. Obligada en una de estas ocasiones a tomar alguna cosa, la devolvió su estómago, como irritado de que se pensase en suplir con alimentos corruptibles al nutrimento divino del Cordero.

No faltaban por eso las fuerzas a la penitente Rosa para sus ejercicios caseros. El que mantuvo al profeta cuarenta días con

sólo un pan, la sustentaba con el ayuno. Aún puede decirse, que la nutría, pues los familiares repararon que cuando era más largo y austero, se hallaba más fuerte y ágil. Pedía a Dios encarecidamente que no fuese su semblante muestra de sus austeridades. Otorgábale el Señor su petición hasta llenar su rostro, y encender su color tanto que, después de pasar una Cuaresma con muy poco pan y agua, y haberse abstenido de uno y otro desde el amanecer de Jueves Santo hasta concluirse los oficios del siguiente día, fija en oración delante del monumento de su esposo, salió al medio día del templo tan fresca, hermosa y de color tan bello, que la insultaron algunos libertinos diciéndose: ¿Ves cuál se trata la monja? Ya se conoce su regalo. ¿Así ayunan las beatas? Chocarrerías que oyeron Rosa y su madre, pero con afectos bien diferentes. Irritábase con ellas María de Oliva. Rosa de Flores recibía los insultos como flores, que se la echaban al paso, y sonaban a sus humildes oídos como lisonjeras alabanzas en que hallaba sus delicias.

Y pues ni la voz, ni el tiempo pueden alcanzar a referir las obras de nuestra Santa Patrona, de nuestra ilustre paisana, y los pasos de su virtud desde la cuna, siquiera en la virginidad, en la oración y en la penitencia, razón será que demos una ojeada sobre nuestros propios intereses a vistas de los esfuerzos soberanos que ella hizo por los suyos. No pretendo que todas y todos nosotros observemos la castidad de Rosa; cada uno y cada una tiene su estado diferente, en que le ha puesto la providencia eterna. El matrimonio, lejos de ser reprehensible, es un sacramento, fuente de gracias y bendiciones, es un estado común, que santificó el Divino Autor, como origen de la propagación. Pero en cualquier estado ha de observar la pureza de cuerpo y alma que le corresponde, y deben evitarse los escollos, huirse los peligros de mancharles, con tanta atención y vigilancia respectivamente, como empleaba Rosa para guardar su especialísima promesa de entera virginidad.

Si la oración fue para ella medio segurísimo de conservar tanta pureza, que nada fue capaz de mancillarla, si a todos se nos comunicase ese espíritu de oración, que sin cesar nos impele a su práctica, ya con los trabajos, ya con las adversidades, ya con las tentaciones, ya con las caídas, si el tenerla no es obra de ciencia que se aprenda con fatigas y desvelos, sino práctica que se adquiere con el ejercicio y con la gracia del

Señor, que a nadie niega, ¿por qué no hemos de darnos a ella para alcanzarla, para vencer enemigos, para lograr el perdón de tantas ofensas hechas a la eterna majestad, y para lograr la paz y la tranquilidad de nuestras almas? En medio de las ocupaciones domésticas, entre las tareas corporales, dentro y fuera de casa podemos levantar o tener elevado el corazón a Dios, que nos oye en todas partes, y cuya conversación, como dice la Escritura, no fastidia ni da tedio, sí mucho gozo y alegría. Por esto nuestra Santa andaba siempre contenta, risueña, y era su trato y conversación, cuando la daba, un panal que llenaba de suavidad a sus oyentes.

Acalorado su espíritu, como decía el Real Profeta en la fragua de la meditación, procuraba que su cuerpo se consumiese, se aniquilase o se espiritualizase como el alma. Y si tanto fue el ardor de macerar una carne santa, inocente, segregada de la corrupción; una carne que no conoció la culpa, la impureza ni la tiranía de las pasiones, ¿cuál deberá ser en nosotros ese deseo, y las obras de mortificación que la acompañen? Inferidlo por los principios opuestos. Oremos, pues, Hm. hasta acalorarnos con el fuego santo, que comience a ser el primer verdugo de nuestra carne, y produzca centellas de ardor, con que nos abrasemos en afectos de macerar un cuerpo, torpe con el regalo, pesado con la gula, resistente al espíritu con la lozanía; un cuerpo que tan de gana se tira al cieno, se arrastra por tierra, se precipita en las inmundicias, un cuerpo en fin, que es reo de tantas culpas, cómplice de tantos delitos, principio de tantos desórdenes, y que voluntariamente se reposa en la misma corrupción. No pretendo que aspiremos a una oración como la de Rosa, cuya elevación es un don singularísimo, que nos le dará Dios, si fuere de su agrado; pero sí que oremos, que meditemos, que hablemos con Dios, que es a quien debemos pedir, rogar y clamar; porque Él solo es el que nos puede dar, conceder y otorgar cuando le pidiéremos con fe, con humildad, con resignación, con instancia en nombre de J. C. y él nos dará los deseos y las obras de la mortificación. Tampoco debemos pensar en una maceración que iguale a la de Rosa, ni con mucho; porque ésta también es favor singularísimo a que mueve Dios por inspiraciones especiales. Pero debemos pelear con las pasiones, los apetitos, las inclinaciones perversas; domar, castigar y reducir a la servidumbre del espíritu todos y

cada uno de nuestros miembros por medio del ayuno, la maceración, la abstinencia de todo regalo y de aquello mismo que no está vedado; así para acostumbrar el cuerpo a la obediencia, cuando debe huir lo prohibido, como para que vaya pagando y satisfaciendo cuando ha contravenido en lo ilícito. No haya miedo de que nos falten las fuerzas para ayunar, y macerarnos. Él que las daba a Rosa y a todos los santos, también nos las concederá, si recurrimos a su trono, pidiéndolo con eficacia y con frecuencia. Si el ejemplo de Rosa confunde nuestra impureza con su castidad, si arguye nuestra tibieza con la viveza de su oración, si condena nuestra delicadeza con el rigor de sus austeridades, también es una intercesora poderosísima con su divino esposo. Interpongamos su mediación como patrona, en el modo que nos enseña la Iglesia, para que el que la previno con tanta gracia, haga que la imitemos en sus virtudes, a cuyo ejemplo guardemos sin apagar la lámpara de la inocencia que se nos dio en el bautismo o reanimemos su luz con el óleo de iguales obras, y merezcamos entrar con ella con el esposo a gozar del celestial banquete de la gloria. Amén.



# ÍNDICE

Se

Se

Se

Se

## I

Sermón para la festividad de Santo Domingo.....	9
Primera parte .....	9
Segunda parte .....	20
Sermón para la festividad de San Pedro .....	31
Primera parte .....	33
Segunda parte .....	44
Sermón del mandato sobre la humildad .....	55
Primera parte .....	55
Segunda parte .....	68
Sermón de la Resurrección .....	83
Primera parte .....	85
Segunda parte .....	98



## II

Sermón de la ascensión .....	111
Primera parte .....	113
Segunda parte .....	119
Tercera parte .....	129
Sermón de acción de gracias .....	139
Primera parte .....	139
Segunda parte .....	149
Tercera parte .....	155
Sermón de Nuestra Señora de los Desamparados .....	163
Primera parte .....	165
Segunda parte .....	177
Sermón de los dolores de María Santísima .....	187
Primera parte .....	189
Segunda parte .....	199

## III

Sermón del Santísimo Sacramento .....	211
Primera parte .....	214
Segunda parte .....	224
Sermón del segundo sábado de Cuaresma.....	235
Primera parte .....	237
Segunda parte .....	242
Tercera parte .....	249
Sermón de la purificación de Nuestra Señora .....	255
Primera parte .....	258
Segunda parte .....	264
Tercera parte .....	270

2.- SERMONES PANEGÍRICOS, Y DE MISTERIOS

313

Sermón de Santa Rosa .....	277
Primera parte .....	279
Segunda parte .....	288
Tercera parte .....	298



# BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

## VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*  
Cristóbal Colón:  
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*  
Fray Ramón Pané:  
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*  
Fray Pedro de Córdoba:  
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*  
Oviedo-Las Casas:  
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:  
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:  
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:  
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:  
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:  
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:  
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:  
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:  
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:  
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:  
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde  
Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde  
Sermones panegíricos, y de misterios.
- De próxima aparición:**
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde  
Examen de los Sermones del Padre Eliseo.

Este libro se terminó de imprimir  
el día 11 de septiembre de 1995  
en los Talleres Gráficos de  
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana